MAPA FÍSICO

casalta

¿No tenían acaso mapas y brújulas?, se preguntará sin duda el lector. Desde luego que los teníamos, incluso más de los que necesitábamos, pero en realidad sería beneficioso para quien se aventurase en esos parajes que esos mapas nunca hubieran existido. Un mapa, como decía nuestro amigo Ielov, se llama en la tribu de los S… jormanupca, lo que significa "sabiduría", y la palabra "sabiduría" en su idioma se define así: Prueba mental de que dos por dos son siete y medio, menos tres y algo.

George Ivánovich Gurdjíeff *Encuentro con hombres notables*

Toutes de cadres craquent, ils sont trop etroits, trop rigides surtout pour ce que nous voudrions y mettre.

Henri Bergson *L'Évolution créatrice*

Qué es el terror sino idealismo consecuente.

Sloterdicht *Crítica de la razón cínica*

ALA DELTA

Desmembrar a Zulma fue mucho más sencillo que esparcir luego los pedazos según el ritual. Si alguien hubiera descubierto que en esas masas informes se escondía un mapa o plano, habría puesto seguramente en duda la supuesta simplicidad de la mutilación. Pero, de todos modos, la tarea posterior, es decir, acomodar en los recovecos de la ciudad aquella obra de carnicería, fue motivo de discusiones trasnochadas, de consultas iniciáticas y mágicas. Aquella tarea oscura de distribución matemática, llevó en cambio semanas para que vecinos y autoridades hallaran la totalidad de algo que no sabían cómo armar. En el bulevar 83, que apunta decididamente al norte, se encontró la cabeza; los pies, mejor dicho lo que quedaba de ellos tras el ataque de diversos animales, en el bulevar del sur; las manos, una al oeste y otra al este. Hasta allí, parecía haber un orden y una ironía: para dormir bien, decían los sabios del pueblo, el cuerpo debería orientarse hacia el norte. Pero el resto de los órganos reconocibles no siguieron el esquema: el corazón, en lugar de estar en el bosque, se ubicaba en pleno centro del mapa citadino, en la Plaza Moreno, donde presumiblemente habría de hallarse el útero o la cadera.

Una joven trotaba aeróbica entre las vías y la calle, de 38 hacia 32 por la curva, acompañada de su perro que se desvió descontrolado hacia

los pastos altos donde ladró y husmeó y siguió ladrando hasta que la joven olió y vio luego la cabeza de Zulma. Durante varios días la ineficiencia policial rastrilló sin éxito los alrededores. Casi una semana después aparecieron, con diferencia de horas, los pies y una de las manos. La noticia se convirtió entonces en nacional. Una vez identificado el cadáver, se apresó al supuesto novio o amante. Para la opinión de la prensa y de la policía era claramente un crimen pasional. La saña con que había sido descuartizada, según ellos, así lo demostraba. Se citaron a manera de ejemplo y prueba innumerables casos anteriores, esposas con treintena de cuchilladas, novios envenenados y enterrados vivos, etc. Descubrieron que el joven había vendido joyas de la muerta (un par de anillitos de oro y tres o cuatro pulseras) y eso bastó para cerrar el caso al menos en lo que respecta a los medios de comunicación y al interés de la gente.

Cuando ya no le importaba más a nadie, cuando la muerte accidental del arquero del seleccionado de fútbol tapó el cadáver anterior, se encontraron los demás pedazos. El hueso del coxis a media cuadra de donde habían hallado los pies. Y otros cachos inclasificables salvo para los expertos, aquí y allá, sin sentido aparente, sin predeterminación, como si el asesino hubiera tratado de esconder las piezas al voleo. La ubicación de cabeza, pies y manos, era una clara indicación, un aviso, una cifra que debería abrirse, develarse. Meses

después se informó que los cortes habían sido realizados con precisión de cirujano, lo que echaba por tierra la culpabilidad del novio; salvo que hubiera pagado a algún habilidoso pero su situación económica no justificaba la contratación de un killer. Cada dependencia policial y judicial hizo mal o bien su tarea, puso su firma y su sello y todo se archivó en el mar de carpetas.

No menos extraño resultó el hecho de que el corazón se conservara sin rasguños ni mordeduras. Un manjar para cualquiera de los perros sueltos. Fue la única pieza preservada en un envase para mantener helados; a los pies de una estatua. El envase y el lugar no pueden haber sido obstáculos para animales famélicos capaces de cualquier tipo de proeza circense por comida. No corrieron la misma suerte otras partes blandas. Y la mayoría de los huesos estaban roídos. Ningún rastro del asesino, ninguna huella. Nadie vio nada. Ni siquiera los eternos espías de la vida ajena que frecuentan umbrales, esquinas y plazas.

El pensamiento esquemático endiosó a Zulma. Tanto sus compañeros del Archivo Histórico como los vecinos, hablaron maravillas de su laboriosidad, sencillez y buena educación. Que nunca se quejaba por las jornadas laborales, que siempre estaba dispuesta a encargarse de trabajos postergados, que no había faltado nunca aunque parecía vivir eternamente resfriada (por alergia, acotaron), que él era un canalla

vividor aprovechador de una mujer sola. Pasados los cuarenta, Zulma se hizo las tetas y se fue de viaje a Europa por primera vez. Acaso no tenía derecho, dijeron, después de tanto trabajar. Se fue sola y poco después de volver, apenas tres meses, apareció muerta. Años antes había perdido buena parte de sus ahorros en el corralito. Aquellos dólares juntados casi de a uno durante una década, se convirtieron en pesos debilitados e insuficientes para comprar un departamento. Luego vino el noviecito estafador y al fin, parece, decidió disfrutar lo poco que le quedaba en un viaje. Y lo bien que hizo. El muchacho era encantador y ella iba ya para solterona. Quién iba a suponer que detrás de esa sonrisa se escondía un asesino.

Diego Almonacid había conocido a Zulma en una visita interesada al Archivo Histórico de la Provincia. Estaba a la pesca de viejos documentos para robar o hacer robar y luego vender en el extranjero. Cartas de San Martín a Bolívar, primeras ediciones de libros rioplatenses, eran su objetivo. Era una de sus actividades centrales. Ya había sacado del país manuscritos de Borges de la Biblioteca Nacional, que un intermediario había vendido a la biblioteca de Washington o Berkeley. Había conseguido a precio vil, objetos de incalculable valor. Sables, uniformes, plumas y tinteros que hubieron sido usados por patriotas criollos o conquistadores españoles, hasta una de las banderas que como trofeo capturaran en 1806 cuando los ingleses intentaron

copar la ciudad virreinal. Pero como buen vivillo y estafador, jamás se había visto involucrado en un crimen. Esquivaba siempre la violencia. Y el único riesgo que se animaba a correr era el de la práctica del aladeltismo. Seducía o coimeaba empleados, se hacía amigo o amante según el caso y la ocasión, para llevarse siempre de manera incruenta y sin peligros algún objeto valioso que haría sacar del país. Hasta encontrar a Zulma. Pero de ella se enamoró. Si bien es cierto que no dejó sus hábitos y que la convenció reiteradas veces de extraer esto o aquello del Archivo, estaba –hasta donde puede llegar en los afectos un estafador compulsivo- estaba enamorado. No perdidamente, por supuesto. Pero esa mezcla de inocencia en un cuerpo sensual de mujer en la curva de la juventud, y esa reminiscencia edípica de quien no tuvo afecto de madre, lo mantuvieron ligado y casi fiel hasta que ella dio el portazo y lo dejó para irse de viaje. A su regreso se reencontraron; él la buscó desinteresadamente –si eso es posible-, y convivieron nuevamente hasta que ella apareció muerta. En ese último lapso él fue leal. Estableció algunos contactos y consiguió piezas menores para pagar los gastos, pero casi todo legal. Comprar objetos en remates y venderlos como antigüedades a incautos, por ejemplo. Y un día por semana a volar sobre la ciudad en ala delta. Una avioneta lo remontaba con ruidoso esfuerzo del motor hasta una corriente cálida y él luego observaba el trazado, las plazas, el río lejano desde quinientos metros

de altura. Algún periodista perspicaz reflotó la noticia olvidada y supuso que desde allí arriba podría haber arrojado los trozos de su novia. Pero el estado de los huesos y la caja donde se escondió el corazón le quitaron cualquier posibilidad a la teoría. Sirvió para un infograma en alguna revista, pero la muerte del arquero (a punto de ser vendido en millones a España) siguió teniendo más rating y popularidad. Luego la nevada del siglo, la agonía del joven abogado herido en una salidera bancaria, el increíble trasplante de cara de un diputado atacado por su perro, el prolongado corte de ruta por discapacitados. El mundo siguió andando como de costumbre y Diego esperó durante dos años en la cárcel hasta ir a juicio y ser declarado inocente.

Había sido por una apuesta. Y él no se habría de negar jamás al riesgo del juego. El azar estaba siempre de su lado. Podía perder una carrera pero ganaría en las siguientes. A pesar de su natural miedoso, huyó hacia delante, tomó la apuesta y se arrojó, si no a la pileta, al vacío desde un ala delta. Había visto en casa de un amigo un documental, palabra va y palabra viene, se trenzaron en que no te animarías-que sí me animo-de cuánto estamos hablando. En las afueras de la ciudad, sobre la autopista A4, hay un club de parapente. Con un gramo extra de clonazepam para vencer el pánico, se colgó de los caños y fue remontado por la avioneta. Fue el peor momento, creyó morir, se le cerraba la garganta, el corazón en taquicardia y los ojos nublados.

Pero cuando a unos setecientos metros quedó librado a su suerte, con cierta rapidez volvió al ritmo normal con la mirada clara. Abajo, lo obvio se hizo real; el mapa vivo, las calles como líneas verdes por los árboles y simétricas las plazas y parques con la furia placentera de la vegetación. El mundo con su curva y con su horizonte de agua. A cada giro, a cada acercamiento, crecían desde el suelo plano los volúmenes de las edificaciones, la catedral con su techo en cruz. Como en el google earth pero viviente. La diferencia entre el cine y el teatro. La idea de un dibujo sobre el papel confrontada violentamente con el contorno verdadero, crudo, en carne y movimiento, de la ciudad.

El guía, a sus espaldas, lo acompañó sólo dos veces más. Finalmente se aventuró solo. Semana tras semana iba al club y volaba. Vio cada uno de los lugares donde en pocos meses encontrarían los restos de su novia. No sabía que allí en ese rincón soleado aparecería su cabeza, su calavera sin los ojos color marrón de mirada entre tímida y sensual, sin el pelo también marrón levemente rojizo y ensortijado, sin esas pecas adolescentes en una cara adulta. Sin que él supiera ni tuviera relación con esa muerte levemente futura. En la Plaza Central hallarán el corazón de ella. ¿Se podrá rastrear algo de él en esa masa encerrada en un envase de helados; algún resto de afecto, un pedacito de placer y mimos? En la cárcel recordará con añoranza los vuelos como si jamás pudiera volver a realizarlos. A ella también la extrañaría, pero

no tanto como la sensación todopoderosa de observar a lo pájaro. Porque ella había crecido en su afecto tras tirarse en ala delta. Él había encontrado una razón, irracional, para quererla. Él, que prácticamente no quería despojado a nadie.

Diego veía el mapa vivo y pensaba en Zulma. Y en el fantástico mapa antiguo que tramaba robar para vender a un precio exorbitante. La ciudad, Zulma y el mapa constituían un todo, una trinidad. El único mapa hecho a mano de la ciudad que veía desde lo alto, y Zulma, la llave para conseguirlo. Después todo se descabalaría: ella, el vuelo, el viejo cartón de colores. En la cárcel solamente hay dos planos, el piso y la pared. Todo se ve de cerca, excesivamente. No hay colores. Ni avenidas con árboles. Apenas los sonidos ruinosos de las rejas y sus cerraduras.

Su primer libro, ese en el que –según dicen- quedamos fijados, no fue tal sino un atlas antiguo. Su padre, profesor de historia, tenía la manía de quedarse con libros ajenos. No era propiamente un robo, lo sacaba de la biblioteca escolar o pública, y no lo devolvía. Solo con algunos libros especiales. Los que le gustaban. No necesariamente raros o caros, simplemente aquellos que lo atraían irracionalmente. Y el Atlas Antiquus de Justus Perthes fue de ese modo a parar a las manos de un Diego de cinco años. Quizás le atrajeran el tamaño, el fileteo de la tapa y las palabras incomprensibles. Al niño le habían leído algo de Verne y

algo de Salgari. Y él inmediatamente encontró en los viejos mapas a Sandokán y el acceso al centro de la tierra. Pasaba sus manos por el pequeño cuadro colorido y se inventaba aventuras. Aquellas imágenes constituyeron un substrato más o menos inconsciente de su personalidad. En distintos momentos de su vida afloraron sin sentido aparente el contorno verde del Imperium romanum, Britannia en rojo y gris rodeada de un celeste pálido y los nombres Oceanus Gemanicus, Oceanus Deucaledonius, Oceanus Vergivius, Oceanus Britannicus. Palabras que habían sido gárgaras para su reciente aproximación a la lectura. Las sílabas clásicas del castellano y los latinazgos ásperos para un niño apenas alfabetizado. Ahora, desde el aire, en un vuelo que sigue casi a la perfección el curso de la diagonal 74, desde la abierta llanura hasta el río a lo lejos, encima de la Catedral, a la vista de la Plaza Moreno, recuerda con nitidez de obseso el pequeño recuadro en la última página con tabulae, el plano de Alexandria. En nada se parecen, pero los recuerdos y semejanzas tienen motivaciones extrañas. Esta ciudad, que ve desde arriba, está marcada por líneas perfectas. Se destacan aún por encima de edificios y espacios verdes. Como aquella Alejandría, vista también desde el arriba de los ojos a la mesa donde se apoyaba el librito, donde se destacaban claramente las manzanas cuadriculadas en un pálido amarillo, mucho más que el Mareotis lacus y el Portus maior. Con la fuerza de un sello, la ciudad. Y ahora también lo

recuerda, al ver los barrotes de su celda. Los mismos recuerdos sirven como ingredientes para distintas dietas. Más dulces unas, otras picantes o exóticas. Antes, arriba de la ciudad, en un vuelo silencioso adonde no llegaban los ruidos de abajo, las calles se le antojaban dibujos de reglas y compases, figuras de mandorlas, dos senos perfectos, la figura de Vitrubio. Y todo cambiaba según dónde pusiera el ojo y cómo enfocara. En la celda, en cambio, siempre todo es igual, con el ritmo de las rejas y el ruido acompasado y chirriante de los cerrojos. Cada día es como cada barrote, del mismo color, tamaño y temperatura. No hay ojo que lo cambie. Pensó celda y saltó a selva. Pensó ala delta y saltó también a Dante. En la primaria visitó la Biblioteca Nacional, en el despacho del director se exponía en un atril una copia hecha a mano de la Divina Comedia. Una sola hoja contenía todos los tercetos. Al volver a casa habló de aquella maravilla. Y su padre le mostró un –así lo llamó- mapa del infierno. Un embudo casi simpático escrito en inglés lleno de colores desde Vestibule to hell hasta Lucifer. Un conducto como tripa salía allá debajo de nuevo a la superficie. Era una copia. Muchas veces soñó que conseguía un mapa así, dibujado por el mismísimo Alighieri. Siempre fue un sueño amable. Ahora, en el encierro, se le había revuelto en pesadilla negra. Sufría el castigo de los traidores por haber sido el Judas de Zulma. Despertaba con taquicardia y le llevaba varios largos minutos recomponerse y recordar que él no había matado a su novia. Fueron tan

intensas y reiteradas las pesadillas que llegó a temer ser esquizofrénico y que un yo desconocido hubiera ordenado el descuartizamiento y que una propia mano ignorada lo hubiera llevado a cabo. Pero luego volvía en sí. Recordaba los hechos de su inocencia y recuperaba algo de paz. Aún después de ser liberado de la prisión siguió con aquellos sueños de tortura. Siempre había sido superficial en las relaciones, despreocupado, egocéntrico. Siempre había logrado fingir amor, amistad, alegría o dolor en pos de sus objetivos. El placer de estafar, la dulzura del negocio turbio y el dinero sin horario ni antigüedad. Un héroe del capitalismo. Como el espía que transgrede todas las leyes de tránsito para alcanzar al horrible malo. La oferta y la demanda lo excusaban absolutamente del respeto por la propiedad privada. Además, en la mayoría de los casos, esos documentos, libros, mapas dormían entre roedores o humedad a la espera de la nada. Si bien se lo mira es un benefactor que transforma –dinero mediante- un desperdicio olvidado en su país tercermundista en una joya exhibida tras un cristal del primer mundo. Del carbón al diamate, previa extracción libre de impuestos y con beneficios económicos que le daban tranquilidad e independencia para seguir haciendo el bien.

Pero el recuerdo de Zulma más la cárcel más sus pesadillas no lo abandonaron fácilmente. Y volver a volar fue el único consuelo. Fácil tópico de los sentimientos puros y lo angélico, aquellas tardes en que la

ciudad y el campo ya oscurecían mientras allá arriba se veían al poner rumbo al oeste más tierras y más cielos. El aire, el silencio, la luz lejana para él solo, el río oscurecido con toda la magia del agua; algo así como la paz. Su enorme fatuidad no podía sobreponerse a lo vivido. No abandonó su oficio, su profesión, pero eso no lo sumía en el olvido de sus experiencias recientes. Además, no podía dejar de volar, como consuelo, como recreo, y a la vez, el volar le mostraba imágenes de ella. Allá habían estado sus pies, y allá la mano izquierda. El corazón, en la plaza central al pie de la estatua del arquero que amenazaba con sus flechas la cruz de la catedral. Como un alfil ladino que da jaque al rey e intenta quitar de en medio a las torres, una estatua desubicada en el espacio y en el tiempo. Hay en la plaza cuatro estatuas que representan a las estaciones, en un estricto orden forman un cuadrado, bordean el eje de la ciudad desde que se instalaran en 1912. Obras del francés Mathurin Moreau. Cuatro mujeres con rostro plácido y gesto delicado. En cambio el guerrero extraño y violento fue puesto allí cuando la década de sangre se iniciaba, cuando se avecinaban las persecuciones y las muertes, la explosión de militancia. En un lugar torcido que rompe claramente la rigidez, el cuadriculado obsesivo de la ciudad. Es solamente un gesto porque Herakles, el Arquero divino pese a la tensión de sus músculos, al pie apoyado enérgico sobre la roca, a toda la fuerza que emana de cada partícula de bronce, no tiene una flecha, no hay

saeta cargada y solamente la mano se cierra sobre un cordel inexistente pese a la curvatura violenta y expectante de su arco también invisible. La estatua de Troiano Troiani fue realizada en 1924 pero recién se instaló, allí donde alguien depositaría más adelante el corazón de Zulma, en 1970. Finalmente rígido quizás se hiera solo a sí mismo. Alguna vez llamó la atención, luego el paso del tiempo hizo crecer árboles y ramas y lo relegó, lo rodeó de verde y lo convirtió en apenas visible. En cambio las damas de las estaciones se yerguen centrales y despojadas del entorno, notables desde cualquier punto de las ocho hectáreas de plaza. Recordó Diego que en sus sobrevuelos jamás pudo ver al Arquero Divino, pero sí al Invierno con su fuego, Otoño y los racimos, Primavera y flor, Verano y la espiga.

El corazón tal vez no haya sido colocado fuera de lugar, quizás sea un asterisco para llamar la atención sobre la estatua que tampoco encaja en el cuadriculado invencible. En 1956 se planta un gajo del roble de Guernica. Da y extiende la paz en el mundo. Gernikako arbola emanta zabal zazu munduan pakea! Dice la placa. Apenas comenzada la Revolución Libertadora, ese monstruo anticipatorio del gran monstruo del 76, en la ciudad donde el pueblo trabajador de los frigoríficos ingleses inició la gesta del 17 de octubre, en la ciudad donde se casó Perón con Evita, en la ciudad que cambió su nombre tautológico del país por el de la abanderada de los humildes, tras los fusilamientos y las

persecuciones del gobierno dictatorial, se planta el árbol de la paz. En pleno hervor setentista, un arquero violento apunta directamente contra ese árbol. Símbolo contra símbolo. Movimiento de pieza de ajedrez contraatacando. No hay inocencia sino cálculo. En el corazón de la plaza central epigonos de la dictadura clavan una estaca que se burla de la paz diciendo paz. Ellos, admiradores de los que bombardearon la patria del árbol, se cuadran en el rincón del sur para trasplantarlo cínicos. Alguien luego, pos mayo francés, apenas pos cordobazo, en la línea que separa dos décadas contrarias, mueve un alfil y amenaza la amenaza. Qué dios detrás de Dios la trama empieza, de odio…

Diego no sabe nada de todo esto. Él comenzó a ir a la escuela en el primer año del regreso a la democracia y aquello para su sensibilidad es más antiguo que el mapa del infierno que le mostraba su padre. La estatua de bronce es sólo una estatua, un punto fijo donde un asesino truculento depositó el envase con un pedazo de músculo y sangre seca. En el alto pedestal, a dos metros del pasto, debajo de la pierna derecha, casi imperceptible; la caja de telgopor, espuma rígida para un órgano putrefacto. Nadie vio el mentón firme sobre el hombro, ni notó la dirección este oeste, ni siquiera el relieve del vello púbico asomándose por encima de la hoja que cubre el miembro. Se demoraron en los alrededores en la búsqueda de las otras partes del cuerpo, bajo el ciprés y los pinos, a la sombra del roble y la araucaria. Recorrieron la plaza,

husmearon en las fuentes de las cuatro estaciones, en torno y arriba de los dos copones inmensos con sus sátiros y sus frutas. Entre los arbustos y hasta en la copa de los árboles.

Las estaciones con sus caras prefeminismo, a punto de ponerse a bordar o hacer la salsa para los fideos, y los sátiros ebrios de vino y risas a punto de saltar y revolcarse con las cuatro damiselas y arrebatarles sus túnicas y aplastar las espigas y las flores en el torbellino sexual, mientras el esforzado arquero sin arco ni flechas se desgañita en la intensidad de su musculatura. El turista y el nativo se demoran para la foto cerca de las estaciones, con el fondo de la Catedral, sentados en el borde de la fuente; o junto a uno de los copones, en grupo, haciendo los cuernitos entre risas. Pero nadie se detiene junto al que está escondido y sin nombre, porque emite violencia y entristece. La musculatura se admira en el gimnasio, entre bicicletas fijas, pesas y caminadores, donde los asociados sonríen mientras transpiran y oyen su música. O trotando por los senderos de los parques. Pero este militarismo civil resulta extemporáneo e incomprensible. No remite a nada, carece de distancia temporal suficiente. No es un héroe de la independencia, es un desconocido que puede comprometerme en su proximidad generacional a pesar del abismo entre aquel joven y estos. Se parece a los padres y tíos y a sus historias de huidas y militancia entre guitarras y gases lacrimógenos.

Desde el cielo tampoco le da resultado el exorcismo a Diego. Deambuló por las calles y la extrañó. Y en el ala delta le vuelven los recuerdos, las partes de recuerdos como un sarcasmo. Desde allá arriba la ciudad era otra. Él era otro ahora. Fue la cárcel el motor de su cambio. Pero no por el encierro, la falta de libertad y los temores, que también eso pasó, sino por ese color de la pared, por la simetría de las rejas. Y el primer paseo aéreo después de la prisión le descubrió su verdadera dependencia. Ya no era el joven despreocupado al que todo le resbalaba; sin ataduras firmes, sin úlceras o insomnio por conflictos o problemas. Después de la muerte de Zulma y el castigo que él sufriera injustamente, algunos poros de su coraza se habían abierto, y el entorno se le metía por allí para su sorpresa. No dejó de ser egoísta y algo fatuo, pero ahora sabía que lo era. Y no se autoabastecía, necesitaba que alguien lo acompañara. Como vendedor, porque eso era en el fondo, había conseguido que su simpatía natural, su buena conversación, el encanto funcionaran como un ropaje atractivo, hipnótico para la presa, y a la vez como una extraña armadura que lo protegiera de cualquier ataque. O como un aceite que a la manera de los luchadores hiciera que los golpes, las caricias, todo posible contacto fuera de un cheque, dinero o bienes, patinara, se minimizara al resbalar sobre la piel y emprender otro rumbo. El óleo sagrado que tenía lo hacía por lo tanto un ídolo intangible. Buena parte de todo eso se lo llevaron

la muerte terrible de Zulma, la inicua acusación y la cárcel. Apareció el miedo. Porque nunca había tenido que correr. En circunstancias difíciles, cuando algún intercambio de documentos se complicaba, cuando el otro sospechaba de él o se ponía algo agresivo, Diego había logrado sortear con habilidad cualquier enfrentamiento, aprovechar la energía del contrincante a su favor, torcerle el signo negativo y salvar la situación. La injusticia prolongada de su encierro, la sospecha de que hubiera asesinado y descuartizado a la única mujer que había querido, fue un meteorito que alteró su clima, su vida cotidiana abruptamente. Y después de la catástrofe, nada es igual ni siquiera para alguien como él. Su vida liviana había estado absolutamente enfrentada con cualquier posibilidad de ahorro o de prevención. Lo que ganaba lo disfrutaba y empezaba la secuencia de nuevo. Pero ahora el miedo también le sacudía esos cimientos o esa falta de cimientos. Solamente conservaba unas joyas que había comprado como puesta en escena de su metier. Un anillo de sello, oro de alta calidad, y una pequeña colección de relojes caros. Nada más. Al menos hasta la muerte próxima de su padre.

Los eventos no funcionan todos de la misma manera. Algunas personas quedan fijadas en la circunstancia y repiten los gestos y se vinculan con ese sector lleno de cráteres y humo; no salen de la zona de desastre, del espacio cero. Otros, los menos, cierran el paréntesis que

abriera un episodio doloroso y conmovedor, y vuelven sin huellas visibles a la vida ordinaria. Para Diego, la conmoción, el terremoto, se convirtieron en la única historia de su existencia; la historia anterior siguió con sus mismas fechas y localizaciones pero se alteró su mirada, su percepción. Aunque mantuvo los viejos hábitos comerciales, perdió la magia que encontraba en ellos. La invulnerabilidad, la inimputabilidad psicológica se desprendió arrasada por el viento, y quedó expuesto a su soledad y a un principio de conocimiento de sí mismo. Sólo le quedaban los viejos mapas del infierno y el triángulo volador, que seguía frecuentando como un lugar de refugio. A veces creía –o quería- ver el embudo dantesco dibujado en aquellas líneas allá abajo. Una manera de reunir sus dos únicas columnas. Apenas el bimotor lo soltaba a setecientos metros, la cuadrícula de la ciudad comenzaba a enviarle sus señales. Una tarde en que el aire caliente lo elevó arriba de los mil quinientos metros, vio el pez, duro, como pez muerto en las aguas contaminadas del río, apenas bamboleante por el efecto que unas pequeñas nubes bajas generaban sobre su óptica. Pasadas las nubes, el pez se diluyó entre las formas de diagonales y plazas. Y dio paso a un exótico copón que se extendía todo lo largo de las avenidas centrales, la calle 52 inserta en el verde tupido del bosque lo sostenía, y luego irradiaba sus brillos por las diagonales menores y las dos avenidas principales que corren hacia la plaza central. Al girar, todo se convertía

en nuevos diseños, la escuadra y el compás previsibles, relojes en torno a pequeñas plazas. En estas primeras visiones hubo más gráficos y objetos que figuras humanas. Luego irían apareciendo, con la ayuda de las sombras de la tarde. Una mañana de domingo escuchó las voces. Si algo tenía de sedante el vuelo, a pesar de su estado de ánimo, era el silencio, matizado e incrementado además por el suave silbido del viento sobre el ala delta, y a veces un lejano runrún de tránsito y vida cotidiana. Recordó a Ulises y las sirenas. Él atado como el griego oyendo lo que ningún otro. De entrada las supo reales. No producto de su imaginación y necesidad. Parecía un coro. Recordó a Dante y pensó por un momento en ángeles, pero el canto provenía de abajo, de un lugar concreto, de una zona, esquina, barrio precisos. Pegó varias vueltas osadas y descendió hasta los peligrosos cincuenta metros. Lo oía, a cada giro, con la misma intensidad, como si estuvieran en su cabeza. Pero sabía, era consciente de que estaba allá afuera, ahí abajo. En ese rincón de la ciudad, que da al este, no hay edificios, es la parte más antigua, y apenas alguna que otra edificación supera los tres pisos. Casas que parece haber sembrado allí el campo próximo, con sus cuadras cortas, sus paredes envejecidas con ventanas enormes tapadas por celosías de madera oscura o metal semioxidado. Los techos de chapa también oxidados terminan en galerías que dan a patios de mosaicos blancos y negros, macetones quebrados por las raíces, escalones gastados de

mármol. De alguna de esas casas, de alguna habitación con piso de pinotea y revoque algo descascarado provenían las voces. No pudo localizarla con exactitud, en su curiosidad perdió demasiada altura y apenas pudo remontar unos metros para alejarse extramuros de la ciudad y aterrizar en el campo, lejos del club de vuelo. Una camioneta lo llevaría casi de noche de regreso. Luego apenas dormiría tratando de recordar las voces. Como si Zulma le hablara, le susurrara. Pero la voz de los que se han ido también se aleja, es imposible retener el timbre, la modalidad; solamente una construcción, no una sensación auditiva. Qué le quedaba de la voz de algún tío más que la certeza de que tenía voz grave y se le mezclaban algunas palabras árabes. Había retenido la imagen, el pelo renegrido, el bigote bien cortado, la mirada, pero nada de la voz o del olor.

En otra tarde de vuelo vio las olas. El río sucio y ancho seguía estando impávido a lo lejos con su borde de selva y su falta de brillo. Un sector del norte empezó a manar. Como si una enorme fuente o una gran pérdida de algún caño maestro dejara brotar el agua. Desde arriba parecía una burbuja, el iris de un cíclope que se fuera dilatando de asombro. La burbuja primero creció esférica, luego comenzó a extenderse en ancho y ganar distintas manzanas. La vida no se alteraba, gentes y tránsito continuaron su movimiento a pesar de la magnitud que iba adquiriendo rápidamente el fenómeno. La llanura

líquida se fue estirando. Primero una esfera, luego una tajada circular, finalmente una riada de más de quinientos metros de ancho, como una película espesa sobre la geografía de la ciudad. Tomó rumbo al sur, llegó al límite y rebotó –como si la ciudad fuera un recipiente- contra el borde del bulevar, la calle 72 y la calle 31, y tomó rumbo al oeste. Una v de agua incontenible que sin embargo no salía de los límites cuadriculados. El sol, que se ponía, dibujó unas rayas primero de un dorado imperial que se fue bastardeando hasta el amarillo sucio. En segundos, antes de que Diego pudiera dar un giro completo para mantener altura, el agua se espesó, se tiñó de marrón, continuó espesándose hasta hacerse avenida o autopista. Emprendió el regreso al club de parapente y a sus espaldas, empezó a sentir un ruido enorme como de catarata. A pesar de la hora, decidió hacer una última circunvolución sobre el rincón más próximo a la autopista, y vio que la correntada se concentraba de nuevo en burbuja, una burbuja sucia que se movía levógira a una velocidad cada vez mayor sobre un punto, la esquina de la plazoleta Benoit, donde sin ruido desapareció por algún desagüe –que ciertamente debería ser muy grande para tragarse tan rápidamente tanta cantidad de agua. Una hora más tarde, después de dejar el ala en el club y regresar a la ciudad, recorrió la zona y no encontró ningún rastro, ni paredes humedecidas ni basura desparramada. Y aunque fue a la dirección precisa no pudo hallar ninguna boca de tormenta o agujero de cualquier

índole por donde el torrente se había precipitado de manera clara y visible. Lo mismo le había ocurrido con el coro de sirenas en el barrio del este. Ubicó la vieja casa con su patio bicolor, sus escalones de mármol y su cenefa oxidada, pero ni un solo sonido salió de allí. La puerta doble hoja de madera estaba cerrada por una gruesa cadena y un candado que competían en óxido y antigüedad y olvido. Afortunadamente, para su salud mental, sí encontró la fuente del olor. Una de esas tardes había recibido, allá arriba, a más de quinientos metros de altura, un imprevisible mazazo de olor acre y dulzón. El aroma, un violento perfume vegetal (entre marihuana, ruda y menta), ascendía claramente desde un círculo de no más de un metro. A no ser que por algún fenómeno (otro más) que no entendía, tuviera más base pero se fuera concentrando en las alturas; hecho altamente contrario a lo poco que sabía de física, y a la observación de quemazones centradas que luego se convertían en nubes y ocupaban un sector cada vez más extenso. Nada de eso, la nube aromática tendría no más de metro y medio de diámetro, y luego, a medida que fue bajando, la percibió como una columna que mantenía esa medida aunque no como un caño rígido sino como un gusano ondulante, pero nunca se ensanchaba considerablemente. Luego se hizo visible el olor, como un twister amarillo grisáceo, que giraba siempre en la misma dirección centrípeta, en contra de las agujas del reloj, bailando en todos los sentidos pero sin

desprenderse de su origen en el centro de una manzana del oeste, y de su fin, allá arriba a unos seiscientos metros. Como una larga manguera entre dos conexiones rígidas y amplios movimientos en el recorrido. De pronto formaba una espiral con cientos de metros de diámetro en su parte más amplia, luego se hacía resorte de tres o cuatro metros. Todo sin deformarse y sin desprenderse de los extremos. Tras varias horas logró ubicar, ya en el suelo, ya pisando la ciudad, un agujero de 95 centímetros de donde aún seguía saliendo el olor y sus colores, aunque ambos notablemente diluidos, suavizados. Tanto que en media hora más desaparecieron. Pero esa noche se fue a dormir más sereno, con la convicción de que no era él quien distorsionaba los fenómenos sino que estos, al menos el olor colorido, real, tangiblemente, sensiblemente habían ocurrido, tenían su punto de origen en la tierra concreta no ya en la mirada de un loco volador.

En las semanas sucesivas no ocurrió nada extraño. En sus circunvoluciones aéreas, sin perder el gozo de ver el horizonte curvo –esa sensación de Alejandro Magno, ese poder sobre las criaturas de allá abajo, ese ser dios- esperaba algún fenómeno fuera de lo común. Pero nada. Ni olores, ni colores, ni desplazamientos anormales para una ciudad. Simplemente el verde de la vegetación calle a calle como subrayado, y el gris de los techos y las avenidas. A medida que pasaba por la zona correspondiente, recordaba casi con añoranza, que en ese

lugar había estado el coro de las sirenas, y en el otro el torrente de agua. Su vida anterior había sido fatua y previsible. Conseguir un documento valioso, sonreír seductor, mentir con la palabra y con todo el cuerpo, venderlo con una ganancia considerable. Empezar nuevamente el mismo proceso. A lo sumo, la sorpresa de que se le negaran. Pero nada más. Todo bajo control. La muerte espantosa de Zulma y las increíbles visiones que venía teniendo en sus vuelos, le cambiaron el recorrido a otro carril. Un desvío inesperado hacia no sabía dónde. Tenía tiempo, estaba solo, se dejó llevar. Pero ella no volvería, obviamente, y ahora se le iban las manifestaciones raras que lo mantuvieron intrigado y por lo tanto entretenido. Volvió caminando varias veces a las zonas donde se habían producido esos fenómenos que viera desde el aire. Pero no encontró nada. Y por primera vez en su vida se sintió vacío, algo deprimido. Como un domingo al atardecer. Y sin expectativas para el lunes. Para colmo, amigos no tenía. Sí, muchas relaciones. Conocidos, clientes, prestamistas. Durante tantos años había logrado vivir en esa soledad que lo tranquilizaba, que le ahorraba el padecimiento de enfrentarse a sí mismo, a analizarse. Y ahora, repentinamente, todo se salía de su carril. Ella, quizás la única a la que amó o al menos necesitó afectivamente, estaba muerta; la prisión lo dejó más solo aún, si eso era posible. Apenas lo visitó un par de veces su padre, ya enfermo, y con el que creía no tener ningún vínculo presente. Una vez que salió de

la cárcel, los conocidos le huyeron como a la peste; ningún estafador, vendedor, comprador quiere ser visto con un asesino tapa de los diarios. Y no importaba que hubiera salido exculpado. Una vez que se arrojó la piedra, la piedra no vuelve. Así, del mismo modo, ocurría con el descrédito y la infamia. Las nuevas relaciones eran eso, nuevas, y absolutamente circunstanciales. Además él no estaba en condiciones de empezar una amistad, de hacer el esfuerzo, poner la oreja, emitir la sonrisa, invitar, asistir, tolerar, superar en función de algo que supuestamente vendría después. Por eso retomó la soledad del aire. Pero en ese rincón suyo donde nadie se entrometería ni le huiría por temor al pasado, también allí se le trastocaba el mundo. Nada era como debería ser; los sentidos se alteraban por las extrañas percepciones. Frente a eso tenía pensamientos contradictorios. Por momentos le había agradado que algo fuera distinto, que saltara de sus bisagras habituales, y en otras circunstancias, en cambio, añoraba el statu quo, la realidad firme, rígida e inmutable donde apoyarse, donde posar la vista, el oído. Finalmente disfrutó esos cambios, las sorpresas que le deparaba la ciudad desde las alturas, porque le daba una preocupación en qué pensar, un enigma a resolver. Entonces empezó a recorrer por arriba y por la superficie con afán científico, o al menos como indagación de curioso. Que no hay tanta distancia entre el laboratorio y el chusmerío. Un bioquímico que analiza orina completa y sangre del vecino, y el

vecino que estudia horas de llegada y visitas del bioquímico. Para no hablar del psicólogo o el resumen ajeno de la tarjeta de crédito.

Hizo unas mínimas averiguaciones y se tranquilizó. No había sido el único en haber tenido percepciones extrañas. Los diarios locales dieron algunas informaciones tangenciales a los hechos que se los confirmaban. En ciertos sitios se podían palpar los efectos sutiles de sus observaciones. Restos de pastos a más de dos metros de altura en paredes por donde pasara el alud. Quejas de vecinos de la zona oeste por los fuertes olores precisamente en el día y la hora en que él desde el ala delta había notado esos aromas acres. Nadie habló sin embargo de la nube tipo twister gris amarillo, pero quizás no se percibiera desde abajo con tanta nitidez y el olor seguramente se habrá metido en las casas cuando la mayoría de la gente estaba en su trabajo, fuera del barrio, o durmiendo la siesta.

Luego vino el movimiento: como el efecto visual de las ruedas que se ven girar hacia donde no corresponde (autos que avanzan, ruedas que retroceden), o el del disco multicolor que al girar se hace blanco, así, de la misma manera, pensó, ocurría allá abajo con las pequeñas y las grandes diagonales. Primero creyó que era el tránsito, pero inmediatamente –ya acostumbrado a lo anómalo-, percibió las rotaciones. Parecía que la ciudad se había convertido repentinamente en una inmensa nave movida por un montón de hélices de distintos

tamaños, una la abarcaba (las diagonales mayores, 73 y 74) como un ventilador de techo que rozara las paredes de la habitación, otras medianas, otras pequeñas, por encima o por debajo de las aspas más grandes. Por momentos le llegaba el viento que generaban. Mantenían, a pesar de sus maniobras, el ala delta siempre a la misma altura. Entonces notó que las rotaciones no tenían el mismo sentido. Las grandes diagonales giraban como las agujas del reloj, las medianas y pequeñas alternaban su dirección. Como efecto general parecía producirse una corriente de aire y una temperatura que impedían a la nave subir o bajar. Eso fue cambiando, y después de una media hora, se detuvieron algunas hélices y quedaron rotando, evidentemente, las que lo hacían subir. Alcanzó una altura inusual y por primera vez sintió vértigo. Al cabo de quince minutos los vientos se invirtieron por efecto de las hélices/diagonales que se activaban o desactivaban y comenzó a descender hasta tocar casi las antenas de los edificios del centro. Desde esa altura pudo observar con claridad que todo seguía aparentemente normal; a pesar de las ruedas en que se habían convertido las avenidas diagonales, las personas y los automóviles se movían con naturalidad, no había embotellamiento, corridas ni pánico como podría suponerse, como podría desprenderse lógicamente de semejantes volteretas y rodeos. Al día siguiente recorrió caminado algunas de las plazas que habían sido ejes de los giros, pero no encontró nada que le llamara la

atención. Verificó los números de las calles y cansado regresó a su casa. Después de dormitar un poco en el sillón, desplegó sobre la mesa del comedor el enorme mapa municipal. Como quien mira la foto de un viejo amor. Desde arriba la ciudad tenía vida, ahora, sobre la mesa, parecía un cadáver a punto de recibir los cortes de la autopsia. Fue recorriendo, como si volara, los distintos puntos giratorios. No era difícil, todas las diagonales tienen epicentro en plazas. Y allí notó de qué manera ilógica, o con una lógica que él no lograba captar, los números de las diagonales no tenían un orden. La ciudad fue concebida como un damero. Aunque finalmente colocaron placas con nombres, las calles se reconocen por sus números. De 1 a 31 del Río al campo, del 32 al 72 del noroeste al sudeste. Los rincones fueron redondeados por bulevares que, como la mayoría de las diagonales, giran de menor a mayor, de forma dextrógira. Notó que en el exacto rincón del sur se iniciaba la cuenta de los bulevares (81, 82, 83 y 84). Las cuatro diagonales medianas, que forman un cuadrado en torno a la plaza central, van de 75 a 78 en el mismo sentido de giro. Los números la condicionan desde su origen. Las avenidas ejes son 13, número cabalístico, y 52 (cuádruplo de 13). Para leer a esta ciudad de arriba abajo y de izquierda a derecha, como cualquier texto occidental, hay que pararse en el sudoeste. Justamente el punto cardinal desde donde Diego llega con su ala delta cada fin de semana, cada día libre. Ahora, con el gran mapa ocupando

toda la mesa, recorre los números de las calles. Hay algo extraño que no comprende. No sabe qué es de inmediato, pero le choca. Y es esto: mientras todo parece girar como las agujas del reloj a partir de un punto de partida ubicado en el rincón del sur, las dos grandes diagonales que atraviesan la ciudad de parte a parte, giran al revés. Diagonal 74 y no la 73, es la que arranca desde el sur. Hay también diagonales pequeñas, que se extienden solo una cuadra desde plazas no centrales. Las recorre con la mirada varias veces. Finalmente busca una fibra de color y las resalta: 93, 94, 95, 96, 105, 106, 107, 108, 109,110, 111 y 112. Se demora extrañado buscando en el plano los números faltantes (anota: del 85 al 92 y del 97 al 104). No tiene sentido. La ciudad comienza con calle 1, sube sin saltos hasta 31 en una dirección, luego de 32 a 72 también sin saltos; luego de 73 a 80, las diagonales grandes y medianas; después de 81 a 84 los cuatro bulevares; finalmente las diagonales menores con los faltantes que ya había anotado. Sigue observando cada vez con más concentración (siempre lo subyugaron los mapas, porque ha visto y admirado de todas las clases, pero en este que es tan rígido lo sorprende lo ilógico). Dos de las pequeñas diagonales giran como el reloj, como los bulevares, a partir del sur (93 y 94, 107 y 108), en cambio las otras cuatro (112 y 111, 106 y 105, 96 y 95, 110 y 109) acompañan a las dos diagonales mayores en su movimiento levógiro. Como un gran reloj mecánico, piensa Diego, en el

que las ruedítas y engranajes tienen distintos tamaños y direcciones para compaginar la precisión de segundos, minutos y horas.

Recuerda que su padre decía que esta ciudad no había nacido de parto natural. Fue concebida in vitro, en un laboratorio. No creció al costado de un río que proporcionara el agua ni protegida de enemigos en la cima o en el valle inaccesibles. No fue producto de la expansión de un imperio como fuerte o factoría. Tantos ejemplos vinieron a su cabeza: Londres, París, Petra, Troya, Ushuaia, Emporión, todas las amuralladas, aquellas cuyo nombre son declaración de principio (Paso de…, Mira…, San y Santa). Imágenes de lugares visitados o admirados en fotografías, se acoplaron a sus recuerdos. Su padre leyendo a Julio Verne en voz alta para los hijos pequeños. La vuelta al mundo en 80 días, Viaje al centro de la tierra. Y por supuesto Los quinientos millones de la Begún. De esa novela salió el diseño de la ciudad. Para reforzar la idea de hija de laboratorio, pensó Diego, no fue creada según la relación humana con el entorno, sino de acuerdo con un deslumbramiento literario. Inspirada, casi copiada, de la France-Ville, se la conocía por ese mismo nombre, luego, en la Exposición Internacional de París en 1889, la ciudad fue premiada con la medalla de oro y calificada como “la ciudad de Julio Verne”. El plano de la ciudad es regular, sencillo; las calles están trazadas a distancias iguales, cruzadas en ángulos rectos, designadas

obsesivamente por números de orden. Con avenidas cada seis cuadras y plazas en los cruces de avenidas. En esa manía del orden, no encaja el error que había encontrado en el giro de los números. Evidentemente había sido hecho adrede para llamar la atención sobre algo que él aún no lograba descifrar. Diego también sabía que se vinculaba este diseño de la ciudad con la masonería. Reglas, escuadras, compases, similitudes con la Jerusalén Celestial mencionada en el Apocalipsis, el triple recinto druídico que la enmarca. En la novela de Verne hay dos ciudades, France-Ville (positiva) y su antagonista Stahlstadt (negativa). Y ambas fueron imitadas por los fundadores de esta ciudad que carece también de una denominación propia, personal, porque es simple tautología del nombre del país. La idea es calcada de un libro, el nombre copiado de su marco.

Para Diego, su curiosidad natural y las extrañas circunstancias y percepciones, lo llevaron a seguir indagando. Además, qué más podía hacer, sin afectos, ex presidiario, apenas con el hobby del vuelo semanal. La ocasión, el momento de su vida, eran propicios para ahondar en aquello que siempre lo había atraído. Tal vez otra forma de regresar a la niñez. Y qué mejor que releer a Julio Verne; se puso en campaña para conseguir Los quinientos millones. En cuanto encuentre el libro, planeó, lo voy a leer al pie del arquero de la plaza, sentado en el

pasto y con la espalda contra la base del monumento desubicado donde apareciera el corazón de Zulma.

No lo sorprendió la muerte de su padre. Desde siempre, desde sus más lejanos recuerdos, lo veía enfermo. Una variedad de males lo había ido inhabilitando. Cuando Diego cumplió seis años, su padre estaba internado por una deficiencia hepática. Fue el último cumpleaños con su madre. Meses después ella los abandonó a los tres. Una historia sórdida de la que sólo conocía una versión. Quizás su hermano, cuatro años mayor, haya sabido algo más. Pero no lo veía desde la adolescencia. Carlos se fue –huyó- a Europa, trabajó aquí y allá sin papeles y le perdió el rumbo hacía casi dos décadas. Por entonces él estaba terminando la secundaria y poco y nada le importaban sus parientes. Disfrutaba alejarse de una casa sin afecto materno y con un padre que mudaba de dolencia a dolencia. Ninguna parecía fingida, pobre padre, pero él necesitaba primavera. Tanto su hermano como él parecían haberse munido de corazas. Pero Diego conservaba recuerdos felices de su primera niñez con el profesor de historia a su disposición leyéndole a Verne y Salgari, mostrándole mapas antiguos y extraños. Ambos sentados en el sillón doble del living comedor o recostados en la cama grande. Aquella mañana en que faltó al colegio porque llovía y miraron y remiraron, él se asustó, luego rieron con el mapa del infierno dantesco. ¿Adónde ponemos a la directora bigotuda? ¿Qué te parece castigar a los

vecinos gritones convirtiéndolos en orejas gigantes rodeadas de perros que ladran todo el día? En las ilustraciones y cuadros que amojonaban las páginas de La Divina comedia, vio caras conocidas. Virgilio era igual al verdulero. Uno de los que mordía el bote en la laguna de sangre, se parecía mucho al portero de la escuela. Tenía el pelo igual y los ojos saltones. Siempre estaba enojado, la cara se le ponía verde. Seguramente Delacroix hubo tenido algún vecino o enemigo con la expresión del portero del turno mañana. Beatriz, no se lo dijo a su papá, era igual a la maestra de tercero B, con ese pelo lacio y largo, y esa sonrisa encantadora. Le hubiera gustado ver a alguno de sus compañeros arrastrándose suplicantes por el fango previo. Y ahora su padre estaba muerto. El corazón de paredes débiles, el hígado funcionando mal, la diabetes. No le interesaron las especificaciones. A partir de ese momento, lo sabía (aunque hasta la muerte de Zulma no le había importado), se acabarían los intercambios, las preguntas y respuestas, las sorpresas, novedades, los aportes imprevistos del otro sumados a lo previsto y esperado. Quedarían las fotos, y los recuerdos (esas otras fotos que se difuman, se escanean, vuelven a imprimirse mejoradas o se pierden en los recovecos hasta que aparecen porque son buscadas o porque se asoman solas). A los pocos días ya añoraba la voz sonora y profesoral que nunca parecía salir de ese cuerpo débil y quebradizo. Diego estaba recubierto de sólido concreto pero su suelo era

arcilla expansiva y lo fue resquebrajando. Todo lo que lo convertía en fatuo y despreocupado, aquello que le impedía casi sufrir por los demás, se rajó, se abrió como la tierra en la sequía. Había sido una construcción defensiva de alguien que creció entre enfermedades y abandonos. Con la muerte de Zulma trastabilló, y con la soledad de la cárcel y la orfandad absoluta terminó de caerse. A la semana del velorio al que asistieron ex alumnos, vecinos, y lejanos e irreconocibles parientes (nada sabía de su hermano), se dio cuenta de su deriva, de la necesidad de alguien, y lloró y lloró sentado en su cuarto, mirando la pared, sin una mano consoladora por el pelo, sin otra mano apoyada en el hombro. Lloró las muertes y su soledad. Lloró hasta que quedó rendido sobre la cama, con la ropa y los zapatos puestos.

El lunes siguiente debió empezar a ocuparse de trámites y papeleríos. Su padre había tomado la precaución de poner la casa a su nombre. Eso le confirmó que nada sabía del otro hijo. O que nada quería saber. Cualquiera de las dos opciones, especialmente la primera, le daban escozor. Todo parecía empecinarse en dejarlo en soledad. Aunque más no sea, un papel donde figurara el hermano. Pero no. La casa, con sus tres desolados dormitorios y el jardincito, estaba exclusivamente a nombre de Diego Almonacid con usufructo de por vida para Miguel. La vida del padre había terminado y él podía disponer de la vivienda. Pensó en mudarse pero temía a los innumerables fantasmas de la memoria,

quería algo de distancia. En menos de un mes ya había logrado alquilarla. Él seguiría viviendo en su departamentito. Abrió una cuenta con la idea de depositar mes a mes el cincuenta por ciento del dinero. Se lo daría a su hermano, apenas reapareciera. Era su forma de buscarlo, de reclamar su presencia, de inventarse el contacto. Por esos días consiguió en la librería Capítulo una edición reciente, impresa en Barcelona por la editorial Abraxas, de Los quinientos millones de la Begún. La tuvo en su mesa de luz dos días, esperando que mejorara el tiempo para ir a leer, tal como había planeado, al pie de la estatua del arquero en la Plaza Moreno. Finalmente, como la lluvia siguió toda la semana, se decidió a leer el prólogo del traductor, pero ya no pudo resistir más y leyó la novela de Verne en su casa, lápiz en mano, completa. Hizo unas cuantas anotaciones y subrayados. El martes siguiente salió el sol, comenzó a soplar el viento tibio de octubre, y munido de mochila con termo, mate, dos sánguches, se instaló en el pasto muelle apuntando hacia el roble, como la flecha, y leyó primero lo subrayado y luego el texto completo. Fueron dos jornadas en las que al menos olvidó su soledad mientras pasaba las hojas. Por momentos volvía el recuerdo de su padre junto a él y Verne o Salgari en medio, pero no le generaba tristeza sino una especie de seguridad como si un ángel tutelar lo acompañara.

Ya sabía que los fundadores de la ciudad se habían inspirado en este libro, pero de todas maneras no dejaba de sorprenderse quizás porque se le unieran las imágenes de infancia generadas por las explicaciones paternas más su visión aérea desde el aladelta más el hecho de estar sobre el pasto, en el centro mismo de ese damero. "El plano de la ciudad es esencialmente simple y regular, para que pueda prestarse a todos los desarrollos posibles (lee en la página 151). Las calles, cruzadas en ángulos rectos, están trazadas a distancias iguales, de anchura uniforme, plantadas de árboles y designadas con números de orden. Cada medio kilómetro (sigue), las calles se ensanchan para tomar el nombre de bulevares o de avenidas, y presentan en uno de sus lados una zanja descubierta para las líneas de tranvías y ferrocarriles metropolitanos. En cada cruce hay un jardín público ornamentado con bellas copias de las obras maestras de la escultura, en espera de que los artistas de France-Ville produzcan estatuas originales dignas de reemplazarlas". Y aún siguió leyendo un poco más hasta el final del capítulo X, para luego saltar hacia delante y hacia atrás en pos de subrayados y marcas (cuatro años antes de la publicación de Los 500 millones, escribió un ensayo titulado Une ville idéale, leído en la Academia de Amiens en 1875). Repentinamente despertó Diego desde las utopías del francés a la realidad cruda que lo rodeaba: su cuerpo estaba apoyado sobre la base de la estatua del Arquero, a un metro de

donde yaciera el corazón de Zulma. El salto fue brutal y le produjo ardor en la cabeza y confusión. Apretó los ojos con fuerza y se sintió mejor. Se puso de pie y acarició con mano firme pero lentamente la superficie rugosa del monumento. Trataba de recomponerse. De volver a su centro. En el pasto seguían el termo y las viandas. El libro abierto movía sus hojas orquestado con la brisa. Por un momento le pareció que todo se paralizaba. Recordó algunas de sus experiencias desde el aire. Sensaciones extrañas. Había un silencio inusual. Ni voces, ni ruidos de tránsito. Giró la cabeza y vio que en ese preciso instante todo estaba en movimiento, como si la realidad disimulara. Como si él hubiera abierto de golpe una puerta y todos los que estaban detrás fingieran seguir con tareas que evidentemente habían interrumpido por alguna razón desconocida. Sus objetos en el pasto lo tranquilizaron. Nada había cambiado. El libro estaba allí junto al termo y la mochila. Guardó todo y comenzó a caminar por la plaza. No había mucha gente, era la hora de la siesta; apenas unos corredores aerobistas con sus equipos deportivos y los auriculares. Caminaba por una de las avenidas laterales, luego se desvió hacia la gran vereda central. Al llegar al medio, donde se yergue la cubierta del lugar fundacional, dobló mecánicamente hacia 13 y 54 y allí, en lugar de cruzar la calle, decidió bordear toda la plaza como si recorriera el extremo de un universo. Iba en el sentido de las agujas del reloj, como los bulevares y ciertas diagonales, no todas –pensó-;

caminó lento hacia 14 y a su derecha veía nuevamente al Arquero, en sombras bajo los árboles, la curvita de la esquina lo puso de cara a la catedral y al sol de frente. Un grupo de turistas, claramente jubilados, salió de un micro enorme y se dirigió hacia la escalinata de la iglesia, entre risas y fotografías. Había alguno con bastón, bromistas y la mayoría charlatana. Esperaron al guía al pie de las enormes puertas, visiblemente lo azuzaban, lo apuraban, querían que participara de su alegría. La escena le dio a Diego tranquilidad; la vida continuaba rutinariamente. Llegó a la curvita de 14 y 50, un bulevar, se dijo y siguió a paso lento disfrutando el paseo, llenándose de sensaciones sin importancia (colores, ruidos, olores ajenos). Cuando llegó frente a la Municipalidad, tuvo que hacer lugar a un pelotón de adolescentes, siguió por la rada de estacionamiento. Entonces se dio cuenta o recordó que la plaza Moreno era un mapa de la ciudad, los cuatro bulevares, el espacio del bosque; las grandes calles. Pero no estaban las diagonales, tan características. La omisión resaltaba la importancia de otras calles: 13, 52. A qué ubicación en el espacio grande correspondían las estatuas: La de la Primavera a Plaza Italia, Verano la Rocha, Otoño en 19 y 60 e Invierno en 19 y 44. Ya en su casa, buscó en el google-earth y copió lo fundamental al papel.

Había algo irregular. Del eje de trece hacia el norte-este, todo correspondía con la ciudad. Pero en la otra mitad había algo desparejo.

Porque de un lado la avenida siete era el exacto medio entre 1 y 13, pero del otro, de 13 a 31 debería haber dos avenidas, a saber 19 y 25, y en el plano de la Plaza solamente se trazaba una. De modo que las estatuas del invierno y el otoño quedaban en un lugar simbólico, de correspondencia no exacta con la realidad. ¿Y las diagonales? Buscó precisiones con la vista satelital: sí, allí estaban sugeridas las dos mayores. Comenzó a trasladarlas a su planito y descubrió dos cosas: la primera lo sorprendió, la segunda lo aterró. Tres de las líneas partían con clara simetría desde los bulevares 82, 83 y 84 hacia las estatuas. La cuarta arrancaba desde el bulevar 85 pero esquivaba la estatua del otoño. Precisamente sobre esa diagonal estaba el Arquero. Estatua desubicada sobre avenida mal trazada. Luego pensó, y eso fue lo que le produjo un sobresalto de pánico, que si se traslada la ubicación de la estatua del Arquero (y el corazón de Zulma) hacia el plano de la ciudad, la dirección correspondiente sería, sin dudas, su casa (o al menos, su barrio). Buscó en el botiquín del baño el pastillero y tomó medio clonazepán extra mientras sentía que el fondo del paladar se le adormecía, la cabeza en un hervor y un principio de palpitaciones. Quién había sido el enfermo que hubo planificado semejante puñalada. Qué mensaje le estaban enviando. Volvió a creerse esquizofrénico: tal vez otro Diego, yo mismo, la haya matado y este Diego, yo mismo –dijo en voz alta-, no lo sabe. Pero recordó los estudios, las terapias, y supo que

no era cierta esa horrible suposición. De todos modos, siguió hablando solo, preferiría mi locura a la otra locura, la de alguien increíblemente siniestro que no se detendrá hasta que me vuelva realmente loco.

Al día siguiente, tras una noche en la que prácticamente no durmió y cuando cerró los ojos fue para nadar en pesadillas previsibles, así y todo algo más tranquilo quizás por efecto de los psicofármacos, volvió a sacar cuentas de números y calles. El arquero de la plaza, es decir el corazón de Zulma, no indicaban su casa –imposible tanta precisión salvo para el momento de shock y la cabeza obnubilada- y apenas su barrio, en el que, por otra parte, vivían alrededor de cincuenta mil personas. De cualquier modo, pensó aún inquieto, me tranquilizaría que el sitio elegido por el asesino correspondiera indudablemente a otra zona. Volvió a mirar mapa y plano. Si el corazón estaba junto al arquero indicando tal vez un sitio en el mapa, los otros pedazos de Zulma distribuidos en el mapa podrían indicar sitios en el plano de la plaza. Un ida y vuelta de señales. No necesariamente las claves están de un lado y las respuestas del otro; clave y mensaje son intercambiables. La cabeza, entonces, que apareciera en el bulevar 83, el norte, tendría su asterisco en 12 y 50; los pies en el otro extremo de la plaza Moreno y las manos en 14 y 50 y en 12 y 54 respectivamente. El cadáver apunta al cementerio de la ciudad. El tronco en dirección primavera-otoño, los brazos de verano a invierno. O estaba metaforizando enfermizamente o

debía tratar de concentrarse y comprender por qué alguien, o algunos, se habían tomado tanto trabajo para matar a una pobre mujer sin dinero ni poder ni influencias.

Alguna vez, sin embargo, su padre estuvo temporalmente sano o con suficiente fuerza como para disimular. Fue aquella temporada cuando compró el Senda diesel verdecito. Salían ambos a pasear. Él no se animó a dejarlo ir solo, la primera vez, y luego de esa experiencia agradable e impensada no perdía lo oportunidad de hacer de copiloto, piloto ilegal sin registro, por invitación ajena o por propia iniciativa. Los domingos, un poco antes del mediodía, munidos de pan lactal, fiambre y equipo completo de mate, más cuarenta litros de gasoil, salían a recorrer caminos alternativos. Su padre, y luego él tampoco, gustaban de las autopistas, ni siquiera de las rutas provinciales, de modo que se aventuraban por impensados caminos rurales que unían pequeñas poblaciones semihabitadas o directamente muertas. El hielo lo rompieron ya en la primera salida, aquella que dejó en Diego su marca. El padre enderezó para un suburbio y quiso ir a ver cómo estaba el barrio donde habían estado a punto de comprar unos terrenos en cuotas (él y su madre, pero no la nombró). La calle se fue desgajando hasta convertirse en cráteres sin profundidad en un pavimento antiguo y mal hecho (era evidente, dijo su padre, que quienes vendieron apenas echaron una capa de asfalto con apariencia de ruta que se iría

desmejorando con el paso de los camiones y del tiempo). Llegaron al final de una larga calle siete, la calle que atravesaba el centro de la ciudad, allá a lo lejos de donde venían ellos, y ahora se había convertido, poco a poco, en campo. Su padre detuvo la marcha y observó, quizás –pensó Diego- buscando el terreno, y luego puso primera, dobló a la derecha por donde anduvo unas cuantas cuadras, en medio de algún quincho abandonado con su parrilla, una casita humilde, pequeños establecimientos de cría de pollos, chanchos, más allá unas vacas. De nuevo la línea recta murió mirando al campo y el padre dobló hacia la izquierda. Se extendía la llanura vacía, con un camino de tierra por donde llegaron a Ignacio Correa. Unas pocas casas en torno a la estación de tren que ocupaba el centro, con dos calles que partían paralelas de la ruta de acceso y se unían finalmente, como cerrando un paréntesis –dijo Diego- a unas pocas cuadras. Allí, nuevamente surgía la ruta de tierra hacia vaya a saber dónde. Entraron por la derecha, respetuosos de la circulación normal, dieron toda la vueltita al pueblo y pararon en un viejo almacén. Vamos a ver, dijo el padre, bajemos, pero eso sí, no nos llamamos Dahlman. Él no entendería hasta que, esa noche, su padre le pasara el libro de Borges abierto en la página pertinente. Era otro tiempo, más que otro lugar, esas marcas de productos (la yerba, las galletitas) ya no se veían en la ciudad. El dueño del local no era el bolichero borgiano sino una agradable señorita que

miró con interés a Diego. Volvieron al auto y salieron del pueblo unas cuantas cuadras hasta la vera del arroyo El Pescado donde almorzaron bajo los árboles. Ambos estaban muy entusiasmados. Su padre, muy a su pesar, necesitaba descanso, Diego lo convenció de volver a casa con la promesa sin esfuerzo de hacer otra excursión a la brevedad. En pocos meses, gasoil mediante, recorrieron un sector más o menos triangular de unos 400 kilómetros cuadrados. Por viejas rutas reales llenas de tierra polvorienta o peligrosamente resbaladiza según sequía o lluvias, con carteles oxidados en los que apenas se podían descifrar nombres y distancias insólitas, la banderita argentina y el logo del automóvil club. Cruzaron viejísimos puentes de fierro marrón, el río San Borombón, el Salado, muchísimos arroyos, canales y riachos. Unos chorizos asados al borde del río ancho y caudaloso, apenas cruzado el gigantesco puente de fierro marrón, fueron recordados con fruición no sólo estomacal. Su padre había recuperado el color y casi no se quejaba. Solía cansarse, pero entonces manejaba Diego y él se estiraba en el asiento semi reclinado. O dormían la siesta bajo unos sauces. Fue un período bucólico. Trazaron un mapa (siempre los mapas) de los caminos alternativos que unían Correa con Bavio, Bavio con Arditti y de allí a Payró. Por otro lado Ferrari, Oliden. Y la aventura no terminaba con la llegada a la casa, porque el padre, historiador y bibliófilo, hurgaba en la biblioteca o en las librerías de viejo, e investigaba sobre la historia de

aquellos pueblitos visitados. Los libros traían viejas fotos, mapas, cronologías. Y ambos se entusiasmaban. A Diego, las expediciones también le dieron algún rédito. En un granero había un Ford T impecable que compró por poco y vendió por mucho; por no citar los jarrones, muebles, vajilla, raras herramientas que comerció en San Telmo. También hizo transacciones internacionales. De Hollywood le pidieron autos antiguos para una película. No pudo conseguirlos, pero se sintió orgulloso y con poder. Primero fueron las fotos aéreas, después llegó el google earth y recorrió con fruición y añoranza los viejos caminos polvorientos que se destacaban como un mal corte de pelo sobre la inmensidad vacía y verde amarillenta. Campos de soja, maizales, el abandono de la ganadería y manchas de agua. Por allí habían andado con su padre y él recorría la pantalla como un semidiós que busca a su creador. Hoy, muerta Zulma y muerto su padre, solamente le quedaba buscarlos o recordarlos desde allá arriba. El arquero de la plaza con el corazón de ella, el sauzal a la vera del arroyo El Pescado donde tantas veces habían descansado junto al senda. Recordó la libretita negra donde fueran trazando dibujos de caminos y distancias. ¿Estaría en su casa o se habría perdido en la biblioteca del padre? En alguna de sus páginas también había tomado nota de las alturas de algunos árboles. Le encantó la manera simple e ingeniosa de medirlos: el procedimiento de las sombras era una invitación a destinar la vida a la astronomía o

las ciencias (cuando tu sombra es igual a tu estatura, medís la sombra del árbol), el del trasportador un homenaje a los griegos, a Eratóstenes, a la historia de la geometría (se cuenta la distancia del árbol hasta un punto desde donde se ubica la punta del árbol en el extremo de dos maderitas clavadas formando un ángulo de 45 º; la altura es igual a la base).

Una noche junto a un alambrado, reparados del viento del sur por un bosquecito de casuarinas, acunados, movidos a reflexión por el silbido de los árboles, observaron las estrellas. El auto había recalentado, después se enterarían por el mecánico de la existencia de un exótico radiador de aceite (carísimo, por otra parte) que completaba, estos alemanes, el circuito del radiador común; y su padre decidió –más por mirar las estrellas que por preservar la salud del senda- quedarse unas horas para que se enfriase el agua. Obligados por su ubicación miraron al norte previsible y regente, pero el historiador, en pleno furor revisionista y americanista, cruzó el alambrado entre el tercero y cuarto hilos (segundo y quinto de imposibles púas) y dejó el bosque de casuarinas a su espalda, con todo el sur a la vista. Primero los sorprendió la luna amarilla y gigante por el este, y por fin la Cruz del Sur rodeada por el Centauro. Desplegaron las reposeras, la garrafa y el pan y queso restante, más un salamín edénico que el padre sacó no se sabe de dónde. El mate es más sabroso cuando se miran las estrellas

junto al padre o junto al hijo en medio de la nada y de la noche. Ahora, tras la muerte de su padre, ¿él recordaba o construía el recuerdo? El centauro aquel tenía algo del arquero de la plaza, aunque de distinta manera estaban ligados a dos corazones, recuerdos de corazones que él había amado. Y que sentía ahora, con la evocación, cuánto los había amado. Él que pareció de hielo durante tantos años. Impermeable a todo afecto que lo comprometiera. Duro y distante, aprovechador en algunas circunstancias; solamente un revoque que se desmoronó con la cárcel y la soledad. Ese revestimiento impenetrable se agrietó y dejó a la luz la estructura. Al menos para sí mismo. Porque él también se creía un duro. Ahora notó que esas distancias que elegía (la frialdad, el vuelo, dos miradas desde lejos) eran solamente miedos defensivos. Pero vino el imprevisto y lo dejó en pelotas. Al menos le quedaban de su padre recuerdos como boyas, su madre, pensó con dolor siguiendo la serie, fue un naufragio, o peor todavía huyó del barco dejándolo al mando y sin rumbo. Un capitán de seis años. Con un padre enfermo y un hermano ausente. Bruscamente volvió a las casuarinas y el Centauro. Vieron salir el sol, como el inicio de un prolongado orgasmo, y después del último mate, contra todos sus deseos pero agobiados, cansados (el padre dolorido en silencio y él preocupado por la salud del padre) emprendieron el regreso. El auto se portó bien hasta llegar a la casa por efecto del fresco matinal o por solidaridad con sus tripulantes. Hoy

Diego compara. La ciudad cuadriculada y asesina con aquel lugar bucólico. Pero no fue por el campo sino por la felicidad que transmitía su padre. Hubiera sido igual de memorable una caminata por calle 8 o por la estación de trenes si a su lado el padre estaba feliz. Ayudaron la luna y las estrellas, el silbido del viento entre las casuarinas, echarse en reposeras a observar y hablar, pero, insistió, todo lo construyó la intimidad. O está edificando ahora una culpa que lo eyecta del presente hacia los pocos momentos venturosos. No importa, se dijo, aquello fue la felicidad eterna.

Volvió a la Plaza Moreno. El centro de la ciudad parecía también su centro. Antes del corazón de Zulma, circulaba él por ahí. La aparición de los restos al pie de la estatua del Arquero le dieron otra tonalidad a sus emociones. Pero siempre era la plaza. Y él caminando por sus avenidas que repetían las avenidas de la ciudad, él sentado en cada una de las fuentes con estatuas de las estaciones (especialmente las del otoño y el invierno), él con la mirada puesta en el Arquero extemporáneo y desubicado que apuntaba sin flecha ni cordel. Desde el asesinato de Zulma, o mejor decir desde que él saliera de la cárcel, los recorridos por la plaza (en caminatas o desde el silencio del aladelta) le produjeron siempre impresiones difíciles de comprender y de olvidar. Sentado bajo el roble hijo de Guernica, sintió los quejidos. No aparecieron de a poco

como esas voces remotas que pueden ser reales o construcciones a partir de una combinación de sonidos lejanos; no, fue como si alguien le gritara fuera de sí con la boca pegada a su oreja, mientras una multitud también le estuviera gritando detrás de la primera boca que aúlla. El cuadro de Rivera *Eco por un grito* con más personajes. Ya acostumbrado a lo extraño, solo lo sorprendió el primer impacto. El día y la hora seguían su curso natural, las hojas y los circunstantes también, al igual que el intercambio de luces y sombras sobre el pasto y los baldosones. Pero el grito y sus clones le marcaban el recorrido. Se puso de pie y fue tras las huellas claramente perceptibles porque las voces continuaban suplicando. Al llegar al bulevar sur de la Plaza Moreno (14 y 54) se sintió confuso porque el coro se dividió en semicoros, uno hacia su izquierda y otro hacia la catedral. El tránsito le marcó el rumbo y cruzó la calle 54, siguió husmeando por catorce mientras se acentuaba una mitad del griterío y se alejaba de la otra. Al llegar a 55, apenas asomado por la ochava, le pegó como un viento de voces lastimeras. No ya de tanto volumen cuanto claras y dolorosas. Venían indudablemente de la vereda de enfrente, de las bases de un edificio policial del que se decía (recordó y hubiera preferido que ese dolor no hubiera existido nunca) que su construcción había servido para ocultar cadáveres entre el concreto de los pilotines y la fundación. Sintió un gran calor en el pecho, creyó ver su propio corazón bombeando la sangre, y vio a la vez caras con las

bocas desencajadas pidiendo justicia. Tuvo que apoyarse en un árbol y respirar rítmico y cortito para recobrar el equilibrio. Haciendo un enorme esfuerzo de voluntad para mantenerse erguido, como un borracho que simula, desanduvo el camino. Las voces a sus espaldas parecieron apiadarse. Ya le habían avisado, ya habían enviado el mensaje de auxilio. Ahora, al frente, la Catedral tan sobria y recta, con su mole de ladrillos sin fisuras ni desorden, lo esperaba. El silencio de un semicoro hacía que la otra mitad se amplificara a cada paso que daba hacia 53. Ya en la rambla, con la iglesia encima, los gritos que provenían de abajo la contornearon, movieron las paredes hasta convertirla en iglesia de Gaudí, en iglesia de Van Gogh. Una enorme torta derritiéndose por los alaridos de su base. No pudo cruzar hacia la manzana donde está la catedral, una fuerza le puso la pata pesada en el pecho nuevamente y decidió regresar a un lugar seguro. Había unos caballitos del otro lado del alambrado, venían a refugiarse a la sombra de las casuarinas y los meoporos. Tres petisos con la gracia de su falta de pureza racial. Esa maravillosa imperfección que lo atraía en otros animales. Los perros puro perro, combinación azarosa de ovejero y terrier, los ratoneros con patas más largas que lo usual. Y allí estaban la familia equina. El padre, con flequillo rubio, la madre con el cuero coloreado como hija de una vaca holandoargentina, y el potrillo todo marrón y arisco aprendiendo a correr casi empujado por el padre. Y él, con su propio padre, mirándolos

sin hablar. Esa escena había sido en muchas ocasiones un refugio nirvana para escapar del terror o la angustia. Aunque más no fuera por unos minutos, por unos momentos de noche inquieta, le había servido. Pero ahora ni siquiera ese idilio virgiliano lo sacaba del espanto. Forzó dos tres cinco veces sus potencias para fijar el cerebro y los sentidos en aquella imagen de animales en el campo, suave silbido de casuarinas y compañía silenciosa de padre e hijo en reposo, pero los coros de ensangrentados clamando justicia lo arrancaban violentamente de la paz.

VICHO

¿Se nace sanguinario? Hitler, por dar el ejemplo emblemático, ¿nació siendo el que conocemos? Vicente, Vichi, finalmente Vicho, es uno de esos casos. Nació en la parte antigua de la ciudad, en su prehistoria, porque Tolosa fue previa a la pequeña urbe cuadriculada. Una casa común, de barrio, una familia común con padre alcohólico en las cenas y los fines de semana, una madre que sufre y cría a los chancletazos al par de vagos que huyen de las tareas escolares para ir a cazar pajaritos con la honda y a jugar a la pelota en el potrero junto a las vías. La madre los reta y les pega rutinarios coscorrones porque no puede

sentarse a revisar las cuentas de sumar con comas y crear oraciones a partir de palabras recortadas de periódicos y pegoteadas en cuadernos previsiblemente desprolijos. En el potrero, Vicho alguna que otra vez vio como algunos de los pibes más grandes obligaban a los más chicos a manosearles el miembro o hasta hacérselos besar. No vio ni supo de penetraciones, y siempre se mantuvo al costado, no lejos, simplemente al costado como observador privilegiado por su edad intermedia (ni grande abusador, ni pequeño indefenso). También había sido testigo involuntario de cómo su padre montaba literalmente a su madre. Creció en un ámbito de común hostilidad, pero de chico no torturó pájaros ni violentó vecinos. En los partidos de fútbol no le esquivaba a las peleas cuando se calentaban los odios interbarriales. Pegaba con frialdad de boxeador. Se comía un par de piñas y repartía dos o tres, todo sin odio visible, sin rumiación posterior ni comentarios rencorosos. De allí, a una canilla en el fondo de la casa, junto al gallinero, para sacarse la tierra y la sangre del tercer tiempo. Cuestión de recibir no más que los coscorrones asignados por la demora y la rutina, por no hacer las tareas ni los mandados.

¿Tal vez de la vida vulgar a la banalidad del mal, no haya un largo trecho? En quince años pasó de ser el pibe del montón a un asesino sin estómago. Creció en la trivialidad barrial de los sesenta, mutó cuando los setenta le dieron un sentido a su intrascendencia. Al no tener

ansiedades intelectuales todas sus potencialidades, sus compulsiones se activaron en la dirección del castigar. Pero él no estaba solo. Como en las series norteamericanas tenía un partner, un compañero de ruta que hace injustificadas las suposiciones tipológicas anteriores, todo el análisis se desploma porque el otro, Coco, sí había sido estudioso, y aunque sin programa claro, también lector. Su madre no le había pegado chancletazos ni coscorrones, era una pulcra maestra, su padre bancario apenas tomaba unas copas con el asado dominguero. Jamás se había agarrado a piñas ni visto violaciones ni abusos. Había vivido en el centro, con sus partidos de fútbol en la plaza –después de hacer apurado y de pie las tareas escolares-, sus excursiones en bicicleta hasta el bosque y veraneos felices en Mar del Plata. Alguna rara química quizás haya convertido a dos seres previsibles en desaforados ajusticiadores de opositores políticos, primero, y de cualquiera –incluidos los amigos- después. Tal vez exista para las personalidades el accidente. Sopla un viento, se afloja la canaleta de un techo, vuela diez metros, corta una rama que corta un cable y en medio de una tormentita un cuarentón, que camina feliz con el resultado perfecto de su chequeo médico en el portafolios, muere electrocutado.

El primer acto grandemente violento fue en Ezeiza. Venía Perón después de dos décadas de destierro, y Vicho, con algunos vecinos no todos de su edad, el padre y un par de amigos cincuentones que

añoraban las últimas imágenes de Evita, un tío mayor que decía haber estado en el Riachuelo el 17 de octubre, el único estudiante universitario de la cuadra y dos o tres vagos más de la unidad básica, se subieron al micro engalanado con trapos banderas, todo bastante casero. Durante el viaje hubo anécdotas todas iguales, y canciones elementales que fueron coreándose con mayor intensidad a medida que se acercaban al lugar del acto o cuando cruzaban a otros militantes en camiones o a pie. Los jóvenes no habían vivido fiestas similares. Había clima de carnaval desatado, necesidad de grito y diversión callejera. Los centenares de personas se convertían rápidamente en miles y finalmente en millones. El campo levemente ondulado de Ezeiza fue el Woodstock latino. Tal como en las superproducciones hollywoodenses, esas que Vicho veía los sábados en blanco y negro echado en un sillón, con innumerables extras, la vista mezclaba las caras de los primeros planos, con las manchas de colores que se esfumaban hacia los bordes del horizonte. Los ejércitos desharrapados de Espartaco más que las legiones cuadriculadas de romanos. Persas sin elefantes, malones a la expectativa.

El micro los dejó muy lejos, pero en las riadas inmanejables, el pequeño grupo integrado por unas veinte personas, fue arrastrado por aquí y por allá. Finalmente quedaron en un lugar incómodo, pegados al palco desde donde hablaría Perón pero casi por la parte trasera; de

modo que estaría a metros de un líder invisible. Ya es historia y se sabe, Perón no descendió de su avión ahí, y el acto maravilloso se convirtió en carnicería. Vicho, su padre, su hermano y el resto de sus vecinos, quedaron en medio del tiroteo. Vieron ambulancias con armas, desplazamientos militares, francotiradores en los árboles. Algunas de estas cosas las vieron, otras las recrearon los comentarios posteriores. Todo como manchas que el espanto ruidoso de balazos y gritería impedía retener. Las imágenes pasaron rápidas como los tiros. Contra la luz, se vio el trazado de algún proyectil. Los grupos cercanos se convirtieron en amasijos de cuerpos que intentaban protegerse. El tiempo no pasaba nunca y terminó de pasar cuando notó que su tío, que había cruzado un 17 de octubre el Riachuelo, tenía sangre en el pecho. Habían transcurrido muchas horas o muchos minutos eternos y todo parecía llegar al fin, solamente unos disparos y gritos lejanos, tal vez persecuciones, sirenas, autos en emergencia o en fuga. Del palco fue bajando gente, algunos con armas cortas, otros con instrumentos musicales. Después, meses después cuando ya no era tan inocente, supo Vicho que los pesados habían salido en otra dirección. Alguien lo ayudó a cargar al herido. Llegaron a otro micro y regresaron a la ciudad. En el viaje, un enfermero que terminó en el mismo transporte sin saber cómo, los tranquilizó, limpió la herida y ubicó un impacto pegado a la clavícula. No era nada, o no era tanto. En el hospital de Gonnet le

extrajeron la bala 32 que convirtió al tío en héroe charlatán de reuniones familiares y asados militantes. Revolución libertadora y gorilas. A Vicho, alguien le dijo "compañero" y le pidió que pasara por la básica de Tolosa. Allí empezó el cursus honorum del asesino. Fue a un acto por el día de la bandera en Plaza Belgrano. Como comparsa, como aburrido. No supo de ideología, solo un poco de amistades o solidaridad con los que lo acompañaban. Los otros, el enemigo (según calificación de sus compañeros) coparon el acto. Hablaron representantes, sindicalistas, universitarios. Él apenas escuchaba. La masa humana se movía como una masa de pizza. Se espumaba, se estiraba, se hacían grumos de personas que se empujaban. Hubo algunos forcejeos, sonó lejano un disparo. Y el grupo con el que había ido Vicho se vio rodeado y empezaron las piñas y los palos. Se fueron abriendo camino hacia un borde de la plaza, la esquina de avenida 13 y 40. El conjunto se dispersó y Vicho quedó acompañado por dos más. Se metieron en una obra en construcción. Coco, a quien sólo conocía de vista, y un muchachito asustado de unos quince años. Llegaron los otros en su busca entre arena y escombros. Volaron unas piedras. Dos grandotes capturaron al pibito. Vicho apareció de atrás, con un grueso palo de futuro andamio y comenzó a repartir golpes. Cuando se acercó en su ayuda Coco, un grandote huyó mientras Vicho golpeaba en el suelo implacablemente. Coco también empezó a golpearle la cabeza, primero

a patadas, después con un ladrillo. Entre los dos lo dejaron seguramente muerto. El pibe no estaba a la vista. Ellos saltaron la alta medianera del fondo trepando por arena y piedras, subieron a un techo y a otro para desembocar finalmente en un largo pasillo que salía a catorce casi esquina 39. Fue la primera muerte. El crimen ritual. La pérdida de la virginidad lo lanzó al desenfreno. Aquella noche se reunieron en la básica y hubo damajuanas y risotadas. Coco habló de la valentía de Vicho y uno de los jefes les pidió que se cuidaran mutuamente. Los juramentó sin juramento. De allí en más, en cada acto o movilización, iban hombro a hombro y luego, cuando las cosas se espesaban, espalda con espalda.

Vicho sabía que Perón simpatizaba con la Banda (como se autodenominaba el grupo de choque), que a los otros les daba un poco de poder para usarlos, para meterles miedo a los golpistas. Vicho sabía, eso le dijeron, que Perón les sonreía y se abrazaba con todos los sectores del movimiento, pero que pensaba como sus compañeros de la básica, y de otras básicas similares. Ese pensamiento le daba fuerzas, incrementaba su impunidad y sus odios. Los otros, los grandotes seudouniversitarios de la plaza, eran el enemigo disfrazado de cordero.

Así fue que lo llamaron para distintos trabajos. Romper una huelga de infiltrados en la fábrica. Cuatro bolches que se disfrazaban de peronistas, le dijeron. Y allí estaba Vicho acompañado de Coco y otros

con sus palos y algún fierro. Rápida pero imperceptiblemente la temperatura subió. Fueron más los tiros que los palos. Y luego armas más pesadas. En pocos meses se había virado de trompadas a cuarenticincos. Empezó a dormir fuera de su casa.

Los años corrieron, y la sangre. Cuando se produjo el golpe militar, ya estaba en una clandestinidad tolerada por punteros y sindicalistas que necesitaban a menudo sus servicios. Su compañero Coco había sido asesinado por los que hasta unos pocos días antes fueran sus amigos políticos. El año 75 fue el desbarranque completo para la pareja. Jugaban mientras asesinaban enemigos y supuestos enemigos. La apuesta era, tras una persecución y localización, alcanzar a la víctima frente a una vidriera y meterle la mayor cantidad de balas en ráfaga de ametralladora sin romper ni rasguñar el vidrio. Nada es gratis y aún para dos desquiciados era necesario ahogarse cada noche con prostitutas, alcohol, pastillas o jeringas. El dinero les llovía (por paga o robo) y les quemaba las manos. Una vida exagerada por urgencias y delitos que mal que mal autojustificaban en una supuesta guerra ideológica. Si al principio hubo oposición y enfrentamientos, muy rápidamente se transformó en venganza y carnicería. No había jefes pero eran verticalistas. Aunque no lo reconocieran temían a los superiores. Habían juntado odio contra el Ruso, que les daba las órdenes y a quien temían. El Ruso lindaba con un fundamentalismo

delirante similar al que vendría varias décadas después desde el mundo musulmán. Armaba bombas de nitroglicerina en su cuarto, contiguo al de su madre, con quien vivió hasta los cuarenta años. Vicho y Coco agachaban la cabeza frente a él, pero luego rumiaban. Una tarde, en el piso alto del sindicato, le pegaron varios tiros por la espalda, lo ultimaron a cuchillazos con cierto miedo apenas disimulado –todavía los miraba firme desde el piso encharcado. El edificio tenía una caldera, trozaron el cuerpo y lo quemaron.

Entre sus compañeros corrió la noticia con la velocidad de los alcahuetes borrachos y las prostitutas golpeadas, y salieron en su cacería. Los encontraron –siempre andaban juntos- ya de madrugada en la trastienda de un bar y los despedazaron, literalmente, a tiros. Nadie supo entonces que no era el Vicho uno de ellos, sino un travesti con quien había intercambiado las ropas aquella noche de diversión. Él escapó por un pequeño patio trepando por los cajones de cerveza hasta una medianera alta y de allí a un largo pasillo. Recordó una huida similar mientras corría a espaldas de los tiros interminables que se dirigían a él pero no le apuntaban a él. Por otro largo pasillo descascarado, como un otro de Borges (ese gorila al que no leería), se vio a sí mismo y su amigo ahora muerto por otros amigos suyos huyendo de la plaza Belgrano. Aquí ahora tal como allá entonces, recomenzaba su vida.

Anduvo a la deriva, entre el miedo y la resaca se dirigió estúpidamente hacia la casa paterna. Tuvo la precaución, o solo fue un reflejo del mecanismo habitual de sus tareas, de entrar solapado por los fondos. La casa lindera que daba a la calle de atrás tenía un costado de parque con el pasto algo descuidado, por allí se accedía a un patio y luego al sector de la huerta. Escondido apenas entre las cañas de las tomateras, pasó el alambrado romboidal. El perro lo conocía y no ladró. Se alborotaron apenas las gallinas. Nada fuera de lo común, era casi el amanecer con ese frescor amable del cielo que deja su negrura y se vuelve bostezo. Destrabó tal como había hecho durante la adolescencia después de esas salidas a los bailes, el pestillo de la ventana. El hilito tramposo que hubo colocado a los dieciséis años cuando le prohibieron salir, aún estaba allí, como un cómplice amigable. Con un leve tirón cedía del lado de adentro la trabita plástica de la ventana. Entró en su cuarto, una pequeña habitación con un viejo ropero y unas cuchetas vacías. Y durmió con algunos sobresaltos que fueron espaciándose cada vez más hasta convertirse en pesadillas simples de caídas y oscuridades. Había sido perro callejero, luego lobo, y ahora, aunque más no lo fuera por esa noche tardía, volvía a ser perro doméstico en su casita protectora del barrio de Tolosa. Qué rayo cayó alguna vez para transformarlo en sangriento. Un perro que de golpe deja de mover la cola y muestra dientes asesinos, para retornar finalmente como un

cusquito a la cucha. Al despertarse creyó estar en una celda, hasta que los olores y luego la aspereza de la pared lo volvieron a su cuarto. Los colores, los mismos de siempre, aquel verdecito y aquel ocre que usaran con su hermano en extraña competencia. De acá para acá, mi zona verde; de acá para allá, tu zona ocre. Echado de espaldas con los brazos en jarra bajo la cabeza, su posición de felicidad, observó el cuarto detenidamente. Su hermano menor, Beto, lo había vuelto a pintar (no creía que su padre se hubiera tomado ese trabajo, últimamente apenas podía con su enorme vientre y el corazón flojo), y había conservado los dos colores y las dos camas, a pesar de que él, hacía años que no dormía allí. Fue saliendo del momento amable como quien sale caminando del mar a la playa. ¿Cuándo deja el agua de salpicarnos, cuánto tardan las gotas perseverantes en secarse definitivamente? Volvió el temor. A él, que era temerario. Porque algo se removió bajo esa costra de sangre seca y resecada. Quizás por la muerte de su compañero Coco. Tal vez porque sus amigos habían cometido el crimen de matarlos (a Coco y a él), salvajemente, en venganza atroz, tal como hicieran él y Coco con el Ruso. Los habrán quemado, pensó. Aunque, quizás, en tren aleccionador, hayan preferido dejarlos allí perforados a balazos para que a nadie más se le ocurriera una traición como la que él había cometido. Recordó el momento en que ultimaron con cuchillos al Ruso y lo tiraron en la caldera del sindicato. Pero lo rememoró como una

película viejísima, de mala calidad, muy pigmentada en blanco y gris. O como un sueño que aún no fue contado y es apenas una sensación de caída en el vacío de la penumbra. Sintió ruidos en la casa, se levantó. En medio de la habitación, en absoluto silencio, esperó con los detectores encendidos. Estaba acostumbrado a acechar. Olvidó, por rutina criminal, que estaba en Tolosa, en el que fuera su cuarto, olvidó que detrás de esa puerta placa barnizada estaba su madre o su hermano. Hasta los latidos del corazón parecían acompañar su silencio. Fue solamente un momento. El miedo a sus iguales lo había hecho saltar nuevamente de hijo y hermano a fiera; ahora, tras esos minutos tensos, retornaba a algo antiguo, a sentimientos que había olvidado ya que su inmersión en la mafia política, su descenso rápido por el talud del crimen habían sepultado en el fragor de persecuciones y huidas sus instintos básicos de ser humano. De cualquier modo le duró poco aquel temor al coscorrón materno, el sano aburrimiento escolar y los partidos en el potrero. El perro domesticado volvió a ser lobo, abrió la ventana con la nueve en la mano (bala en recámara) y escapó desandando el camino de la noche anterior. No estaba atado a una cadena, tenía otros contactos. Sus actividades de militante, fuerza de choque, soldado de una causa y killer ocasional en tareas independientes del grupo, lo hacían tener relaciones en todos los bordes del círculo amplio que lo rodeaba. Ningún compañero de la básica ayudaría a un asesino de otro

compañero, por más internas que hubiera. Eso lo sabía con claridad. La mayoría de los vigis y milicos no era confiable. Había hecho un par de ajustes de cuentas, con buen saldo económico en dinero y especies, para un ex comisario que manejaba alguna mafia de piratas del asfalto, desarmadero de autos y coca. El tipo había crecido poderosamente en los últimos años. Y Vicho le caía bien porque necesitaba un descarnado que no temblara ni a la hora de matar a su propia madre. El crimen del Ruso, que para la sociedad y los cumpas era una bestialidad, para el Tete, no sabía ni su nombre, era como sacar el carné profesional.

Durante tres días se escondió en el barrio. Conocía recovecos, durmió bajo el soporte de un gran tanque de agua en el techo de su escuela. Tenía agua, cortó unos higos, ayunó. El fin de semana, la escuela barrial de provincia, era un cementerio, pero no quiso meterse en un aula o en la dirección por las dudas. Desde ahí arriba, además, tenía una buena vista de casi toda la manzana. El lugar estaba vacío y cualquier murmullo sería señal de peligro. No pasó nada, lo daban por muerto. De todos modos, mantenía su modus operandi, se calzó la gorra hasta las orejas, los anteojos oscuros, invirtió el color de la campera reversible; y fue hacia el bar donde habitualmente contactaba al Tete.

A cambio de un par de trabajos sucios, nada fuera de lo habitual, consiguió como pago una nueva identidad. Todo legal. Al menos el

pasaporte y el dni habían sido elaborados en las oficinas correspondientes por oficiales de la policía federal asociados al Tete. Vicho no tuvo siquiera que sacarse una foto. Tenía también el carnet profesional de conducir y el de empleado de una dependencia del ministerio de sanidad y comercio. Trabajo que nunca realizaría de manera convencional, salvo que detener algún camión con la excusa de la inspección sanitaria y luego robarse la carga y el camión pueda considerarse parte de sus funciones. De todas formas, lo más habitual era que permaneciera en un auto, escopeta en la falda, mientras otros cambiaban al camionero por un chofer de la causa que se llevaría el vehículo hasta un galpón en las afueras. Alguna que otra vez tuvo que bajarse para convencer a los soliviantados. Pero en realidad su gestión pasaba por ultimar enemigos que Tete le indicaba. Soplones, competidores, mejicaneros que no habían hecho su aporte. En esos momentos extrañaba a su amigo Coco. Los actuales compañeros le parecían extraños y más de una vez estuvo a punto de matar a alguno pero se contuvo. Debía dejar pasar el tiempo sin llamar la atención.

La ideología inicial había quedado lejos, invadida por la praxis como los pastizales que tapan el árbol hasta volverse más altos y vigorosos que el tronco carcomido, ahogado. Si los primeros crímenes habían estado enmarcados por la justificación primaria de la supuesta guerra contra los bolches, zurdos, rojos, luego cuando las trincheras se taparon

la nueve siguió en la sobaquera y la usi colgada del hombro bajo el sacón largo o el piloto porque era la herramienta, la prologanción de la mano, la continuación del odio, o más claramente aún, el arma era el alma, el exoesqueleto. O sea que no era importante la causa, sino la mecánica. Ni siquiera el dinero que se ganaba, y que por supuesto cobraba meticulosa e indefectiblemente, sino el hacer. Como comer, como cagar, como coger; así era matar. A la mañana unos mates mientras se desarma y limpia y carga luego. Al regresar, no importa a qué hora ni en qué estado, la de mano va en el estante de la mesa de luz, la otra, pesada, sobre el roperito, a un salto. Ambas con carga completa. No importa a qué hora ni en qué estado haya llegado. Todo sin odio, con la meticulosidad del artesano que acomoda sus enseres. Un verdadero artista que disfruta de su metier.

Quién inventó el enemigo. No es necesario ir hasta la lejanía de un Jehová, pero la tradición de maniqueísmo facilita la presencia de Goebbels y su hallazgo en el entorno de un conjunto que sea propicio para el foco de todas las miradas con ira. Un punto de láser donde se concentran los rayos. Antes los hubo ciertamente, aunque es aquel nazzi el precursor ilustre de la propaganda sesgada. Nada mejor que el pensamiento básico premasticado y un dedo indicando dónde mirar, dónde apuntar. Allí comenzó a funcionar la maquinaria del desprecio a nivel social, universal casi. Luego, una vez verificada la utilidad del

procedimiento, sólo fue necesario inventar un enemigo para cada circunstancia. Cuanto más estereotipado mejor, que sea fácilmente digerible. Es en los naufragios o en cualquier otra catástrofe, que aparecen héroes y caníbales. Cada uno tiene sus canciones y comidas típicas, la moda, los tics, y tres o cuatro ideas fundamentales. Son necesarias las etiquetas bien visibles para propios y extraños. Las banderas cumplen un papel fundamental. Pueden tener la misma base celeste y blanca pero con un estrella destacada o una sigla estridente. El filósofo, el intelectual que muerto Hamlet contará la historia, tanto como el último de los militantes, el más obtuso, estarán bajo el mismo símbolo y las tres o cuatro ideas (en el sabio como sistema y con múltiples ejemplos, citas, vínculos; en el peón armado de la primera línea de fuego como himno de marcha, como repiqueteo de tambor). Y una vez transcurrida la etapa, aquella guerra, el filósofo podrá encontrar las mismas justificaciones y ejemplos para nuevas circunstancias, incluso en veredas opuestas o distintas de las anteriores; y el gladiador tendrá su habilidad para descuartizar sin asombro por tanta sangre. No ha podido ninguno de los dos ejercer otro oficio en los últimos cuarenta años, sin importar ni las arrugas ni el paso de los gobiernos. El intelectual, ya veterano, será prohombre del gobierno de turno o del poder de turno. Y Vicho, habrá acomodado sus conocimientos a organizaciones de narcos y piratas del asfalto, como jefe operativo con

los viejos contactos policiales y militares. Sus odios seguirán regidos por tres o cuatro ideas encarnadas ahora en competidores de otros carteles, traidores al grupo o buchones. Jefes desconocidos e inaccesibles enviarán sus órdenes y planes a través de los contactos, y de allí saldrán las muertes y robos. Pero no es una organización vertical, hay un socio capitalista que financia las operaciones y un conjunto de pares que cumplen funciones diversas: liberar la zona, conseguir armas y vehículos, contratar mano de obra, hacer la investigación previa, esconder al secuestrado o cortar y vender la droga o ajusticiar o robar y colocar la mercadería. Ya no está para las asperezas de la guerra en Nicaragua adonde estuvo como contra gracias a los contactos del Tete; tras la muerte de Coco y su supuesta muerte había que esconderse, el proceso militar le facilitó las tareas, hizo algunos trabajos de limpieza para un Teniente Coronel y luego se fue a Centroamérica.

Para los generales y almirantes era un impresentable, sus modales lumpen, la falta de educación, la mirada torva tras una postura de aparente sumisión, el mal gusto para vestir (del que no había podido desprenderse pese al dinero que manejaba; exceso de cadenas y anillo dorado, jeans caros que no combinaban con camisas caras y zapatos caros). Pero tal vez la verdadera razón del desprecio a Vicho era que su exterior les desnudaba sus propios demonios escondidos tras uniformes de gala, bigotes prolijos y ademanes de instituciones esmeradas. Por

otra parte, ninguno de los grandes jefes lo había visto ni siquiera de lejos. Optaban por obviar su existencia por la necesidad de revestirse, y adornar también todo lo que los rodeaba, de un halo de pureza ideológica y sobre todo moral. En las anfractuosidades de la cadena de mandos, no faltaba el teniente o (equivalente de otras fuerzas) que requiriera los servicios paralelos de la banda. Allí aparecían los contactos con Tete y otros cabezas de región, quienes a su vez encomendaban tareas bien remuneradas a los Vicho.

Después de la caída del régimen, aunque con más cautela, las operaciones siguieron. Eran los primeros años de una democracia inestable, un tanto declamada y muy temerosa aún, que permitió a los que estaban en la ilegalidad de crímenes a pedido y toda clase de comercio ilegal (drogas, armas, piratería) seguir haciendo sus faenas. Sin embargo el clima se enrarecía, poco a poco comenzaron los juicios a los jerarcas del proceso militar y la opinión pública, con su volatilidad histórica, fue pasando de un larvado apoyo a la mano dura de los uniformados, a un ansia inconmensurable de justicia y democracia. Algunos de los contactos estaban muy puestos bajo la lupa, los negocios se ponían en peligro y fue necesario desensillar hasta que aclarara. Tete ya estaba un tanto achacoso de salud y medio retirado, pero no lo dejó en la estacada, le consiguió papeles y amistades que lo sacaran del país por un tiempo y así se fue Vicho a conocer Nicaragua.

Aquello no era para él. Nada de guerra franca, de dos líneas a los tiros sobrevoladas por helicópteros y aviones de combate. ¿Órdenes todo el tiempo? Cadenas de mando. Lo de Vicho había estado (y así seguiría) más cerca del killer que del soldado. En realidad, un supuesto soldado sin trinchera ni pelotón ni codo a codo; más bien un solitario acompañado por un par de hombres solos que pateaba una puerta y llevaba de los pelos hasta el fondo de la casa a un enemigo para asestarle dos tiros como cuchilladas. De paso cargar relojes y anillos, por lo menos, más efectivo y algún que otro pequeño electrodoméstico. Esas eran sus batallas. De modo tal que en Nicaragua, no saltó a ninguna trinchera. El grupo de argentinos que él integraba se dedicó al saqueo y crimen de simpatizantes o militantes no contras.

Funcionó la ley de atracción y se hizo compinche de otros mercenarios sureños. Nadie preguntó nada. Bastaba con mirar la forma de moverse, de usar las armas, para reconocer un colega. Frecuentaron los mismos antros con similares predilecciones. Compartieron adicciones. Un buen día, uno de ellos le comentó que se podía regresar al país, que tenía el contacto para embarcarse y desertar. Se aburría allá en esa clase de guerra tan extraña y formal para su paladar violento. Su compinche le comentó que había un trabajo para realizar. Era previsible que no le dieran demasiados detalles. Le habló del pago y la tarea sin especificar lugar ni objetivo. Vicho no dudó, ya estaba cansado del clima y del

sistema. Una tarde salieron en el camión, de allí a un avión que había traído armas pesadas y tras un vuelo interminable, bajaron no sabía dónde. En un galpón se cambiaron de ropa. Los llevaron en tres autos hasta una casa con parque a comer un asado. Nada ocurrió, salvo que su compañero le dio el dinero pactado. "A cuenta", le dijo. Pero no se vieron más, no hubo más contacto. Ya se vivía otra circunstancia en el país. Tete había muerto. De modo que circuló por distintos pueblos del interior cometiendo atracos en solitario. No podía regresar a su ciudad donde sus excumpas lo suponían muerto, asesinado por ellos mismos. El tiempo transcurrió, pasaron meses, años. Finalmente decidió arriesgarse y volvió. Había cambiado, estaba bastante más gordo, canoso, se había dejado barba completa, usaba anteojos para ver de lejos. Vendió dólares ahorrados, joyas robadas y se compró un taxi. Había pensado en alquilárselo a un peón pero decidió manejarlo él mismo. La noche le ofrecía el contacto con sus viejos hábitos de puterío y droga. No tenía a nadie, no podía regresar a su verdadera identidad. Empezó a gustarle su trabajo que por otra parte le permitía estar atento a movimientos de probables víctimas. De vez en cuando pasaba billetes falsos o se metía en alguna casa de donde se llevaba dinero. Es increíble todo lo que puede decirle un pasajero a un taxista que habla poco. Alguien va al banco a cobrar la venta de un auto, "¿me espera?, no sea cosa que me afanen". Qué barbaridá cómo está la calle. Y Vicho lo llevaba de regreso,

esperaba gentilmente hasta que el tipo entrara (el hombre le hacía un gesto de enorme agradecimiento desde la ventana, con una sonrisa, una vez cerrada la puerta) y al día siguiente, cuando el otro se iba a trabajar, él lo desvalijaba. Alguna vez tuvo que golpear a alguien, afortunadamente por la espalda para que no lo reconocieran, un simple culatazo. Finalmente encontró pareja. A pesar de su temperamento se empezó a sentir solo. La conoció en el trabajo, como suele ocurrir. Llevó varias veces a la misma mujer y se cayeron bien. Después de poco tiempo se fueron a vivir juntos. La familia de Gladys se reunía de vez en cuando con un grupo de jubilados mayores, hacían una comilona, bebían, jugaban a las cartas. Vicho se reencontró allí con la vida social que no tenía desde chico.

Poco a poco se fue convirtiendo en un jubilado de la violencia. Como la exprofesora que ayuda a su nieto vago a preparar matemática para el examen de marzo, Vicho, de vez en cuando, cada vez más esporádicamente, robaba o golpeaba a alguien. En Gladys encontró al jefe de la manada. Se había acostumbrado a recibir órdenes, le resultaba más fácil. Sus trabajos en solitario, antes como killer, luego como taxista, no implicaban que tomara grandes decisiones. Las coordenadas las daba otro. Ella cumplía ese papel de modo satisfactorio para ambos. Él se excedía con la bebida pero se iba derechito a la cama a dormir la mona. Horas después, ella le recriminaba, él agachaba la

cabeza y ambos repetían la puesta en escena en la sobremesa siguiente. Durante las reuniones con el grupo de jubilados que habitualmente se realizaban en casa de los padres de Gladys, Vicho, que ya no se llamaba Vicente, se comportaba como los demás. Rara vez se pasaba de la medida pero como no tenía el pedo agresivo nadie notaba diferencias con ese hombre gordote como el resto de los varones del clan. A lo sumo, alguna vez, se fue de boca pero pasó casi desapercibido por el descontrol de una fiesta de fin de año multitudinaria. El grupo tenía descaro discriminatorio y criticaba con ferocidad lo mismo que contenía. Nunca tuvieron hijos, Gladys era casi frígida y por la cabeza de él ya no circulaba la excitación. Lo hacían muy esporádicamente con rapidez y como trámite inevitable. Ella volvía de su trabajo llena de resentimientos y él descargaba la violencia en un silencio que sólo se quebraba en insultos al gobierno o al referí, y en risotadas ante las comedias televisivas más misóginas. En el barrio ella intercambiaba información con algunos vecinos sobre otros vecinos. Vicho ayudó a empujar un auto, miró y comentó el paso de algún culo, socorrió al almacenero de la esquina en el incendio. Casi todos se pusieron de acuerdo en vigilar la casa del vecino de vacaciones o en llamar al 911 ante alguna cara sospechosa. La vida discurría monótona como el ritmo de las escobas matinales limpiando cada vereda. Para los demás, Vicho y Gladys eran honrados y trabajadores. Ella se jubiló como

administrativa después de treinta y cinco años de trabajo para el Municipio, primero en Rentas y luego derivada al Archivo Histórico donde había estado más tranquila hasta el horrible episodio del asesinato de una compañera.

Nunca podría haber sospechado lo contrario, pero era cierto de manera extraña que su esposo no haya sido quien descuartizó a esa mujer a quien Gladys odiaba tanto. Tampoco se puede decir que él no haya tenido nada que ver con su muerte. Algo es seguro con respecto a este tema: ella, Gladys, ignoraba todo.

Con fijación de maniquea había repetido esos últimos años el odio que sentía hacia Zulma. No importaba qué hubiera ocurrido, cualquier frustración o malestar encontraba en "esa" su blanco. Que tenía un novio joven, un vividor, que se estaba por agrandar los pechos la putarraca, que seguramente tenía dinero escondido, de dónde iba a sacar para hacer un viaje a Europa, faltaban libros caros del Archivo, usaba ropa ajustada, sabés cuánto sale ese par de zapatos que se compró. Y dentro del círculo de su fijación, como fijación de la fijación o como síntesis, reiteraba: "esa yegua se va a agrandar las tetas, a vos te parece."

LOS GERONTES

Fue una estudiantina de gerontes mediocres. Uno de ellos era mi padre. Habían nacido entre 1920 y 1935 en un país muy alejado de las guerras. La globalización no estaba aún ni en la ficción literaria, y las noticias de muertes y trincheras llegaban como fotografías envejecidas de un planeta muy distante. A lo sumo alguien sufría por un tío desconocido que vivía en Narbonne, Catanzaro o Valencia. Cariños transitivos. Alguna cara de circunstancia frente a los padres que temían por sus hermanos. O aquella carta que llegaba un mes después cuando los hechos se habían enfriado. Ya el cuñado –un recuerdo borroso- estaba recuperado o muerto. Dos lejanías. Tampoco padecieron injusticias casi esclavistas del trabajo brutal en los frigoríficos ingleses o en las hilanderías sin horarios, como sí les había tocado en desgracia a la generación anterior a principios del siglo. Crecieron, trabajaron, se casaron por iglesia y compraron una casita (rejas y antejardín, una preciosa entrada de autos esperando un Peugeot. Hay rosadas, verdecitas, blanquitas y celestitas) con un largo crédito durante las bondades del primer peronismo (aguinaldo, vacaciones, sindicatos). Cuando el golpe del 55, ya andaban por los treinta y pico de años, veinte años más aburguesados que a los veinte, y ninguno de los del

futuro grupo de gerontes amigos hizo nada para defender al Líder. La boca cerrada, la cabeza gacha y a seguir trabajando, que hay una familia que mantener, un crédito que pagar y fue bueno mientras duró. El hombre con sus horas extras en la Usina, Astilleros o el Banco, y la patrona en casa estirando la plata con sus mermeladas caseras y los huevos y frutas de propia cosecha. Después llegó el auto, la tele y Mar del Plata. El tiempo pasó, los hijos crecieron y trajeron preocupación porque iban a la universidad, y la universidad era un caos político, ojo dónde te metés, hay que estudiar y nada más. Unos pocos hicieron caso, era la década del setenta, había revolución en las hojas de los árboles y de los libros. A qué negarlo, los gerontes aplaudieron (en privado) el golpe, y gritaron con fervor patriótico los goles. Algunos hijos se fueron del país o se fueron de sus padres. A fines de los 80 se jubilaron, en los 90 disfrutaron el regreso nominal del peronismo en la versión más burguesa, que es la que mejor se acomodaba a su idiosincrasia. Y en ese período se formó el grupo. Aburridos sin trabajo, en la gloria de las compras y los paseos se encontraron en un viaje de jubilados a Merlo o Bariloche y la necesidad de conversar los convirtió en amigos. Todos tenían la misma ideología, aunque vinieran de partidos políticos diferentes. Y se produjo la síntesis bajo las directrices de discriminación, admiración por la riqueza, defensa a ultranza del esfuerzo, la propiedad privada, el sentimentalismo religioso, por

supuesto la homofobia y la mujer reina del hogar. Cómo llegaron al borde del crimen. Fue solamente cuestión de oportunidad.

Los achaques de la edad, que no eran tantos, también los amalgamaron como grupo. Acompañar al que tenía una simple torcedura de tobillo con su kinesiología, sus sesiones de magneto y las férulas, o al operado de vesícula en sus visitas al médico y el reposo posterior; consolar a la viuda en el aniversario y tener siempre un médico especialista, el mejor muy serio responsable, una enfermera callada y eficiente para recomendar. No, esa clínica no es buena, mejor el Hospital Italiano o el Alemán, allí le salvaron la vida a mi cuñada cuando casi la mandan para el otro lado hasta que mi hermano se puso firme y la cambió de clínica, que si no. La religión en sus aspectos más supersticiosos también es un buen coagulante. Y está por encima de cualquier diferencia. Salud y santos salvadores, he allí un rincón donde guarecerse, una torre desde donde observar críticamente al resto. Especialmente a los más jóvenes. No importa cuan imperfectos hayan sido sus padres, siempre son perfectos: papá con una mirada, mi mamá todo el día, los fideos caseros y el pan, trabajaba de sol a sol para traer el peso a casa, no volaba una mosca, alrededor de la mesa todos juntos al mediodía, papá serio mamá siempre preocupada por los chicos, nunca un grito, una mala palabra andá a lavarte la boca con jabón, no faltó un solo día al trabajo y nada de perder el tiempo por ahí. Los padres de los

gerontes salieron de la serie Los Ingalls con su huerta y su gallinero los fideos amasados todos los domingos y un fondo de colores vívidos y la lluvia sobre el techo de chapa a las nueve de la noche a la cama sin chistar. Vinieron en los barcos pero no huían de la guerra y del miedo sino que buscaban un futuro, el progreso. Atravesaron el mar comieron su pan y su cebolla hombrearon pesadas bolsas cavaron pozos levantaron paredes con sus propias manos honestas y callosas que nunca robaron ni golpearon ni se levantaron contra el patrón aunque fuera un gringo esclavista el rubio alto un señor unos modales si uno trabajaba ahora eso sí si eras un vago o te la pasabas protestando mano dura y bueh si querés trabajar agachá la cabeza y trabajá hay que llevar el pan a la casa. Nada de huelgas, trabajar y trabajar. Siempre unas monedas escondidas por las dudas nada de quejarse de un dolor jamás escuché a mi santa madre decir ay, si le dolía algo lloraba a escondidas. La casa una limpieza que se podía comer en el suelo, todo brillaba, a mí me mandaban a lustrar las manijas de los muebles y dale que dale con la franelita humedecida de brasso. ¿Vacaciones? recién de viejitos los llevamos a la costa. No había vacaciones ni feriados ni aguinaldo ni nada. Esos son los que forjaron el país a pura transpiración. Sin lujos pero en mi casa nunca faltó el plato de comida. Los jóvenes de ahora en cambio quieren todo servido en bandeja. Sí, no les vendría mal un poco

de rigor. Mi papá los hubiera domado en un rato les habría sacado las cosquillas. Que agarren la pala y el pico en vez de tanta psicología.

La estudiantina de gerontes se alimenta de sí misma, de su construcción. El pan casero de la nona y el huevo candeal. Ahora los mismos morochos desprecian a los morochos que llegan de países vecinos como llegaron sus padres: tanos del sur, petisos, cetrinos, con un solo pantalón y una sola camisa. O franceses de la campiña, brutos como las parras. Los rubios de más allá, ignorantes absolutos, conservadores de lo que ya había evolucionado aún en sus propias tierras. Y siempre el lugar común, bolivianos (bolitas) traficantes, paraguayos que vienen a sacarnos el trabajo, peruanos ladrones (paraguas, perucas). La pureza de la sangre llevada al barroquismo, olvidado su origen asesino se convierte en relato que discrimina al igual. ¿Algo en la alimentación, tal vez las cañerías de plomo o la contaminación de los lugares donde trabajaron sus padres, los llevó al olvido de sí mismos, a la transformación en el monstruo al que temían? ¿o fue una flojedad de mollera dispuesta a completar su vacío con la idea más fácil y básica de idolatría y odio desenfrenado según una escala de valoración que se basaba en la admiración o el desprecio de acuerdo con el poder económico o de autoridad (abogado, médico tan cerca de Dios, general o portero o jefe de algún área de la administración). Y además el grupo no admitía la discusión de ideas

profundas, solo la conversación complaciente tal vez por temor a la soledad. Entonces se fosilizó en tres o cuatro principios básicos previsibles, defender la platita que tanto había costado juntar, tantas privaciones, tantos sacrificios, y que nadie amenazara de hecho o de sospecho lo mío. Consumidores de noticias policiales y de diagnósticos médicos, toda circunstancia lejana (robo menor o mayor, merodeo, arrebato, estafa) les encendía los ojos con ira. Bastaba que uno contara el episodio (generalmente vinculado con un conocido o vecino) para que se sumaran como un ladrillo sobre otro ladrillo las voces censoras de quienes pedían las máximas penas para todos aquellos que entran por una puerta y salen por la otra, ya desde chiquitos los ves a los borregos esos que te limpian los vidrios para manotearte el reloj y los que piden después se compran pegamento o se lo dan al borracho del padre, si tienen, que habría que meterlos en la cárcel pero a picar piedras, hacer caminos, en vez de tantos derechos y uno para qué paga los impuestos entonces.

Hay hijos queridos y no queridos, primogénitos, mimados, la oveja descarriada, benjamines, el del medio, la segunda, único, gemelo, hay también hijos adoptivos e hijos putativos. Yo, soy el no hijo. No el no querido, sino el ignorado pero relatado, el exhibido de palabra ante los otros gerontes sus compañeros de hoy aunque mantenido siempre a una distancia excesivamente prudencial no sea cosa que. Como alguien

olvidado inmediatamente después del destete, un no ser que vuelve en foto y comentario cuando los gerontes muestran sus credenciales. Hijo doctor, hijo ingeniero, hijo con varias propiedades, hijo de la foto. Porque la estudiantina de viejos renegados de todo aquello externo al grupo, requiere sus supersticiones pasadas y futuras, el ya dicho endiosamiento de sus propios padres y el comentario orgulloso de los hijos en la vitrina.

Entre ellos, como en cualquier asociación hay liderazgos. Diversos. Alguien predomina a la hora de la mesa y el restaurante, sabe dónde comprar la mejor carne para el asado y la más económica, dictamina (y el resto acepta) sobre el modo más conveniente de prender y mantener la leña (que no carbón) y cuánto tiempo es necesario para convertirlo en manjar. El mismo es el contador y quien discute los precios en beneficio del clan. Su pasado de cuentapropista, el dinero hecho comprando y vendiendo terrenos, autos o materiales de la construcción, lo entrenó en la ardua gestión del capitalismo de base. Mínimo costo y máximo beneficio. Por supuesto es el encargado de negociar con las agencias de turismo, o mejor todavía prescindiendo de ellas, los dos viajes anuales que hace el grupo, así conocieron casi todo el país, buenos hoteles con mucha comida y transportes cómodos. Ingeniería económica que combina descuentos a jubilados, tarjetas, temporadas bajas, promociones varias. El líder del grupo es en realidad cara visible y brazo

ejecutor, existe el mentor intelectual, el doctor, que marca los lineamientos ideológicos, el vector, el norte de la brújula. Es serio, callado, probablemente golpeador, lee varios periódicos y tiene opinión formada sobre temas nacionales e internacionales, puede explicar y argumentar y justificar las opiniones que todos comparten con ejemplos históricos y filosóficos que hacen enmudecer de admiración a los demás, no juega muy bien al truco pero sabe hacer ricas empanadas. El sustrato y principio fundamental de cualquier conversación o juicio es el pensamiento básico, bien y mal llevados al extremo del maniqueísmo que divide en amores y odios, héroes y ratas despreciables. Todo lo que ocurre fuera del grupo carece de grises, sea conocido y próximo o remoto. De modo tal que hacia adentro no hay prácticamente discusiones de ninguna clase porque todos se consideran impecables. Solamente algún chiste sobre la calvicie o la panza de otro varón. Las mujeres ríen y festejan. También las cargadas futboleras. Pero hasta ahí nomás, sin pasarse de la raya. Cuando cae en sus garras alguna víctima (el doctor que mató a mi madre, me arrancó la cabeza por un arreglito en el baño, esa loca que se revuelca con todo el mundo) es circunvolada y destruida, deja de ser. Las lenguas se esmeran en descalificar a la presa con fruición orgásmica. Del mismo modo son los endiosamientos (tiene una mano, nunca nunca conocí a alguien tan honesto, me hizo acordar a mi madre mirá lo que te digo). Y la discriminación es el

procedimiento más fácil y útil, de aplicación simple y aceptación inmediata (tienen todos esos hijos como si fueran animales, esos negros, todos ladrones). La vejez es mezquina.
La mayor parte del tiempo sus vidas transcurren sin el grupo a la mano. Allí se muestran aburridos, violentos, miserables. Basta que otro integrante lo llame por teléfono (ni qué hablar si le hace una visita) para que se transformen en esos seres especiales que conforman el club. A medida que transcurrió el tiempo, sus vidas se hicieron cada vez más dependientes del grupo y las horas y días sin reuniones se fueron acortando porque se juntaban más a menudo o porque llevaban una existencia fantasmal salvo cuando resucitaban los domingos en los asados comunitarios.

Zulma trabajaba en el Archivo Histórico. La hija mayor del jefe geronte, hecha a su imagen y semejanza, también. Gladys la odiaba a Zulma, casi secretamente. El resentimiento se hizo feroz cuando la muerta se hizo las tetas. En una oficina digna de Kafka, gigantesca, antigua, llena de papeles inútiles, con un mostrador en el que desde hacía años no se atendía al público (nadie iba a buscar un documento de la época virreinal), con tres escritorios oscuros y dignos de un arzobispo, alejados varios metros uno de los otros, solamente quedaba amar u odiar. Y Gladys, que había crecido bajo la batuta del as de bastos del jefe geronte y su esposa golpeada y que había aceptado ese

formato reforzado en sus veinte años en la década del setenta (siempre a favor de la norma y el mandato), odiaba, odiaba sus avanzados cincuenta, su matrimonio tedioso con un orgasmo cada centuria, y cuando Zulma se hizo las tetas, se cambió el peinado y comenzó a ser visitada allí mismo por un vivillo simpatiquísimo y encantador, el encono se convirtió en furia incontenible, penosamente disimulada tras su sempiterna cara de culo a la vinagreta. Claro, ella se dio cuenta del mapa faltante y el resultado de sus sumas dio negativo: la jefa ese día no estaba, ella no había sido. Zulma es Satán.

Según contaba Gladys, Zulma se había hecho las tetas (los pechos, dijo), esa yegua asquerosa. Qué asquerosa. Y todo lo hizo con la venta de un mapa ¡patrimonio de tooodos nosotros! A falta de otra idea en qué pensar o de emociones que contar, solamente tenía ese episodio en parte fabulado para repetir en todas partes. Allí adonde fuera, largaba su veneno, las tetas con nuestra plata, con nuestros símbolos, como si yo vendiera la bandera de la patria para comprarme ropa escandalosa. Una verdadera vergüenza. Y luego se fue a Europa a vender el mapa de la ciudad, el mapa que se hizo antes de la fundación, un símbolo de lo nuestro. En el almacén de la vuelta, en la verdulería, a los vecinos, en la cola del banco cuando iba a pagar las cuentas repetía la historia, a menudo con nombre y apellido. Agregaba detalles en cada ocasión y a

los que consideraba más aceptados por los oyentes los incorporaba definitivamente. Era, para Gladys, como un taller literario donde las caras y comentarios de los demás, modificaban o confirmaban. Incluso alguno que otro arriesgaba hipótesis que en determinados casos ella incorporaría a su historia. Como el de las tetas.

NOTICIAS

1

Puse la pava, ya armo el mate así tomamos algo calentito mientras vemos la pauta. Podríamos meter algo de Piazzola, no? Anduvo bien el programa. Hubo muchos llamados.

Sí. Pero ... ya llegaron varios mensajes, muchos llamados telefónicos también avisando que en la frecuencia se metían otras radios.

Sí, una de cumbias. Son los de Plaza Paso que están bancados por un puntero de uno al que le dicen Manu no sé qué, amigo del concejal Jiménez. No tienen nada, están completamente por izquierda y se meten en nuestra frecuencia. Cumbia berreta y...

No sé, eso es lo que pasaba antes, sí, y sigue pasando, interfiere esa radio trucha que está bancada por el Jiménez ese que vos decís. Pero ahora son cosas distintas, una variedad. O la gente está muy loca y

manda cualquiera. Uno del barrio del Bosque que dice que hablaban en otro idioma. Así que inglés no es. ¿Cómo se puede meter una frecuencia en rumano? Sí, loco, en rumano.

¿Vos sabés rumano?

El tipo es nieto de rumanos y entendió algunas palabras que había escuchado a su abuela.

A lo sumo se puede meter una de Brasil, o sea en portugués, pero rumano...

Y la radionovela. Me lo dijo mi vieja, durante quince minutos escuchó un capítulo de Los López García, de no sé qué época, de cuando ella era chica, creo, cuando estaban de moda los radioteatros. Y no era una repetición o un revival, no, parece, dijo má, que incluía las propagandas. Después estuve investigando un poco en la red y nada. Pasaron temas nuevos de Spinetta. Si el flaco se murió hace años. No era un inédito, los locutores dijeron escuchamos "Acorde sin fe". Lo encontré en internet, salió en el diario, un recital en la Plaza Moreno. Escuchá: un año después de la muerte del flaco. Están las fotos, el escenario, la gente. Está en youtube, boludo. El tema es buenísimo... pero Spinetta no estuvo nunca acá. y menos después de muerto. Es o parece joda.

Alguien lo habrá truchado.

Sí, seguro. Pero igual hay un montón de cosas raras.

Mirá está en Wikipedia: "Los Pérez García fue un programa que se transmitía por LR1 Radio el Mundo de lunes a viernes, inicialmente al mediodía y más adelante, de 20,15 a 20,30 entre 1942 y 1967. "

Mi vieja lo escuchó al mediodía. ¿Pérez o López?

Pérez García: "Se trataba de un radioteatro cuyo tema eran los problemas por los que atravesaba una familia de clase media; inicialmente cada programa contenía la historia completa y más adelante, la trama de cada episodio"... y blablabla.

No sé, bueno, loco, dále que en diez salimos. Traje los temas, hay que bajarlos. Ya está avisado Dani, lo llamamos después de la presentación y mandamos el audio de Galeano al final del bloque. No, la Colo no viene, tiene la garganta hecha mierda. Así que la columna la hace Fran. ¿Tenés bien los auriculares? Bajálos desde ahí mismo. Dále que venimos, apagá la salida. Cortina.

Hola, esta es otra emisión de Colectivo, un programa donde podemos subirnos todos.

2

Los accidentes se reiteran. Evidentemente los conductores se distraen en algunas esquinas, o van demasiado rápido o hay mala visibilidad, algún obstáculo como esas empalizadas para reparar roturas de caños o para tapar grandes pozos hechos por las empresas que

suministran gas o las telefónicas. Se han revisado con detenimiento las veredas, vegetación, etc de las cuatro esquinas donde se reiteran fuera de toda estadística los accidentes. Han ocurrido en los últimos seis meses del año pasado, un 89% más de choques de autos que en el período anterior, localizándose en 54 y 27, 17 y 34, 21 y 42, y en 29 y 58. Los expertos no encuentran explicación razonable, no hay nada destacable en esas esquinas, son cruces de calles comunes con tránsito común, ni siquiera avenidas. Primero se procedió a la colocación de semáforos pero nada cambió. Las estadísticas semestrales de este año elevan al 92% la cantidad de accidentes en esas cuatro esquinas. Finalmente se ha verificado por las cámaras de seguridad allí instaladas, que los choques se producen en horarios diurnos entre automóviles que transitan a velocidad normal sin que se verifiquen fallas mecánicas como causantes de tales eventos. Por algún motivo los conductores se distraen en esos puntos, aunque no hay tampoco publicidades ni carteles que llamen la atención. Probablemente se trate de meras coincidencias. Tampoco dieron resultado, ni modificaron los índices, los carteles de precaución y los serruchos reductores de velocidad colocados en los lugares mencionados. Algunas empresas de seguros pusieron un cláusula por la que no se hacen cargo del cien por ciento de los daños ocasionados por colisiones en tales esquinas.

3

Siempre a la misma hora. Porque para eso sí soy muy metódica. Desde que el médico me dijo que tenía que hacer ejercicios fui al parque todos los días, hasta con lluvia como una loca. Arranco a las 8 y media después de dejar a los chicos en el colegio. Esa hora me viene bien incluso para sábados y domingos porque en casa todos se quedan en la cama hasta más o menos las diez. Bueno, la primera vez fue un tropezón con una raíz de eucalipto. Me doblé un poco el tobillo izquierdo pero no fue nada, pude seguir. A la semana siguiente me pasó lo mismo en el mismo lugar y a la otra. Pese a que prestaba mucha atención. Hasta que me di cuenta de que pasaba algo raro porque me doblé de nuevo le pie, me senté en el banco de cemento a masajearme y observé que ahí no pasaba nada. Venía trotando un muchacho con remera verde sin mangas, y se pegó un porrazo como si hubiera chocado el pie contra un adoquín. Era martes, no había feria. Durante los días siguientes fui más precavida todavía, pero me pasó de nuevo, y en martes. Me acuerdo claramente porque pensé “ni te cases ni te embarques… ni trotes por el parque”. Por cábala deje de ir los martes. Nunca más me tropecé.

4

Fue noticia durante una semana y después se lo llevó la marea de corrupciones, desastres ecológicos, felicidades internacionales. Una serie de fotos, dos párrafos y un reportaje dieron cuenta de algo tan exótico como gente caminando en cuatro patas. En la zona de la diagonal 93 (ver), entre 24 y 26, según cuentan los vecinos el aire es irrespirable a partir del metro de altura, hicieron reiteradas denuncias al municipio, fueron brigadas de la empresa que suministra el gas, veedores e inspectores, pero no se halló la causa. Una investigación de la facultad de bioquímica determinó que el aire estaba saturado de dióxido de carbono pero inexplicablemente entre los 95 cm y el metro setenta. De modo tal que la mayoría de los habitantes de las dos cuadra y los circunstanciales visitantes eran afectados. Algunos estiraban el cuello y los demás, como queda dicho, se agachaban o directamente gateaban. Los niños y los altos, no se ven afectados, salvo a la hora de subir algún escalón o sentarse en una silla. Lo llamativo del caso, independientemente de que no se descubriera la procedencia de los gases tóxicos, es que estos suelen bajar, por física, y no flotar en una franja separada del suelo. Fotos, filmaciones, informes científicos de la Universidad, lo certifican. Afortunadamente, y también sin causa, el gas no se mete en las viviendas aunque permanezcan abiertas puertas y

ventanas. Solamente ocupan la calle, de pared a pared, como una nube cuadrada a un metro del piso.

5

Cerca del autoservicio del Gordo, a unos veinte metros, había recien un montón de perros mostrándose los dientes, gruñendo algunos, otros ladrando desenfrenados. Perros callejeros, cruzas raras, ninguna raza definida claramente, se podrían identificar en algunos casos de qué antepasados procedían. Se toreaban, intentaban montarse, un apretujamiento de alrededor de diez o doce perros famélicos y alzados. Me crucé antes por las dudas. De vuelta, cinco minutos después, los vi con más tranquilidad porque se habían alejado un poco. Comenzaron a separarse y en ese momento lo noté. No me vas a creer. Todos, los doce perros, tenían tres patas. Sí, doce perros de tres patas. ¿Existen tantos perros de tres patas? Cómo puede ser. ¿Una casualidad, un congreso de amputados jaja? Si no me creés, levantáte del sillón y asomáte a la esquina, ahí nomás. Treinta y seis patas en vez de cuarenta y ocho. Nunca en mi vida vi algo así. Andá, no seas fiaca, andá a ver. Todavía se los oye ladrar.

6

Pagar los impuestos es un embole. Los trámites bancarios, puf. No, me obligaron a cambiar la clave del homebanking, y no sé, me debo haber

confundido y bueh, ahora tengo que ir porque se vencen hoy. Todo para último momento. Después te llamo.

El del taxi me hablaba y es horrible no saber adónde mirarlo, si directo o al retrovisor, porque el tipo te mira por el espejito, claro, no se va a dar vuelta mientras maneja. Para colmo tenía unos anteojos oscuros enormes. En realidad se los puso cuando estábamos llegando al centro. No sé por qué, está nublado así que. Sí, lo de siempre, que los políticos son todos chorros, que antes las cosas eran distintas, que trabaja como un burro y cada vez le alcanza menos la plata. Llegamos, paró en doble fila y pagué y bajé rápido porque empezaban con los bocinazos. Estoy entrando al Nación, después te pongo al tanto.

Hice bastante rápido. Sí, con plata todo se arregla. Se me fue medio sueldo entre el crédito de la casa, me faltan dos años y medio nomás, y los servicios. Pero esperá que te cuento. Me pasó algo raro, sabés qué, todo el mundo anda con anteojos oscuros. Todos, hasta los nenes. ¿Avisaron algo por tele? Qué sé yo, no sé, algo sobre la luz, el sol. Caminé tres cuadras por calle ocho y doblé en 46 hacia nueve para conseguir un taxi. En todo ese recorrido, todo el mundo iba con gafas oscuras y el cielo está nublado. Me subí a un taxi, el tipo también tenía anteojos oscuros grandes. Habló normalmente de lo mismo que se habla todo el día, esas conversaciones de ascensor, o de taxi jeje. Y cuando llegamos a la Plaza de 60, se los sacó. Ahí fue que me acordé que en el

viaje de ida el otro taxista se había puesto los anteojos cuando pasamos por ese lugar. ¿Qué pasa, hay que usarlos en el centro, es una nueva moda? La gente está muy pelotuda. ¿Qué más tenía que comprar aparte de un pollo? Cierto, sí, mejor papa lavada que la hacemos en el microondas.

7

-Mire, el televisor no tiene nada, anda bien. No le cobro ni por el desarmado y armado.

-¿Pero no me va a pasar como la otra vez que llegué a casa y se veía en blanco y negro? Me tuve que cruzar la ciudad.

-No sé qué le pasó, acá anduvo bien. Espere que le muestro. ¿Usted tocó algún botón, no lo habrá cambiado de norma o algo así, no? Fijesé, perfecto.

-Será por el traqueteo, por ahí tiene algo medio flojo y con el traqueteo del auto se afloja y no se ve en color.

-Le digo que no puede ser, ayer lo tuve todo el día funcionando acá arriba del mostrador. Perfecto, no hace una raya, nada. Ya lo desarmé dos veces y no le cobré nada. Qué quiere que le diga.

-Si llego a casa y anda mal de vuelta, lo tiro a la mierda, lo pongo en la vereda, tengo las bolas llenas, ¿sabe?

-¿Y qué quiere que le diga yo? Si anda bien. Llévelo a otro que arregle a ver qué le dice, le va a decir lo mismo, que anda bien.

-El choto anda bien. Esta mierda anda en blanco y negro.

8

Me pasó lo mismo que los indios, ma. Viste que me contaste que se ponían a hablarle a un árbol como si fuera el celu y el otro le contestaba desde la otra punta del país con otro árbol. Y así chateaban. En el documental también. Bueno, yo estaba mirando por la ventana del cuarto mientras hacía la tarea esa de pintar los países limítrofes y dije en voz alta que era un plomo que mejor estaría jugar al pinpón con Lulo que le compraron una mesa profesional. Y lo escuché a Lulo que me decía sí yo también me tiene podrido esta boludez de pintar los países parecemos dos nenes de segundo grado y ya estamos en sexto. Y así charlamos un rato largo de ventana a ventana como si fueran dos tablets los vidrios. Te digo que no lo imaginé, la voz salía del vidrio de la ventana y él me dijo que estaba también mirando su ventana allá en el barrio de él que está como a treinta cuadras de acá. ¿Te acordás? Sí, me llevaste unas cuantas veces ya sé. Sonaba perfecto. Al final la madre lo llamó a cenar y me dijo que la tarea la iba a hacer más tarde después de comer y después de jugar un rato con la play. Un rato, ja.

HAGIA TRÍADA

Creo que el nombre de Hagia Tríada lo inventó Ricardo. Era la época de la facultad, segundo año, y andábamos con la cabeza llena de latines, griegos y misterios. Ricardo siempre fue el que más sabía de historia antigua; Daniel y yo tirábamos más para el lado de la literatura. Jugábamos a recopilar palíndromos y toda clase de juegos de palabras. Hagia Tríada contenía las dos primeras letras de nuestros nombres: Da, de Daniel, Ri de Ricardo y el mío Agustín. Justo, como un código secreto. Entre los tres competíamos para ver quién veía más fantasmas. La Atlántida era un tema apasionante. Yo leía, entonces con esfuerzo, el Timeo y el Critias en griego. Platón se acomodaba en mis sueños con sus historias sobre antiguos habitantes sumergidos en el mar océano. Ya en esa época me reía de aquellos delirantes que creían que nuestra civilización venía de algún planeta lejano. Pero la creencia en un gobierno universal secreto lo aceptaba con fe de fanático. Fue una década en la que las convicciones llenaban todos los intersticios de las vísceras. La militancia se metía en cada molécula, tuviera origen político, religioso o ideológico. No había tibieza en ningún joven. Uno se hacía fanático de algo. Del estudio, de la lucha armada, de la virginidad hasta el matrimonio. Había caído el muro del trabajo rutinario y los créditos de largo alcance, la revolución era hoy, no más pasitos,

solamente saltos al límite del cuerpo. Con lógica prácticamente extraída de la física, ese ardor no podía extenderse durante mucho más que unos pocos años. Una aceleración violenta sin regular. Qué importaba un tiro en la frente (propia o ajena, siendo uno la víctima o el ejecutor) si era el saludo de los que íbamos a morir antes de tiempo. Era el clima de la época, el agua de nuestra pecera. Nadie pensaba en llegar a los cuarenta. O al menos se declamaban esas vidas épicas (faltaba tanto para llegar al medio del camino). La vida es hoy, la revolución no tiene tiempos largos, se baja uno de la colina, le pega un tiro al rey, dinamita el auto del dictador, arranca los alambrados; cuánto tiempo puede llevar entrar a los grandes bancos y regalar el dinero en los barrios pobres. Un tris. Zambullirse en la pileta de agua helada, un shock que dura segundos y luego, si el corazón no se detuvo en el intento, se nada. Fue el momento en que la fruta entró en sazón. Hubo que plantar una semilla en la tierra preparada (o más probablemente la depositó un pájaro tras la lluvia en medio de su propio abono), se hizo árbol con los años y ahí aparecimos nosotros cuando todo estaba a punto. El proceso dura poco, de verde a rojo y en un instante más se machaca contra el suelo. De modo que el fervor se inhalaba. La exhalación era luego consecuencia de nuestra composición interior. Pero entraba y salía fuego. Se metía la furia y salía furia. La crisis del mundo moderno de René Guenon me puso frente al ciclo de las edades. Ya habíamos

hablado bastante con Daniel sobre la Edad de Oro. Habíamos arrancado con el capítulo del Quijote donde se la menciona "no existían estas dos palabras de tuyo y mío", y por las notas, a los griegos. Pero aquello me había parecido solamente "literatura" hasta que me enfrenté con la violencia de Guénon. Claro como el agua clara, estábamos inmersos en el Kali Yuga, la edad de Hierro, la más oscura región de la injusticia, y que se acercaba ineluctablemente una nueva edad áurea. *Magnus ab integro saeclorum nascitur ordo* decía Virgilio en la Égloga IV. Y todo cerraba. El furor de la época, el ansia de justicia y de cambio, el signo de los tiempos, un mensaje que venía ya desde los períodos más remotos, la juventud. Guenón, Marx, Platón, Virgilio. La dictadura del proletariado y el nuevo ordenamiento, la sinarquía y su gobierno universal, el hundimiento de la Atlántida en el final de un cambio de edades previo. Tres cerebros en combustión, la Hagia Tríada. Primero fue todo discusión, en algún momento la acción comenzó a hacerse real, tangible. Una mañana de marzo mataron a Ricardo, desde un auto con una ráfaga de ametralladora. Daniel me llamó por teléfono, me preguntó si me había enterado, me dijo que se iba. No lo vi más, no sé adónde se fue. Supongo que a algún país europeo. Cuando pasó la gran conmoción emocional llegó el desconcierto. Qué sabían ellos que yo desconocía. O qué hacían a mis espaldas. La noticia del asesinato de Ricardo se diluyó al mes entre las decenas de muertos en las mismas circunstancias.

Conocía a la mayoría porque eran compañeros de la facultad, de mi carrera o vecinos que circulaban por los mismos pasillos. Con algunos habíamos compartido materias comunes como las Introducciones de primer año (a la historia, la literatura, al arte). Alumnos de Psicología, Historia, Sociología, Educación Física, Inglés, Francés. En fin, Humanidades. Cuando busqué las fotos en los diarios reconocí a otros pero no sabía de dónde. Quizás del club o simplemente de la calle. ¿Pero por qué razón habían matado a Ricardo, había huido Daniel? Evidentemente las otras dos patas del trío llevaban una doble vida o fueron tiros al azar del descontrol y la furia.

Recordé el día del mapa. El funcionamiento de la memoria es misterioso. ¿Quién no ha jugado a recorrer a contramano los nexos desde el tema de llegada hasta el principio de las imágenes o la charla? A menudo funciona, pero no siempre. Esta fue una de esas veces. No sé cómo el repensar la muerte de mi amigo me llevó al día en que me habló del antiguo mapa de la ciudad. Un mapa simpático, lleno de colores y dibujos, el río con algún barquito, las calles con sus árboles. Como aquellos remotos portulanos muy anteriores a cualquier medición exacta, con sus costas y sus islas hechas a mano según relatos de viajeros y de conocidos de los viajeros. Un mapa donde la forma simétrica de nuestra ciudad, ese damero con diagonales y parques, saltaba de su esquema gracias a las ilustraciones: una nube con su

lluvia sobre el sudeste, pequeños carros tirados por un par de caballos casi rampantes… Todo me lo había contado Ricardo. Daniel salió de testigo y por supuesto lo creí. Por qué habrían de mentirme, el mapa de tela de dos metros por dos metros, estaba en la biblioteca de la Universidad, en la Plaza Rocha, y aunque ese día (el de la exhibición) no pude ir porque estaba muy engripado, vería luego la ficha correspondiente en el hall enorme y verde del salón. Esas cartulinas apaisadas, escritas laboriosamente a máquina donde figuraban todos los datos: ubicación en el edificio, tamaño, fecha, etc. ¿Cómo se transformó en gris? Un mapa gris, el mismo mapa con el mismo sello. No se decoloró, se hizo gris. Tiempo después se desataría la batalla y desaparecería. La ficha aún está, en el segundo cajón tercera fila empezando a contar desde la izquierda. Y sigue describiéndolo como coloreado sobre tela, 198 mm por 198 mm. El sello del propietario original conserva su color azul.

No sólo se agrisó el mapa, también desapareció la carta del secretario de Sarmiento presidente. Y no es un dato menor; aunque menos vistoso, ya que se roban documentos a montón para venderlos a bibliotecas y coleccionistas extranjeros, la desaparición de esa carta breve y apenas informativa confirma (me confirma) las enloquecidas teorías de mis compañeros de facultad, quienes por aquellas épocas veían complots en cada cerámico y una de las historias o mitos

recurrentes era la del formato del país. La cuestión es que Daniel contó una tarde en el bar Don Julio que el odiado Domingo Faustino, epítome de todos los males, era el mentor o uno de los agentes de la idea de recortar la geografía del país para que su mapa tuviera un diseño que correspondiera a cierto símbolo masónico. O sea, hacer de algo pluriforme o deforme, una estrella o un pentágono. Después la charla se estiró hasta que volvimos a clase, supongo, o me fui a cenar, con innumerables detalles cada vez más delirantes. En ese entonces, yo tendría 19 años y la cabeza llena de poesías y retornos de los brujos, me pareció algo levemente exagerado. Veo, ahora, con extrañeza, que son esas disquisiciones adolescentes las que explican muchos de los episodios que han ido sucediendo en la ciudad.

10

Recuerdo que cuando nos estábamos por ir, llegó Méper. Creo que nadie sabía su verdadero nombre. Era tan paranoico que le decíamos Méper por *me-per*siguen. No formaba parte de la Hagia Tríada porque nuestra soberbia intelectual, la de los tres, lo despreciaba un poco aunque no lo reconociéramos entonces ni en privado. No solo nos parecía demasiado delirante y agotadoramente repetitivo, sino que, y esta me parece la verdadera razón de nuestra actitud, hablaba mal. A nuestros oídos cátaros no le caían bien las eses que se tragaba ni los si tendría ni sus

demás animaladas. Ahí viene Anacoluto, dijo Daniel, y Méper pidió un café con un gesto de película antigua y sin más ni más nos espetó (palabra que desconocía) que Tavistok estaba atrás de todo eso y que de nuevo había visto al tipo extraño, con cara de extraterrestre (?) en la esquina de su casa comprando, haciéndose que lo compraba, el diario (supongo que habrá dicho periódico, usaba siempre sinónimos fuera de lugar, para parecer culto). Por entonces se había puesto de moda en ciertos círculos seudointelectuales la teoría del origen extraterrestre de nuestra civilización. Las líneas de Nazca forman figuras aéreas que no pudieron ser visualizadas desde tierra y menos por un pueblo primitivo, cómo hicieron para levantar esas piedras enormes de las pirámides, quién las diseñó, etc. Méper había estado en el Uritorco y había visto ovnis. La predisposición a la fe lleva a aceptar cualquier cosa. Es homeopática, el mismo veneno te cura. Pequeñas dosis aceptadas requieren más y más. Y Méper no podía saltar hacia el costado y seguía arriba de un tren que cada vez se movía más rápido. Probablemente se haya subido para siempre con la lectura de El retorno de los brujos. De ahí en más no se detuvo. De las creencias de los nazis (la tierra hueca) a alienígenas mezclados con humanos, todo lo absorbía con fe de converso. De modo que aquel día llegó al Bar don Julio, preocupado como siempre y contó que ese rubio lampiño (tenía a qué negarlo una expresión hueca que asustaba) lo había seguido por varias cuadras. El

marciano pasó junto a la vidriera sin mirarnos y se fue hacia la diagonal, cruzó y lo perdimos de vista. El mozo ya había traído el café de Méper. Tavistok, dijo, como quien susurra la combinación de una bóveda secreta. Tavistok, repitió, y tras una pausa, sí en Tavistok se planificó todo. Es un experimento, una ciudad experimento. La eligieron para experimentar con una especie de acupuntura para modificar el espíritu de esta ciudad y de los que vivimos acá. No sé, no me acuerdo, cómo siguió la conversación, pero puedo imaginármelo. Seguramente habremos ingerido la argumentación desmañada y los datos de vaya a saber qué fuentes, cruzándonos los tres miradas algo irónicas. Pero en el fondo todos participábamos de aquellas locuras. Era un mundo maravilloso. El mismo caos podría explicarse por intereses económicos, invasiones alienígenas o conspiraciones masónicas. Quizás todo fuera lo mismo, como caras de un cubo o tal vez fueran miradas miopes de un fenómeno que se movía a lo lejos entre la niebla, y al que cada uno o cada grupo le adjudicaba una forma como las nubes shakespeareanas. Los ojos de Méper veían seres más increíbles. Nos burlábamos pero en el fondo, nuestras visiones no dejaban de ser por lo menos alocadas o tendenciosas. Un día llegó a decir que la ciudad no se había fundado el 19 de noviembre sino el 30, que la habían dibujado para que encajara en ella el Hombre de Vitrubio o un crucificado, que las avenidas y las diagonales formaban los símbolos masónicos (escuadra y compás),

también –decía- habían calculado todo según el número áureo (1,618). Verdades, falsificaciones, medias verdades; todo en la misma olla hirviente.

11

Fue Uladislao Frías el que le escribió a Sarmiento aquella carta ahora seguramente perdida en las anfractuosidades de la Biblioteca Nacional. Uladislao tenía experiencia en planificar formatos de territorios, ya lo había hecho en Tucumán durante su gobernación, como también con el trazado de ferrocarriles y tendido de cables para el telégrafo. Por eso lo convirtió Sarmiento en su ministro del interior. Justo cuando terminaba el mandato como gobernador y pensaba convertirse en un tranquilo senador, el presidente –probablemente hermano de Udislao por la logia- lo involucra en el gabinete nacional. Ya estaba el plan de darle forma al país, no habría otra manera de progresar si no se le quitaba ese diseño tan natural y despojado de simbolismo. Era una masa absurda que debería convertirse en pentágono o estrella. Por eso mismo se entregarían territorios, se anejarían otros, se iría a guerras absurdas. Probablemente Mitre haya estado involucrado en el proyecto durante su presidencia y la guerra contra Paraguay, la de la Triple Alianza, no haya sido más que un intento apurado por las circunstancias. La invasión del

mariscal Solano López a Uruguay, la solicitud de permiso para pasar por territorio argentino, los intereses de Brasil y de los británicos, precipitaron la entrada en una guerra que quiso sobre la marcha aprovechar la logia para modificar el territorio en dirección simbólica. Es incluso probable que los grandes hermanos ingleses influyeran, convencieran a sus súbditos americanos, de la importancia ideológica de reformular los límites. Un relato que escondía las verdaderas razones: económicas y geopolíticas. Luego la sangre y la diplomacia siguieron su curso irracional y Sarmiento vio cómo concluía el conflicto durante su gobierno sin poder conseguir el objetivo. Se anexaron territorios (Misiones y el Chaco Central) y continuó la deformidad.

Tampoco fue suficiente con delinear las provincias con rectas, ángulos, líneas que enderezaran la brutalidad de su aspecto físico. Era imprescindible que el mapa adquiriera una figura beneficiosa, lumínica. Ante el fracaso de ese proyecto, se ideó otro: el magnetismo de las líneas férreas daría un poder que se sobrepondría a la forma inmanejable. Si no se puede modificar el borde, habrá que marcar claramente su esqueleto: y para eso estaba el tren. Una mano de cuatro dedos que salían desde la Capital. Habría que construir el quinto dedo, habría que unir los extremos y diseñar un pentágono.

Las trazas más importantes van de Capital a: Tucumán (mitre), Cuyo (Sarmiento sanmartín y Belgrano), Bahía Blanca (roca). Forman una

mano de cuatro dedos, las puntas que unidas dan un pentágono: Capital-Bahía (1 lado), Bahía-Cuyo (2), Cuyo-Tucumán (3), Tucumán-Misiones (4), Miisiones-Capital (5).

Una de las primeras propuestas secretas fue recortar el territorio por allí, “el mal que aqueja a la Argentina es su extensión”. Pero fue descartada, era impracticable, antipopular. Se pensó entonces en unir las puntas para que formaran un pentágono de hierro. Una marca en el suelo, una yerra definitiva. Pero, si bien era promisoria la instalación de ese símbolo fundacional, una nueva discusión se dio porque los rieles diseñaban una mano de cuatro dedos. Una mano absurda, ilógica, trunca. De modo que se decidió crear el pulgar (continuar las vías hacia una nueva ciudad cercana a la Capital), unir ahí sí los extremos dejando a Buenos Aires como un punto interior, una bisagra que centralizaba todos los movimientos. Una mano izquierda.

12

Una mano izquierda, dijo Méper, y aludió a la quiralidad.

Los encuentros en el bar don Julio, cuando se aparecía Méper, eran más o menos interesantes, salvo a la hora de irse, porque Méper se adhería, no tenía fin, insistía, era paranoico de tiempo completo, cada hoja caída, cada rulo arquitectónico tenía una explicación. Daniel y Ricardo a veces lo lograban: bastó que me fuera al baño para que dejaran la cuenta pagada (unos cafés) y convencieran a Méper de que me esperara para

avisarme cualquier cosa (no recuerdo). Ese día me acompañó hasta la puerta de casa y allí me tuvo durante media hora. No me podía desprender. Habían sido veintiuna cuadras de visiones, enigmas descifrados y caras de marcianos. (Yo vivía a doce cuadras del bar, pero di vueltas ridículas inventando caminos y tareas para despegarme). Por momentos callaba y se volvía taciturno, los ojos fijos en el piso, las manos en los bolsillos. Y repentinamente levantaba la cabeza y tras un leve movimiento de ojos (un zombie al despertar) empezaba a hablar. Iba ganando en velocidad a medida que se posesionaba y vinculaba datos exóticos e irreales con noticias confirmables de los diarios o la radio, más una conclusión extraída de una lectura en común, el vuelo de las aves, el grisado de las volutas en la diagonal ochenta. No había pausas, ni un leve hiato que permitiera meter baza. Así llegamos a mi cuadra y yo buscaba la manera de cortar. Demoré un poco la caminata y él demoró también su ritmo de discurso, hablaba como caminaba, ahora más lentamente pero seguía sin dejarme meter un bocadillo para indicarle el fin. Siguió más de media hora (o así me pareció) en la puerta hasta que se cortó de golpe, metió la mano en el bolsillo y me dio el papel, como quien entrega el mapa de un tesoro. Es el extraño recorrido de los trenes, concluyó. Comenzaron a caer unas gotas, abrió un paraguas que no sé de dónde había salido, evidentemente lo acompañó durante todo el recorrido pero yo debía estar tan nervioso

que no lo noté. Un paraguas a rayas azules y amarillas como la camiseta de Rosario Central. Yo no había visto nada así desde algún lejano clásico al que me llevaron los hombres de la familia en esos rituales de iniciación, enormes paraguas casi sombrillas, unos rojiblancos y otros blanquiazules. Lo vi dar dos o tres pasos hacia atrás mientras desplegaba el extemporáneo artefacto.

13

Entré. Mis padres no estaban. Me quedé un rato junto a la puerta como en las películas, con temor a que manoteara el picaporte y me siguiera con su perorata. Nada de eso ocurrió, Méper no era un loco, tenía un fanatismo distinto al de nosotros tres. El tiro se le había disparado en una dirección que nos sonaba extraña, pero visto ahora a la distancia… Cuando uno está muy cerca de un objeto, más todavía de una persona, lo obnubila el contacto y a menudo solo percibe un aspecto, queda impresionado por una actitud; es más fácil sobrevivir cuando se pone una etiqueta: genio, amigo, pesado, la que sea. Es también una manera de distinguirse. Con kilómetros o años de foco, las diferencias se borran. Como esas fotos del planeta tomadas desde la luna. ¿Dónde están los países, las alturas y los valles? Los accidentes geográficos y las nubes. Y además uno ha empezado a no disimular frente a uno mismo, y ya se

conoce. También uno se ve allá a lo lejos con una mezcla de ternura y cinismo. Qué inocente era, qué inocente no era.

Y Méper, o como se llamara, no estaba más loco que yo o que los otros dos dioses de la Tríada. Me senté a la mesa de la cocina con un mate y desplegué el papel. Saltaba a la vista un pentágono con una estrella en su interior. Y junto al dibujo, muchas anotaciones: Euclides, phi, mano izquierda, número áureo (1,6180); las puntas resaltadas y allí los nombres de las ciudades, una flechita indicaba de modo pueril lo evidente: vías.

14

Se cortó la luz. Mientras buscaba y encendía una vela con el mapa en la mano, recordé el cuento El escarabajo de oro de Poe. Allí ahora se destacaba la mano dibujada torpemente, rodeaba cada dedo la línea de un ferrocarril. Tal como dijera Méper era una mano izquierda, se había tomado el trabajo de hacerle las uñas como los círculos indicadores de capitales en los mapas. El pulgar más pequeño y la postura forzada, casi dislocada, del meñique hacia el sur, le daban al conjunto un aire de monstruosidad. Como en el relato, mientras me acomodaba en el sillón pasé la vela un instante por detrás del papel. No apareció lamentablemente ningún itinerario hacia el tesoro pirata, sino números y algunas inscripciones. Volvió la luz con esa felicidad fácil que ocasiona, volteé la hoja y allí estaba la letra pequeña y remarcada del paranoico.

Se reiteraban las palabras aludidas durante la caminata: Tavistock, pentágono, hermandad, número áureo, etc. Me entretuve un buen rato, era la excusa perfecta para no hacer nada, quedarse en el sillón cómodo en soledad y silencio a la deriva, hilando mis lecturas no universitarias con los desvaríos de Méper. Y supongo que así me fui a la Atlántida, el mundo hueco, las conspiraciones sinárquicas y la fundación in vitro de nuestra ciudad cuadriculada, inventada en otro mapa, impuesta como un hijo de la mente sobre el mundo real. Nada de calles angostas y retorcidas como las que después visitaría en Europa. Nada de barrio gótico o empedrados con escalones hacia arriba y hacia abajo y una curva. No, todo con la brutalidad quirúrgica de la escuadra y el compás.

15

Pasaron unos días sin que viera a mis amigos ni entenados en el bar don Julio, *fugit irreparabile tempus*. Teníamos exámenes parciales y había mucho que repasar y practicar. Las declinaciones latinas, el aoristo griego, algo de lingüística se llevaban las horas y las preocupaciones. No solo nos darían un fragmento para traducir sino que no permitían el uso del diccionario, de modo que había que memorizar. El griego era chino. Las reglas mnemotécnicas llegaban a la ridiculez. Amartía=error; claro, amar a la tía es un error (aún no había leído a Vargas Llosa). Sjedón= cerca; ¿?. Finalmente quedó: vive acá sjedoncito nomás.

“Así habló; y, dejando a la diosa, encaminóse a los fuelles, los volvió hacia la llama y les mandó que trabajasen. Estos soplaban en veinte hornos, despidiendo un aire que avivaba el fuego y era de varias clases: unas veces fuerte, como lo necesita el que trabaja de prisa, y otras al contrario, según Hefesto lo deseaba y la obra lo requería. El dios puso al fuego duro bronce, estaño, oro precioso y plata; colocó en el tajo el gran yunque, y cogió con una mano el pesado martillo y con la otra las tenazas.

Hizo lo primero de todo un escudo grande y fuerte, de variada labor, con triple cenefa brillante y reluciente, provisto de una abrazadera de plata. Cinco capas tenía el escudo, y en la superior grabó el dios muchas artísticas figuras, con sabia inteligencia.

Allí puso la tierra, el cielo, el mar, el sol infatigable y la luna llena; allí las estrellas que el cielo coronan, las Pléyades, las Híades, el robusto Orión y la Osa, llamada por sobrenombre el Carro, la cual gira siempre en el mismo sitio, mira a Orión y es la única que deja de bañarse en el Océano.

Allí representó también dos ciudades de hombres dotados de palabra. En la una se celebraban bodas y festines: las novias salían de sus habitaciones y eran acompañadas por la ciudad a la luz de antorchas encendidas, oíanse repetidos cantos de himeneo, jóvenes danzantes

formaban ruedos, dentro de los cuales sonaban flautas y cítaras, y las matronas admiraban el espectáculo desde los vestíbulos de las casas.- Los hombres estaban reunidos en el ágora, pues se había suscitado una contienda entre dos varones acerca de la multa que debía pagarse por un homicidio: el uno, declarando ante el pueblo, afirmaba que ya la tenía satisfecha; el otro negaba haberla recibido, y ambos deseaban terminar el pleito presentando testigos. El pueblo se hallaba dividido en dos bandos, que aplaudían sucesivamente a cada litigante; los heraldos aquietaban a la muchedumbre, y los ancianos, sentados sobre pulimentadas piedras en sagrado círculo, tenían en las manos los cetros de los heraldos, de voz potente, y levantándose uno tras otro publicaban el juicio que habían formado. En el centro estaban los dos talentos de oro que debían darse al que mejor demostrara la justicia de su causa.

La otra ciudad aparecía cercada por dos ejércitos cuyos individuos, revestidos de lucientes armaduras, no estaban acordes: los del primero deseaban arruinar la plaza, y los otros querían dividir en dos partes cuantas riquezas encerraba la agradable población. Pero los ciudadanos aún no se rendían, y preparaban secretamente una emboscada. Mujeres, niños y ancianos subidos en la muralla la defendían. Los sitiados marchaban llevando al frente a Ares y a Palas Atenea, ambos de oro y con áureas vestiduras, hermosos, grandes, armados y distinguidos, como dioses; pues los hombres eran de estatura menor.

Luego en el lugar escogido para la emboscada, que era a orillas de un río y cerca de un abrevadero que utilizaba todo el ganado, sentábanse, cubiertos de reluciente bronce, y ponían dos centinelas avanzados para que les avisaran la llegada de las ovejas y de los bueyes de retorcidos cuernos. Pronto se presentaban los rebaños con dos pastores que se recreaban tocando la zampoña, sin presentir la asechanza. Cuando los emboscados los veían venir, corrían a su encuentro y al punto se apoderaban de los rebaños de bueyes y de los magníficos hatos de blancas ovejas y mataban a los guardianes. Los sitiadores, que se hallaban reunidos en junta, oían el vocerío que se alzaba en torno de los bueyes, y, montando ágiles corceles, acudían presurosos. Pronto se trababa a orillas del río una batalla en la cual heríanse unos a otros con broncíneas lanzas. Allí se agitaban la Discordia, el Tumulto y la funesta Parca, que a un tiempo cogía a un guerrero vivo y recientemente herido y a otro ileso, y arrastraba, asiéndolo de los pies, por el campo de la batalla a un tercero que ya había muerto; y el ropaje que cubría su espalda estaba teniño de sangre humana. Movíanse todos como hombres vivos, peleaban y retiraban los muertos”.

16

Los parciales de mitad de año, como todo, se fueron quedando en estaciones cada vez más lejanas a medida que avanzaba el tren del tiempo. Y allí quedó el escudo de Aquiles, un recuerdo que remite a los

años felices; el estudio, el descubrimiento, la transpiración mientras se busca un significado fugitivo en el Lidle Scott o en el Bailly. Los caracteres griegos como un maravilloso mural, como la reconstrucción de un caballo por Picasso. Un texto de Sófocles era a la vista un Guernica. Luego, con morosidad y ritmo irrefrenable, los ojos irían reconociendo los sentidos de aquellos hermosos garabatos para sonrisa en soledad y orgasmo intelectual. Polla ta deina, hay muchas cosas terribles/maravillosas, ninguna tanto como el hombre. (Sófocles, Antígona, verso 332)

Pero como decía, el tren se fue alejando. Ahora a tantos años aquello es un recuerdo de recuerdos. En algunos casos desprendidos de su contexto, como esas fotos que se salen del álbum y aparecen desubicadas y extemporáneas en un cajón, en otros casos los recuerdos están inmersos en su mar y no pueden desprenderse del entorno, se convierten en conjunto, y aunque el episodio en sí haya sido feliz o al menos agradable, es una sonrisa perdida en un velorio donde predomina el olor nauseabundo de las coronas y los saludos de circunstancia y todo impregnado por el dolor, la visión de la nada, el enfrentamiento con el punto. Ese período de mi vida, a pesar de los hitos de felicidad, es un conjunto oscuro, tenebroso. La selva de Dante. ¿Puede alguien estar equilibrado y sano inmerso en la cueva de las ratas? Tal vez algún santo, un maestro oriental consiga sublimar a tal extremo. No es mi

caso, no lo fue. Tuvieron que transcurrir muchos años para que alcanzara momentos luminosos. Mis padres han muerto con un intervalo de pocos meses y ya no tengo a quién pasarle las facturas, a quien demonizar. También fueron hijos de su época, que no era la mía, y es tan difícil de entender, más aún de aceptar. El grupo al que pertenecían sigue vivo, más senil y discriminador, supongo. Pero ellos (me cuesta llamarlos los míos) ya se fueron, las cicatrices quedaron escondidas bajo las mangas y las medias. Ahora otras cuestiones me resultan más acuciantes: la ciudad en la que siempre he vivido se ha trastornado de tal modo que siento el ruido de sus engranajes chirriar, veo tantos hechos extraños que me llevaron a dudar de mi salud mental. Pero, y no sé qué es peor, a muchos habitantes les está ocurriendo lo mismo. Hay fenómenos que son visibles para muchos. No creo que se trate de una alucinación colectiva. Ya tengo una pista clara de lo que está ocurriendo. Y el viejo Méper, tendrá mucho que contar. No sé ahora si aquellas teorías suyas eran estupidez, realidad o pantalla. Una puesta en escena ridiculizando lo que efectivamente empezaba a suceder para que luego descartáramos todo hecho similar. Convertir la verdad en estupidez y barnizarla de mentiras genera tal desconfianza que luego es casi imposible aceptarla. Hay un componente subjetivo del que difícilmente podamos despegarnos. Méper no es tonto. Es siniestro.

17

Conocí a Méper hace tanto (cuarenta años) que debería decir in illo tempore. En realidad no sé cómo apareció. A Daniel lo tenía visto del colegio, íbamos al mismo, distintos cursos, nos cruzábamos en el patio y los actos comunes. Luego coincidimos en la facultad y fue, en mi desconcierto juvenil, como hallar un pariente en la cárcel o en un país lejano. Cursábamos las mismas materias de primer año e incluso coincidíamos en los prácticos porque no había tantos alumnos en Letras de modo que había pocas comisiones. El bar Don Julio era el punto de reunión, un café, unos cigarrillos, la poesía y las discusiones pretendidamente filosóficas. Las asociaciones y amistades se van dando con naturalidad. Un grupo saluda, todos nos conocemos más o menos de vista, intercambiamos apuntes, opiniones. Al día siguiente alguno del día anterior aparece con otro y sigue el encadenamiento. Creo que de ese modo apareció Méper. Aunque ahora sospecho que se coló. Algo así como los vendedores de los colectivos y trenes que señalan a un supuesto comprador en el asiento del fondo. En la marea humana de estudiantes con el mismo aspecto, un camperón, el pelo largo, algún libro bajo el brazo, durante los horarios de saturación (el mediodía, jornadas de huelga imprevista, amenazas de bomba) estábamos sentados de a dos en las viejas sillas, mitad del cuerpo hacia una mesa, el otro brazo acodado en la mesa vecina. Como Thales mirando el cielo,

era fácil caer en los pozos. El bar no se reservaba el derecho de admisión, especialmente en lo que se refiere a cantidad de público. Hubo ocasiones en las que parecía la tribuna de la cancha. Todos apilados, fumando, cuatro con un café, de pie, en cuclillas, en constante movimiento: alguien se para para ir al baño, otro se sienta y nos da la espalda, vuelve el del baño y se mezcla junto a la puerta en algún remolino de filósofos o gimnastas o historiadores o traductores o psicólogos en ciernes. En todas partes se habla de política, de arte, alguien anota un verso en su libretita, otro dicta apuntes de la clase de Estética. Luego aparecería la muerte. Méper era su enviado, su testaferro. No me di cuenta de esto, aunque nunca había terminado de caerme bien, hasta hace muy poco, cuando lo sospeché (y luego descubrí) en el entramado de fines que justificaban acciones espantosas. ¿Cómo pudo llegar al crimen, cómo llega alguien al crimen? Entiendo el arrebato, las treinta cuchilladas al amor infiel encontrado in fraganti, pero el plan con su realización sistemática me conmociona. Un padre de familia que acaricia la cabeza rubia de sus niños y se dirige a su trabajo que consiste en seleccionar día a día durante meses quiénes irán al horno crematorio, excede mi comprensión del fenómeno humano. Aquello de que “nada de lo humano me es extraño”, no me cierra. El mal cometido con la rutina del empleado administrativo, la constancia en ejercerlo sin presiones, la vida común de un monstruo que no tiene

una enfermedad mental y luego de torturar vuelve a cenar a casa con ella y los niños, les cuenta un cuento en la cama hasta que se duermen, hace el amor dos o tres veces por semana, no se excede en las comidas ni bebidas, mantiene corto el pasto del jardín, presta una herramienta a su vecino y se ofrece para ayudarlo con la reparación del farol del patio. Luego selecciona a las víctimas por edad y peso, sin furia, administra con celo los bienes del estado, solicita la recarga de los tanques de gas con tiempo, revisa que todo quede impecable al final de la jornada, lleva al día la bitácora de la destrucción.

¿Sabe aún el más perspicaz y avezado, qué hay detrás de una cara? Estoy dudando incluso de la posibilidad de dilucidar las verdaderas intenciones de cierta gente. Ahí llega alguien caminando con sus mochilas, sus bolsillos llenos, saluda y cuenta su intimidad. ¿Realmente puedo llegar a la verdad? He leído, he estudiado bastante de las ciencias de la comunicación, sus escuelas, la interpretación de un discurso, la intencionalidad siempre presente en cualquier relato incluso en una suma matemática. También he creído, en mi soberbia intelectual, que nada se me escaparía. No hay publicidad que me engañe por mejor elaborada que esté, no hay gestualidad ni declaración política que me convenza, conozco y sé leer entre líneas, ¿qué me ocurrió con Méper? O será tal vez que hay análisis químicos que no explican el funcionamiento

de seres alienígenos. Almorzarán sus cobres y amatistas, decía Marechal.

Si están o no habitados Marte, Venus y Júpiter,

es una duda torpe que no has de mantener.

Este globo terráqueo (planeta nada ilustre)

se vanagloria, empero, de muchos habitantes:

¿por qué no los tendrían, Elbiamor, los demás?

¿Qué les falta una atmósfera de oxígeno?

Respirarán fotones o electrones.

¿Qué no tienen ganados ni trigales?

Almorzarán sus cobres y amatistas.

Sus almas racionales bien podrían tener

un soporte de cuarzo, sin violentar la lógica.

¿Por qué han de ser iguales a nosotros?

La posibilidad es infinita.

Qué importa su colesterol y su bilirrubina, la cantidad o ausencia de glóbulos rojos y el nivel de azúcar en sangre. Hay seres excepcionales, pero siempre les atribuí virtudes. Un héroe que no le teme a la muerte, alguien que se arroja al mar para salvar al ahogado, quien dona su riñón, quien destina toda su vida a pensar y crear rechazando los bienes materiales. Pero jamás creí que hubiera seres satánicos o profundamente malvados. Egoístas, sí, también miserables,

explotadores, asesinos a sueldo. De todos modos guardaba la esperanza de que a la manera de las películas de Disney, en algún momento el malvado se arrepintiera o al menos tuviera un gesto positivo en una situación límite. Al mal absoluto, con su banalidad de vida rutinaria, lo veía como acción de un demente. Nerón, Calígula, Hitler. Lo demás era exageración hollywoodense. Pero ahora creo que existen los mártires del mal. Nada de satanismo, bebé de Rosemary, no, mártires laicos, ateos, testigos de las ratas.

Por otra parte, para no ser injusto, no estoy ya seguro de nada. No me gusta el maniqueísmo. Aunque lo haya practicado a veces en la vida cotidiana, estoy convencido de su inexistencia: no hay buenos y malos, y la gama de grises se me hace cada vez más amplia. Basta con mirarme hacia adentro. Algo en mí se resiste a atribuirle a Méper ese estigma de maldad. Los hechos de los últimos tiempos me mueven en esa dirección pero me cuesta trazar una línea recta que una aquel pasado entre adolescente e infantil cargado de pensamientos fantásticos y visiones paranoicas con un plan actual sistemático de aniquilación. Será como dicen de la bebida, del dinero, del poder que no transforman a las personas sino que las muestran tal como verdaderamente son. Tal vez algún otro agente haga asomar aquello que estaba oculto. A grandes alturas, grandes profundidades, decía Homero. ¿A pequeñas mesetas pueden suceder abismos? Méper circuló aquellos tiempos,

hasta donde yo sé, por caminos de convencimiento en el complot, el poder sinárquico, las teorías más movilizadoras de paranoia, pero todo eso nos parecía por un lado casi un barniz, una pátina superficial, y por el otro algo casi inocente, signo de los tiempos en los que todos, absolutamente todos, estábamos sumidos de una y otra forma. Pienso en la locura de Macbeth, desde un crimen por la ambición del poder, mareado por las brujas, dominado por su mujer, hasta el asesinato de amigos, niños, la absoluta embriaguez del carnicero. De guerrero heroico a veleta del mal. Pero lo de Méper solamente navegaba por el río de las disquisiciones pseudointelectuales. ¿Cómo saltó a la acción, qué gen, qué virus social, qué sinapsis delirante lo convirtió en bestia hambrienta? Observo además mucha anomia, una plaga de amoralidad. O sea, no el ejercicio del daño como una postura ideológica sino porque se va dando. Más que abandono, más que dejarse llevar, inacciones que requieren un goce de la inacción. No sé qué es pero quizás un nuevo procedimiento del alma (o como se llame) que ha devenido tras un larguísimo proceso evolutivo. Así como nos bajamos de los árboles y nos pusimos de pie, puede ser que estemos mutando hacia otro estado en el que no haya acción cargada de intención, que la praxis haya dominado definitivamente a la idea o que sea la idea. Y vamos yendo hacia seres cuya noción de la culpa y el deber habrá de mitigarse o desaparecer.

Como en otras circunstancias, hay adelantados. Y también, perceptores agudos.

Demasiadas disquisiciones de mi parte. ¿Pretendo medir el mal? Parece una postura bastante soberbia. Pretendo entender. Tantas lecturas, tantas lenguas muertas y vivas, años tras los ojos y demás sentidos me impulsan a develar. Es más fácil encasillar, meter en un estante con su tarjeta clarificadora: Méper, malo. Creo que era Dante Panzzeri quien dijo que nadie merecía ningún elogio ni ningún reproche. Era así por condicionamientos, por constitución. Si voluntarioso o abúlico. Una filosofía extrema, algo así como el fatalismo del individuo no de la historia: ¿si cada uno está completamente determinado y sin culpa, cómo convivir? No ya cómo armar un grupo social, una tribu, una polis, no, ¿cómo vivir con cualquiera al lado? Todos mis actos estarían justificados, explicados, serían absolutamente inevitables, caídos como la manzana por la gravedad. La cara opuesta del you can do it. Y también del you can´t. Desde ese punto de vista (y no lo estoy rechazando de plano), Kafka no merece ninguna admiración por La metamorfosis, ni los nazis por el exterminio. Puedo admirar y rechazar esas obras simultáneas, pero no a sus autores. La negación absoluta del premio y el castigo. No estoy, por supuesto, de acuerdo. Aunque siento un rechazo visceral por la culpa. No lo tengo completamente claro: hay algo que me lleva a atribuir ciertas acciones humanas a la circunstancia,

la cultura, la carga genética, el azar; y por otro lado, hay algo que me mueve a una ardiente sed de justicia. Por un lado, seríamos clones con leves diferencias de fabricación, conformados por un molde inquebrantable, y por otro, individuos librados a nuestra voluntad heroica de enfrentarnos a los monstruos en absoluta desventaja. No los trescientos, ni los treinta o los tres, uno solo, contra todos los que rayen. ¿Y dónde queda el mal en cualquiera de sus intensidades? Tal vez en la decisión más o menos libre. ¿Y el bien, es lo contrario? ¿o se requiere menos decisión para parecer bondadoso que ejercicio para ser malvado? Sin despreciar las virtudes de parecer bueno, no es lo mismo que ejercer el bien. En cambio, para lucir la maldad es imprescindible ostentarla, lucirla, mostrarla. A diferencia del bien que excluiría o incluiría la necesidad de exhibición. Puede ser que haya santos pero sólo los canallas tienen asesores de imagen y márketing. La sociedad se solaza con más o menos morbo en la observación y repetición obscena del hecho atroz. En cambio, la actitud de alguien honesto, parece estar siempre para el gran público ligada a la boludez del que realiza la buena acción del día. Somos más tanáticos que eróticos, creo. De cualquier modo todo esto no me explica que exista una persona capaz de matar por frío cálculo intelectual. Alguien que goza de buena salud psicofísica, que ha recibido afecto, que se ha formado intelectualmente, planifica un exterminio y lo lleva a cabo con meticulosidad de constructor porque

especula que de ese modo corregirá el error de una sociedad. No es un revolucionario con un plan de gobierno que mejorará supuestamente la vida de sus semejantes y para alcanzar el objetivo lucha contra el ejército enemigo, es un ser común que en sus ratos libres (sin dejar de ir a trabajar a su oficina como empleado ejemplar) planifica y ejecuta a lo largo de un período sin límites acciones horribles. Para ello, si es necesario, estudia, investiga, practica. No está loco. O no está más loco que cualquier habitante de una pequeña urbe ruidosa con una historia mediocre de población rutinaria. Méper es un asesino que despieza a su víctima tras torturarla ritualmente, luego distribuye sus restos de manera estratégica. Y antes, según parece, ha experimentado con otras personas hasta conseguir el individuo adecuado para sus planes de transformación. Todo sin fe diabólica, sin placer erótico, con decisión de empresario que planifica los recursos humanos, el precio de la materia prima, los costos de elaboración y el circuito de comercialización con la ganancia pertinente. Costo--beneficio, en mente y manos de un asesino. El capitalismo llevado a la cumbre de realización espiritual. La moral extrema: procede de tal forma que cada uno de tus actos pueda convertirse en una norma de validez universal (¿dice qué clase de actos Kant?)

18

Obsesión por el obsesivo. No puedo dejar de pensar en Méper. ¿Tiene algún sentido reflexionar sobre el mal, tratar de entender su fundamento o es simplemente mi idea fija producto de una formación religiosa y cultural basada en la culpa, la aceptación de la norma, el miedo al superyó? La lectura sigue siendo mi pasión y mi consuelo, pero ¿era necesario que buscara la Divina Comedia entre los miles de libros de mi biblioteca para releer con el fin de entender a un asesino? Dante ubica en el fondo a los traidores, más al fondo que a los violentos. Allá por el 1300 (me desvío) habla de la esfericidad de la tierra, estrellas del hemisferio sur imposibles de ver desde Europa, la ley de gravedad. Canto xxxiv.

Como él me dijo, me cogí a su cuello, y él esperó el instante oportuno, y cuando las alas del mosntruo estuvieron más abiertas se agarró a las velludas costillas y de mechón en mechón fue descendiendo entre el hirsuto pelo y la corteza helada. Y cuando estuvimos en aquel punto en que el muslo se vuelve hacia lo más robusto de las caderas, mi guía, con fatiga y angustia, volvió la cabeza hacia donde el monstruo tenía las piernas y se cogió a los pelos, como quien se dispone a subir por una escala, de manera que yo creí que volvíamos a entrar en el Infierno.

-Sujétate bien a mi cuello, pues por semejantes escaleras tenemos que salir de tantos males –dijo el maestro, jadeando rendido.

Salió después por la hendidura de una roca y me posó en el borde, sentándome, y llegó él después con paso firme y fuerte.

Los ojos levanté, y creyendo que iba a ver a Lucifer como le había dejado, hallé que estaba con las piernas hacia arriba. Piensen los ignorantes cuál sería entonces mi confusión, pues se les hará comprensible, como a mí, cuál era el punto por el que había pasado.

-Levántate-dijo el maestro-, porque el camino es largo y difícil y ya el sol avanza en la mañana… Crees estar todavía a la otra parte del centro, en el lugar en que yo me cosí a los pelos de aquel horrendo reptil que al mundo horada. De aquella parte estuviste mientras descendíamos; pero una vez que nos volvimos pasaste a la otra parte del punto hacia el que gravita todo el universo. Ahora has llegado al hemisferio opuesto a aquel otro cubierto por la tierra árida y sobre el cual fue muerto el Hombre que nació y vivió sin pecado: tienes tus pies en ese pequeño espacio, al que en la otra parte corresponde el círculo de Judea. Y aquí es de día cuando en la otra parte es de noche; y ese monstruo de cuyos pelos hicimos escala está en la misma posición en que allí estaba. Cayó desde el cielo hacia esta parte austral, y la tierra que antes se levantaba sobre el mar, horrorizada, se sumió en las aguas y reapareció en nuestro hemisferio; y tal vez en su huida dejó ese inmenso vacío, esa montaña que de esta otra parte se nos ofrece.

Y una página más adelante, también releí el principio del canto primero del Purgatorio, también subrayado: *Volvíme a la derecha y me fijé en el polo opuesto, mirando cuatro estrellas que no fueron vistas nunca desde primeros padres. Gozarse parecía el cielo en sus llamas: ¡oh septentrión espacio vacío que has sido privado de su contemplación!*

Las rayas del lápiz grueso estaban borrándose, pero en mi memoria seguía indeleble la primera impresión, aquella lejana lectura durante la adolescencia, por obligación escolar, que me había conmocionado. Los antiguos hombres de fines de la edad media, conocían la ley de gravedad, la esfericidad de la tierra, la cruz del sur que recién sería vista por occidentales varios siglos después. El acercamiento a descubrimientos tales, esas lecturas, aquellos hallazgos históricos pueden modificar profundamente, se llevan como quemaduras imborrables. Pueden mover al bien o al mal, supongo. Así como enloquecieran al buen Quijano, qué caballerías trastornaron la conducta de Méper. O hubo en su adn ya una conformación que girara en sentido contrario, una conversión del polo gravitacional del bajar y subir como por el demonio de Dante.

Me empecé a atemorizar por mi fijación, mi monotema, mi monoméper. Como el enamorado principiante que no puede despegar el pensamiento, cada visión, cada sonido de su ser amado, así me estaba pasando con mi viejo conocido. Dejé de verlo y agradecí no verlo, tenía

ya entonces la sospecha de que algo había tenido que ver con la muerte de Ricardo y la desaparición de Daniel. Creo haber llegado al meollo: mi juventud transcurrió durante años de sangre y terror, y uno siempre vuelve a la edad feliz. Sí, aunque haya sido un período histórico tenebroso, por esos años transcurrieron quizás las emociones y pensamientos basales, aquellas impresiones que sirvieron de apoyo (en verdad defectuoso) del edificio. La memoria vuelve siempre a ese bar con las discusiones interminables y los juicios absolutos, sillas amontonadas escapando a toda geometría, voces, humo de cigarrillos negros, libretitas espiraladas para anotar versos geniales, panfletos de mimeógrafos que llamaban a la revolución. No me interesaba la militancia, sólo el estudio. Pero era imposible no salpicarse en medio del maremoto. Mi norte era doctorarme y luego la investigación serena en una biblioteca en cualquier lado. Pero revolución, palabra mágica, impregnada de mayo francés, aunque remota, casi una película en blanco y negro hasta que la primera ráfaga mató a cualquier estudiante y la catarata de plomo se vació y se llenó y se vació en la garganta del diablo. Uno es inmortal hasta que se demuestre lo contrario; la muerte es algo que siempre le sucede a los otros. Como la lluvia, se veía venir la dictadura, pero todavía no mojaba. Luego, cuando se hizo inundación, ya estábamos empapados o ahogados.

¿Alguien que ha transcurrido esos años, ha visto y sobrevivido, puede convertirse en asesino? ¿o ya era criminal y sólo continuó con su oficio por otros medios?

Hay en nuestra ciudad más de un infierno. Creo que esa es la gran diferencia con las concepciones antiguas. Los griegos tuvieron el suyo, los romanos, la Iglesia, aquí en cambio hay varios. Todo depende de la puerta por la que se acceda: la fuente del invierno, la estatua del arquero, el ramplón desagüe gigante cuya entrada está en 66 y 122. Por este último entramos con Daniel a principios de la secundaria y allí quedó, en un recorrido de la ciudad por abajo sin más hallazgos que hilos de agua, ratas en fuga y ruidos del tránsito cada cien metros por las rejillas de las esquinas. Ningún infierno, ninguna rama dorada ni orfeos ni quejas de árboles quebradizos; solamente el antiguo caño mayor lleno de ecos para dejar satisfechos a dos jóvenes lectores de novelas sabatianas y leyendas egipcias.

Pero sí hay submundo en la plaza Central –dijiste, Méper, y te creímos- bajo las fuentes de las estaciones, bajo el arquero que parece amenazar a la Catedral y en realidad apunta al árbol de Guernica 2.

Todos nuestros infiernos citadinos están a no más de diez metros de profundidad, y apenas si alcanzan la altura de un petiso. Hay que recorrerlos agachados. Ni círculos, ni helicoides, nada de embudos que

se estrechan a medida que se desciende hasta el magma raramente helado; sino una especie de refugio o mejor decir una prolongación de la chatura de la superficie. Tal como algunos pueblos aborígenes que creían que en la vida de ultratumba se continuaba con las tareas de este lado, del mismo modo el submundo de nuestra ciudad es como nuestra ciudad, un poco más oscuro, igual de destemplado y húmedo, ramplón en todo su ancho. Las gentes deambulan con sus cargas entre amargas e iracundas, acelerando el paso o demorándolo para molestar al que cruzaría primero o apremia desde atrás. Todos llevan un legajo, una fotocopia, una boleta que pagar, un poema con rima. Nadie respeta las indicaciones ni las normas ancestrales, salvo cuando otro las ejerce en su contra y entonces procede a gruñir con las uñas clavadas en la palma y la mirada de ofendido que busca quien se le asocie. Por lo general todas las cabezas están lastimadas y llenas de coscorrones por la poca altura a la que se cierne el cielorraso. Se entra y se sale del infierno, sin que se perciba la diferencia, como se pasa del atardecer gris a la noche con un poco de luna. He descendido innumerables veces y no me han provocado esas experiencias ni siquiera pesadillas, salvo una sensación de desolación continua, una absoluta desesperanza porque arriba (entre los árboles mustios) y abajo (en la neblina pastosa) siempre es igual. Luego se sale junto a la estatua del otoño, por donde uno había entrado, y se sienta en el borde de la fuente a mirar la ciudad amarillo grisácea.

De frente a la catedral con su ostentación de ladrillos y su cielo como decorado de película francesa. Sabemos que allí termina, que más arriba no hay nada, una especie de techo bajo (¿a mil metros, tal vez?) que adorna y aplasta.

Se puede descender también por cualquiera de las otras tres estatuas. Sólo cambian al salir algunos colores (aunque todos diluidos por gris), y debajo se circula por corredores idénticos donde varía la vestimenta de la población, los hay en malla con balde y palita, largos sobretodos o uniformes diversos de seres que siempre llevan un papel con membrete, un servicio a punto de vencer, bonos o poemas rimados a la estación correspondiente.

Hubo sí un infierno que se ajustó al protocolo y las normas canónicas. Ahora está abandonado, como un recuerdo culposo. A veces se puede recorrer con asombro frente a las pintadas extemporáneas que intentan resucitarlo. Pero simplemente parece el palacio de los Piria frente al río o el edificio destechado donde tal vez haya habido una escuela, solo queda la tapera de aquel averno. Periódicamente se hacen intentos por remodelarlo, ponerlo en valor, pero los valores son diezmados por funcionarios corruptos que apenas ven allí una oportunidad para vociferar mejoras futuras en sus campañas políticas. Está bajo la estatua del Arquero (sin flechas ni tanza en su arco, paréntesis que no cierra). Un día la ciudad chata quiso tener vuelo y explotó en utopías.

Como cada vez que ha ocurrido tal cosa a lo largo de la historia, terminó en guerra. Aquellos que habían estado juntos, aquellos Etéocles y Polinices, una mala tarde no se conformaron con los debates ni con los insultos, tampoco los satisficieron las amenazas y los palazos, decididamente saltaron a las armas de fuego. Como el alcohol, el dinero, el poder, del mismo modo los disparos o la posibilidad de hacerlos por un enorme fierro falo calzado en el cinturón, mostraron lo que había adentro de cada uno y todo se transformó en odio. Cada cual con sus razones: la obediencia ciega y conveniente al líder senil, la furia por colarse en una ideología despreciada comandada por un líder senil. La sangre de la inmadurez precipitó la excusa de la destrucción. Los peones, en su mayoría, se abrieron de la historia (huyeron, se escondieron, fueron asesinados), pero las torres y los alfiles hicieron sus negocios vestidos de cualquier color.

Ese fue el único Infierno respetable de esta ciudad. Porque para que lo haya, es necesario que antes hubiera habido alguna utopía. En territorios sin dioses, la esperanza de revolución es el paraíso. La década del 70 tuvo innumerables héroes, una legión; se respiró cruce de los Andes, Vuelta de Obligado. Pero todo se lo llevaron los asesinos con poder. Aquellos que debatíamos y escribíamos en el Bar don Julio fuimos aniquilados: convertidos en cadáveres o sepultados vivos o regresados al estado previo de inacción. La marea de sangre se llevó la ilusión. Y

solamente quedó el Arquero inerme, con gesto extemporáneo y violencia en cada músculo, bajo el que se puede visitar un pequeño infierno de furia destemplada porque ya no tiene sentido, no hay aceptación social para esos ideales de cambio. De la burguesía surgió una juventud con ansias que volvió a las poltronas después de la irrupción militar. Luego el tiempo transcurrió. Con su paso inexorable, pasó la oportunidad. Después vendrían revivals más o menos patéticos, más o menos farsescos. O terribles por sus consecuencias. Tal el procedimiento de Méper.

19

Terminó en sal nuestra búsqueda de Eurídice. Solamente hubo sangre, desmembramiento. Siempre mirando para atrás, pueriles e inseguros. Se sabe que sean los dioses o el tiempo, solamente nos mueven hacia adelante. No quieren que veamos aquello (paraíso del sponte sua o idealización de un periodo), obligan hacia el frente: nos hicieron, nos programaron, con los ojos y los dedos de los pies del mismo lado; contravenirlos es tropezar. Ya está, nos llevamos lo puesto, con la mochila cargada en la espalda y el ejercicio saludable de caminar y correr. ¿Cómo sabremos, cómo sabré yo para empezar, si aquellos desplazamientos propios de jóvenes rebeldes no dieron origen a un agujero negro? ¿Los tiempos postmayo francés originaron los deseos de cambio o fue una generación thewall que explotó contra la norma

escolar, el aburguesamiento de los padres, la inminencia de una supuesta teofanía política? Probablemente todo junto, mezclado con la circunstancia de mayor necesidad de reacción que se diera por décadas. Los jóvenes que no necesitamos bajar de los barcos ni hacernos la casita sino ir a las universidades a exponer, debatir, en plena efervescencia corporal; y luego el torbellino imponderable de la historia. Desde después es fácil analizar, clasificar, caracterizar. Pero cuál es el valor, ¿o acaso la mirada posterior no modifica los hechos del ayer y cada uno y cada grupo termina reescribiendo y creyendo su heroísmo, su visión salvadora? Con o sin intencionalidad. En la mayoría de los casos, creo, sin falsedad. Simplemente uno recuerda con un solo ojo y año tras año repite convencido el recuerdo y le agrega un detalle, un matiz de color, hasta crear la idea de un hecho real que en algo se parece al hecho histórico. Allí se cocinó nuestra narración (casi siempre heroica) con los ingredientes de lo que nos fue ocurriendo luego, de lo que quisimos resaltar y disimular, de cómo nos fue en el baile, y de cómo salimos o no de la idealización de nuestra edad potente a medida que nos acercamos a la sombra.

21

¿Cuál es el tamaño del infierno? ¿importa el tamaño? ¿todos los infiernos son postmorten y subterráneos? Evidentemente no. Podemos

afirmarlo porque hay infiernos en vida, así, simplemente. También hay ciclos históricos, denominados edades oscuras, edad de hierro, kali yuga, diluvio, lluvia de fuego, y todos son apocalipsis (grandes infiernos) que existen en muchas tradiciones: sánscritas, griegas, precolombinas. Dichosa edad y siglos dichosos aquellos a quien los antiguos pusieron nombre de dorados, y no porque en ellos
el oro, que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivía ignoraban estas dos palabras de tuyo y mío. Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes; a nadie le era necesario, para alcanzar su ordinario sustento, tomar otro trabajo que alzar la mano y alcanzarle de las robustas encinas, que liberalmente les estaban convidando con su dulce y sazonado fruto. Las claras fuentes y corrientes ríos, en magnífica abundancia, sabrosas y transparentes aguas les ofrecían. En las quiebras de las peñas y en lo hueco de los árboles formaban su república las solícitas y discretas abejas, ofreciendo a cualquiera mano, sin interés alguno, la fértil cosecha de su dulcísimo trabajo.

Toda la naturaleza sponte sua, como en el Edén, daba los frutos necesarios a las personas, dice Quijote a unos cabreros.

Y agora, en estos nuestros detestables siglos… Huir de este presente de injusticia y dolor, volar al pasado feliz. Como civilización dejar estos

infiernos rumbo a aquellos paraísos añorados o inventados, como adultos diseñar los tiempos de juventud, reescribirlos destacando sólo lo mejor que hicimos o quisimos hacer, armar un entretejido heroico del que asirse en la tormenta de la vejez inminente, ese gran infierno pequeño y personal. Yo sueño que estoy aquí destas prisiones cargado, y soñé que en otro estado más lisonjero me vi. Qué es la vida. Un frenesí. Qué es la vida. Una ilusión, una sombra, una ficción. Huyamos hacia algún lado y si el futuro nos depara temor a la muerte y certeza de fin, atrás, allá lejos en las décadas personales o en los siglos sociales encontraremos reposo y solaz. De todo laberinto se sale por arriba; ¿y si no creo en el cielo? El único hilo lo he instalado antes y hacia allí retornaré. Pienso ahora una explicación del crimen, qué es entonces un asesinato: dar cuchillazos a los fantasmas de nuestro infierno. Estoy decidido, dice Macbeth, y reúno todas mis capacidades corporales para ese hecho terrible. Vamos allá, y engañemos al tiempo con la más hermosa apariencia: el rostro falso debe ocultar lo que sabe el corazón falso.

Aunque, quizás el infierno no esté presidido por una puerta donde dejar la esperanza al entrar. Tal vez no sea una línea que cruzar, un río que atravesar con dos monedas en los ojos, sino un sucesivo discurrir, un progresivo hundimiento como barco encallado, como casa abandonada a las plantas y las grietas, hongos, humedad: cuándo dejó de ser

habitable, cuándo ruina. ¿Habrá una decisión que encadene otras, casi irremediables? Busco el poder y cometo pequeñas transgresiones cuando tengo poco poder para adquirir más y al obtenerlo necesito seguir la ruta inicial. Macbeth es un soldado de espada al cinto y ve, huele, lame, se mancha con la sangre, es felicitado por derramarla, es ascendido. En qué momento frenar. No hay crimen previo, por qué entonces no matar al rey. ¿Solamente porque es bueno y amigo; qué lo diferencia de los soldados de otros ejércitos? ¿Mi ambición de poder no es equiparable a la ambición de poder de Duncan que nos lleva a la guerra? En qué momento se detiene en el aire una espada.

CAPITÁN. El valiente Macbeth, despreciando a la Fortuna, blandió el acero humeante de sangrienta matanza para abrirse a golpes como trinchando, hasta enfrentarse con ese bribón, y no le dio la mano ni se despidió de él antes de descoserle desde el ombligo a las costillas, y de plantar su cabeza sobre nuestras almenas.

REY DUNCAN. ¡Ah, valiente primo mío, digno caballero!

22

La culpa es otro infierno. Llega después, como castigo; sumerge en barro cada acto. Todo se impregna de ese petróleo, esa pez que no se quita y convierte lo liso en tobogán. No está necesariamente ligada a la verdad de los hechos sino a la percepción subjetiva. Claro, haber matado al padre impide cualquier duda; pero si los episodios menores

en los que un hombre participa devienen mayores y horriblemente trágicos en manos de sus socios, cómo percibirá su culpa, qué dolor lo carcomerá aunque no haya sido responsable directo.

Allá lejos en el tiempo falsificamos la realidad. Éramos muy jóvenes y creíamos que cambiaríamos la energía neutra de la ciudad con algunas acciones de ridícula guerrilla incruenta. Luego crecimos, dejamos esos juegos pueriles, pero aparentemente Méper los interpretó como definitivos y siguió en su espiral. Eran intervenciones simpáticas, modificaciones que –suponíamos- producirían algún crecimiento. Pero en la mente enferma de Méper el procedimiento continuó, se agravó, traspasó los límites de lo lúdico hasta convertirse en juego sangriento. De oficinista a Macbeth.

23

Nada especial, una librería con salida a dos calles, frecuentada por público general. En ambas entradas hay mesas de saldos: libros usados, algunos con sellos de viejas bibliotecas, colecciones particulares compradas a herederos de viejos lectores compulsivos, encuadernaciones de toda clase, ex libris que valen por sí solos, repeticiones. Un muestrario de los gustos ciudadanos, una marca, carácter, el eje intelectual de esta villa cuadriculada. Con todos sus encantos y muchos defectos. Repulsivos poemarios edulcorados, memorias insulsas de personajes fósiles, traducciones penosas,

antologías de impresentables. Tres libros al precio de un alfajor. De vez en cuando se desliza entre la jungla empalagosa, un libro valioso.

La hagia tríada (santa trinidad nos pareció blasfemo) era el nombre pomposo y soberbio que adoptamos. Sólo para nosotros tres, o sea que el uso interno también demostraba un creciente desprecio o al menos encierro. Haber leído unos cuantos libros, tener discusiones filosóficas, aprender lenguas muertas y empezar a leer a los clásicos sin traducción, nos parecía –aunque no lo dijéramos- un hecho especial, inusual, alejado del uso vil de la simple comunicación de problemas triviales (el calor, el frío, la lluvia, el precio del pan, el viaje a la Luna, el gol en contra). Además, nuestra ciudad siempre fue bastante chata; era fácil creerse estrella del rocanrol. Los aires de cambio también nos llegaron. No éramos simples diletantes sino que queríamos hacer una revolución. Para estar a tono con la época. Una revolución simplota, intelectual. La librería El Aleph, con su prestigio y su alto porcentaje de mediocridad, se convirtió en la sede del poder que habríamos de derrocar, o al menos sitiar. Empezamos con pequeñas acciones guerrilleras, como por ejemplo cambiar de lugar los libros, poner en primer plano aquellos que considerábamos fundamentales dentro de lo que había en stock y esconder en estantes inaccesibles las mermeladas poéticas y las memoriosas memorias, los libros de espiritualidad

sensiblera, los tratados de todo. Esa fue la primera etapa, que ocurrió como por casualidad. Alguno de nosotros comentó en el bar don Julio que había visto las poesías del máximo bardo citadino (un verborrágico rimado lleno de flor amor gotas de rocío lágrimas tuyas en sonetos violentados a fuerza de colocar participios al final del verso) y lo había escondido entre los libros de cocina. Esa misma tarde volvimos a El Aleph (a metros del bar don Julio) y multiplicamos el desacomodamiento hasta que se hizo la hora de cerrar. El dueño nos conocía, sabía como buen comerciante que solíamos comprar después de mucho revolver, en actitud típica de estudiantes de Humanidades (poco dinero, exceso de búsqueda). Se sucedieron las incursiones. Todo era toquetear sin plan con la esperanza de encontrar algún autor de nuestro canon, y mientras tanto seguíamos modificando la cara de los estantes. A mí se me ocurrió la idea de cambiar las tapas: estaban sueltas las de una antología de cuentos de Poe y una de Abominable. Fue simple. Y me fui con la certeza de que en poco tiempo alguien tendría beneficiosas pesadillas y sobresaltos, temería enterramientos prematuros, recordaría con angustia a la vista de cada gato negro. El lector de Poe no correría riesgos porque seguramente abriría el libro para leer el índice y se toparía con Autor Abominable y sus fechorías. A partir de entonces comenzó el plan sistemático. Más que la reescritura del pasado, como en 1984 (del canon), pretendíamos la modificación del presente. Una

aclaración: no había grises, estaban los Libros y la Mierda de papel. Les pusimos por lo tanto Libro e Higienol, como etiquetas a ambos (y únicos) posibles hallazgos en la librería. De más está decir que el envase no importaba. Podrían estar encuadernados en cuero o con las hojas sueltas, luciendo ex libris masónicos o subrayados violentos. En un par de meses habíamos puesto la librería patas arriba. Llegaban libros nuevos, pero las mesas de saldos seguían más o menos igual. Las últimas ediciones requerirían una tarea más complicada: estaban muy controladas, a la vista del dueño, así que lo único que se nos ocurrió inicialmente fue cambiarles el precio, encarecerlos de tal modo que quedaran más allá del horizonte pequeño burgués semiilustrado. Pues nuestro enemigo era el lector mediocre, como que estábamos en una ciudad mediocre. Luego nos fuimos poniendo barrocos. Daniel tenía acceso a la imprenta del ministerio de rentas, su padre trabajaba allí, un divino viejo loco que había militado en el comunismo, convertido en hedonista y mujeriego, culto, jodón; el socio ideal. Diseñamos sobretapas con títulos, autores y comentarios que espantarían seguramente a los lectores higienol. Luego las montábamos sobre las novedades. Poco a poco el emprendimiento enloquecido fue absorbiendo la mayoría de nuestro tiempo, nos atrasamos en los estudios y en las cursadas, salvo en las que considerábamos fundamentales (latín, griego, algunas literaturas; nada de gramática ni de pedagogías). Las horas se

iban en planes y complots. Incluimos láminas y fotos pornográficas en biblias y libros de cocina. Empezamos a ampliar el radio de acción, otras dos librerías. Hasta que decidimos tomar el cuartel central: la biblioteca de la universidad. Primero hicimos desaparecer todos los códigos y libros de derecho, luego los de economía. El procedimiento consistía simplemente en eliminar las fichas higienol de la sala central. Buceamos en cada cajón verde a la pesca de porquerías que perpetuaban el perfil de nuestros conciudadanos. Los arrancábamos y los tirábamos. Sin código de entrada, los empleados no podían (ni querían) buscar en las innumerables estanterías de las varias habitaciones y pisos. Caso cerrado, una bomba de destrucción masiva. Una trasnoche de alcoholes, trepamos por los andamios de los pintores, levantamos una vieja persiana de madera y sin romper nada (el abandono edilicio era nuestro cómplice) entramos por el primer piso. La luz se colaba por entra varillas torcidas y faltantes, por banderolas sucias o sin vidrios. Cambiamos de lugar todo lo que nos pareció nefasto (palabra que solíamos usar a menudo). Nos sorprendió la mañana, nadie más. En cuanto se abrieron las puertas, tarde por supuesto, cerca de las 9.30 horas, bajamos y nos mezclamos con los estudiantes que iban a renovar sus carnets de lectores o sacar los escasos manuales de Introducción a la Anatomía o al Derecho Romano.

Como toda revolución (todo poder), la nuestra era absolutamente arbitraria, y lo peor del caso es que teníamos excelentes intenciones. Ya se sabe cuántos caminos se pavimentan así. Nuestra ciudad nació in vitro (decíamos como quien redacta un manifiesto), rodeada de una nube de nitrógeno producido por variada ingesta. Probablemente el río al que le da la espalda, también emita sus vientos sulfurosos, más la bosta que se hubo acumulado y esparcido hasta muy avanzada la construcción de la ciudad por el ganado vacuno y luego por los caballos que la frecuentaron y amojonaron dos veces por cuadra para mantener su simetría. Hay que tener en cuenta también que el lugar elegido era una especie de palangana o taza sellada donde el compost tuvo su efervescencia; cuando la ciudad asfaltó sus calles, la mierda se dirigió por conductos higienistas al río marrón y la basura se sepultó en los alrededores. Con estos procedimientos la nube mantuvo su poderío. Los citadinos hemos crecido dentro de esta campana que nos preserva del aire exterior, inhalando por un orificio y exhalando por varios esos gases. Abstraerse de la nube de pedos no es tarea fácil, requiere toma de conciencia y gran fuerza de voluntad. Respirar otros aires, sacar como el nadador sistemáticamente la cabeza del agua, cualquier otra metáfora o comparación pertinentes. Más o menos por un siglo la carpa de nitrógeno, metano, azufre, ácido butírico, dióxido de carbono recorrió los vasos sanguíneos, intervino en la química de las sinapsis, obnubiló la

percepción del entorno. Quizás a su modo haya sido potenciador de delirios imaginativos, pero no a la manera de la mezcalina o el lsd sino en todo caso más próximo a las discusiones y reflexiones post exceso de mollejas rellenas con panceta y rockefort, regadas con vinos pateros bebidos hasta el poso. De allí, creíamos, habían surgido poetas y narradores. Puetas y oflures, decíamos. Oflur es Rulfo al revés, con media idea y un campo semántico que no excede las doscientas palabras se escriben novelas, libros de cuentos y especialmente memorias lacrimógenas de cuatrocientas páginas (y unas veinte fotos en color sepia). Las tapas ayudaban a la inmediata identificación, portaban con permiso el dibujo de una paloma con la rama de olivo, el contorno de una madre amamantando a un niño, tal vez una pluma con su mano y su cuartilla donde se perciben poemas… El título obedecía a un patrón: Recuerdos de mi barrio, Poemas a mi madre, Las calles de mi ciudad, Gotas de amor, Nostalgia, Anécdotas y reflexiones… en la solapa la foto del autor: doctor, escribano, abuelo/a que ha criado, directora y la mano en la pera, la mirada hacia arriba. En la contratapa se destacan las palabras: emotivo, remembranza, pasado, potrero, almacén de barrio, tranvía, inmigrante. Un rápido semblanteo de título, tapa y contratapa nos eximía de cualquier otro análisis. Un gran truco consistía, en las mesas de saldos, en colocar tales obras acostadas en el

fondo de las mesas y armar la seguidilla de libros a destacar parados encima.

En algún momento Méper se coló. Seguramente escuchó nuestros desvaríos en el bar y de a poco, tal su estilo subrepticio, se fue mezclando en nuestras intervenciones hasta que ya nos acostumbramos a tenerlo al lado. Por esos días no lo supe, pero él llevaba una especie de diario Modificación 1, etc. Como actas. Por aquel entonces, ya en el apogeo de las Actividades Beligerantes de Grado 1 (librerías y bibliotecas), nuestro amigo El Cuarto se apareció con dos cajas conteniendo cien ejemplares de El retorno de los brujos. Tenían fallas: algunos con hojas o un cuadernillo en blanco (los menos), otros mal encuadernados, la mayoría despegados y con algún que otro faltante. Varios años antes lo habíamos leído en francés, uno detrás y casi encima del otro, de un ejemplar caído del cielo a un puestito de usados de calle Corrientes. Gallimard, 1960, Le matin des magiciens. En la protohistoria de la locura por los libros, la adolescencia plagada de hormonas del misterio y el viaje en tren a la Capital con pocos pesos, proveyeron mi biblioteca de mucho de lo que carecía. Ir ansioso pegado a la ventanilla, como en una aventura de Julio Verne, y volver con dos paquetes atados con hilo sisal que me marcaban de rojo las palmas de las manos. Novelas, poesías en francés, cuentos en inglés, misterios de catedrales de egipcios de mayas, astronomía. El paseo mensual

(financiado por alumnos particulares que a veces incluso aprobaban con mis preparaciones) me proporcionaba variadas satisfacciones: viajar solo, mirar y mirar libros, leer de ojito parado junto a las interminables mesas, tomar una jarra enorme de licuado de banana con una pizzeta de muzarella (los gustos, en vida), y a la vuelta ya retrepado al vagón y habiendo conseguido un asiento, desatar provisoriamente uno de los paquetes para roer una página por acá y otra por otro lado en indigestión de idiomas y géneros. El hallazgo de Le matin, del que no tenía ningún comentario ni aviso previo, fue un deslumbramiento. No era muy barato, como lo que solía comprar, pero no tuve la más mínima duda después de leer el prefacio y unas cuantas páginas surtidas. "La revolución no debe confundirse con el transformismo, sino que es integral y ascendente, y aumenta la densidad psíquica de nuestro planeta."

O "No hay nada nuevo, salvo lo que se ha olvidado". Cita de una tal Mademoiselle Bertin, que sintetiza un capítulo donde se recuerdan modernos inventos ya conocidos en la antigüedad. Ya había leído yo por otros lados sobre Herón de Alejandría y su máquina de vapor, desarrollada casi veinte siglos atrás, la eolípila.

Descubrimiento que me subyugó porque de chico había observado en casa una pava humeando por el pico y la tapa de una olla batiendo de

hervor, lo que me llevó a "inventar" un aparato, que jamás llegué a construir pero dibujé profusamente, que movía un molinillo adosado a la punta estrecha de una vieja tetera modificada. Lástima que ya había sido inventada y desarrollada por …. Lo que me produjo, cuando tenía nueve años, desazón y orgullo simultáneos. Y cuando llegué a la adolescencia y leí sobre el alejandrino Herón, primero desconcierto y luego una conmoción al comprender o intuir que quizás muchas de las invenciones y nociones modernas hayan tenido su correlato en la lejanía de los tiempos. Así, la lectura de ciertos pasajes de El retorno de los brujos, me ratificaron mis presunciones: las pilas egipcias, la ley de gravedad conocida en la época medieval (y quizás antes) como queda evidenciado en la Divina Comedia (en los últimos cantos de El Infierno, Dante describe cómo van descendiendo hasta el centro de la tierra donde está clavado Lucifer y luego empiezan a ascender y salen al otro hemisferio, donde además ven La cruz del sur, que era imposible de ver en el hemisferio norte).

"Un ingeniero alemán, encargado de construir las alcantarillas de Bagdad, descubrió entre el revoltillo del museo local, y bajo el vago rótulo de objetos de culto, pilas eléctricas fabricadas diez siglos antes de Volta, bajo la dinastía de los sasánidas". En la adolescencia se pasa, generalmente, por una etapa mística; florecen la fantasía, la necesidad

de descubrir enigmas, la desconfianza en lo estrictamente racional (tan ligado a las normas paternas y de la escuela carcelaria de las que queremos, necesitamos huir). El mundo es así, la vida es así, el futuro será así, serás así, debes de ser ahora así. No. Por fuera o por dentro, uno niega y se rebela. El hallazgo de un verdadero maestro y/o de un libro conmovedor (Le matin, el de Marta Harnecker, un músico) nos proporcionarán el salto cualitativo. No importa hacia dónde sino desde dónde, desde un dedo indicador, desde un mandamiento talión o un surco obligado. Luego vendrá o no vendrá la sensatez del adulto, el equilibrio del empleado administrativo y la profesión liberal, o continuará el semidelirio del científico loco, el poeta maldito, el héroe crucificado.

Volvamos a la irrupción meperina: unos cien ejemplares de El retorno de los brujos eran las armas semiautomáticas que necesitábamos para un ataque feroz y memorable. Lo planificamos durante una semana de discusiones entre filosóficas y ridículas. Ya nos habíamos entrenado en el cambio de fichas, numeración y etiquetas; ahora teníamos que decidir por cuáles libros flancito cambiar estas granadas de 600 páginas. Hubo varias propuestas, y como disponíamos de material suficiente, decidimos aprovecharlas todas. Partimos de un par de principios. Cambiar directamente el libro arma por un libro tonto quizás no provocara el efecto deseado; el alumno que sacara Código Civil 1 y luego al abrirlo descubriera a Pauwells y Bergier, casi seguramente lo dejaría de lado

para ir lo antes posible a devolverlo y protestar ante los empleados de la biblioteca que muy probablemente enviarían el engendro al depósito de libros rotos o inclasificados, donde morirían lenta e inexorablemente. Había que atraer al lector. La mezcla nos pareció un buen recurso. Después de dos o tres pesados capítulos con leyes opiáceas y datos a memorizar, encajaríamos un capítulo de El retorno, o un par de hojas, bien pegadas. El subrayado nos atrajo como técnica publicitaria. ¿Quién podría dejar de engancharse con una cita como la de la página 319? "Los acontecimientos venideros proyectan su sombra por anticipado" Goethe. En la página anterior, marcados con un rojo restallante: …Fobos y Deimos, miedo y terror (remate de "Cuando el astrónomo americano Halla descubre los dos satélites de Marte en 1877, y advierte que sus mediciones concuerdan con las indicaciones de Jonathan Swift en El viaje a Laputa, presa de una especie de pánico los denomina Fobos y Deimos".) Realmente creo que inventamos la publicidad actual, banners, subliminales… Por aquí y por allá destacábamos palabras atractivas o frases misteriosas. La próxima mutación de la raza humana. El hombre, y en especial el gigante, el hombre-dios, es responsable del Cosmos entero. La expedición de los nazis al mundo hueco.

Después de una ardua selección, usamos el material sobrante, las innumerables hojas sueltas, al azar. En las incursiones cambiábamos de acuerdo con lo ya planeado y metíamos sin ton ni son el descarte (la

mayor parte del libro) disperso por cualquier libro. "Todo induce a creer que existe un cierto punto del espíritu, desde el cual la vida y la muerte, lo real y lo imaginario, el pasado y el futuro, lo comunicable y lo incomunicable, lo alto y lo bajo, dejan de ser percibidos contradictoriamente" André Bretón.

24

Discutíamos por deporte. Una de las formas de la soberbia, aunque soberbia inocente, entre ilustrados estudiantes de las ciencias metafísicas, es de manera previsible la discusión. Discutir, debatir, oponerse, siempre un pero, no sin embargo, por otra parte, en realidad a mí me parece, eso si no tuviéramos en cuenta que. Ninguno tenía novia eterna, nadie con un trabajo devastador: yo, alumnos particulares; Daniel, una pasada rampante por el negocio paterno ubicado al frente de la casa; y Ricardo, alimentado por su hermano mayor el ingeniero siempre y cuando estudiara, hecho poco comprobable en el mediano plazo). Las cursadas y el bar don Julio, donde ni siquiera era imprescindible consumir un café. Todos gasoleros. Qué quedaba además de leer, qué ostentar más que desvaríos. Discutir por discutir. Así y todo, el plan guerrillero no tenía fisuras porque el objetivo era tan claro como el enemigo, ese ciudadano pequeño burgués que soñaba con recibirse de contador y escalar posiciones en el banco provincial hasta ser jefe de sección, jubilarse e ir de vacaciones al

departamentito propio en Mar del Plata. Habitante de una ciudad cuadriculada enfrascada en una nube de vapores obnubilantes y paralizadores de todo salto al vacío. Ése era el enemigo, el centro de la cruz de nuestra mira telescópica, y cualquier sacudida a su modorra intelectual y espiritual era aceptable para nuestra Hagia tríada más uno. Por tal razón, los debates encarnizados en torno a poetas, filósofos y teorías psicológicas, místicas y científicas, se obviaban a la hora de atacar. Así fue como aceptamos, por ejemplo, las teorías ridículas de Méper sobre ovnis, uritorcos y egipcios venidos de Ganímedes. Para el caso, convinimos, era lo mismo con tal de que la masa dejara de ser tan fláccida y se sorprendiera con algo que la alejara aunque más no fuera unos momentos del pensamiento cerril, cuándo pagan el aguinaldo, quiero comprarme el terreno de al lado, cambiemos el auto. "Y he aquí que hace doce mil años, la Tierra capta su cuarto satélite, nuestra Luna actual… La segunda civilización Atlántida, menos importante que la primera, desparece en una noche, tragada por las aguas del Norte. Es el Diluvio, del cual nuestra Biblia conserva el recuerdo. Es la Caída que recuerdan los hombres arrojados al mismo tiempo del paraíso terrenal de los trópicos. Según los horbigerianos, los relatos del Génesis y del Diluvio son a la vez recuerdos y profecías, ya que se reproducirán los acontecimientos cósmicos. Y el texto del Apocalipsis, que jamás ha sido explicado, sería la traducción fiel de las catástrofes celestes y terrestres

observadas por los hombres en el curso de las edades…" Y antes: "Tiahuánaco, a más de cuatro mil metros de altura, en los Andes, era pues una de las cinco grandes ciudades de la civilización marítima de fines del período terciario, construidas por los gigantes conductores de los hombres." Daniel y yo nos reíamos desatados repitiendo estas citas amadas por Méper, pero lo dejábamos hacer, él las tipeaba o las escribía a mano con letra de imprenta para meterlas como un folleto previo a las elecciones en cuanta revista encontrara en los consultorios o libros en las bibliotecas. El retorno de los brujos se convirtió en su Biblia, luego fue sumando otras obsesiones desprendidas de allí. Gurdieff, Guenón, Fulcanelli. Alguna de las citas no nos producía ninguna risa, sino que nos conmocionaba, y Méper era habitualmente el que las rescataba del mamotreto y nos la hacía llegar recortada en sus copias: "El descubrimiento (página 533) de que todo es maqueta, modelo, signo, símbolo, conduce al descubrimiento de una llave. No la que abre la puerta del misterio insondable, que, o bien no existe, o bien está en manos de Dios. Una llave, no de certeza, sino de actitud. Se trata de hacer funcionar una inteligencia diferente de aquella a la que son presentadas las maquetas. Se trata, pues, de pasar del estado de vigilia ordinario al estado de vigilia superior. Al estado de alerta. No todo está en todo. Pero velar lo es todo." Sin manifestarlo con palabras, los cuatro estábamos convencidos de que en ese fragmento se basaba nuestro

principio de acción. Una llave que sacara del sueño con ojos abiertos e hiciera saltar a nuestros vecinos hacia la percepción verdadera. Entonces estábamos convencidos, con el tiempo me fue pareciendo una mezcla inmadura de mesianismo, fanatismo y especialmente desprecio por el otro. La chatura de nuestros congéneres ayudaba, hay que reconocerlo, como también el servilismo en que había caído la generación de nuestros padres, hijos de inmigrantes sufridos, perseguidos y golpeados o muertos en las guerras o en los campos de exterminio o en sus alrededores. La guerra irradiaba la peste del temor y las pesadillas. En cambio, los que nacieron luego y lejos disfrutaron de la luz eléctrica, las casas con baños y calefacción a gas, comidas suculentas, reivindicaciones notables como el paso de la esclavitud laboral a los derechos, aguinaldos, vacaciones. Y así se achicó el horizonte espiritual. Afortunadamente se liberaron del hambre y la muerte violenta, solo quedaba trabajar, ahorrar, comprar unos pocos bienes materiales y asirse a todo eso para que el viento de la historia no los arrastrara nuevamente hacia aquel principio de siglo bombardeado. Se vieron en la obligación de organizar el Guernica. La tercera generación, la nuestra, fue a la escuela, la secundaria y la universidad. Llenó su cabeza de los vapores del espíritu, el ansia de revolución, cansados de ver aquella rutina paterna que les hacía agachar la cabeza para poder arrastrar mejor el arado. Listos para el parricidio. El mayo

francés, la revolución cubana, el boom de la literatura… la imaginación, de la que carecían aquellos, al poder.

25

El salto cualitativo se dio cuando nos convencimos de que el cambio de libros no solo modificaba al supuesto lector casual. En la primera etapa la acción tenía los efectos del francotirador, o cuatro francotiradores, que con mayor o menor puntería atinábamos en la cabeza de algún desprevenido frecuentador de bibliotecas y mesas de saldos. Luego, Modificación 2, creímos que en una ciudad tan pensada y diagramada a puro paralelismo y geometría, cualquier desubicación de una pieza alteraría su mecánica espiritual. Dicho de otra forma: vivimos en un tablero de ajedrez con cada pieza en su escaque, todo fijo, una fotografía eterna que solo varía del daguerrotipo al sepia y al color. Luego, hacemos unos movimientos imprevisibles con el caballo y la reina, unas aperturas ridículas, sacrificios inútiles de torres. Algo tendría que pasar.

Tuve después un compañero de trabajo que acomodaba al llegar a la oficina todos los enseres sobre su escritorio de manera obsesiva. Los correctores a la izquierda, los sellos adelante, a la derecha en perfecta simetría biromes de variados colores cada una para un uso específico (azul, negra, roja y verde). Dos tacos de papel, el teclado a su exacta

distancia, el trapito amarillo para limpiar los vidrios de los anteojos. También el teléfono interno y el celular tenían su lugar preciso. Con otro de mis compañeros nos divertíamos en cambiarle las cosas levemente de lugar ante su mirada contenida. Él mantenía la conversación pero con disimulo volvía a colocar las cosas donde correspondía. Reincidíamos en el desordenamiento. Volvía tenso a corregir. Finalmente en explosión interna y tensión evidente de todos sus músculos murmuraba: no puedo, por favor, no puedo. No sé si esta ciudad puede o no puede ser alterada por los cambios. En aquel momento histórico sí creíamos, especialmente Méper, que esas mudanzas, esos libros movidos iban a producir algún efecto mágico sobre la conducta social.

Quizás haya sido la causa de tanto desvarío la búsqueda de alternativas a una situación tan asfixiante. Vivir la juventud, período ya de por sí rebelde, inmersos en un contexto de ahogo, de horizontes tan limitados, seguramente predispone a aferrarse de cualquier madera que parezca barco. Pero es esperable que con el paso de algunos años, unos pocos años de crecimiento personal, uno empiece a distinguir y seleccionar. Méper no solo quedó fijado en esa etapa sino que la profundizó; como adulto que no superó la adolescencia, se convirtió en un hombre inmaduro y pueril, altamente peligroso.

Del simpático *Retorno de los brujos*, saltó a Gurdjieef, a las teorías del mundo de hielo, a la tierra hueca, a la acrítica aceptación de cualquier

idea descabellada sobre la presencia de alienígenas en colonias antárticas o ángeles disfrazados pululando por las ciudades. Un día insistió e insistió hasta que decidimos darle la razón porque ya estábamos aburridos, con que esta ciudad se había fundado el 30 de noviembre y no el domingo 19 (domingo, día del señor). Decía que la verdadera ceremonia, no aquella exterior y visible para la multitud, se había realizado al atardecer de ese jueves porque el grupo quería que coincidiera con el inicio de ofiuco y el día pagano de Júpiter, el decimotercer mes astrológico, el de la serpiente. La idea era atrayente y novelesca, pero no se ajustaba a la verdad histórica. Méper nos contó el mito. Así era, capaz de inventar un hecho para imponerlo a la realidad y conseguir una explicación que se ajustara a sus delirios.

No es cuestión de negar lo que está más allá de lo sensible y de lo cartesiano, pero querer pegar el salto no significa suscribir cualquier paparruchada. En la antigüedad se sabía que la tierra era más o menos esférica, Eratóstenes calcula la longitud del ecuador con la sola observación de las sombras. Hay centenas de datos. Pero eso no me autoriza a suponer que los chinos hayan hecho un túnel hasta Uruguay. Méper lo aceptaría. En su locura mística se tragaba todos los sapos misteriosos. Pirámides construidas por marcianos. Comunicación telepática con contestador automático. Bicicletas con ruedas cuadradas.

Si, como dicen, los recuerdos son una construcción más que la grabación fehaciente de los hechos; en el caso de El Cuarto, la realidad, toda su realidad era una absoluta construcción a partir de datos falsos mezclados con otros más o menos verdaderos. Un Quijote que en lugar de enloquecer por las novelas de caballería, se convenció de la veracidad de los ensayos y teorías seudocientíficas. Que en el Gilgamesh y el Popol Vuh, se describan diluvios como el de la Biblia, prueba que hay tradiciones orales anteriores a las escrituras. Lo cual ya es bastante interesante. Pero no significa que un extraño brujo haya vivido miles de años. El inmortal es un cuento de Borges. Un cuento, punto.

Cuando ya dejamos de vernos, y esto lo descubrí hace unos meses, Méper se prendó (infatuation) de un siniestro profesor de latín. El doctor. Cursamos con él en segundo año, las clases eran subyugantes, manejaba la voz, casi no gesticulaba, no usaba el pizarrón ni se desplazaba por el frente del aula. Pero su canto de sirena atraía hacia los versos de Virgilio. Su análisis de la Égloga iv, *Sicelides Musae paulo maiora canamus*, no permitía distraerse. Uno notaba que estaba sentado ante una presencia especial. Había en la facultad grandes profesores, pero no pasaban del rango de excelentes “técnicos”. El doctor era un agujero negro ante el que nadie podía evitar quedar impresionado. Producía sentimientos violentos hacia su persona,

sumisión o repulsión. Nada en medio. El año corrió, pasamos a otro curso y otros docentes. Pero Méper siguió bajo el influjo, fue como oyente a cursar lo que ya había aprobado, siguió al doctor en conferencias dictadas en lejanos institutos provinciales ante poco público que no hacía preguntas, que no se movía de su silla. Hipnotizados. Hay personas que tienen ese poder: algún sacerdote, algún político, también algún docente. Y es difícil abstraerse de su atracción. Es bien sabido que en la relación discípulo-maestro lo erótico es fundamental. Una forma de enamoramiento. Una seducción intelectual, moral, psicológica. A veces, como en el caso de Méper, lleva a la dependencia absoluta y el fanatismo fundamentalista. Todo lo dicho por él, es palabra de Dios. En la historia de la humanidad (para no ir más lejos) el pensamiento acrítico ha sido una plaga, ha llevado a la destrucción. Un intelectual esclavo de una idea es de enorme peligrosidad. Es comprensible en los ignorantes o en los mediocres, pero para un individuo formado, leído, culto, se espera la sospecha, ese acicate creativo que llevó a no aceptar la idea norma. El sol se mueve, la tierra es el centro. Y, sí. Así parece. Todos lo ven. Todos lo repiten. La luz va en línea recta. Las estrellas que vemos, están. Y en todas las épocas hay hogueras para los que se salen del circuito ordenado de pensamiento. Qué mecanismos nos llevan a aceptar a rajatabla cualquier reflexión de alguien a quien admiramos (miramos para arriba). Cuánta fuerza es necesario hacerse para salir de

la órbita ancilar de un planeta que nos parece gigante. Creo que el principio básico es la duda. Y Méper no lo puso en práctica.

26

Nuestro cuarto hombre entró a trabajar en el periódico local. Lo veíamos poco, pasaba muchas horas en el viejo edificio de la diagonal 80, entre máquinas de escribir y teletipos. Una tarde nos contó que como parte del plan de Modificaciones, había estado adulterando algunas informaciones menores. Primero, el horóscopo. Había sugerido incorporar el horóscopo chino y como había que llenar las páginas de entretenimientos, el encargado de la sección se lo aprobó. Por otra parte era una novedad, ningún otro diario lo tenía. Así fue que empezó con Serpientes y Dragones, Ratas, Chanchos y el resto. Con una vieja enciclopedia y creatividad fue inventando las peripecias que el año de nacimiento ocasionaría. El oráculo siempre fue atrayente. Le dieron la página completa y entonces comenzó lo que, según dijo, era la tercera modificación: adulterar (aún más) el horóscopo con sugerencias salpicadas aquí y allá que promovían acciones inesperadas. Con Venus en posición ascendente, encontrará el amor al aire libre. Deambule de rojo por la plaza central. Y unas cuantas personas circularon con algo llamativamente rojo. No sabemos si encontraron el amor, pero sí que aceptaron el horóscopo. Después de varios meses el procedimiento pareció agotarse y la idea de modificar los titulares no prosperó. La

primera plana se hacía a último momento y ante la presencia de los jefes y secretarios de redacción. Cambió números ganadores de la lotería provincial, algún resultado deportivo, un aviso fúnebre y una publicidad. Quizás lo más arriesgado haya sido reemplazar con la foto de una mujer semidesnuda en pose muy sugerente, la imagen de la reciente ganadora del concurso de poesía "Juegos florales del estío", para colmo esposa del cónsul español. Eso, de por sí solo, no ocasionó mucho más que molestias y aclaraciones y pedidos de disculpas de los propietarios del periódico, más una investigación que no llegó a nada y una risa generalizada en el ambiente donde conocían a la poetisa y su esposo el cónsul. De todos modos, las modificaciones sumaban pequeños cambios. No solamente sorpresa en los desprevenidos aspirantes a contadores que se topaban con La Metamorfosis allí donde esperaban leer Contrato de trabajo, o los ingenieros que en lugar de Estática se enfrentaban a Estética; sino también en los puestos de las ferias suburbanas y en los negocios importantes del centro comercial con las peleas entre clientes y vendedores a causa de la adulteración de los precios (simplemente se cambiaban los papeles: con una coma se reducía todo al diez por ciento o con un 3 por 1, al 33 %; también se le agregaba un cero para que la gente no solo no comprara sino que increpara por usureros a los comerciantes; los ceros se hacían ochos, los unos vueltos cuatro o siete, una U delante del signo $ convertía en

cipayos a los vendedores nacionales y a toda la escena comercial citadina en un grotesco criollo).

Méper tenía acceso a la imprenta, como el padre de Daniel pero sin límites a la locura, y podía hacer algunos pequeños trabajos cuando el encargado se escapaba al menos dos veces por semana arrastrado por algo más fuerte que una yunta de bueyes. Los carteles eran de factura impecable, profesional. Hizo afiches de políticos con leyendas abominables, fajas para cerrar comercios por suciedad o falta de pago de impuestos o por maltrato al personal. Luego la bola de difamación crecía y con ella algo del efecto buscado por la Hagia Tríada más uno.

Era difícil no sentir desprecio por una sociedad donde el mayor fervor, la reacción más generalizada y bastante violenta, la produjimos con la distribución de unos folletos con descuentos, promociones y regalos en dos grandes tiendas locales. Desde horas tempranas se formaron colas numerosas ante las grandes puertas (donde se confirmaban los anuncios con grandes carteles impresos por Méper en los talleres del diario). "Una prenda de regalo a elección para los diez primeros clientes", "Descuentos del 70 % por compras de electrodomésticos", etc. Cómo convencer a los airados clientes que durante un par de horas habían hecho la fila munidos de termos con mate o café, de que todo era una patraña urdida por cuatro estudiantes soberbios. Por otra parte, nadie sabía (a Dios gracias) quiénes fueron los autores de la estafa. Ni

la policía ni los representantes del municipio pudieron hacer nada; hubo que vender según indicaba la publicidad. En pleno centro se negó el dueño a aceptar lo inaceptable y le rompieron las dos enormes vidrieras, luego lo saquearon. Se vio hasta gente mayor acarreando televisores, heladeras a pulso entre tres o cuatro, radios, licuadoras, toda la lista de regalos de casamiento. Una algarabía de carnaval o de fiesta de los locos, como disfrazados de demonios dentro de la catedral. La policía no se atrevió a detener a la masa. ¿Arrestar un jubilado enclenque munido de un equipo de audio completo? ¿o a los dos nenes con uniforme de colegio privado que ayudaron a sus padres a llevar un lavarropas? Cochecitos de bebé llenos (batidora, juguera, ollas y sartenes, vajilla) arrastrados con un brazo por las madres mientras con el otro cargaban al niño. Pero el descontrol también fue ordenado: nadie tomó nada de los negocios que no habían sido afectados por nuestra publicidad, solamente se atacó a los mercaderes mentirosos. Nadie creyó las acusaciones y desmentidas de la sociedad de comercio. La mayoría creyó que era una mentira como las clásicas mentiras de todo vendedor. Y que la exageración promocional se les había ido de las manos.

Inspirados en las anécdotas de los martinfierristas y el dadaísmo, quitamos las placas de los dentistas. Pero intensificamos la acción: en una sola noche cambiamos las chapas de dentistas con las de escribanos. No sabemos qué ocurrió pero al menos jodimos un poco.

Suponíamos que en algún momento, la acumulación de Modificaciones producirían algún cambio en el funcionamiento de la gente. Acciones infantiles mezcladas con intervenciones más agresivas, todo sin demasiado plan inicial y con la idea básica –casi boba- de que estábamos llevando a cabo una especie de Feng Shui a gran escala. Al menos, los tres aceptábamos la gran dosis de puerilidad que tenían nuestras transgresiones. Marihuana por té, fue un proyecto que nos ocupó durante semanas. En ese entonces casi nadie conocía la hierba, ahora la hoja aparece hasta en los manuales escolares, es más famosa que la cara del Che. Circulaba solamente por grupos marginales vinculados a la música y el arte en general. Pero poco. Nuestro conocimiento era nada más que teórico, no había en el entorno nadie que la fumara. Pero sí sabíamos de sus propiedades, o al menos suponíamos, vinculadas a la desinhibición y una alegría medio boba. La idea era conseguir las semillas y hacer dos intervenciones, por lo menos: una plantación en los sectores abandonados del zoológico y el cambio de hojas de té por hojas de marihuana. Una idea romántica y pueril porque después de discutir acaloradamente en el bar don Julio y en caminatas de diletantes, llegamos a la conclusión inevitable de que ninguno de los cuatro sabía ni siquiera hacer germinar un poroto entre algodones. ¿De dónde obtener las semillas, cómo entrar en los galpones de los mayoristas y cambiar el contenido de las bolsas de té en

cantidades industriales? Nos divertimos mucho pensando en los efectos, las tardes de señoras tomando el fiveoclock en la París mientras engullían unas masitas hojaldradas y paulatinamente saltaban la valla de la impostura y se reían con toda la boca abierta encremada ante las miradas sorprendidas de los señores que toman café.

Méper se volvió un fanático. Lamentablemente creímos que se le pasaría como se nos pasó a nosotros. Recién mucho tiempo después comencé a darme cuenta o sospechar. Los cambios que se fueron produciendo en la ciudad, las alteraciones extrañas como de ficción comenzaron a llamarme la atención y a pensar en que quizás tuvieran el mismo origen. Fue una espiral de sucesos increíbles. Los primeros, apenas mencionados en los diarios como hechos aislados. Poco a poco se sumaron eventos rarísimos. A nadie le llama la atención un terremoto en las proximidades cordilleranas, una inundación a la vera de grandes ríos. Pero la irrupción de una cascada en la llanura, la aparición de animales fabulosos que son paseados como perros, las plazas completas cambiadas de lugar… no pueden ser aceptadas como fenómenos naturales.

27

Estoy tratando de aclarar(me) la cronología, juntar los datos diversos alrededor de un mismo eje: las distintas Modificaciones, el trabajo en el diario local, la relación con el viejo doctor de latín, la profundización del fanatismo meperiano, las muertes y desapariciones de mis amigos de la facultad. ¿Cuándo pegó el salto al vacío? Mientras estuvimos los cuatro juntos todo fue discusión y diversión; las acciones (aún las más graves) no dejaban de ser chiquilinadas, prácticamente inofensivas. Ningún comerciante se suicidó por las pérdidas, ningún dentista dejó de usar el torno. Y nosotros reunidos en el bar hablábamos de Marechal, Freud, Borges, El retorno de los brujos, las distintas etapas de Rubén Darío, Sartre y Simone de Beauvoir, Heidegger y Rilke, la existencia inexistencia ausencia vacaciones de Dios o dioses, la dictadura del proletariado y cuántos mujiks caben en la cabeza de un alfiler. Una tarde que devino noche mientras los cuatro nos trenzamos en una discusión de soberbios facultativos sobre la inspiración, las profecías, las musas, las pitonisas, recuerdo que Méper sostuvo que la inspiración era pura materia y provenía de ciertas combinaciones aún desconocidas de las relaciones neuronales. Así transcurrían la mayor parte de los encuentros en el bar don Julio. Luego mataron a Ricardo, Daniel desapareció, sobrevino rápida la noche de la dictadura y hubo que esconderse, exiliarse, acechar desde debajo de una piedra cuándo

regresar, en algún momento impreciso regresar, calladito, y recomenzar. Y ya se sabe que nunca se recomienza, en todo caso, se sigue al paso tras haber trotado, rodado, o con la rodilla vieja y rengueando.

ZULMA

Zulma tenía pecas. Pocas pecas, le decían en la casa para consolar su disgusto, y en lugar de ayudarla la torturaban más. Las pecas no son agradables para un adolescente. Ni una nariz rara. Nada que destaque y diferencie del resto. De adulto se puede convertir en un atractivo tener un matiz; un lunar, el pelo mota, cualquier rareza que no caiga en el exceso desagradable puede convertir a una persona casi común en un ser encantador, si se le suma una sonrisa taciturna o unos ojos picantes o lánguidos o un toque particular en la manera de hablar. Cambia el signo negativo de la comunicación. Pero en la plena adolescencia el cuerpo es una carga, el pelo, la nariz, las manos, la boca, la voz que no se afirma, todo trabaja en contra para convertir al ser humano en crecimiento en un mandril de espaldas.

Pocas pecas eran un millón de pecas, ¿te tiraron mierda y te tapaste con un colador? Mirarse al espejo y remirarse, ponerse cremas que taparan las infinitas pocas pecas. Su compañero de banco en la escuela pública iba a menudo con una marca que le cruzaba la frente como el ecuador del globo terráqueo. Ella sabía que el ruliento se ponía una media para aplastarse el pelo. Pero no le dolía, era un dato nada más, como seguramente a Marcado (el pobre se apellidaba Mercado) no le

importaría nada de su cara de eterno sarampión. Cada cual sumido en su dolor y vergüenza. Algunos superarían de inmediato los traumas juveniles, otros como Zulma y Mercado los mantendrían toda la secundaria como soporte de otras capas de inseguridad personal. Para colmo les tocó dar una clase especial, juntos, en alguna materia (tal vez economía) y de allí en más se convirtieron en Marcado de Pecas y Pecas del Mercado. Ni siquiera los unió la vergüenza. Cada uno estaba tan sumido en una humillación que les ocupaba no menos del noventa por ciento de su alma, que no había espacio ni posibilidad de moverse compasivamente hacia el otro. Zulma era Gregorio Samsa, pero sus padres no eran los padres kafkianos, se preocupaban por ella, eran más o menos alegres, más o menos felices y la trataban bien.

Nada es lo que parece. Y Zulma no era lo que se suponía. Detrás de la alumna cumplidora, escolta de la bandera y de muy bien en conducta, había un furor contenido, compulsiones controladas a riesgo de que le explotaran las arterias, es decir, un mundo propio. Una vida distinta a la que se le pedía desde la casa, la escuela y la época. Un verdadero mundo interior. Una casa con el frente pintado, grandes ventanas, puerta segura, una hermosa acacia en la vereda, y adentro los zombies. Entró en la Facultad y tal vez para huir del pasado, empezó a estudiar Historia. Profesorado de Historia y Geografía. Tenía ahora un buen cuerpo, el pelo largo y alborotado y rojizo; nadie le miraba las pocas

pecas. Tuvo algún novio, sexo satisfactorio, soledad, otro noviazgo prolongado, pero ningún hombre la conmocionó eternamente. Aunque se enamorara perdidamente de este y de aquel, todo eso pasó rápido, fue medianamente platónico. Antes de recibirse entró a trabajar como ayudante de cátedra en Historia Colonial, casi inmediatamente la profesora titular le propuso que se presentara en el Archivo Histórico, donde necesitaban una suplente. Y allí siguió trabajando hasta su muerte. En el alto primer piso del Pasaje Dardo Rocha, en pleno centro, en unas antiguas oficinas con grandes ventanales hacia la avenida Monteverde, entre documentos antiguos y libros bien encuadernados, Zulma trabajaba con dedicación, investigaba, luego preparó ponencias y participó de congresos, siempre con todo el éxito que podía procurar ese circuito intelectual y la valoración social de tales tareas. Apreciada por sus compañeros y compañeras, situación extraña en una oficina a no ser –como en su caso- que no se preocupara por escalar posiciones administrativas ni seducir al director; tareas que sí procuraba llevar a cabo el resto del personal. En su interior había fuego y necesidades, pero el trabajo le servía para sublimarlos. La letra ostentosa del General Mansilla informando sobre las economías de la campaña, los abarrotes, pertrechos, y finalmente esa firma de gente que disponía de tiempo y valoraba el despliegue de tinta; la respuesta del Restaurador de las Leyes alentándolo a seguir, prometiéndole armas y viandas, rubricada

con trazo tan fecundo y planeado que parecía incluir una novela; todo eso y más aún eran un encanto para los ojos de Zulma allí en el silencio del atardecer o de las primeras horas de la mañana. Porque su vida transcurría allí mañana y tarde, sin que nadie vigilara en extremo los horarios, con un rato para salir a comer o a pagar un impuesto, comprar un libro, mirar vidrieras, desear zapatos, disfrutar que alguien la observara y volver al gran salón con piso de pinotea y muebles de roble o cedro. Un lugar para el tópico de aburrimiento aunque Zulma se sentía casi siempre contenta con la paz de adentro, la solidez del ámbito y el sol que se metía alegre por las dos grandes ventanas cuyos postigones ella dejaba siempre abiertos; o la lluvia y el viento gris a los que veía golpearse contra los vidrios biselados invitándola a la inmersión en los viejos documentos donde veía a las tropas, sentía el calor que rodeaba al prócer en su despacho improvisado en el norte tórrido, anticipaba la inutilidad de las cadenas cruzando el río para detener al enemigo. Aquellos viejos folios eran sus vernes y salgaris.

Muy de vez en cuando aparecía un investigador solicitando un documento en especial, consultando sobre algún capítulo perdido en un libro que solo ella podía ubicar en esa maraña de enormes tomos encuadernados y codificados por números romanos. La conversación consistía en un parco intercambio educado y técnico. El tiempo transcurría sin sobresaltos, prácticamente sin contacto con otras

personas fuera de la breve charla con Angélica, que traía el mate cocido, y con el resto del personal al entrar y al salir. El director estaba en su oficina, ella en un enorme despacho de unos treinta metros cuadrados (por cinco de alto) donde estaba el material de consulta, y los otros empleados se turnaban en la biblioteca para alumnos de la carrera. Zulma era amable y sonriente, la mirada un poco esquiva, un tono de voz agradable y un andar seguro, se vestía bien, sin excesos de ostentación ni pobreza docente, nunca un conjunto clásico de saquito y pollera al tono a la manera de las secretarias serias o las profesoras de colegios privados. Usando la caracterización machista sus compañeros y vecinos varones podrían pensar que ella tenía la distensión de quien no padece falta de sexo. Aunque tuviera largos períodos de soledad, había encontrado en su trabajo, las investigaciones, viajes locales de estudio y paseos por los alrededores del Pasaje, como también en el contacto con aquellos románticos personajes históricos, una satisfacción que le daba algo de paz y felicidad. Una casa alquilada en un barrio semicéntrico, un auto pequeño y bastante nuevo, algunos ahorros que manejaba sin avaricia pero con absoluta austeridad en pos de comprar su propio departamento y que eran depositados mes a mes en la misma sucursal del banco donde cobraba su sueldo. Y nada más. Había alcanzado el equilibrio de una mujer adulta y esas pequeñas certezas le daban tranquilidad, objetivos. Las esporádicas visitas de seres extraños en

busca de papeles viejos, la sacaban de la rutina. Era como ver de vez en cuando algo especial por la ventana. En lugar de los autos y los oficinistas, allá abajo en ocasiones se armaba una batahola por un choque, cruzaba zumbando una ambulancia, un día desfiló una orquesta de boyscouts llena de instrumentos de viento y percusión, un camión se detuvo cierta tarde con gente que agitaba banderas y cánticos futboleros. Del mismo modo, entre el perfil habitual de investigadores o alumnos estudiosos, aparecían extranjeros de lugares insólitos o desorientados en pos de documentos para comprar. Allí no estaban esos documentos ni había nada a la venta. Y eso ocasionaba raras conversaciones. Alguien, una investigadora de la Universidad de Lima, le trajo una vez una caja de bombones comprada justo en la esquina, en la confitería París, como agradecimiento por cumplir con su trabajo. Tomaron juntas un mate cocido de ministerio (en tazas gigantes y medio cachadas con azucarera haciendo juego) y se hartó Zulma de exquisitos chocolates y se rio como hacía mucho no le ocurría de las anécdotas picantes que le contara la verborrágica Doctora Rocío Umaña sobre colegas que ambas conocían de los congresos internacionales y de las publicaciones. Tanto emérito engominado y con traje gris más corbata azul, fue visto bailando desenfrenado y borrachín después de exponer acerca de tecnicismos historiográficos. Romances extramatrimoniales. Plagios penosos. Todo lo sabía Rocío y lo contaba

con la gracia que da el pintoresquismo de la lengua plagada de frases coloquiales y dichos de la región. Y por supuesto conocía a todos, y se había acostado con unos cuantos, lo que la habilitaba fuera cierto o no a entrar en detalles antropométricos de seres que Zulma apenas conocía por el estandarizado estilo de su escritura técnica. Durante semanas siguió riéndose sola cada vez que encontraba en las bibliografías, el apellido de una seca disertante panameña, y la veía saltando de un balcón a otro envuelta en una toalla ante la llegada inesperada de la esposa de otro eminente profesor. Muchos, no solo Umaña, habían visto la escena desde el jardín del hotel en una tarde gris de Bogotá. Esa misma noche, la panameña regresada a su sequedad había disertado con esa voz firme y tono monocorde sobre el "Relevamiento documental de las actas de los juzgados de paz en el interior del Virreinato de Chile". El eminente profesor estaba en la segunda fila, junto a su esposa. Había vida detrás de esos impresos. Nunca lo había dudado pero tampoco se le había hecho tan patente como ante los relatos de Rocío. Envidiaba su charla, no se imaginaba a sí misma contando casi a los gritos de qué tamaño la tenía el Adjunto de Historia Medieval. Angélica, la ordenanza, le preguntó por un manual de secundaria que necesitaba su hijo. Esa tarde Zulma, fue a la librería El Aleph, a una cuadra, y lo compró nuevo. Se sintió bien. Le mintió a Angélica, le dijo que se lo había pasado una amiga cuyo hijo ya estaba en el curso

siguiente. Le gustó inventar una historia y le agregó algunos detalles sobre colegios privados y buenos y malos profesores. Al mediodía, en lugar del yogur y la manzana, decidió salir a tomar un café con unas medialunas chorreantes de calorías en el bar Don Julio. Cuando regresó, le avisaron que la esperaba un joven. Había sol, entraba por la gran ventana hasta los primeros estantes de la biblioteca, eran las dos de la tarde. Los plátanos enormes jugaban a hacer sombras entre los gruesos volúmenes. El hombre se presentó, lucía una sonrisa encantadora. Nombró algunas cartas de Belgrano, la casa museo de Dardo Rocha, mientras observaba cada rincón y caminaba con soltura de un extremo al otro de la sala. Sin apuro, demorándose ante determinado tomo, solicitando permiso, envolviéndola con la charla. No se parecía a ninguno de los visitantes varones habituales, tenía un desparpajo simpático y educado, como si todo el tiempo estuviera seduciendo, o seduciéndola, pero sin la agresividad del acosador. Alguien venido de otro mundo o de otro sistema. Zulma se distrajo durante un tiempo prolongado. No había mucho trabajo para hacer. Diego, que así se llamaba, resultó ser un buscador de tesoros, según se definió. Había encontrado en Tucumán, en un lugar insólito, cinco cartas que se habían enviado San Martín y Belgrano. La ferretería de barrio había sido un viejo almacén de ramos generales y entre las reliquias que guardara el abuelo difunto, encontraron papeles ensobrados (el título de

propiedad de la casa, unas partidas de nacimiento de familiares y el atadito prolijo de la correspondencia). Diego le contó a Zulma cómo se enteró, olfato dijo, y que las compró y vendió luego. La tarde fue pasando, Zulma miró el gran reloj de la pared, y él le pidió disculpas. Perdón, te hice perder el tiempo. Ella respondió que no. Soy un charlatán, disculpáme. De ningún modo, fue muy interesante. Entonces, dijo él, te invito a tomar un café, no comí nada en todo el día, me bajé del tren y caminé hasta acá, como no sabía bien el horario y temía que cerraran al mediodía vine directamente, así que, si querés, si no tenés problemas, podemos tomar un café y de paso me como algún tostado. Por acá cerca, preguntó sin darle tiempo, hay algún barcito, ¿no? Y antes de que Zulma dudara ya estaban bajando el ascensor. Afuera la tardecita se llenaba de sombras. Fueron hasta el bar, no había lugar, siguieron caminando. Zulma tenía estacionado el auto del otro lado de la diagonal 80. En ese momento, mientras cruzaban y Diego hizo una pausa en la conversación atento a los semáforos, ella recordó que él había venido en tren, que entonces se iría y que probablemente no volvería. Solo se le ocurrió, señalándole su fiat 147, ofrecerle llevarlo a la estación (eran cuatro cuadras, se sintió ridícula). Afortunadamente él se quedaba en la ciudad, en la casa de su padre, del otro lado de la Plaza Moreno. Diego aceptó muy sonriente. A mitad de camino, después de varias vueltas para retomar las manos hacia el sur y de cruzar el

centro con sus micros enloquecidos, se detuvieron en un barcito al costado de la plaza. Diego la conminó a detenerse ya que su estómago estaba por estallar de hambre, le dijo, y ella sería la culpable de la explosión. Comieron una pizza, tomaron algo de vino, se rieron y se contaron sus vidas (lo que quisieron contar, lo que no quisieron ocultar), ella lo llevó en el fiat, él se bajó, cruzó por delante del auto y a través de la ventanilla abierta, y sin más propuestas, que Zulma temía, le dio un beso amistoso en la mejilla. Gracias, probablemente mañana pase para consultarte algo más. Y para seguir charlando. Zulma sonrió, asintió levemente y se fue mientras la puerta de la casa se abría.

Llegó con un toque de emoción, entró el auto y corrió para atender el teléfono, que no le había dado a Diego, pero con la necesidad de que él la llamara. Era en cambio su madre, y con voz de problemas. Una mala noticia. Su primo menor había tenido un accidente en Mendoza, estaba muy mal. Lo había atropellado un auto conducido por un borracho. Fue llevado de urgencia al hospital. La información de su madre iba en cuentagotas. Algo peor le iba a decir. Lorenzo no tenía retorno, muerte cerebral. Su tía y el esposo habían volado inmediatamente. Quedaban solo el milagro y los trámites. No durmió. Tres horas después volvió a sonar el teléfono. Su madre. Ahora solamente restaban los trámites. Sintió una fuerte puntada en la nuca. Calor intolerable en la cabeza. Y sola, sentada en el sillón frente al televisor apagado, lloró

interminablemente. Pasado el amanecer la sobresaltó el despertador como cada mañana. No supo por varios segundos quién era ni dónde estaba, únicamente sabía que su primito había muerto. No fue a trabajar, ni siquiera avisó que no iría ni por qué. Ya las radios y los noticieros televisivos informaban sobre el horrible episodio. Un viaje de egresados de ochenta alumnos de la escuela de arte, en la noche previa al regreso, en un estúpido accidente ocasionado por un borracho imbécil. Y la foto de Lorenzo circulando en las pantallas. Más unas imágenes de la esquina, el auto, policías, el frente del hospital, los datos laborales de sus tíos y toda esa montaña de información que no conmociona profunda y prolongadamente a otros que nos sean los seres queridos (padres, parientes, amigos). Recordó, y vendrá la muerte y tendrá tus ojos. Recordó los ojos claros de Lorenzo. Se torturó repensando en qué último cumpleaños lo había visto y de qué habían hablado. Lloró por sus tíos, que estaban a más de mil kilómetros esperando que les entregaran el cadáver para volver a su casa, a la soledad inmensa de dos personas de más de cincuenta años con una habitación vacía llena de ropa, cds, una cama de una plaza, fotos en paisajes, banderines deportivos, un teclado. Cosas, todas cosas. Y las cosas no son importantes cuando el dueño murió, pero son el único contacto sensorial con el dueño muerto. No tenía ya hábitos religiosos, y en ese trance se le disparó la blasfemia. Si había un dios era sádico,

pensó, si no por qué razón prometía un paraíso para luego. Por qué no dar el paraíso ahora, al menos para Lorenzo y sus tíos. La razón es demoledora frente a la muerte. A esa hora en que las personas inician actividades, la escuela, el trabajo, compras en la feria, ella buscaba un libro. Recordó una poesía vista en la secundaria (¿de dónde le afloraban los recuerdos ahora?) sobre la muerte de un joven. Veía el texto copiado en el pizarrón con letra desprolija pero legible (se mezclaban manuscritas e imprentas: la e no se juntaba con sus vecinas, era un e peine, suelta; y las mayúsculas, minúsculas grandes. ¿Nadie sabía ya aquellos dibujos barrocos de la f y la b y las otras?). Una cabeza enrulada del primer banco, tapaba el verso final. En el recuerdo, cambió de posición y pudo leerlo, y copiarlo. El profesor habló de la muerte y seguramente a ninguno de los alumnos le hizo efecto en ese instante. Tal vez, otros habrán recordado o recordarían luego, como ella ahora, frente a la alevosía de la desaparición. La sangre se secaría, la piel blanca, la carne primero rígida y luego maloliente hasta ser polvo y nada. Todas las sensaciones de Lorenzo, las imágenes que guardaba en un recoveco de su cerebro, los deseos, todo lo que era energía, ¿podría subsistir sin el soporte del cuerpo? La masa no se transforma en energía. Se pudre bajo la tierra. De algún lugar inexplicable salió con todas sus palabras exactas el soneto de Rilke:

II

Casi una niña era y se ha marchado
De esta dicha única del canto y la lira,
Y clara relucía en su halo de primavera
Y dentro de mi oído construyóse un lecho.

Durmióse en mí. Y todo fue un sueño.
Los árboles, que antes yo admiraba,
Esta palpable lejanía, el sentido prado
Y aquel asombro que me sobrecogía.

Ella durmió el mundo. ¿Cómo, dios cantor,
La hiciste tan perfecta que no necesitó
Estar despierta antes? Mira, se levantó y durmióse.

¿Dónde está su muerte? ¿Inventarás ahora
Un motivo, oye, tu dolor se consume?
¿Dónde irá a sumergirse en mí? Casi una niña…

Pensó que siempre había pensado que era un lugar común decir cómo es posible que nada cambie entorno mientras una persona muere. Pero ahora pensaba que su auto, el fiat 147, seguía blanco y con un cambio que no entraba bien, que el edificio del Pasaje no habría mudado de

lugar ni de gris viejo, que el mate cocido seguiría sirviéndose eternamente en la taza cachada y Margarita diría buen día y sus compañeros preguntarían qué tal todo bien y el jefe haría un gesto amable casi imperceptible de saludo. Luego vería el bar don Julio lleno de estudiantes y la confitería con sus viejos leyendo el diario entre medialunas recargadas de almíbar, afuera los autos y la parada de taxis con gente apurada subiendo sin que la muerte demoledora de su primo sea siquiera una pregunta para nadie. Los diarios hablaron de él pero quién escuchó, a quién le siguió resonando la letra de la pena como sí replica indefinidamente el estribillo de moda, el jingle. Noticia de tragedia que fue desde la tapa del diario local hasta los avisos fúnebres dos días después para volatilizarse tan velozmente como el alma, la energía, el humo del cuerpo cremado. Cuánta tristeza clavada en cada poro. Mentira, pensó, que la muerte es algo que le pasa a los otros. ¿Cuántos poros tiene el cuerpo humano? El dolor entra por cada uno y sale por el de al lado como un tejido de dolor que vuelve a meterse más lejos hasta hacerse una malla impenetrable donde nada puede salir salvo por el grito y las lágrimas. Tanto poro, solo una boca y dos ojos.

(Ahora no lo sabe ni lo sospecha, cuando haga en el futuro su viaje a Europa, Zulma querrá ira a ver en Bruselas “La caída de Ícaro”, el cuadro de Brüeghel que inspirara una poesía de Auden. Lo verá, estará frente a él durante incontables minutos en el Museo de Bellas Artes).

Fall of Icarus" by Breughel

About suffering they were never wrong,

The Old Masters; how well, they understood

Its human position; how it takes place

While someone else is eating or opening a window or just walking dully along;

How, when the aged are reverently, passionately waiting

For the miraculous birth, there always must be

Children who did not specially want it to happen, skating

On a pond at the edge of the wood:

They never forgot

That even the dreadful martyrdom must run its course

Anyhow in a corner, some untidy spot

Where the dogs go on with their doggy life and the torturer's horse

Scratches its innocent behind on a tree.

In Breughel's Icarus, for instance: how everything turns away

Quite leisurely from the disaster; the ploughman may

Have heard the splash, the forsaken cry,

But for him it was not an important failure; the sun shone

As it had to on the white legs disappearing into the green

Water; and the expensive delicate ship that must have seen

Something amazing, a boy falling out of the sky,

had somewhere to get to and sailed calmly on.

Un mes después sobre esta cama donde ahora llora (casi invisible como el Ícaro de Brüeghel) tendrá un orgasmo de la misma intensidad. Y en sus poros se entretejerán las babas de Diego. Por un instante, como un rayo, pasará el recuerdo de la muerte, mientras los dedos de él circulan por sus orificios con delicadeza de hilo que se corta o con impacto de caída desde la torre. Se cortó el cordón de seda, la muerte que allí venía, vamos el enamorado que la hora ya es cumplida. Todos los sentidos que están plagados de lágrimas, arderán. Los lóbulos de las orejas hoy aplastadas con sus propias palmas en un intento de borrar las noticias fúnebres, estarán rojos y húmedos de su lengua que la marea con halagos y dulces amenazas, que entre renglón y renglón mete su punta mojada como un punto y seguido. Dos dedos pellizcarán un pezón que ahora se aplasta contra la almohada solitaria. Y el grito sofocado de placer será el idéntico grito de dolor. Pero ella todavía no lo sabe aunque tal vez en algún recoveco del llanto interminable, de los hipos de ahogo doloroso, haya una esperanza absolutamente irracional de aferrarse a algo, a un ser vivo que le dé placer, que la instale nuevamente en la vida y en el día.

29

Nadie me avisó. Es lo que logro con mi aislamiento. Diego pasó al día siguiente por acá, subió al primer piso, anduvo por la biblioteca y se fue.

Tampoco sé si preguntó por mí. Después vino el fin de semana, yo seguí sumida en el dolor. Por supuesto que el sufrimiento es cierto, pero ahora me pongo a pensar si la muerte de mi primo Lorenzo fue solamente eso o fue también un llamado de atención sobre el olvido de la muerte. No estoy disconforme con esta rutina tranquilizadora. Pero algo ocurrió. La agradable aparición de Diego seguida de la monstruosidad de la muerte de un joven, casi niño. ¿Tenía que venir justo un día antes, tenía que morir apenas unas horas después? Ay, esos padres. Los primeros momentos no fueron los peores, hubo un desgarro, un desconcierto, pero al transcurrir las semanas y verificar en la rutina que aquello no era un viaje, que Lorenzo no volvería de un paseo, que ya era polvo, ay. No puedo parar de llorar a distintas horas, mientras voy manejando a casa y me demoro en un semáforo me asalta una imagen de aquel cumpleaños, mientras acarreo la bolsa con unas frutas y dos tomates y una plantita de rúcula me pega una cachetada con sus manos llenas de arena de un viejo verano que compartí con mis tíos y su hijo de tres años. Y así sigue el dolor como una lluvia desordenada de meteoritos, todos del mismo tamaño y del mismo origen. Qué cierto se hace todo lo que una ha escuchado sobre la caducidad de la vida, para qué llenarse de cosas, de preocupaciones idiotas si después, de golpe… Es necesario que el cuchillo corte tu carne

para que lo sientas. Todos esos papeles viejos que leo y releo y preservo, cuánta soberbia de saber y tener. Ay mi pobrecito.

30

Diego fue al día siguiente. Sabía que en esa biblioteca podría encontrar algún documento importante, un libro antiguo valioso y caro, mapas, cartas. Accedió al primer piso, recorrió el pasillo solitario y se encontró con la puerta cerrada. Golpeó, esperó, finalmente tanteó el picaporte. Después de dar un par de vueltas y verificar que en otras dependencias había gente trabajando, decidió volver un poco más tarde. Quizás Zulma se hubiera demorado, tal vez estaría haciendo algún trámite; las oficinas dan esas ventajas laborales. Caminó por el centro, tomó un café y hojeó el diario. Notó que no podía quedarse allí. Él siempre fue paciente, como hábil mercader, pero en esas últimas horas tenía una especie de inquietud. No quiso reconocer, para sí mismo, que podía provenir del deseo de reencontrarse con Zulma. Volvió a subir al alto primer piso y volvió a encontrarse con la puerta cerrada. Evidentemente ella no había ido. Se sintió extraño, desconcertado. Tanto que no se animó a preguntarle a algún otro empleado del Archivo. La semana siguiente volvería, al menos eso había planificado, pero sobrevino la recaída de su padre. Siempre había estado enfermo, pero esta vez hubo que internarlo. Fueron solo tres días, uno en terapia intensiva y dos en habitación. No era nada en particular, todo funcionaba más o menos y

periódicamente, como en un auto viejo y maltratado, algún mecanismo impedía la marcha. O la hipotensión o el desequilibrio con el azúcar o el hígado. El cerebro, a pesar de todo, mantenía su lucidez, su brillo. Mientras la vista lo acompañara seguiría leyendo y leyendo a pesar de sus órganos al borde del colapso. Diego estuvo todo el tiempo a su lado, con las viejas anécdotas de viajes en el senda diésel y las más viejas con mapas del mundo dantesco. De todos modos no podía dejar de pensar en Zulma. No podía autoengañarse, aunque lo intentaba y se convencía a sí mismo; se decía, quería creer, que era mero interés por conseguir algo negociable, un papel con el que hacer dinero. Pero en realidad, quería encontrarla a ella. Aquella semana no volvió al Archivo, aunque pasó a media cuadra de la entrada varias veces. Se sentía vulnerable, débil, y tenía como norma no hacer negocios en esas circunstancias. Pasaba muchas horas junto a su padre o haciendo trámites para él. Autorizaciones en la obra social, pago de impuestos. De todos modos tenía bastante tiempo libre como para que su cabeza fluyera. Tuvo que hacer algunas llamadas para no perder cierta oportunidad que venía tejiendo. En la biblioteca de Washington estaban interesados en un manuscrito de Borges, una corrección del final de un cuento. Tema del traidor y el héroe. Él había estado hurgando hasta donde sus contactos se lo permitían, en perdidos armarios vidriados que contenían algunas ediciones de El aleph, números de la revista Sur y

otros libros que donara don Jorge Luis. Sospechaba (una investigadora que trabajaba desde años en su tesis sobre los cuentos y sus distintas versiones se lo había sugerido) que había algunas hojas intercaldas, escritas con la letra pequeña del viejo bibliotecario e inspector de gallineros. Mañías por la perfección, pensó. ¿Nunca se termina una historia, una ficción, siempre queda alguna coma, un adjetivo por corregir? En la librería Babel encontró un libro nuevo con mapas viejos, lo compró para su padre, sabía que le encantaría. Seguramente el profesor de historia le daría alguna clase señalando aquí y allá en las láminas. La lectura de los mapas, decía el viejo. Fijáte cómo están distorsionados los tamaños. ¿Por qué el hemisferio norte está arriba y el sur abajo si en el espacio no hay arriba ni abajo? Y los mapas antiguos con sus costas líricas, tanto símbolo, tantas metáforas y personificaciones. Simpáticos monstruos medievales o antiguos dioses emergen de mares infantiles. Al cuarto día, ya en su casa, no lograba que permaneciera en la cama. Cada página del libro le recordaba al convaleciente otras páginas que debía buscar de inmediato. A ciegas podía el padre extraer el volumen donde estaba la réplica de aquella portulana. Diego, que lo retaba amable e infructuosamente, que lo conminaba a hacer reposo (a él, su padre, que vivía en reposo desde hacía décadas), encontraba también algún que otro recuerdo impreso. Un semidestruido Sandokán, un manoseado Viaje al centro de la tierra.

La cima, el punctum fue toparse en forma imprevista, como un viejo amor a la vuelta de la esquina, con el Atlas Antiquus de Justus Perthes. Allí había nacido él, Diego, en ese pequeño librito marrón con tapa dura había sido concebido. Él, sin madre, tenía un cordón umbilical con aquellas páginas. Abrirlo, mirarlos, acariciar las hojas arrugadas. Un objeto con vida. Aunque diminuto (¿cuánto podía medir, 8 por 16?) lo cobijaba. Recordó un pasaje de un cuento de Borges donde el personaje abre el libro para tapar la realidad. A él, Perthes le desplegaba el mundo, su verdadero universo íntimo; el líquido amniótico del mar, las tierras donde hacer base; afuera solamente existían las leyes supremas del mercado, tomo y doy, me quedo con mi parte. Amaba a su padre, que había estado siempre a su lado (tal vez toda esa vida de enfermedades y convalecencias haya sido una excusa del hombre solo para no irse, para quedarse junto al hijo menor; el otro hijo, como la madre, se había desvanecido un día). Esta última internación le removió a Diego el temor a la muerte. La muerte, pensó, es otra huida que lo dejará solo. Y cada vez más extrañaba a Zulma, con quien apenas había compartido un día.

Se veía obligado a quedarse en casa de su padre, se dijo. No volvería a Capital hasta que “esto” (él mismo lo entrecomilló) no se resolviera. Casi una semana después volvió a pasar por el Archivo Histórico y la encontró. Ninguno de los dos disimuló su alegría.

Infatuation! Fueron lanzados de manera irracional uno hacia el otro. A la manera literaria, como Romeo y Julieta. Este segundo encuentro fue el primero, el único, allí donde quedaron fijados. Aquel escarceo inicial de la visita y salida con pizza y vino, fue pararse uno frente a otro; ahora, era mirada frente a mirada, ese indescriptible lazo que se da casi nunca. Ambos sintieron el ardor en el costado. Venían débiles, como si hubieran estado postrados, y estaban sin saberlo dispuestos, preparados, al justo punto para la conmoción. Diego pensó por un instante en resistir, eran muchos años de armarse la coraza, de cerrar los poros a las emociones, nada bueno sacaba un mercader de la sensiblería; pero no pudo, le venían imágenes de su padre enfermo y solo, lo golpeaban insatisfacciones, la falta de una caricia genuina, todo estaba revuelto y él en medio de un naufragio, su bote de siempre chupado por un agujero negro de mar, los mares que veía en el viejo Atlas le saltaron a la garganta, hirviendo, como tenazas. Y Zulma en su biblioteca, el lugar que había amado hasta la muerte de su primo. La muerte que había movido el primer piso alto del pasaje Dardo Rocha en un terremoto insólito en la extensísima llanura. Zulma vio que había enormes grietas bajo sus pies, lo sintió, era algo físico, sensible, no era una metáfora ni una impresión o un me parece o es como si, no, el piso de pinotea se le movía, las puertas vidriadas y la enorme araña de bronce con caireles tintineaban, los libros cambiaban de lugar. Y los dos

perdidos de su vida anterior se encontraron en la isla desierta. O ya estaban perdidos antes y solamente les faltaba darse cuenta con un hecho conmovedor.

La vida y la muerte bordada en la boca, tenía Merceditas la del guardarropa. A Zulma le gustaba Serrat, conocía esta canción, Romance del Curro e Palmo, pero en esos momentos no la recordó de manera consciente. Ambos habían sido sacudidos por la proximidad de amor y muerte. En algún recoveco lucharon las pulsiones y triunfó lo erótico. La cama fue una consecuencia de ello, solo postergada unos días, unas noches, porque a pesar de todo ninguno de los dos quería abatir al otro, no se arrojaron, se fueron deslizando hacia la horizontal con el leve paso del tiempo. Y luego no pudieron despegarse. Fue todo pasión. Con la ceguera del adolescente y la necesidad del adulto.

31

En el medio de la cama, tradicionales. Luego con las piernas de ella colgando, los talones tratan de afirmarse para ir hacia él aunque él está viniendo; las plantas de los pies de él contra la pared y toda su fuerza en el eje de su cuerpo. Las arrugas de las sábanas los acarician y rasguñan, pequeñas sades, mientras las maderas resuenan con el traqueteo, con el ritmo desesperado que ambos ponen en la entrega feroz y amable. Cada empuje violento de él, cada mordisco de ella, se acompasan con una caricia toda ternura. Las bocas se ahogan, expiran,

resucitan en beso. Entre súplicas de continuidad, los ojos se clavan casi llorosos, vidriosos por lo menos. Las humedades se adhieren, entre las piernas, las bocas, las manos que sudan, y los amasan en un único ser donde apenas se distinguen las individualidades, donde ellos no quieren que se distingan. Desean que ese monstruo maravilloso adquiera vida, supere las carencias, los faltantes. Y cuando acaban sobre la misma cama donde ella tanto había llorado, comienza el proceso de separación pero no se alejan, como si antes hubieran sido dos y ahora uno dividido. Todo el acto ha empezado con aquella sonrisa mutua en el segundo encuentro, cuando habían pasado por las experiencias propias frente a la muerte que los rozaba y hería; y continuaba ahora con la liberación de las furias de adentro para dejar espacio a la alegría. No tardó muchas horas en volver el miedo. Aunque esta vez habían encontrado un refugio y todas las miserias internas parecían remitir frente a la seguridad del enamoramiento. Los terrores de cada uno quedaron allá afuera de la caverna.

Después llega el enervamiento. La lluvia y sus truenos dan paso a la paz de la tierra mojada. El calor irrefrenable, el ahogo, la agitación se vuelven armonía de paredes frescas, el cielo se aclara, la vista puede perderse en la inconmensurable igualdad de la bóveda. Todos los sentidos se laxan y viene el sueño placentero, profundo de la tarde. El cuerpo se convierte en un animal simpático, mascota que va a frotarse

como esponja tibia. Y dentro del cuerpo los ánimos también se relajan. Despertar junto al otro que se despierta. Sin ropas, despegados de todo disfraz o impostura.

Lentamente, mucho más despacio que siempre, retornan las funciones y mecanismos. Las ruedas giran sin fricción. Se ponen en funcionamiento. La dueña de casa hace mate con el invitado a medio vestir. ¿No se animan todavía a hablar por temor a quebrar el hechizo o siguen todavía bajo su influjo? Si se vieran desde lejos probablemente denominarían melosa a la escena; inmersos en su circunstancia, son simplemente felices.

Durante varias semanas las horas en que cada uno estaba solo afloraba el miedo. Hasta que se reencontraban a veces para almorzar en el bar don Julio o al atardecer cuando Zulma salía del Archivo. Diego ocupaba el resto del tiempo junto a su padre que subía y bajaba en su estado de salud aunque nada decía, no se quejaba; jamás se había quejado de sus dolores e incomodidades. De todos modos Diego se daba cuenta y ambos se silenciaban para no incomodar al otro. Hablaban, casi de todo, menos de la madre fugitiva y los malestares de su cuerpo tan maltratado. Los libros, los mapas, la historia de la ciudad eran los temas en los que podían moverse con comodidad. Por abajo circulaban esos ríos oscuros. ¿Alguna vez, pensó una tarde Diego mientras cruzaba calle 7 hacia el Pasaje, alguna vez me voy a animar a preguntarle qué

pasó con mi madre, qué sabe –si es que sabe algo- de la vida de mi hermano? Pero después, frente a su padre, viéndolo aguantarse estoicamente los mil dolores, se refrenaba, no quería agregarle una opresión mayor ni quitarle el poco aire que cabía en sus pulmones. Finalmente, y se sorprendió a sí mismo, le contó a Zulma. Empezó apenas con una alusión y al verla sentada frente a él con esa actitud abierta, con esos ojos dispuestos y la mano derecha de ella que se deslizó por la mesa, esquivó los pocillos de café, siguió como un pez amable para tomar su mano izquierda, él dejó caer su armadura y habló largamente. Al cabo, ella hizo algo maravilloso, no le dio ningún consejo. Se fueron del bar de la mano, de las mismas manos que no se habían soltado, cruzaron hacia la Plaza y caminaron bucólicos bajo los árboles. Dieron una vuelta tonta al perímetro de ocho cuadras para regresar al punto de partida. Ella volvió a trabajar. Él se fue a la casa de su padre. Y al atardecer, como casi todos los días desde hacía meses, se reencontraron. No eran los mismos, eran más.

MIGUEL ALMONACID

Tendría que contarle todo a mi hijo. Pero de qué serviría agregarle otra tristeza a su sufrimiento en la cárcel.

Se lo había prometido. Sí, debo comenzar por aceptarlo. Y no una vez, no, reiteradas veces le dije que dejaría a mi esposa y nos iríamos a vivir juntos, casados legalmente si ella lo prefería, le dije que no tendría problemas, pero que me esperara un poco por el nene. Era chiquito, aunque como excusa gigante. No le mentía, simplemente le aseveraba una verdad muy circunstancial. Por esos días tenía un fervor sexual incontenible que sólo ella saciaba. Mi esposa era una buena mujer, aunque aún no termino de entender cómo nos liamos, de qué modo, por qué rara magia negra nos metimos en un corto noviazgo y nos casamos. Tampoco le mentí a ella, la quería, la deseaba, en esa circunstancia. Luego todo se hizo concatenación. No puedo llamarlo propiamente rutina sino más bien algo así como fatalidad. Aunque suena demasiado trágico y fundamentalista. Una especie de fatalidad: hoy nos besamos, hacemos el amor, tenemos un hijo, progresamos en nuestros respectivos ámbitos profesionales, nos vemos poco, necesitamos estar juntos, debemos pagar el crédito de la casa, sacamos las cuentas, nos

besamos, hacemos el amor, cenamos afuera con un vino rico y luego de postre nos tomamos un helado y caminamos de la mano. Con manos medio pringosas de dulce de leche granizado y chocolate con almendras (ella), vainilla y alguna fruta al agua (yo). Nos divertimos, le digo algo dulce, me pasa la mano por la espalda y todo sigue así unos años. Luego viene el embarazo y una copa de cristal se rompe, digamos que junto los pedazos pero no hay modo de arreglarlo, por más esmero y delicadeza que pongo el pegamento se nota por todos lados. Ya por ese entonces mi relación con mi amante crecía. Eran dos extraños vasos comunicantes pero no mantenían la misma cantidad, se vaciaba uno en beneficio del otro. Mis tareas en la universidad, la preparación de la tesis, los congresos me mantenían más tiempo fuera de casa y ella, mi amante, estaba allí. Era una fácil luna de miel de dos días cada tres o cuatro semanas. A veces agendadas con mucha anticipación y otras que parecían caer bruscamente, convertían los encuentros en eternas sorpresas. Mi relación con Nora se volvía más formal que mi matrimonio ingrávido con María Inés. Y cada vez más a menudo le decía que me separaría de mi esposa y me casaría con ella. Reitero que no le mentía, y efectivamente, aunque de otra forma a la prevista, se cumplieron mis promesas.

No entiendo. Es que seguramente mi análisis es ridículo. ¿Qué pretendo entender? Un hombre y una mujer fértiles tienen relaciones sexuales y

dentro de las probabilidades está el embarazo. Tal vez María Inés me buscó el día propicio, quizás ella supiera lo que ocurría y quería acercarme, mantenerme. No sé. La cuestión es que, como Layo, producto de alguna noche de alcoholes, engendré otro hijo cuando menos lo quería, ni esperaba. Al menos en el plano consciente. Las motivaciones subterráneas superan mi comprensión. ¿Acaso no quería dejar a Marinés? ¿Deseaba enviarle una señal definitiva a Nora: nunca dejaré a mi esposa? ¿Estaba cómodo así aunque en soledad me quejara? Me estaba autoengañando.

A pesar de la fragilidad física de mi mujer, el embarazo prosperó. Me siento, cuando lo recuerdo, un ser despreciable: estaba contento de tener la excusa perfecta para mantener el statu quo. No di demasiadas vueltas para contárselo a mi amante. Su reacción fue primero un gesto duro de control, luego un llanto sordo, apagado, como si llorara hacia adentro, para sí misma. No dijo nada. Nora no podía tener hijos (ella decía que de todos modos no querría). Como ocurría en forma muy extendida en la época de nuestras abuelas, mi esposa murió en el parto. Una infección, mala praxis, no sé. Ya no me importa saber. El golpe fue más duro de lo que yo hubiera sospechado. Me afectó profundamente, caí en un pozo depresivo del que solo me sacaba la obligación de atender a mis hijos. El mayor pasaba casi todo el día en el jardín de infantes. Con el bebé me ayudaba Nora. Finalmente se instaló en casa y

se convirtió en la madre que no quería ser (ni siquiera de improbables hijos suyos). Igualmente se ocupaba de ellos. Creo que solo porque me quería. Los trataba, yo diría, con eficiencia. No les gritó nunca ni siquiera les dio un coscorrón, pero tampoco demostraba afecto. Para cada cumpleaños (hasta donde yo recuerdo) les hacía una torta con sus velitas. No era una madre sustituta sino un empleado administrativo. Un buen día se fue. Sin una palabra, sin gritos ni explicaciones. Yo empecé a andar mal de salud, los excesos con el alcohol tarde o temprano iban a desarreglarme el organismo. Y el hígado me pasó su factura. Salía de la cama para recaer al poco tiempo. Diego recién había entrado a la primaria. Un transporte escolar se encargaba de llevar y traer a los chicos. En la soledad del día, la lectura era el único consuelo. Largas horas tirado en la cama. Finalmente me dieron una jubilación anticipada por incapacidad y ya casi no me moví más. Fui un cobarde, no me animé a contarles a mis hijos que esa no era su verdadera madre, que ella había muerto, que esa mujer fría y distante había cumplido con lo que creía una obligación hacia su ex amante y luego esposo o concubino. Carlos, mi hijo mayor, seguramente algo recordaba. No podré preguntarle porque hace decenas de años que no lo veo o que no quiere verme. Donde quiera que esté le pido perdón. Y ahora este castigo de la cárcel a mi hijo menor. Debería contarle pero qué sentido tiene ya a esta altura. Realmente parezco Layo, salvo que mis hijos no

están peleados entre sí. Simplemente ya no saben el uno del otro. Maldita la culpa. Cómo podría yo restaurar estos vasos rotos. Me siento vencido, sin fuerzas, con un cuerpo que es una carga sin peso. Tengo que arrastrar el agua. No sé qué beneficio le otorgará mi visita en la prisión. Probablemente sea agregarle más tristeza a la que ya está padeciendo injustamente. Hay una maldición sobre nosotros. Mis padres murieron cuando me casé, a los pocos meses, en un estúpido accidente. No tengo hermanos, no tengo a nadie. Tenía dos esposas, una murió, la otra me dejó. Ambas tuvieron razón en abandonarme. Y ahora mi hijo menor… y este crimen espantoso. Él la amaba, sé que la amaba. Estamos condenados por alguna hybris. Cayó sobre mí o vino de antes. ¿Cuál fue el exceso, cuál fue la transgresión? No importa. Sólo interesa ahora saber que las furias nos acechan, se encarnizaron con nosotros. Parecen además burlarse: mis mujeres, una murió y la otra huyó; lo mismo con mis hijos. La repetición del castigo. ¿En qué maldito círculo infernal estoy? ¿Cómo puedo en medio de este dolor pensar en libros y mapas? Siento vergüenza de mí mismo ante mí mismo. El espejo me devuelve ojos que no pueden mirarme a la cara. El mapa de Dante: lo despliego de nuevo y recorro con el dedo desde la selva aspra e forte hasta los pelos como escalera por donde salen los poetas. Si no fuera hybris a la griega, si fuera culpa, dónde tendría que estar. Afuera, en el fango mierdoso de los tibios que claman por entrar aunque más no sea

al Infierno. Los tibios que serán vomitados. Ojalá fuera así porque entonces sólo sería mi castigo, y las consecuencias de mis pecados recaerían sobre mí, cada cual tendría que hacerse cargo de sus actos. Pero no, esto es una tragedia griega donde nadie tiene una culpa propia, donde se arrastra la maldición y la persecución de las erinias por un exceso anterior, una transgresión confusa como por ejemplo hacer caso a los dioses y sacrificar a la hija en pos del viento para las naves. Y finalmente morir asesinado en el baño. O huir de los padres para evitar la maldición anunciada por el oráculo y toparse con los verdaderos padres para que todo se cumpla, se mate, se case, se ciegue y los hijos se asesinen entre ellos en la misma puerta de la ciudad por una guerra de poder. ¿Entonces dejar que el río contaminado siga su curso? Casi diría que el dilema es existir o no existir. ¿Resolvería algo con mi aniquilación? No tengo miedo pero tampoco voluntad.

¿Es el hígado el que rige el fervor? El mío aniquiló al motor. Nada se mueve, nada se transforma. O quizás destruí mi hígado para justificar la abulia. Es contradictorio y ridículo que yo haya hecho tanto esfuerzo, un esfuerzo sostenido, un consumo virulento de alcohol para destruir la fuente de la voluntad. Froté dos palitos durante años para apagar el fuego.

El regalo de Zulma me conmueve. Tuve en mi vida tantos mapas y ella descubrió los que me faltaban: hermosos planos de los subtes. París,

Londres... Debería, por lo menos, contarle a mi hijo cuánto placer me produce recorrer con el dedo las líneas del metro y pensar que son Diego y Zulma quienes van desde La Motte Picquet hasta el Musée d´Orsay haciendo trasbordo en Invalides y después de un par de horas observando Degas, Renoir, Van Gogh, Gauguin, caminan de la mano hasta Concorde y otro subte los lleva a La Defense. Y voy a llevar el plano y se lo voy a mostrar a Diego, y también el del underground de Londres. Hacerlos recorrer juntos las ciudades maravillosas para olvidar la muerte y no contarle mi pasado.

MÉPER

No puedo permitir que se escondan las verdaderas intenciones de las organizaciones secretas, sinárquicas y apátridas. Para comenzar digamos que me llamo Méper. No es mi verdadero nombre. Así me denominaba un grupo de intelectualitos universitarios que se creían que se las sabían todas y eran unos diletantes que se entretenían en divagar sobre ficciones. Igual les tengo que agradecer que me introdujeran en ciertos ámbitos. Digamos que me abrieron unas puertas, o mejor que me las mostraron y yo las abrí, porque ellos solamente se dedicaban a describir y mirar o recorrer cuando era ya el tiempo de pasar a la acción porque se venían los tiempos oscuros de los que en seguida voy a escribir para que quede por lo menos un testimonio ya que nadie quiere, sabe o puede decir la verdad. Detrás de todo esto está Tavistock,

El Instituto Tavistock desarolló las técnicas de lavado de cerebro masivo que fueron utilizadas por primera vez de forma experimental en los prisioneros americanos de la guerra de Corea. Sus experimentos en métodos de control de masas han sido ampliamente utilizados en el público americano, un sutil aunque vergonzoso asalto a la libertad humana, modificando el comportamiento individual a través de la psicología de tópicos.

El Instituto Tavistock originó las incursiones de bombardeos masivos a civiles, llevados a cabo por Roosevelt y Churchill simplemente como experimento clínico de terror de masas, guardando los registros de los resultados a la par que observaban a los "conejillos de Indias" reaccionar bajo "condiciones controladas de laboratorio".

Todas las técnicas fundacionales americanas y de Tavistock tienen un único objetivo: romper la fuerza

psicológica del individuo, y dejarlo incapacitado para oponerse a los dictadores del Orden Mundial. . **Byron T. Weeks**, MD

July 31, 2001

http://www.bibliotecapleyades.net/sociopolitica/sociopol_tavistock06.htmhttp://free-

están las sociedades secretas malignas, están los poderes económicos y el interés por destruir a nuestra patria. Esta es la ciudad elegida por la logia para hacer un experimento psicológico y sociológico de las conductas, las percepciones, los miedos, las neurosis y utilizar esos conocimientos para mantener aletargada a la población por medio de una constante sensación de terror. El experimento ya se hizo hace muchos años, en las primeras décadas del siglo veinte en Londres. El instituto Tavistock estuvo a cargo nada menos que de Sigmund Freud y en un primer momento trabajaba con la excusa de estudiar y ayudar a los soldados que volvían de la primera guerra con serios problemas psicológicos. Distintas clases de neurosis postraumáticas. Usaron a los ex combatientes como conejillos de Indias para después aplicar los conocimientos, las técnicas para dominar pequeños grupos y luego sociedades completas. El atentado de las torres gemelas tuvo como finalidad generar pánico en la población. Un terror que paraliza, que deja al mundo petrificado como cuando una jauría de perros nos rodea y nos ladra amenazadora en el descampado, uno se queda rígido, sin capacidad de reacción, sin la posibilidad de razonar porque además esa

parálisis nos deja la mente fijada en el punto del miedo, en la causa del miedo, y nada más podemos pensar, entonces estamos listos para aceptar, agachar la cabeza y asumir que cualquier cosa será mejor que la manada feroz ladrándonos con los dientes al aire. Está clara y definitivamente comprobado que el atentado fue si no organizado en sentido pleno al menos permitido por los poderes supremos norteamericanos, aunque lo niegue la masa de imbéciles por estupidez o por conveniencia y ya se sabe que nada es más difícil que aceptar una verdad que contradice nuestras emociones aunque sea más grande que una casa. Las torres gemelas implosionaron por las cargas que habían sido previamente escondidas en los sótanos y el impacto de los gigantescos aviones fue claramente programado para que todo el mundo lo viera por televisión en directo (me refiero al segundo) y le quedara grabado en el fondo del cerebro como una astilla imposible de extraer para que todo el tiempo durante la vigilia y los sueños esas imágenes aparecieran para producir aceptación de la fatalidad y parálisis frente a cualquier idea de cambio. Todo reforzado por los millones de fotogramas vistos en las películas a tal punto que la gente que huía por las calles (como quienes veían esas imágenes por las pantallas) no podían dejar de pensar en invasiones extraterrestres, meteoritos o monstruos gigantescos atacando la ciudad centro del mundo. El imaginario colectivo está lleno de Gotzillas, aliens, terminators y

catástrofes gigantescas con olas, lava, piedra, terremoto que devoran edificios, transportes y personas. Las torres gemelas penetradas por aviones que dan una curva teatral, explosiones y humaredas, personas arrojándose por las ventanas de pisos altísimos y caídas interminables no son más que la síntesis de todo lo que se preparó con el cine y se instaló sistemáticamente en el fondo de nuestras emociones más inconscientes. Detrás está sin dudas la mano de Tavistock.

NOTA:

En *Crossing the Rubicon*, Michael Ruppert sostiene que el Vicepresident de EEUU, Dick Cheney, y Wall Street conspiraron y tuvieron una clara relación con los que perpetraron el 9/11

(Ruppert murió extrañamente suicidado de un disparo en su casa. Parece la forma natural de morir para los que ven y dicen).

http://youtu.be/fy9JCDchk34

De la misma manera habían hecho con el invento de Pearl Harbour que les permitió entrar en una guerra que necesitaban para posicionarse como dueños, patrones de estancia con el látigo y arriba de un caballo gigante mirando a la peonada desde lo alto o para mejor decirlo, que los de a pie los miraran hacia arriba y luego bajaran la mirada con temor y aceptación; igual que los bombardeos masivos en Hiroshima y Nagashaki cuando ya Japón se había rendido o estaba a segundos de hacerlo. Claro, era imprescindible mostrar muchos cadáveres producidos en segundos, exhibir obscenamente un hongo que quedaría (como

después las torres y sus aviones) clavados en los ojos para siempre. Es más, las imágenes del hongo atómico ya habían empezado a desaparecer de nuestro inconsciente colectivo, por eso les vinieron de perlas las nuevas implantaciones de las torres gemelas humeando. El cuento que aterroriza a las masas debe ser contado y mostrado con imágenes de alta definición para que se grabe y se repita de generación en generación como si fuera un relato tradicional, un hilo conductor, una educación subterránea que se nos mete entre todos los intersticios. El miedo no solamente afecta a los oprimidos, también gobierna a los opresores que no pueden detenerse frente al monstruo que inventaron o que utilizan: la bola de nieve que lanzo se vuelve contra el que la lanza si intenta detenerla. Un Frankestein que destruye a su creador. El sistema funciona de esa manera. Y los individuos están acostumbrados al procedimiento porque aceptan a sus padres porque son gigantes, a sus jefes para no quedar en la calle, a los gobiernos corruptos porque nadie se atreve a salir a enfrentarlos. Hemos sido finamente entrenados por medio del miedo a someternos. Apocalipsis, juicio final, Sodoma y Gomorra, campos de concentración, desempleo, soledad, culpa, inseguridad, gigantescos desastres naturales. Paradójicamente nuestro motor es el pánico. Tavistock ha investigado eso a fondo y pone sus estudios al servicio de quienes tienen el poder y el dinero. Centraron su mirada en lo que denominaron “punto de ruptura”: qué hace falta, cuál

es el momento, la circunstancia en que una persona se quiebra, desmaterializa todas sus defensas conscientes y de las otras, anula su voluntad, desea que le ordenen, que le digan qué tiene que hacer aunque vaya contra todas sus convicciones previas porque ya ha llegado al límite, lo ha pasado, y sólo espera que lo saquen de ese lugar personal maldito y lo conviertan en cualquier cosa para dejar de sufrir.

Desde muchas instituciones y universidades se promueven grupos que son cooptados porque las becas tienen una temática que les será útil, sean de ciencias duras o humanísticas. Todo lo que se financia luego será revisado y se promoverán (ya se hace desde décadas) las líneas que habrán de aprovecharse: estudios estadísticos, técnicas publicitarias, semiótica, neurología; en los últimos años, gracias a las posibilidades que da el escaneo del cerebro de un ser vivo (antes se hacía con el de un muerto) se puede inducir a voluntarios (o rehenes o prisioneros) al sueño y provocarles distintos efectos para ver qué zonas se iluminan, es decir se activan.(nota 1)

NOTA 1

•Un equipo de investigadores japoneses anunció haber logrado descifrar parcialmente el contenido de los sueños, una experiencia intrigante que consideran útil para el análisis del estado psíquico, la comprensión de enfermedades psicológicas o incluso el control de máquinas con el pensamiento.

Crearon un dispositivo para decodificar las imágenes que una persona observa durante la fase onírica.

…permitió crear una tabla de correspondencias entre la actividad cerebral y objetos o temas de diversas categorías (alimentos, libros, personalidades, muebles, vehículos, etc.) vistos en los sueños. Se trata de un tipo de léxico que asocia una señal cerebral a una imagen. Una vez que esta base de datos fue creada, la

exploración de la actividad cerebral mediante resonancia magnética permitió saber qué imágenes veían las personas durante sus sueños, gracias a la aparición de las mismas señales características.

Los científicos imaginan incluso fabricar un día una máquina que permita grabar los sueños para luego reconstituirlos en imágenes.

"... se trata de clasificar patrones cerebrales para transcribirlos en instrucciones", explica Abderrahman Kheddar, director de un laboratorio franco-japonés de robótica en Japón.

- http://www.clarin.com/sociedad/Logran-decodificar-contenido-suenos_0_895710596.html

Así están descubriendo cómo modificar los recuerdos, cómo convertirlos en falso o verdaderos, cuál es el diccionario de los sueños básicos y dónde se localizan, etc. Basta con ver los suplementos de ciencias de los periódicos y las revistas especializadas e incluso de divulgación. Influencia de la música y los ruidos en el feto durante el embarazo, reacciones de ciertas zonas cerebrales ante determinados impulsos visuales; todo está allí, puede leerse en los diarios pero es que hay tanta información que tapa la información, ¿cómo esconder un elefante en una calle céntrica? Llenando la calle de elefantes. Y todo, por supuesto, con la excusa de que se curarán enfermedades y se mejorará la especie humana.

NOTA

Scientists have implanted a false memory in the brains of mice in an experiment that they hope will shed light on the well-documented phenomenon whereby people "remember" events or experiences that have never happened.

In order to study how these false memories might form in the human brain, Susumu Tonagawa, a neuroscientist at the Massachusetts Institute of Technology, and his team encoded memories in the brains of mice by manipulating individual neurons. He described the results of the study in the latest edition of the journal Science.

Memories of experiences we have had are made from several elements including records of objects, space and time. These records, called engrams, are encoded in physical and chemical changes in brain cells and the connections between them. According to Tonagawa, both false and genuine memories seem to rely on the same brain mechanisms.

He added: "Our study showed that the false memory and the genuine memory are based on very similar, almost identical, brain mechanisms.

The mouse models created by the MIT team will help scientists ask ever more complex questions about memories in people. "Now that we can reactivate and change the contents of memories in the brain, we can begin asking questions that were once the realm of philosophy," said Steve Ramirez, a colleague of Tonagawa's at MIT.

"Whatever means are used to implant false memories, we need to be very aware of the ethical issues raised by such procedures - the potential for abuse of such techniques cannot be overstated."
http://www.theguardian.com/science/2013/jul/25/false-memory-implanted-mouse-brain

Aquellos tilingos de la Hagia Tríada (como se hacían llamar con mezcla absoluta de soberbia y cinismo) se creían superiores. En el interior de la provincia, en el pueblo donde yo crecí, era habitual comerse un poco las eses. Ellos no me trataban mal, no eran malos tipos, pero yo sentía claramente que me despreciaban, que me miraban desde arriba de un banquito como si en el bar don Julio donde nos encontrábamos casi

diariamente los estudiantes de la facultad hubiera escalones, ellos veían el partido desde allá arriba y yo pegado al alambrado. Mi acercamiento fue una obra de ingeniería. Los había escuchado hablar, noté que sobresalían del promedio, y supe que para mi experimento debía contar con esos tres. Cité algunos libros y logré atraer sus orejas dentro del caos del bar. Durante semanas me senté cerca, en medio de la multitud ni me registraron, para ir tomando nota de los temas que trataban más a menudo o los libros que citaban. Ellos mismos me ayudaron a crear mi personaje: noté que no me admitirían como un par y me puse un piso más abajo (por eso a veces hablaba un poco mal, para darles la oportunidad de que me corrigieran o se miraran burlones entre ellos), nada mejor que hacerse el perrito simpático en lugar de mostrar los dientes. Necesitaba fuerza de choque intelectual, ya que solo no podía enfrentarme a la situación opresiva de los grupos que dominaban la ciudad cuadriculada por la masonería y otras entidades aún más poderosas. El gran golpe inicial, aquel con el que les quité el aire y empecé a tenerlos a mi disposición sin que lo notaran o reconocieran, fueron las copias de El retorno de los brujos. Aquella fuente de información paralela al mainstream correcto de la época, se convirtió en sus biblias. Yo había trabajado en una librería que un buen día cerró y me dejó literalmente en la calle y sin nada para comer. El hijo de puta del dueño se negó a darme alguna indemnización o algunos pocos pesos

para sobrevivir hasta que consiguiera otro empleo, cualquier empleo. La semana previa al cierre inesperado llegaron dos cajas de libros con novedades y preso de furia y necesidad, entré esa última noche por una ventanita del roñoso patio trasero al que accedí por el techo vecino, y me escapé con las dos cajas llenas de ejemplares del libro de Louis Pauwels y Jacques Bergier. Inspirado en Arlt, incendié el local y salí por la puerta del frente. El fuego, el maravilloso fuego, se veía media hora después desde la plaza San Martín a cinco cuadras de distancia por la diagonal 79. Aquella noche sentí ruidos de explosiones, eran años de enfrentamientos, habituales los tiroteos, empezaba la etapa final de disciplinamiento que (luego se confirmarían mis sospechas) estaba perfectamente diseñada, planificada, armada hasta los detalles por los agentes del Instituto Tavistock quienes había seleccionado nuestra ciudad para uno de los mayores experimentos de control realizados a caballo del cambio de siglo y milenio. La elección de tiempo y lugar no es casual, los números tienen suprema importancia en la filosofía del Grupo, para ser claros: manejan conductas sociales y en esta ciudad los números son la comida cotidiana de sus habitantes, toda organización, traslado, observación está marcada por ellos, es una ciudad sin nombres o mejor dicho las cifras son los nombres. Y también es evidente la gravedad, el magnetismo, que genera en todos los planos de la conciencia, el cambio tan excesivo del calendario, 1999 a 2000 no deja

un solo parecido, se alteran los cuatro integrantes, se pierde la mecánica de la escritura, se alteran las memorias de las computadoras. La ciudad, de alguna forma mágica que he intentado revertir de muchas maneras, se amuralló, se cerró como si una caja de vidrio (o de un material imperceptible pero robusto) hubiera sido calzado sobre ella; una trampera, una bolsa de nylon, una barrera de nube que no impide entrar ni salir pero que produce cambios profundos en su interior y no se extienden hacia afuera; un laboratorio, un invernáculo habitado por miles de individuos que circulan en línea recta y observan, creyéndose enfermos alucinados, escenas de pesadilla producidas por las alteraciones que con hielo en la sangre ejecutan los encargados de modificar experimentalmente el alma de las calles y plazas para analizar a los conejillos que deambulan paranoicos y padecen nuevos síntomas, enfermedades mentales insospechadas, conductas sociales especialmente escrutadas desde una especie de microscopio llamado satélite que percibe las alteraciones eléctricas de las conexiones neuronales, los cambios químicos en los cuerpos humanos puestos bajo ciertas presiones, para luego –es evidente, no cabe ninguna duda porque ya lo han hecho antes-, luego, decía, aplicarlo a escalas mayores con los instrumentos y la mecánica global que permiten los medios masivos, las redes sociales, en fin la atmósfera icónica controlada desde los sillones de la mesa redonda del poder mundial.

Los tres soberbios compañeros de la Hagia Tríada creían que el tonto era yo. Los convencí de su superioridad mintiéndoles que había ido al Uritorco a ver ovnis, que creía en las teorías de la tierra hueca y citaba la expedición a la isla báltica de Rügen a cargo del doctor Heinz Fisher organizada con el consentimiento de Goering, Himmler y el mismísimo Hitler. "No habitamos en el exterior del Globo sino en su interior, como las moscas que andan por adentro de una esfera." Me aceptaron como manipulable y poco a poco yo los fui manipulando a ellos. Nada mejor que mezclar verdades absolutas (como la existencia del poder sinárquico) con absurdas supercherías de pseudocientíficos que querían complacer al demente de Adolfito (nota 2).

NOTA 3

"Según los partidarios de la Tierra cóncava que organizaron la famosa expedición paracientífica de la isla de Rügen, habitamos en el interior de una bola apresada en una masa de roca que se extiende hasta el infinito. Vivimos pegados a la superficie cóncava. El cielo está en el centro de esta bola: es una masa de gas azulado, con puntos de luz brillante que tomamos por estrellas. No hay más que el Sol y la Luna, pero infinitamente más pequeños que lo que afirman los astrónomos ortodoxos. El Universo no es más que esto. Estamos solos y envueltos en roca. Es extraordinario, pero es verdad: altos dignatarios nazis y expertos militares negaron pura y simplemente lo que parece evidente a un niño de nuestro mundo civilizado, a saber, que la Tierra es una bola llena y que nosotros estamos en la superficie." (Retorno, pag. 414)

Las acciones que emprendíamos, las intervenciones para modificar la chatura de la sociedad citadina, fueron en gran medida planificadas por mí, después la bola comenzó a girar –yo la puse en movimiento- y ellos

sugerían, indicaban, reflexionaban, pensaban; mientras yo a escondidas me reía satisfecho. Mi gran error fue creer que el experimento realizado por Tavistock sobre esta ciudad había sido en el pasado, mezclé los tiempos, di por sentado que aquellas modificaciones (realmente importantes) que consistieron en cambios a nivel nacional, especialmente con la red de ferrocarriles formando una estrella, la creación de esta Villa de Julio Verne a partir de ideas masónicas y con una estructura también férrea que condicionaría a sus futuros habitantes (como realmente ocurrió luego), creí, decía, que todos esos experimentos habían sido cosa del pasado, del siglo XIX, creí que la vida chata de los individuos manada de este cuadradriculado trágico donde vamos sobreviviendo podría ser modificada por nuestras acciones terroristas (o mejor dicho, subversivas, porque queríamos seguir el principio de las brujas de Macbeth “bello es lo feo y feo lo hermoso”), intervenciones que, vistas y analizadas ahora, me demuestran claramente nuestra puerilidad. ¿Pensar que íbamos a ejercer algún cambio espiritual, psicológico, social cambiando de lugar los libros de la Biblioteca? Fue como hacer la guerra con un ejército de boyscouts. Yo atribuí, debo confesarlo, que las alteraciones climáticas, que los espectáculos impresionantes que se han ido viviendo desde hace una década aproximadamente hasta el presente (y que espero no continúen) habían sido sana influencia de nuestras acciones infantiles. Qué iluso.

Finalmente descubrí que ahora sí el Grupo Tavistock, disfrazado bajo el nombre y los conjuntos que sean, disimulado hasta en entidades benéficas, es el autor de este caos con el fin, como ya he dicho y tengo que repetir hasta el hartazgo, con el fin de experimentar los resultados psicosociales, conductuales, comunicacionales, en un ámbito reducido como esta pequeña ciudad para aplicarlo luego a nivel mundial o al menos en el hemisferio occidental.

Hay que aclarar muchos aspectos porque nada de esto es simple, salvo la certeza de que los intereses mezquinos (individuales, sociales, globales) son los que reinan. Pero debo decir que no creo en la existencia de una mesa en torno a la que se sientan los amos del mundo sino más bien en un proceso que viene de hace siglos y se cristaliza después de la segunda guerra mundial. Es lo que se denomina sinarquía, la convergencia de principios de poder; allá arriba no hay diferencias partidarias, ideológicas, religiosas ni económicas ni de ninguna índole, hay poder mundial. Un largo proceso de concentración que arranca en el renacimiento y va pasando por distintas etapas, desde la preparación de las revoluciones modernas durante la que aparece la utopía del paradisíaco gobierno mundial, luego las dos guerras que terminan con un teatral reparto del mundo en Yalta entre norteamericanos, ingleses y rusos (Roosevelt, Churchill y Stalin); hasta una tercera etapa de afianzamiento en la que no importan los

personajes sino un procedimiento ya aceitado y en marcha ineluctable. Hay una progresiva liquidación de los pequeños poderes independientes y así los gobiernos locales dejan de tener libertad para estar encorsetados dentro de la opresión que les imponen los ejércitos transnacionales, la economía atada al carro de Wall Street, los medios masivos expendedores del modelo cultural metropolitano. La muerte de las pequeñas diferencias a mano de la cuchilla hollywoodense, aceptada, admirada, venerada por las mismas víctimas; con el consecuente olvido y negación del pasado, de la identidad y el origen. Todo es una misma masa informe con la cara y el cuerpo y los sueños y la lengua unificados, indiferenciados, despersonalizados.

En cierto momento de la evolución de la cultura, las ficciones sirvieron para advertir sobre lo que se veía venir, lo que un artista intuía al hacer una proyección de datos de la realidad que pasaban desapercibidos para la mayoría. Es emblemático el ejemplo de la obra kafkiana que anticipa el nazismo (olido en el aire de Praga por Franz Kafka) como también el supremo poder de un estado abusivo y encarnizado hasta con el último de los inocentes al que terminan matando como a un perro a puñaladas en un callejón que parece basural. Lo mismo podría decir de 1984 o de Un mundo feliz. Los lectores, al menos ciertos lectores, despertaron gracias a estos anticipos de seres dotados de sentidos más perceptivos que el común de los mortales. Pero luego, con el mismo mecanismo

usado hasta el hartazgo por el cine de Hollywood, se logra el efecto contrario (y no puedo dejar de ver en esto la mano tavistockiana). La teoría del complot en películas donde se acentúa el recurso fantástico hasta el barroquismo, donde todo es igual sea monstruo post bomba nuclear asolando las calles de Manhatan, robots venidos del futuro para ayudar a un líder que aún no ha nacido, mundos asolados por pestes, centrales que controlan cada satélite, cada cámara, cada conversación o mensaje. Todo es lo mismo y todo queda grabado en la memoria de cada uno de nosotros paralizándonos de terror, congelándonos la esperanza y la expectativa de cualquier cambio (que siempre se nos presente a nuestras emociones como imposible frente al enorme poder del gran ojo y la gran oreja y la ruda mano que todo lo dominan). ¿Cuál es el punto de ruptura? le preguntaban en Londres a Sigmund Freud; ¿cuándo se quiebra la voluntad, la mínima, la última voluntad, el reducto íntimo final de la persona sometida al pánico para poder luego llenar ese cerebro vacío y anulado de aquello que interesa a los titiriteros? El cine norteamericano es la vacuna. Nos inocula en pequeñas dosis las mismas ideas de las que quiere inmunizarnos, alejarnos con pánico como de enfermedades terminales y dolorosas en extremo. No hay ya el mínimo atisbo de razón, de intelección, porque nuestro fuero más entrañable y secreto ha sido marcado en toda su extensión con imágenes que saltarán de inmediato con sus frenos como

garras para inmovilizarnos y para que aceptemos lo inaceptable. Como si todo eso no fuera suficiente, con un encarnizamiento absolutamente amoral, se financian investigaciones que buscan el mismo objetivo de dominio, aunque, como ya queda dicho, disfrazadas bajo la pátina ínfima del progreso de la ciencia, de la medicina, de la satisfacción: el escaneo del cerebro de hombres con vida permite saber cuándo sueñan, dónde guardan sus recuerdos, qué diferencia hay entre una memoria verdadera y una construida, cuáles son los sueños básicos, qué efectos ocasionan la música y los ruidos diversos sobre un feto y qué consecuencias tendrán en ese futuro ser.

NOTA 4

Brains of babies who heard melody before birth react more strongly to tune after birth and at four months, scientists say (the cognitive brain research unit of the University of Helsinki)

Newborn babies can remember melodies played to them while they were in the womb, according to a study. Scientists found that the brains of babies who heard a specific melody just before birth reacted more strongly to the tune immediately after they were born and at four months.

The scientists speculate that unpleasant or noisy sounds heard in the womb might have adverse effects: "It seems plausible that the adverse pre-natal sound environment may also have long-lasting detrimental effects. Such environments may be, for example, noisy workplaces and, in the case of pre-term infants, neonatal intensive care units."

http://www.theguardian.com/science/2013/oct/30/babies-remember-melodies-womb-study

Mientras tanto otros avances tecnológicos permiten saber dónde estoy, con quién, cuáles son mis preferencias, mis consumos, mis debilidades

físicas; ¿cuánto falta para que también modifiquen mi presión arterial, mi ritmo cardíaco, el funcionamiento de hígado y tiroides a distancia?; estadísticas, encuestas, observaciones, laboratorio, consumo, chips subcutáneos, todo puesto al servicio de la observación para el control. Cada uno o cada equipo trabaja seriamente, científicamente en su área; alguien junta luego las piezas o quizás sea el mismo proceso, la misma maquinaria que ya está funcionando sola, quien ejecuta las acciones para perpetuarse en el poder supremo.

Así como sobran ojivas nucleares para destruir la tierra cien veces o como se aniquilan pueblos enteros para obtener pozos petroleros; así como se sumergen en la miseria a millones que mueren de hambre y sed o son víctimas de enfermedades desaparecidas en la Edad Media, mientras en las grandes urbes los cada vez más enriquecidos poderosos viven largas vidas de maravilla; así también, del mismo modo y en pos de obtener experiencias para reforzar todavía más sus cuentas y sus egos, qué les pueden importar los experimentos letales que se lleven a cabo en una pequeña ciudad cuadriculada elegida vaya a saber por qué razón. Allí (aquí) se están haciendo todas las pruebas juntas, somos un conejillo expuesto a las más impensadas maquinarias de pesadilla, aún en etapa absolutamente experimental: bombardeos psicológicos, alteraciones químicas, las tesis más descabelladas surgidas de universidades prestigiosas y laboratorios de avanzada. Repito: ¿qué se

puede esperar de quienes aprueban la destrucción del planeta, la contaminación del aire, el agua, la tierra por siglos para obtener un rédito inmediato? Nuestra ciudad a cuadros es el laboratorio donde todos los experimentos descarnados se ponen a prueba, una concentración de venenos con el fin de mejorar y abaratar las medicinas que luego aplicarán a gran escala. La formación profesional, por otra parte, se ha convertido en tan microfocalizada, tan superespecializada, que no ve más allá de su limitado manual; maravillosos técnicos que ignoran todo quedan imposibilitados de saber cuáles son los alcances de sus labores (y no me refiero a lo lejano sino a los alcances más inmediatos, aquellos que están dos metros afuera de la pipeta que observan doce horas al día desde el primer año de facultad hasta que se retiran como sabios eméritos). Algunos no saben que la tierra gira en torno al sol, otros cómo calcular la circunferencia de la tierra a lo Eratóstenes o medir la altura de un árbol por su sombra, ni qué decir de las medicinas no canónicas como la homeopatía o la acupuntura. Todo lo que escapa a sus manuales es superchería, alquimia, oscurantismo y superstición.

El armenio Gurdjíeff, un carismático maestro a la manera oriental que habla del cuarto camino, mostró que la evolución del hombre es el resultado del crecimiento y desarrollo interior individual; que tal apertura interior es la meta de todas las religiones, de todos los

caminos, pero que requiere un conocimiento directo y preciso, pero que sólo se puede adquirir con la ayuda de algún guía con experiencia y a través de un prolongado estudio de sí y del trabajo sobre sí mismo. Ese mismo hombre reconoció que "el pensamiento es material como todo lo demás. Existen métodos por medio de los cuales es posible comprobar no solamente esto, sino también que el pensamiento, igual que todo lo demás, puede ser pesado y medido. Se puede determinar su densidad, y por lo tanto los pensamientos de un individuo se pueden comparar con los del mismo hombre en otras ocasiones. Se puede definir todas las cualidades del pensamiento. Ya le he dicho que todo en el Universo es material." Estas afirmaciones hechas por Gurdjieff (recogidas tiempo después por algunos de sus discípulos en el libro Perspectivas desde el mundo real) fueron y son ad extra denominadas charlatanerías. Sin embargo, todas las especulaciones contemporáneas como las que surgen del análisis de la química y el escaneo del cerebro, se basan en estos principios que el exótico Gurdjieff predicara a fines del siglo xix y principios del xx. Es gracioso o tal vez simplemente de origen malintencionado que los mismos que se burlan usen su concepción, puede ser que como consecuencia de lo que dije antes, o sea de esa ceguera que implica ver solo un aspecto mínimo y centrado de partes de la ciencia, estén los "sabios" en sus laboratorios llevando a la práctica algo que no pueden aceptar en una charla entre amigos y familiares a la

hora de la cena. En nuestra ciudad se están usando técnicas extraídas de las más variadas disciplinas y épocas como la acupuntura, el bombardeo sónico, la contaminación con diversidad de gases, la exposición radioactiva, la producción de movimientos sísmicos y cambios climáticos concentrados en pequeños sectores, también –y sé que suena increíble pero ya lo desarrollaré con más detalles- aromaterapia, modificación visual, en fin prácticas antes consideradas de magia negra para la alteración de los sentidos y de allí la obtención de modificaciones de las conductas que finalmente se hacen no ya culturales sino directamente físicas.

Sí, lo sé, me siento como esos personajes de película que vienen del futuro a salvar la humanidad y cuenta ante la mirada incrédula de los doctores y psicólogos que lo consideran absolutamente loco. Y tienen razón si miden su estado desde la dirección en que han sido instruidos en las universidades. Las acciones que he ido llevando a cabo desde la época más o menos pueril de mi contacto con la así llamada Hagia Tríada, hasta mis últimos intentos desesperados, no serán comprendidos, pero espero que tengan algún efecto para contrarrestar el ataque inclemente, de inusitada violencia psicosocial al que es sometida nuestra ciudad como anticipo del que sufrirá luego toda la civilización en beneficio de la conservación del poder por parte de los amorales gobernadores del planeta. Un proceso de estas características

extremas solamente puede morigerarse con intervenciones de la misma índole e intensidad.

Eso es lo que puedo decir en mi defensa, y aunque reconozco que el hecho que con justicia y verdad se me imputa es a los ojos del mediopelo abominable, reitero que después de muchas consideraciones y análisis llegué a la conclusión de que sólo esa acción podría sino detener al menos demorar los fanáticos y deleznables experimentos inspirados y financiados por el Instituto Tavistock.

Aquellos creídos compañeros míos (más del bar de diletantes que de la universidad de diletantes) solamente se quedaban en la superficie porque los análisis que realizamos y las acciones que emprendimos para modificar la conducta global de la ciudad y sus habitantes, era para ellos una especie de juego intelectual, una realización que no tenía otro fin más que la autosatisfacción, una forma de hacer literatura en el sentido más peyorativo del término, o sea, una distracción sin fin político, un entretenimiento de adolescentes que después “superan” esa etapa y entran en una supuesta adultez. Debo confesar que no me di cuenta de inmediato, necesité un par de meses para notar que se pueden realizar los mismos caminos, recorrer a la misma velocidad y juntos los mismos senderos, y llegar a lugares distintos. Ellos jugaban al misterio, yo lo llevaba a efecto. Por eso, cambiar un libro de lugar o adulterarle la contratapa, no tenía la misma dimensión para la Hagia Tríada que para

mí: ellos encontraban placer en las discusiones y redacciones previas, yo experimentaba satisfacción del deber cumplido y de una etapa en un rumbo que tenía sino definitivamente claro, al menos intuido.

“Yo sé que usted comprende algo acerca de la unidad de las leyes que gobiernan el universo (me dice Gurdjeff), pero esta comprensión es especulativa, o más bien, teórica. No basta comprender con la mente, es necesario sentir con el ser la verdad absoluta y la inmutabilidad de este hecho; sólo entonces podrá decir conscientemente y con convicción *lo sé*. La evolución del hombre no puede abordarse a través de las influencias de masas, sino que es el resultado del crecimiento interior individual. Las ideas son un llamado perentorio hacia otro mundo, pero la transformación del ser humano requiere algo más y sólo puede llevarse a cabo si hay un verdadero encuentro entre la fuerza consciente que desciende y la entrega total que le responde; esto da por resultado una fusión y entonces puede aparecer una nueva vida en un nuevo conjunto de condiciones que solo las puede crear y desarrollar quien tenga una conciencia objetiva. Uno debe haber pasado por todas las etapas de este desarrollo porque sin tal experiencia el trabajo perderá su efectividad y las condiciones serán interpretadas erróneamente; no serán dadas en el momento adecuado y uno verá situaciones y esfuerzos que permanecen en el nivel de la vida ordinaria y que se repiten inútilmente”. Había leído esto a los diecisiete años y lo recordé

con fuerza y comprensión años después, mientras recorría con el Trío Patético librerías y bibliotecas; se hizo la luz como cuando cae el rayo en plena noche y uno ve por un momento dónde está parado y qué obstáculos inmediatos tiene. Por aquel entonces encontré un verdadero maestro donde los otros veían solamente un buen profesor de latín. Tenía un aura, una actitud distinta al común de los técnicos universitarios que ven un área muy restringida y no pueden ni quieren mirar más allá, no intentan tratar de entender el todo. Mientras mis compañeros se quedaban en las declinaciones y el diccionario, con esa avaricia de sacarse de encima una asignatura, a mí me pareció estar por fin frente a un maestro, un mago, que no mostraría así porque sí sus trucos y secretos, sino que lo haría –como han hecho todos los grandes brujos verdaderos- con el discípulo que pacientemente lo siguiera sin pedir nada a cambio. Así fue como empecé a asistir a todas las clases, cursos, conferencias y seminarios donde se presentara. Con él aprendí (en la forma más efectiva, que es la educación oral) un sistema de pensamiento y análisis. El viejo profesor podía dar una explicación sobre la literatura antigua, sobre la economía mundial, las tensiones y panorama político de la región, las líneas ideológicas cambiantes del Papado y de a poco comprendí que detrás de todo su análisis estaba la minuciosa descripción del poder global, la sinarquía, y su conspiración corrosiva sobre nuestra identidad personal y cultural.

El trío padecía esa indigna propiedad del hombre que llegó a ser inherente a la mayoría de nuestros contemporáneos: la curiosidad. Fenómeno que explica el éxito de los medios masivos y de los libros periodísticos (entre los que incluyo los de autoayuda). Nada de estudio, de indagación en el ser (propio, interior, y ajeno, exterior), solamente acercarse a la superficie de las cosas, como quien espía a los vecinos detrás de los visillos. El viejo maestro me enseñó, a su tiempo (es decir, lo aprendí yo mismo, un buen día se hizo presente después del largo recorrido), que todo es materia. Él que constantemente hablaba de lo espiritual, de lo superior, del Ser, me hizo comprender que en realidad (como también defiende Prygogyne) el universo, el cosmos, todo lo visible y lo invisible (como dice el Credo) es pura cosa, mera materia, carnalidad, objeto. Lo son la roca, la luz, el pensamiento, los seres superiores. No niego la existencia del alma y sus derivados, digo que es energía, materia en otro estado. Todo está aquí y es concreto, aunque tapado por las sucesivas e inconmensurables capas de realidad, tal como una resma de hojas donde la centésima queda escondida, disimulada, bajo noventa y nueve que son exactamente iguales y sobre cuatrocientas que también lo son. Blancas, apaisadas, delgadas capas que tapan capas iguales. Como lo grande lo pequeño. Por tal razón, para modificar el espíritu de algo es imprescindible modificar su cuerpo visible, ambos son concretos, palpables de distinto modo, perceptibles

por caminos diversos, pero ambos son materia, grave o sutil, pesada o leve. Así como se aceptó que el barro soplado por Jehová puede ser el mono darwiniano, en algún siglo remoto también aceptarán que el alma es materia en otro estado. Pero la gente de Tavistock lo sabe desde hace un siglo, por eso apunta sus investigaciones a la mecánica concreta del cerebro, al baúl físico donde se depositan los recuerdos, se promueven los sueños y se esconden los miedos. Por otra parte, aquí entre paréntesis, es más económico para los poderosos modificar directamente la física cerebral que tener que estar enviando estímulos psicológicos constantes. Muchos hombres notables (y con obras poco difundidas por obvias razones o mezcladas con concepciones francamente ridículas) lo dicen o lo anticipan (NOTA 4).

NOTA 5

A veces por descuido o mala intención son ellos mismos los que se ocultan. Tal el caso de los autores Pawels y Bergier que mezclan en El retorno de los brujos verdades con paparruchadas (páginas saturadas de alienígenas, ovnis, cavernícolas con casco, pisadas en el fondo del mar) y así dan pasto a los enemigos que convierten en una sarta de delirios de alucinados una obra en buena medida valiosa, como por ejemplo: "La física, la biología, las matemáticas, en su extremo último, vuelven hoy a manejar ciertos datos del esoterismo, resucitan ciertas visiones del Cosmos, relaciones de la energía y la materia, que son visiones ancestrales. Las ciencias de hoy, si las abordamos sin conformismo científico, dialogan con los antiguos magos, alquimistas, taumaturgos." Perfecto, ¿qué otra cosa son La máquina de Dios o los actuales experimentos con el cerebro de los que ya he hecho mención? brujos queriendo meterse en la mente del dios. Pero, insisto, al combinarlo con estupideces, se desacreditan a sí mismos. Y ya no sé si por estupidez o a propósito.

El problema central radica en la imposibilidad de hacer llegar estas convicciones (estas verdades) a la población. Los medios están en manos de las logias (políticas, económicas, religiosas o todo a la vez en distintas proporciones) que se mueven con una dinámica de bombardeo sostenido, una explosión anula la anterior y así viene la siguiente, solamente quedan en la retina y los demás sentidos, ruidos y humo. La verdad está ahí, al alcance de la mano, lo ha estado siempre e incluso se podría decir que ahora más que nunca, pero nos han quitado la libertad de comprender. Hundidos de cabeza en las trincheras de nuestras casas, bajo la lluvia de fuego y pestes, cómo podríamos pensar en otra cosa que no sea este instante, este lugar, acá, ya, yo. Puestos bajo presión constante. Y además, periódicamente, con estudiada cronometría social, se lanza alguna catástrofe que sume al planeta en pánico, que pone a todos los seres humanos en el "punto de quiebre" para paralizarnos y dejarnos librados a la necesidad imperiosa de aceptar como el esclavo más sometido al amo que nos indica qué hacer, para dónde correr o a quién esperar. La ley de los tres principios: acción, resistencia y equilibrio, se reduce con estos procedimientos a pasividad, miedo y aceptación (o sea, más pasividad). Finalmente han logrado que no sean necesarios la idea de infiernos, mundos subterráneos, demonios de un kilómetro de altura clavados en el centro

de la tierra; todo está en la superficie, en una llanura tan saturada de imágenes que impide ver. Lo aprendí después de los primeros escarceos, tras sumergirme en sótanos citadinos, en caños como tripas de tres metros de diámetro que la recorren y se bifurcan para abarcar sin éxito todas las aguas pluviales, también me introduje en ductos interminables que conducían a pequeños infiernos simétricos y previsibles como la parte visible. Todo está arriba, en movimiento, se rompe su equilibrio y saltan las calles con sus números a un no-equilibrio que responde a otras reglas que al principio confunden pero es coherente. El segundo principio de la termodinámica afirma que existe una función llamada entropía, que se puede descomponer en dos partes: un flujo entrópico proveniente del mundo externo y una producción propia del sistema considerado.

Reviso párrafos subrayados:

+Un sistema en equilibrio no tiene y no puede haber tenido historia: no puede más que persistir en su estado, en el cual las fluctuaciones son nulas.

+lejos del equilibrio la materia adquiere nuevas propiedades, típicas de situaciones de no-equilibrio, situaciones en las que un sistema, lejos de estar aislado, es sometido a fuertes condicionamientos externos. Y estas propiedades completamente nuevas son del todo necesarias para comprender el mundo que tenemos alrededor.

+en condiciones de equilibrio, cada molécula ve sólo lo más próximo que la rodea. Pero cuando nos encontramos ante una estructura de no-equilibrio tiene que haber señales que recorran todo el sistema, tiene que suceder que los elementos de la materia empiecen a ver más allá, y que la materia se vuelva "sensible". La materia en proximidad al equilibrio es ciega, porque cada partícula ve solamente las moléculas que la rodean; mientras que lejos del equilibrio se producen correlaciones de largo alcance que permiten la construcción de los estados coherentes.

+cuando estamos lejos de las condiciones de equilibrio, las ecuaciones no son lineales; hay muchas propiedades posibles, muchos estados posibles. En cambio si nos acercamos al equilibrio, la situación es la contraria: todo resulta lineal y no hay más que una sola solución.

Nuestra ciudad lineal es una señal plana, un bip constante parejo invariable en el electroencefalograma. Su estructura rígida, sus recorridos unívocos, la numeración abusiva, la gestación in vitro, su cielo absolutamente racionado (cielo de patio) no pueden conducir más que a la locura de repetición, al paso uniforme, la mente estrecha. Fue concebida en la chatura de un plano y depositada en el terreno igualmente chato de la llanura. Sin leyendas, sin historia. En equilibrio constante. Tavistock, ese monstruo impersonal de tantas caras, la eligió para sus experimentos porque es el laboratorio perfecto: higiénico,

limitado, cerrado. La caja de Schöringer con un gato que no puede ver hacia afuera. No es necesario metaforizar en exceso para darse cuenta de que cada habitante de acá es una molécula ciega. Y la "vida", un estado patológico de vigilia sin sorpresas exteriores, sin sensibilidad para el afuera y por lo tanto inmutable en su mecanicismo de engranaje, imposibilitado de saltar. Ahora están tratando de influir no ya sobre el subconsciente sino directamente sobre el soporte físico del cerebro. Es más económico. No es necesario estimular con lo erótico o paralizar con lo tanático, simplemente se tocan los centros pertinentes. La primera etapa empezó ya en la segunda década del siglo xx (se puede leer, entre otras obras, Propaganda de E. Bernays, en especial los capítulos 3 y 4).

NOTA 6

"El estudio sistemático de la psicología de masas reveló a sus estudiosos las posibilidades de un gobierno invisible mediante la manipulación de los motivos que impulsan las acciones en el seno de un grupo." Pag 61 (escribe en 1928 Edward Bernays, miembro prominente de Tavistock, sobrino de Freud; Goebbels usó su metodología como ministro de propaganda del Tercer Reich)

página 28 Hoy en dia la minoría ha descubierto que influir en las mayorías puede serle de gran ayuda. Se ha visto que es posible moldear la mente de las masas de tal suerte que estas dirijan su poder recién conquistado en la dirección deseada. .. La propaganda es el brazo ejecutor del gobierno invisible.

Página 37/38 Fue desde luego el éxito sobresaliente de la propaganda durante la guerra lo que abrió los ojos… aplicar técnicas similares a los problemas de los tiempos de paz.

Pag 64/65 la mente del grupo no piensa en el sentido estricto del término. En lugar de pensamientos tiene impulsos, hábitos y emociones… sin embargo cuando la muchedumbre no dispone del ejemplo de un líder…

Pág 45 y ss. En algunos casos el poder de quienes mueven los hilos sin ser vistos es flagrante… la gente no está al corriente de hasta qué punto las palabras y las acciones de nuestros hombres públicos más influyentes están dictadas por personas taimadas que se mueven entre bambalinas.

Pero es demasiado costoso manipular, de allí que se esté perfeccionando el sistema. Por eso se experimenta el condicionamiento físico del cerebro, directamente: modificar memorias, sueños, etc. El cerebro es estudiado ahora especialmente por las ciencias duras, física, química, incluso la matemática.

NOTA 7

http://www.pagina12.com.ar/diario/ciencia/19-248813-2014-06-18.html

La lectura de Ilya Prigogine me llevó a la reflexión. Es muy llamativo e interesante que las grandes cabezas científicas terminen en la filosofía y la religión. No hay dos caminos distintos porque todo es materia y en cada objeto pequeño, en cada partícula elemental, está plegado el todo. Cito a David Bohm: "Todo está implicado dentro de todo. La totalidad de la existencia está plegada dentro de cada región del espacio y del tiempo. Así cualquiera de las partes, elementos o aspectos que podamos abstraer en el pensamiento estará plegada en el todo y, por consiguiente, estará relacionada intrínsecamente con la totalidad de la cual ha sido abstraída. Pero no solo la parte está integrada en un todo sino que el todo está implicado en la parte." Y en otra página subrayé: "entender la realidad como un flujo continuo no dividido, un todo coherente, el cual nunca es estático ni completo sino que es un proceso

interminable de movimiento y despliegue". ¿Cómo no leer atrás de estas oraciones lo que le ocurre a mi ciudad? Solamente una piedra no expuesta a la erosión admite esa rigidez a la que estamos sometidos. Vivimos en un monstruo congelado, en una momia prolija, una sociedad embalsamada. Creemos movernos pero estamos petrificados como los restos de Pompeya, algún viento nos dejó fijados en un día y nos vemos igual que siempre (que es nunca). Somos fragmento y como dice Bohm, los fragmentos son siempre iguales, aunque numerosos, y vacíos porque en el fragmento no hay nada.

Entonces, final e ineluctablemente, es hora de actuar. Nada es sustantivo, a la sustancia la modifica el verbo que, como dice San Juan, estaba en el principio. No tembló la mano del que arrojó las bombas sobre Japón, no temblará la mía. Las intervenciones que hicimos con los diletantes de la Hagia Tríada, las que hice yo simultáneamente a sus espaldas y las posteriores, surtieron efectos. No el que buscaba, pero me confirmaron que esas acciones de acupuntura sobre la ciudad, esas pequeñas cirugías simbólicas y las modificaciones físicas creaban cambios notables, visibles alteraciones de la estructura, del clima, de algunas conductas. De todos modos no pasó de ahí porque inmediatamente Tavistock y sus secuaces movieron las piezas para contrarrestar el efecto o aprovecharlo a favor de sus experimentos (llevar a los habitantes hasta el punto de ruptura). Después de largas

cavilaciones he llegado a la conclusión de que hacen falta acciones brutales para obtener verdaderos cambios, para frenar el embate sinárquico. Y hacia ahí voy, resuelto como el soldado que salta de la protección de la trinchera para definir el combate. Saco la espoleta de la granada y corro hacia adelante.

ZULMA

1

Me dijo “no sos pecosa, sos pecante y me gusta cada una de tus pecas”. Habíamos estado hablando bastante de nuestros intereses, de nuestras historias. De a poco me abrí, me sentí contenida, le tuve confianza porque me mostró sus defectos. No podría confiar en seres sin grietas, ya he pasado por eso varias veces; son falsos, nadie carece de arrugas, de zonas oscuras. Y Diego me contó con franqueza algo que lo ponía en riesgo, me contó que había ido al archivo histórico a ver qué se podía robar o conseguir, me contó a qué se dedicaba. A él, que desde que lo conocí me pareció seguro de sí mismo, lo vi titubear, mirar hacia abajo mientras me dejaba al descubierto su lado débil y lo volvía vulnerable. Qué podría obtener de mí, no tengo nada, unos pocos ahorros, un auto usado. Tampoco huyó después de un par de noches de sexo, de modo que confié en él. Y no me equivoqué. Cuando le conté de mi adolescencia dolorosa como cualquier otra pero mía, me dijo que a él le había dolido ser tan petiso al lado de sus compañeros, yo le hablé de las burlas sobre mis pecas y ahí fue que me dijo “¿pecas o pecás? ¿pecas conmigo? Pecante pecadora”. Y nos reímos un rato largo.

Quiero besar tus pecas.

Qué aburrido.

Se fue hasta el baño, vino con un rouge y me fue dibujando puntitos rosados en el cuello, los brazos, la nuca, por supuesto la espalda, el vientre, los muslos, hasta las plantas de los pies.

Me encanta ser pecosa. Muy pecosa para vos.

En un momento le saqué el rouge y le escribí en la mano con letra manuscrita, con la letra que venía viendo a diario desde hacía años en los documentos del Archivo, una letra con dibujo, medio barroca, y le escribí en la mano "petiso". Leyó, sonrió dulce y siguió besando todas mis pecas. Escribí en su brazo derecho: Señor comandante, las reservas y municiones se están agotando. Seguí en el izquierdo: La tropa se encuentra famélica. Bajé por el torso, los muslos, no se resistió cuando le indiqué con un leve empujón que se volteara y le hice un documento del siglo xvi a lo largo de la espalda y las nalgas. Qué dice, preguntó, y le respondí ya te lo leo y pasé mi lengua por todo el recorrido.

Este me lo guardo, no lo vendo, me dijo.

En todo caso te lo cambio por mis pecas.

Acepto, pecante, nunca hice un negocio tan bueno como este.

2

Ahora no veo pecas, es decir, cuando las veo en el espejo del baño, en el reflejo de una vidriera o de una ventana, en el vidrio biselado del Archivo, te veo besándome, siento el recorrido de mis pecas verdaderas

y de mis pecas inventadas. Estoy lejos, hablando sola, nos separan miles de kilómetros, pero llevo puestas mis pecas que me trajeron a Bruselas. Según dice esta prima lejana que me llama prima, ambas heredamos las pecas de nuestras abuelas (que sí fueron primas). Gúdula Chadlis vivió poco tiempo en Bélgica, al menos lo suficiente para conocer a mi abuelo italiano que no sé qué andaba haciendo tan lejos de San Giovanni in Fiore, de qué huía o qué buscaba. Se venía la primera guerra y ambos tomaron un barco que no pudo dejar de ir a Sudamérica. Trabajaron en el campo un par de años, luego los tentó nuestra ciudad que era joven y pujante, allí tuvieron una docena de hijos, entre ellos mi madre. Mi cuarto apellido (según el orden impuesto por los hombres) es belga aunque parezca francés. Y aquí está mi prima segunda, Nicole, loca por los rastros genealógicos. Tiene en el garaje de su casa, justo debajo de la habitación de húespedes que ocupo, el enorme dibujo arbolado de los parientes, en un ángulo figuro, al lado del de Lorenzo al que le ha incorporado la fecha de su muerte. Juntos, Zulma Chadlis y Lorenzo Chadlis. Hacia arriba, mi madre, atrás Gúdula, la abuela pecosa. Los más antiguos se pierden por el siglo XVII.

Conozco cuatro generaciones atrás, dice mi prima, cuatro abuelos, ocho bisabuelos, dieciséis tatarabuelos. ¿Por qué queda en lo más lejano esa dieciseisava parte, el apellido de la tatarabuela materna materna? Es imposible seguir hasta el principio. En cambio sí sé cómo se llamaba el

primer padre de mi especie.

Entrar a esa habitación es como acceder a una extraña cueva de Altamira, no hay bisontes, hay nombres que arman mi constelación y se remontan hacia los recovecos invisibles del adn. ¿Deberé a alguno de esos signos hechos con pequeñas letras de imprenta, alguno de mis rasgos no sólo externos?

Le digo en mi áspero francés, Nicole, tal vez hayamos heredado juntas las pecas y el gusto por la historia.

Sonríe y me contesta en un español ridículo: Pues sí, Zulma.

3

Esta tarde iremos al Museo Real de las Bellas Artes, quiero ver el cuadro de Brüegel La caída de Ícaro. Creo que no te hablé de cómo llegué hasta él. En clase de Introducción a la Literatura, primer año de la Facultad, el profesor llevó una poesía sobre ese cuadro y vimos una enorme reproducción proyectada en la sala de audiovisuales. Me impresionó un poco, pero años después, con la muerte de mi primo (de eso sí te hablé), en medio del dolor estando sola en casa me volvió del fondo de la memoria casi con violencia la imagen del cuadro, el olvido de la muerte, acá aprendí un refrán belga “ningún arado se detiene porque un hombre se muera”. Buscá una imagen en google, hay que mirar con detenimiento para encontrar a Ícaro ahogándose mientras los demás

siguen sus tareas. La semana próxima me cruzo a Londres por el tema del mapa, ya recibí el mail confirmándome día y hora. No soy tan buena negociadora como vos pero seguiré tus consejos. Mañana al mediodía de acá te llamo a la casa de tu papá, necesito oír tu voz. Por momentos siento un arrebato, dejar todo esto y volver. Te extraño, ¿suena demasiado adolescente? ¿Cómo anda Miguel, está haciendo reposo? mandále saludos míos, le compré un regalo (misterio) que le va a gustar mucho, creo.

4

Fue gracioso contarle a Nicole sobre el corralito, no creo que gracioso sea la palabra justa pero no se me ocurre otra. ¿Trágico, patético, espantoso, kafkiano? A la distancia, gracioso. ¿Cómo es que se pueda disponer de los depósitos ahorrados? Exclamó. Es un país raro el mío, le dije. Allí nadie se aburre, aseguró riendo. Y seguimos en francés. Imagináte filosofar sobre la Argentina, la historia reciente, los vaivenes políticos, las inseguridades jurídicas, la imprevisibilidad, en francés. Sabés que lo domino bastante gracias a la terquedad con que mi madre me envió a la Alianza Francesa y especialmente a la música de esa lengua que asimilé de algunas historias o al menos frases que me decía mi abuela Gúdula, sí, me manejo, pero de ahí a hablar de sociología…

4

Tomálo como una indemnización, Zulma. Esa plata te pertenece, es lo que te afanaron y nunca nadie te devolverá como corresponde. Con qué derecho te dieron la mitad, o menos, de lo que tenías. Absolutamente devaluado, te podrías haber comprado un departamentito y después no te alcanzó ni para una maceta. Gastátelo en el viaje, compráte algo que te guste, traéme un regalo. Me dijo, y tenía razón.

Cruzar el Mar del Norte fue hermoso, disfruté las olas y la tormenta. Como disfruté las turbulencias del vuelo de regreso. En medio de tanta serenidad y silencio, me dio gusto que el mundo se me moviera, que me hiciera notar su presencia. De otro modo, el aire y el agua serían nada, un lugar adonde hacer la plancha o planear. Nada de eso, ahora quería el viento, el piso sacudiéndose. Y eso fue ir a Londres y vender el mapa. Un mapa robado por mí. Yo, la boba, tomé la decisión vengativa de robar algo valioso del Archivo Histórico. Un delito federal. ¡Quién te ha visto y quién me ve, pecosa abanderada!

Todo se precipitó. Teníamos planes para hacer un viaje pero llegaron las urgencias. ¿Me justifico casi hablando sola mientras cruzo el mar? Quisiera que estés aquí, a mi lado, sobre la borda como si fuera una escena romántica de película, sí, un lugar común, amo ciertos lugares comunes. Los dos con los brazos cruzados por la espalda, mirando hacia las islas próximas, mucho viento, mucho movimiento del ferry. Atrás quedan el puerto de Zeebrugge y Brujas, miramos hacia Dover.

Entonces tu padre tuvo una grave recaída y me pareció loable que te preocuparas por él, que no fueras egoísta y huyeras, que no me pidieras que me quedara, es más que me impulsaras a aprovechar la oportunidad que me daba esta especie de prima y su invitación a alojarme en su casa quince días. Tenía que ser ahora porque la habitación de huéspedes estaría libre. No conciben que uno se arrincone en un sofá o duerma en el piso del lavadero, son belgas. Recuerdo con cuánto terror ridículo saqué el mapa del Archivo. Siempre estaba sola, quién podría verme, quién iba a notar que faltaba algo que nadie parecía conocer, una inexistencia sin fichar, revoleada en una mudanza desde la biblioteca de la Universidad cuando repartieron cientos de cajas para hacer una remodelación. Que no se hizo, aunque el dinero estaba. Un estuche de cartón del tamaño de una caja de bonobones, con cuatro piezas plegadas que sumaban dos metros por dos metros. Una joya olvidada. Lo había observado un par de veces hacía varios años sin demasiado interés, pero cuando lo extraje recientemente y caminé con él por la gran habitación del Archivo, con todas las dudas, con el miedo a ser descubierta, con la certeza de estar haciendo algo que estaba mal, un delito, un robo y vi que tenía una punta de la caja roída por una rata, tomé la decisión de llevármelo. Insegura, lo escondí (como si no hubiera estado oculto por el desinterés), lo escondí en un cajón con llave de mi escritorio. ¿Qué pensaba, que iba a aparecer la policía a caballo, rodear

la manzana mientras soldados vestidos de negro se desprendía de los helicópteros para darme caza? Que tonta. Dos días después, siguiendo el consejo de Diego, lo volví a poner en su lugar, a sepultarlo, hasta que tuviéramos todo listo para viajar. La enfermedad de Miguel, la amable presión de Nicole, aceleraron mi viaje y dos días antes de partir, me lo llevé en una bolsita del shopping dentro de una caja de zapatos.

Diego hizo los contactos con el interesado desde una dirección de correo creada con extensión .fr y escrito por mí en francés según sus indicaciones. Y aquí estoy, rumbo a Londres, atravesando en ferry el estrecho. Nicole insistió para acompañarme hasta el puerto, me llevó en su auto. Y se disculpó por no poder ir conmigo, ella que conocía tan bien Londres podría servirme de guía en mi visita de dos o tres jornadas. Afortunadamente me dejó sola. Reiteró pedidos de disculpas que no necesitaba, había estado cavilando sobre cómo desligarme de ella en ese tour de negocios y las dos o tres excusas que se me habían ocurrido fueron superadas por la realidad.

Pensé cuánto disfrutaría tu padre entrar a este local. La librería está en una calle señorial del barrio Mayfair, justo enfrente de Sotheby, al lado de un barcito donde luego tomé un café. Es un lugar pequeño, atendido por dos empleados eficientes que no hablan francés. Hay mapas antiguos detrás de vitrinas impecables y una gran mesa de roble, despejada, donde el dueño armó con parsimonia las cuatro partes del

mapa y observó con detenimiento y educada velocidad mientras me contaba que su madre era italiana y había vivido en París hacía mucho tiempo, antes de casarse con su padre inglés. Comment Ça va? Había dicho de entrada con una pronunciación horrible que me dio absoluta tranquilidad. Massimo me dijo que la caja agregaba valor al contenido y me ofreció mil doscientas libras más de lo acordado por mail, que acepté sin chistar. ¿Depósito, cheque o prefiere efectivo? Ante mi respuesta (tu respuesta) fue poniendo al lado del mapa, en otra mesita, uno junto a otro los billetes como si fueran naipes. Hizo su jugada, dio un paso atrás, se tomó las manos por delante como cuando se mira un cuadro o un muerto con respeto, dudé, qué se suponía que debía hacer, mejor dicho cómo. Di un paso al frente en silencio, los recogí de a uno y los guardé con prolijidad en mi billetera. Traté de no ser arrebatada, de no sonreír o gritar goool. Ahora el mazo de cartas era mío, tres bien. Saludé cordialmente, shake hands, y salí con aire triunfal. No debía entrar en pánico, por qué. Me planté unos segundos frente a la vidriera de Altea y miré con verdadero deleite los mapas allí exhibidos, qué delicia, tuve un pensamiento medio barroco: "Yo que me imaginaba el paraíso bajo la forma de una biblioteca" recordé a Borges, y de ahí salté fácilmente a tu padre y el paraíso bajo la forma de un atlas y previsible llegada a tu lado y el paraíso bajo… no sé qué forma. Retomé hacia el barcito Il pan d´oro, me senté en una mesita en la vereda con mi café,

mis libras en el bolso, a observar Sotheby´s con su frente de lujo discreto, una bandera azul, dos estatuas. Allí se habrán vendido joyas y cuadros carísimos. Creo que el Grito de Munch. No me quería ir, recordé a Nick Drake que había vivido por acá, que le cantó a su barrio; luché contra la ansiedad de haber vendido algo robado por mí misma como en una vieja película de amables ladrones. ¿Cómo se llama aquella del hermoso Pierce Brossnan y Renée Russo? ¡El affair de Thomas Crown! Donde todo sale bien, no hay muertos, sangre, culpa, cárcel. Se enamoran, son ricos y felices. Mientras cruzaba en el ferry recordé Los aventureros; ahora estoy cantando suavemente (para no parecer loca o porque canto mal) "Laetitia tu ne savais pas que tu étais tout pour moi"; y pensaba en tesoros sumergidos, en nosotros buceando más para estar juntos que para ser ricos. El mapa, el oro de los barcos hundidos; el Titanic y tu muerte. Temblé, sacudí la cabeza para alejar el mal pensamiento. Te dije, y lo creo porque es cierto, que me habías empujado a tomar la decisión, gracias, y también no es cierto porque en otro plano, tal vez más profundo o distinto, yo lo había resuelto, había decidido dejar ese costado timorato que me anclaba. Supe que lanzarme al hurto y viajar sola sería beneficioso para ambos, para nuestra relación. Después vino la enfermedad de Miguel y tu generosidad y confianza en mí. Pero ya estaba resuelta. De todos modos no sé qué hubiera hecho si no me hubieras impulsado a venir sola a Europa, algo

se hubiera roto, yo esperaba que adivinaras y aceptaras mis decisiones ocultas. Qué extraño me suena a mí misma. Pagué el café y seguí por la calle Saint George rumbo a Hannover Square. A los pocos pasos me topé literalmente porque invade la vereda con sus escalones y sus seis columnas corintias con el templo anglicano donde se casara antes de ser presidente de los EEUU Teodoro Roosevelt con Edith Carrow a los 28 años, exactamente el día 2 de diciembre de 1886. Caminé hasta Oxford Circus donde tomé el subte, hice transbordo en Holborn y de allí a Russell Square, con el bolsito al hombro, todas esas libras esterlinas y sin miedo crucé la plaza y me metí en el British Museum. La entrada es gratis, seguramente así lavan la culpa de haber robado tantas piezas de arte en Grecia, Egipto y el resto del mundo. Vi la piedra roseta, vi las momias, comí en el impecable salón donde ya con el estómago algo satisfecho y las piernas en reposo noté que había hecho una peregrinación por las guaridas: la librería del mapa robado, Sotheby, la iglesia donde se casara el ladrón de Panamá "es con voz de la Biblia o verso de Walt Whitman que habría de llegar hasta ti cazador" y el maravilloso conjunto de museos que es el Museo Británico del latrocinio. Pasé allí toda la tarde entre la sala egipcia y la africana, y me fui hasta mi hotel en la calle Tavistock, unas pocas cuadras, con la conciencia tranquila.

MÈPER

Ante la rigidez de su estructura, un grano puede alterar el universo. La ciudad con sus marcos dentro de marcos, todas esas paralelas que cortan en ángulos rectos perfectos otra serie de líneas separadas por medidas exactas a lo largo de su trayectoria, no puede generar más que pensamientos encorsetados. Horrible cárcel de mamushkas. Quebrar ese casillero fue el plan. Mi encuentro con los soberbios ilusos de la Hagia Tríada, el primer paso. Pero ellos no estaban preparados para el gran salto, solamente querían jugar como pendejos, molestar un poco como una forma de tranquilizarse a sí mismos y justificar sus vidas de adaptados. No dejaban de formar parte del cuadriculado. En el tablero de ajedrez el salto del caballo no se sale del tablero. Es una simulación de libertad porque la pieza está tan encadenada como la torre y el alfil. Aunque para los inocentes, los ignorantes y los necios parezca la torre la más rígida por sus desplazamientos frontales, luego el alfil porque a veces surge escondido entre otras piezas pero siempre lineal, el caballo no escapa de su ceremonia repetida y previsible a pesar de que quiebre un poco la cintura. Así eran mis tres compañeros del bar don Julio. Útiles para acompañarme en pequeñeces y para mantenerme activo en los desplazamientos físicos y en las ideas. Todo lo que se les ocurría, yo

lo multiplicaba en privado. Luego las historias cambiaron y seguí por mi cuenta.

Si ellos sugerían mover los libros de lugar, yo incendiaba una biblioteca.

A menudo el error es desconocer al enemigo. Mis tres chiflados querían enfrentarse a cierta cultura burguesa, claramente superficial, mediocre, rosa bombón. No estaba mal, pero no pasaba por allí el peligro, y por lo tanto la guerra estaba en otro lado. Nunca aceptaron plenamente que nuestra ciudad era un laboratorio copado, un campo de batalla donde los poderes sinárquicos ejercitaban sus experimentos para volcarlos luego en cualquier lugar del mismo tamaño o más grande. Y que Tavistock, la idea Tavistock, movilizaba el gran plan de dominio (ver *The Tavistock Institute of Human Relations* by Dr. John Coleman). Un siglo atrás habían comenzado sus estudios sobre seres individuales y grupos sociales con el apoyo de las teorías freudianas y el conocimiento del inconsciente. Quebrar la psiquis por el miedo para imponerle luego una solución que en circunstancias normales no aceptaría nadie. Maltratar, hambrear, sumir en el terror y luego dar un salvavidas de plomo. Llegar al punto de quiebre de todas las defensas del hombre para que atravesado ese umbral diga que sí a todo lo que negaría si no estuviera bajo tantas presiones. Eso ya había sido experimentado y usado en muchas ocasiones a lo largo del siglo. Desde la manipulación de los soldados que volvían de la guerra hasta el aprovechamiento de las

muertes y el espectáculo cinematográfico de las torres gemelas, pasando por las bombas nucleares, las crisis económicas, la contaminación, la alteración del ecosistema, el bombardeo mediático, etc. Todo ello con la finalidad de domesticar, de crear en la población la parálisis, la imposibilidad de todo cambio, la resignación. “Es lo que hay”, es el pensamiento rector escrito en todo frontispicio. Por lo tanto, nada podría hacerse. Y ahora, en la ciudad, están haciendo nuevas pruebas, la superación de aquel dominio por el miedo: directamente se intenta modificar la estructura física. Los cambios no pretenden ser en los planos de la conciencia y subconsciencia, en el imaginario, en la cultura y las conductas, sino también en la estructura material. Porque saben que todo es materia, incluso el espíritu, la inteligencia, la memoria, y en consecuencia están modificando con sus bombardeos a la ciudad, el cerebro y el alma de los hombres y las cosas. Quiero ser bien claro: ya nos dominaban por el miedo; ahora están experimentando el dominio absoluto de nuestras sinapsis, de nuestro yo y de nuestro entorno. Si obtienen resultados en su trabajo sobre nuestra ciudad/laboratorio, si consideran exitoso su operativo, ya no habrá retorno, habrá una modificación profunda de nuestra condición humana, una involución esclavizante, una anulación de toda capacidad de memoria y consecuente rebelión.

En casi todo el siglo xx el enemigo se dedicó a domesticar el inconsciente, aprovechó las últimas teorías psicológicas y psicoanalíticas más todas las formas de control de la conducta, luego –es decir en las últimas décadas, es decir ahora- aprovechando los avances de las ciencias duras están procurando dominar la materia, entendiendo por materia todo lo visible e invisible, lo cárnico y lo imponderable, el cuerpo y el alma, la inteligencia, los afectos, las sensaciones. Porque todo es materia, ya lo dije, no me canso de repetirlo, y ellos bien que lo saben. Nuestra ciudad es la probeta donde se mezclan detenidamente los jugos más extraños.

¿Por qué fue elegida para laboratorio? Probablemente porque han tenido en cuenta su historia. Una ciudad inventada, creada a partir de un plano, impuesta sobre el territorio, como quien levanta un galpón en medio de la nada. Sin correlato con el medio. No surgió al borde de un río o de una bahía para asegurarse navegabilidad, tampoco en un cruce de rutas, no es la Troya que vigilaba el estrecho, la comunicación entre Oriente y Occidente, tampoco un fortín para defender fronteras. Hay ciudades que crecieron en una cima para poder vigilar las amenazas. Factorías para el intercambio comercial. Puntos estratégicos en lo geopolítico. Pueblos rodeados de campos productivos. Nada de eso, esta ciudad fue antes que nada un invento y como tal se inspiró en una novela. No había caminos, rieles, ríos, muertos en una batalla,

solamente un dibujo trazado con escuadra y compás, una especie de loteo con pretensiones. De modo que en su origen ya estuvo marcada por la falta de significado. Ni historia, ni poder, ni paisaje (solo la eterna llanura anegada), por supuesto falta de música propia, sin substrato, ni siquiera había habido otras civilizaciones, otras capas ocultas bajo el pasto duro. Aquí no se había quedado nadie nunca, a lo sumo habrán pasado en estampida hacia el sur buscando colinas y mar o hacia el norte en pos de malones y trueque. Un buen día un grupo de intelectualitos politizados, al estilo de mis ex compañeros de la Hagia Tríada, decidieron crear una ciudad para competir con el presidente, para tener una carta que jugar, barajaron distintos lugares y finalmente optaron por esta desolación. Inspirados en otro masón como ellos, Julio Verne, y fieles a las corrientes de moda como el higienismo, dibujaron en el aire. Basta leer la novela Los quinientos millones de la Begum para darse cuenta. Para hacerlo aún más irreal, la ciudad de la novela es también creada in vitro: un millonario quiere llevar a cabo el sueño de un lugar perfecto (una Disneylandia sin muñecos) y construye France Ville; tiempo después un argentino lee la novela y construye otra France Ville (clon de un fantasma) con sus avenidas y sus plazas, sus calles y sus diagonales. Les faltó ponerles una cúpula protectora, una burbuja que las aislaran más de la realidad, pero de eso se encargarían en el futuro (ahora) los científicos de Tavistock. En otras palabras, usaron una

jaula llena de animalitos de zoológico para experimentos brutales. Creo que no tenemos salvación. Lo único que queda por hacer es contrarrestar su “magia” con otros trucos para desalentarlos ante los resultados. Si con las intervenciones logro algo, no será ganar una guerra sino desviar la atención. Ellos quieren comprobar aquí, en el terreno, teorías aceptadas en el plano intelectual. Si fallan, si no obtienen los resultados previstos, probablemente busquen otro laboratorio (ciudad, país, grupo cerrado) donde seguir intentando. Y así al menos podríamos salvar nuestro castillo, nuestra cueva.

No importa repetir, porque nadie escucha. Hay verdades tan evidentes que no se ven. Uno se para a dos centímetros de la pared, digamos con la nariz pegada a la pared, y no sabe qué está viendo. ¿Qué será esto, un cuadro, cemento, un papel pegado, un tapiz, el pulóver de alguien más alto, un elefante, roca, madera, delirio? Y además está la superpoblación de datos: quién puede leer todas las informaciones circulantes, oír las declaraciones, pescar el gesto, descifrar, recordar. Hagamos el ejercicio: ¿qué pasó ayer en mi ciudad, qué accidente (ya que es lo más llamativo) ocurrió, chocó un joven en moto, se incendió una casa? ¿hace dos días? ¿dos semanas? No podemos recordar de inmediato, es decir hacer presente, salvo con un gran esfuerzo de evocación, al último terremoto desolador, a la inundación, las declaraciones ridículas de un presidente. No sé, quizás el cerebro se

preserve anulando las memorias amenazadoras. El morbo cumple la función de tapar lo que sucedió antes. Pareciera que nadie sabe nada. Y que los datos y hechos más duros que vive nuestra civilización, se mezclan con las tramas y las imágenes de las películas. Hay tanto fotograma de desolación que convierte las desolaciones reales en imaginarias, y viceversa; ambas entidades se fusionan e intercambian verosimilitud. ¿Aquel día de setiembre del 2001, los que corrían entre el polvo y el humo, los olores y ruidos, huyendo de las torres gemelas que caían a sus espaldas, a media cuadra, dos cuadras, no habrán pensado acaso en Godzillas, extraterrestres bombardeando o meteoritos a los que Bruce Willis y Robert Duval no habían podido destruir a tiempo? Si no lo pensaban, peor aún lo tendrían en todas las capas del inconsciente aflorando con velocidad vertiginosa. ¿Cómo puedo entonces llamar la atención y convencer de los hechos evidentes que están sucediendo y que parecen extraídos de novelas de Asimov o de Orwell? ¿Para qué contarle a mis conciudadanos lo que está ocurriendo desde hace años en Gakona, Alaska, con el proyecto Haarp, una maquinaria que sirve como arma y control de las mentes?

NOTA 1

…un misterioso proyecto de la Fuerza Aérea norteamericana cuyas siglas HAARP, High

Frequency Advanced Auroral Research Project. Traducido al español sería, Programa de Investigación de Aurora Activa de Alta Frecuencia (uno de tantos que lleva a cabo la Marina y la Fuerza Aérea de EEUU). En unas instalaciones militares situadas en Gakona, Alaska, se está desarrollando un misterioso proyecto el cual consiste en 180 antenas que funcionando en conjunto será como una sola antena que emitirá 1 GW =1.000.000.000 W, es decir un billón de ondas de radio de alta frecuencia las cuales penetran en la atmósfera inferior e interactúan con la corriente de los elecrojets aureales.

Los pulsos emitidos artificialmente estimulan a la ionosfera creando ondas que pueden recorrer grandes distancias a través de la atmósfera inferior y penetran dentro de la tierra para encontrar depósitos de mísiles, túneles subterráneos, o comunicarse con submarinos sumergidos, entre mucha otras aplicaciones.

HAARP enviará haces de radiofrecuencia dentro de la ionosfera, los electrojet afectan al clima global, algunas veces durante una tormenta eléctrica llegan a tocar la Tierra, afectando a las comunicaciones por cables telefónicos y eléctricos, la interrupción de suministros eléctricos e incluso alteraciones en el estado del ser humano.

El HAARP actuaría como un gran calentador ionosférico, el más potente del mundo. En este sentido podría tratarse de la más sofisticada arma geofísica construida por el hombre.

…se puede considerar como un verdadero "calefactor" de la alta atmósfera, provocando una tremenda ionización que puede acarrear consecuencias imprevisibles, y que gracias a su efecto "espejo" *podría dirigir sus efectos hacia cualquier zona del planeta*. Estaríamos hablando de un nuevo tipo de arma, capaz de intensificar tormentas, prolongar sequías, sobre territorio de un supuesto enemigo, y perjudicándolo sin que este se diera cuenta.

El proyecto es tan controvertido como peligroso. Sus defensores aducen un sinfín de ventajas de carácter científico, geofísico y militar, pero sus detractores están convencidos de que podrían tener consecuencias catastróficas para nuestro planeta, desde arriesgadas modificaciones en la ionosfera, hasta *la manipulación de la mente humana.*

Fuera de la manipulación climática, HAARP tiene una serie de otros usos relacionados: "*HAARP podría contribuir a cambiar el clima bombardeando intensivamente la atmósfera con rayos de alta frecuencia. Convirtiendo las ondas de baja frecuencia en alta intensidad podría también afectar a los cerebros humanos, y no se puede excluir que tenga efectos tectónicos*".

http://www.tiempo.com/ram/913/el-proyecto-haarp-mquinas-para-modificar-y-controlar-el-tiempo/

Cuando alguien se obstina en la negación de una evidencia o en la aceptación a rajatablas de una mentira, es prácticamente imposible torcerle la mirada un milímetro. La cabeza cuadriculada de una ciudad cuadriculada no ve círculos. Y el acostumbramiento a ese formato de ángulos rectos impide vivir sin dolores insoportables en otro contexto. Por eso, con amargura y sorna, con desesperanza suicida, descreo de la remota posibilidad de que algo de esto genere al menos alguna sospecha, ni siquiera servirán como prueba las declaraciones del Parlamento Europeo (NOTA 2) que detallan con evidente temor las consecuencias de estas torres de moderna acupuntura instaladas en Alaska, que se meten con el clima, los terremotos, con nuestros

cerebros. Alterar una ciudad seguramente trastornará todo el sistema. Quizás no sea solamente un experimento circunscripto a estas mil manzanas sino una acción definitiva global.

NOTA 2

INFORME PARLAMENTO EUROPEO Comisión de Asuntos Exteriores, Seguridad y Política de Defensa

Ponente: Maj Britt Theorin

sobre medio ambiente, seguridad y política exterior

Ponente de opinión: Sr. Olsson, Comisión de Medio Ambiente, Salud Pública y Protección del Consumidor

(Procedimiento "Hughes")

4 ENERO 1999

En la sesión del 13 de julio de 1995, el Presidente del Parlamento anunció que había remitido la propuesta de resolución presentada por la Sra. Rehn Rouva, conforme al artículo 45 del Reglamento, sobre la utilización potencial de recursos de carácter militar para estrategias medioambientales, (B4-0551/98), a la Comisión de Asuntos Exteriores, Seguridad y Política de Defensa, para examen del fondo, y, para opinión, a la Comisión de Medio Ambiente, Salud Pública y Protección del Consumidor.

. Considerando que, según resultados detallados de la investigación internacional filtrados y publicados por el *Climate Institute* de Washington, **el número de "refugiados medioambientales" es actualmente superior al número de "refugiados tradicionales" (25 millones frente a 22 millones) y que se prevé que esta cifra se duplique para el año 2010** o que, en el peor de los casos, sea mucho mayor

27. Considera que el HAARP (Programa de Investigación de Alta Frecuencia Auroral Activa) es un asunto de interés mundial debido a sus considerables repercusiones sobre el medio ambiente y exige que los aspectos jurídicos, ecológicos y éticos sean investigados por un órgano internacional independiente antes de continuar la

investigación y los ensayos; lamenta que el Gobierno de los Estados Unidos se haya negado reiteradamente a enviar a un representante que preste declaración, ante la audiencia pública o cualquier reunión posterior que celebre su comisión competente, sobre los riesgos medioambientales y para la población del Programa de Investigación de Alta Frecuencia Auroral Activa (HAARP) que se está financiando en la actualidad en Alaska;

28. Pide que el grupo encargado de evaluar las opciones científicas y tecnológicas (STOA) acepte examinar las pruebas científicas y técnicas disponibles en todos las conclusiones de las investigaciones que se están llevando a cabo en la actualidad sobre el programa HAARP, con el objeto de evaluar la naturaleza exacta y el grado de riesgo de este programa para el medio ambiente local y mundial, así como para la salud pública en general;

29. Pide a la Comisión que, en colaboración con los Gobiernos de Suecia, Finlandia, Noruega y la Federación Rusa, examine las repercusiones medioambientales y para la salud pública del programa HAARP para el Antártico y que le informe de sus conclusiones;

30. Pide, en particular, que se celebre un convenio internacional para la prohibición global de toda la investigación y desarrollo, ya sea militar o civil, que tenga como finalidad aplicar los conocimientos químicos, eléctricos, de vibración de sonido u otro tipo de funcionamiento del cerebro humano al desarrollo de armas que puedan permitir cualquier forma de manipulación de seres humanos, incluyendo la prohibición de cualquier despliegue actual o posible de dichos sistemas;

Las denominadas armas no letales se utilizan como medio efectivo en la guerra moderna, aisladamente o junto con las armas convencionales. Por ejemplo, **los EE.UU. utilizaron armas de radiofrecuencia en la guerra del Golfo para destruir el sistema energético de Iraq [(13)], a pesar de que no se conocían los efectos antipersonas de las armas de radiofrecuencia.**

El 5 de febrero de 1998 la Subcomisión de Seguridad y Desarme del Parlamento Europeo celebró una audiencia sobre, entre otras cosas, el HAARP. Se invitó a representantes de la OTAN y de los EE.UU., pero declinaron la invitación.

La subcomisión lamenta que los EE.UU. no enviaran a un representante para responder a las preguntas o aprovechar la oportunidad de comentar el material presentado (22).

El HAARP (Programa de Investigación de Alta Frecuencia Auroral Activa) es un proyecto que llevan a cabo conjuntamente la fuerza aérea y la marina de los Estados Unidos, junto con el Instituto Geofísico de la Universidad de Alaska, Fairbanks. Experimentos similares se están realizando también en Noruega, probablemente en el Antártico, así como en la antigua Unión Soviética (23). El HAARP es un proyecto de investigación que utiliza instalaciones terrestres y una red de antenas, cada una equipada con su propio transmisor, para calentar partes de la ionosfera (24) con potentes ondas de radio. La energía generada calienta partes de la ionosfera, lo que produce agujeros en la ionosfera y "lentes" artificiales.

El HAARP puede utilizarse para muchos fines. Mediante la manipulación de las características eléctricas de la ionosfera se puede controlar una gran cantidad de energía. Si se utiliza como arma militar, esta energía puede tener un impacto devastador sobre el enemigo. El HAARP puede enviar muchos millones más de energía que cualquier otro transmisor convencional. La energía también puede dirigirse a un blanco móvil, lo que podría constituir un potencial sistema antimisiles.

http://www.europarl.europa.eu/sides/getDoc.do?pubRef=-//EP//TEXT+REPORT+A4-1999-0005+0+DOC+XML+V0//ES

Allí está la prueba de que están trabajando directamente sobre la materia del planeta, incluidos nosotros y nuestros espacios mentales más recónditos, porque han encontrado el soporte material de todo lo que creíamos o creemos que no lo es, que es inasible, que viene del aire, de la conciencia o del alma. Están trabajando directamente sobre el soporte físico del entorno y del cerebro. La memoria, los miedos, los sueños, son el objeto de su trabajo, mejor dicho de su guerra porque es eso lo que están haciendo: enviando misiles invisibles a nuestras voluntades, carácter, recuerdos… Y, repito hasta aburrirme, no está sacado de una novela de ciencia ficción, es un informe del parlamento europeo que está en la red para ser leído por quien quiera.

De todas maneras ya poco y nada me importa lo que ocurra. He tomado una decisión terrible y la voy a llevar a cabo aunque no tengo prácticamente ninguna esperanza en que mi acción, mi modificación final, pueda servir para contrarrestar el efecto concreto de las gigantescas actividades de Tavistock. Busco y espero algo así como el efecto del magnicidio, aunque en realidad mi crimen no será asesinar a una estrella del cine, al Papa, un presidente ni el más famoso deportista. Creo que el ritual será lo importante. Tal vez la monstruosidad de lo que haré, más las notas que deje y seguramente serán publicadas por el morbo periodístico, tal vez eso ocasione una toma de conciencia por lo menos temporal sobre lo verdaderamente monstruoso que están

realizando estas organizaciones sinárquicas sobre nuestra ciudad y en breve sobre todo el planeta. Seré una especie de bonzo que arda frente a las cámaras para llamar la atención.

El fuego habrá de durar según la cantidad de combustible que me eche encima. ¿Sirvió de algo esa forma de protesta contra la guerra de Vietnam? Hoy es imprescindible conseguir minutos en los noticieros, comentarios en los programas políticos y del espectáculo. Las torres gemelas fueron bonzos que quedarán por mucho tiempo en la retina de nuestra civilización para recordarnos que debemos portarnos bien, tener miedo y no sacar los pies del plato del dominio norteamericano porque ellos son los buenos y es justo que los buenos destruyan a los malos (¿a quién se puede convencer de la importancia del petróleo detrás de todo esto?) Serán una eterna advertencia del inconsciente que repetirá todo el tiempo en nuestros oídos interiores: no se puede hacer nada, mejor quedarse en el molde. El hongo atómico aún sigue apareciendo como advertencia, las torres gemelas lo han superado como una película 3d al cine mudo. Los miedos, la gran pulsión tanática, nos pone cemento en los pies y nos hace agachar la cabeza. Sé que la lucha es desigual pero de todos modos es la última ficha que me queda, la voy a apostar al cero, al caballo que nunca ganó, al número oncemilcientoonce en contra de cualquier regla de posibilidades. Espero que mi crimen ocasione cambios evidentes en la mecánica visible e invisible de la ciudad para

que la mayoría de los ojos se posen por un tiempo en lo que está ocurriendo. Tal vez, tal vez, funcione.

Aclaración final: no soy Macbeth, no me interesa el poder. Lamento haber llegado a este punto sin retorno.

Así como en el pasado la guerra fue por la posesión de un sepulcro sagrado o por un punto geopolítico estratégico, luego por los logos de gaseosas, hamburguesas y computadoras; hoy es por un mapa. No lo supe de entrada, me llevó un par de años, pasé delante varias veces sin notar su importancia. Lo vi por primera vez en una exposición en la biblioteca de la universidad. La segunda vez lo tuve en mis manos, producto de una de las modificaciones que hacíamos. Habíamos entrado de noche, movido libros de lugar, arrancado fichas bibliográficas, no recuerdo quién de los otros tres lo encontró y me preguntó qué hacer, recuerdo que le dije que no servía para nada, que lo dejara en el mismo lugar. Cuando se fue a otra sala, volví y me lo escondí en un bolsillo interior de la campera (una caja pequeña que preservaba un mapa de la época de la fundación de dos metros por dos metros, plegado en cuatro piezas que formaban un volumen de 20cm. por 30 por 5). El lunes siguiente volví a la biblioteca y arranqué la ficha. Había sido hecho a mano. Era el dibujo delirante de alguien que quería fundar una ciudad a partir de la lectura de una novela francesa. Tiempo después me fui del país, como no tenía a quién dejárselo en confianza sin que me hicieran

preguntas, lo escondí. Qué mejor lugar que una biblioteca que nadie visita, la del Archivo Histórico. Sin ficha, en un rincón perdido. Cuando esta guerra de Tavistock comenzó, supe que el mapa podría tener alguna fuerza para defendernos, como un escudo del origen. La ciudad ya era un cuadrado ridículo, ficticio, pero casi inocente a fuerza de estupidez. Otra cosa sería que la convirtieran en laboratorio. Recordé la importancia de los ritos fundacionales en todas las civilizaciones: el mundus, donde romanos depositaban las cenizas de los ancestros y en torno al cual trazaban un círculo con el arado (luego muralla) que delimitaba el interior sacro del exterior bárbaro o inexistente; el rollo, picota o palo típico de los colonizadores españoles (una especie de falo que marca claramente en torno a quién gira el cosmos), Delfos y Cuzco como ombligos, centros. Tal vez el mapa tuviera la energía de la cruz cristiana o la medialuna musulmana, tal vez fuera el símbolo concreto que contrarrestara la invasión de Tavistock. ¿No eran aquellos rituales un procedimiento de acupuntura sobre el reino? ¿Qué habría ocurrido en caso de desplazar el eje, esa especie de eje terrestre: correr el rollo cien metros, el mundus, el ombligo? Aquel procedimiento de los antiguos, imitado luego por el imperio español, ahora es usado por el poder único que clava un rollo invisible.

El **ónfalo** (del griego antiguo ὀμφαλός *omphalós*, 'ombligo') es un antiguo betilo o artefacto pétreo de uso religioso originario del *ádyton* del oráculo de Delfos, en la Antigua Grecia. Según la mitología, sería la piedra dejada por Zeus en el centro (ombligo) del mundo.

El ombligo ha sido, desde tiempos remotos en el Viejo Mundo, el símbolo del centro. A partir de ese centro se creía que se había realizado la creación del mundo. Se sabe de la existencia de este símbolo en muy diversos pueblos. Su colocación en un lugar escogido otorgaba su sacralización y lo convertía en el centro del mundo. El historiador y geógrafo griego Pausanias escribió sobre el ónfalo y decía de él que era el símbolo del centro cósmico donde se crea la comunicación entre el mundo de los hombres, el mundo de los muertos y el de los dioses:

> Lo que los delfios llaman el Ónfalo está hecho de mármol blanco y dicen los delfios que es el centro de la tierra, y Píndaro en uno de sus cantos dice la misma cosa.[1] [2]

En el lugar sagrado de Delfos fue descubierto en el siglo XIX el gran yacimiento del recinto sagrado, dedicado al dios solar Apolo. Muchas de las piezas encontradas fueron llevadas al museo que se creó para estos descubrimientos y entre ellas una copia romana del ónfalo que se guardaba en aquel lugar. El original estaba en el interior del templo de Apolo y una de las copias de mármol es la que vio Pausanias delante del edificio. La red de bandas de lana que recubría el ónfalo estaba representada en relieve sobre la piedra. En el original los nudos estaban adornados con piedras preciosas tallados en forma de cabeza de Gorgona y con dos águilas en la parte superior.

La leyenda cuenta que Zeus hizo volar dos águilas desde dos puntos opuestos del Universo. Las águilas llegaron a encontrarse en Delfos, en el lugar donde hay una piedra cónica llamada ónfalo. La piedra, en forma de medio huevo, fue encontrada durante las excavaciones cerca del templo de Apolo. Estas piedras que representaban el ombligo del mundo simbolizaban el *centro* o lugar a partir del cual se había iniciado la creación del mundo. Al colocarlas en un determinado espacio, se le sacralizaba y convertía en centro religioso. En el caso del ónfalo de Delfos, este santuario se convirtió en el ombligo o centro religioso de toda Grecia.

En algunas monedas encontradas en el recinto se puede ver la imagen del ónfalo, esquematizada y representada por un punto en el centro de un círculo.

La Ciudad de Cusco está ubicada en el valle del rio Huatanay, en la sierra sur del Perú. Su nombre en quechua, Qosqo, significa "ombligo" o, en forma figurada, "centro" o "punto de encuentro", pues desde la

ciudad del Cusco, que fue la capital del imperio incaico o Tahuantisuyo, partía una vasta red de caminos (Camino Inca) que se dirigía a los cuatro suyos o regiones, que conformaban las 4 partes del universo en la cosmovisión andina. Considerada por los incas "morada de los dioses", Cusco es, sin duda, la ciudad más fascinante de los Andes.
Cuenta el mito que la capital Cusco fue fundada por Manco Cápac y Mama Ocllo, hijos del dios Sol, que salieron del lago Titicaca con la misión de buscar un lugar que fuese el centro de un gran reino. El segundo mito narra las hazañas de cuatro hermanos míticos y sus respectivas compañeras, que salieron de las cuevas de Pacaritambo, y se indica que la pareja formada por Ayar Manco y Mama Ocllo fundaron la ciudad

Piedra Sagrada. Palabra proveniente del término hebreo *Beth-El*: *Morada de Dios* o *Recuerdo de los Dioses*.

En algunas culturas semíticas también se utiliza para designar a los vestigios de meteroritos que golpeaban la tierra ("piedras de rayo"). Se utiliza este nombre para señalar cualquier tipo de piedra erguida que evoca la presencia de la divinidad y el emplazamiento de un lugar sagrado. Por extensión el término se aplica a cualquier piedra que se considere sagrada por una cultura.

La mayoría de los Betilos, probablemente provenientes de meteoritos, estaban dedicados a los dioses o eran reverenciados como símbolos de los mismos:

La Piedra Negra de la Kaaba en La Meca.

- La *Lapis Niger* de Roma.
- *Bethel* el cual es mencionado en el Genesis.
- La *Piedra Negra* de Pessinonte, asociado al culto de la diosa Cibeles.
- El ónfalos griego en Delfos.
- La piedra *benben* del templo del sol en la Héliopolis de Egipto.

Fui tiempo después al archivo, vi el mapa en su rincón pero no pude recuperar el mapa porque la encargada del lugar no pestañó un instante. Volví tiempo después, de noche, aproveché que estaba abierto

el salón de exposiciones y camino al baño me escondí en un pequeño depósito hasta que cerraron. El Archivo está en el mismo edificio, en el otro extremo, de modo que no me costó nada recorrer el balcón central y forzar la puerta que está junto al antiguo ascensor. El mapa no estaba en su lugar. No me equivoqué, sabía perfectamente dónde lo había dejado. Además estaba el hueco exacto, todavía quedaba la marca de la caja sobre las pelusas. Por lo tanto había sido retirado muy poco tiempo atrás. ¿Querrían el mapa fundacional para operar sobre él, como un muñeco vudú? Tal vez fuera parte de las intervenciones del poder. Estuve cavilando un par de días, finalmente me decidí por ir en horario de atención. La puerta estaba cerrada. En otra oficina, una mujer me contó que la encargada se había ido de viaje a Europa. Su gesto agrio me hizo evidente que no la quería. Intenté sonsacarle algo más, aprovechando esos habituales odios entre compañeros de trabajo. Esa ladrona, dijo en un momento y se arrepintió. Simulé que no me importaba la información.

ZULMA

Cómo te extrañé mientras caminaba por entre casas señoriales y blancas. Quería abrazarte, besarte y sobre todo agradecerte que me hubieras dado ese empujón para saltar la barrera del miedo tonto y la ética supuesta, y caer con soltura, la misma soltura con que había salido del local, caer con soltura del otro lado de la valla que me acorraló durante años, caer de pie del lado del equilibrio y una justicia hecha por mí. Me sentí un extraño Robin Hood que le robaba a la nada y me lo repartía a mí misma. Un objeto muerto y olvidado me había reintegrado lo que un país caótico me había quitado de la noche a la mañana Desde que cerraran los bancos a las 15hs. hasta que volvieron a abrir a las 10 am, una decisión caprichosa de técnicos me había esquilmado años atrás lo que me había costado media década de ahorrar y ahorrar.

Había aprendido que el ahorro era una norma a seguir. En casa de mi tía más joven, casi una prima, vi un día mientras revolvíamos cajas con fotos viejas, una libreta con estampillas pegadas y al lado la suma correspondiente. Era del Banco Nacional o de la Caja de Ahorro, eso no lo recuerdo bien. Había empezado, me contó, cuando entró en la escuela. Mes a mes y también como premio a las buenas notas, a pasar

de grado o a algún momento considerado trascendente como la comunión, le hacían un depósito y quedaba la estampilla como recibo y cucarda. Una práctica burguesa, me dijo un novio que tuve en segundo año de la facultad. Sí, realmente. No me hago la tonta, sé a qué se refería, pero para mí burgués también es sinónimo de quien vive en una ciudad, del que puede hacer un plan y está rodeado de pares. Del que puede organizar dentro de todo lo impredecible de la vida (ay, Lorenzo), lo que es concreto y tangible, el dinero. Para qué, no importa. Para comprar una casa, para hacer un viaje, para ayudar a sus parientes, para enfrentar el azar. Así fue que mes a mes guardaba una pequeña suma, a menudo producto de privaciones (es cierto también que muchas eran privaciones de cosas superfluas como otro par de zapatos). Un diez por ciento, un cinco por ciento, a veces un veinte por ciento del sueldo del Archivo o alguna entrada extraordinaria. Durante años. A menudo los planes se dirigieron hacia algún rumbo: estuve a punto de comprar un terreno pero me acobardó lidiar luego con la construcción de una pequeña casa: arquitecto, albañiles, materiales. Todavía era imposible pensar en un pequeño departamento. Y también me acobardó la idea de completar mis ahorros con un crédito. Tantos miedos. Mejor dejar todo ahí, en la seguridad de un banco a la vuelta del Archivo, menos de dos cuadras. A veces iba hasta el pasillo de la oficina que da a calle 7 y desde el ventanal veía la esquina con sus vidrios, el policía en la puerta,

y la gente entrando y saliendo de las diez a las 15. Y me parecía estar viendo mi departamentito futuro o un viaje con alguien (vos estabas sólo en mi imaginación) o al menos un auto nuevo. Los viejos documentos con los que convivía, la vida toda igual y siempre igual, me mantuvieron más o menos aislada de la realidad cotidiana, los altibajos políticos, la tapa de los diarios. No es que ignorara lo que ocurría, ni que no me importara; tenía mi postura, discutía en las reuniones familiares, pero todo se resolvía luego en volver a mi oficina con altas ventanas antiguas y el aroma de los tilos que me hacía estornudar cada noviembre. Venía de una vida ordenada, ni siquiera se separaron mis padres como los de la mayoría de mis compañeros; cursé una universidad inocua en la que las disputas ideológicas no pasaban de debates. En las calles, a lo sumo una protesta de trabajadores cesanteados. Y el trabajo, un inmersión en el reino de las hadas o de los personajes de una época muy distante, que es lo mismo para el caso. Pero un día todo estalló. Hasta la paz del Archivo se alteró, mis compañeros, mis jefes, empleados que casi no recordaba se reunían en corrillo a toda hora, comentaban, protestaban. La calle se convirtió en hervidero de grupos con carteles o con ollas. En mi familia sonaban los teléfonos, se avisaban, se inquietaban por los mensajes. Hubo esquinas cortadas por nubarrones negros de gomas quemadas detrás de las que se movían sombras. Personas con palos, policías a caballo. Vidrieras

rotas. Todo pasó en menos de una semana. Los bancos cerraron sus puertas y los ahorros desaparecieron. Eso no fue lo peor que ocurrió pero fue lo que me ocurrió a mí. En un instante mi supuesto departamento se convirtió en nada. La jubilación de mis padres pasó a ser miseria, mi sueldo apenas alcanzaba para subsistir. Todo se lo llevó el desmanejo de aquellos a quienes yo ignoraba encerrándome en mi caparazón. Pasaron semanas, se sucedieron gobernantes, muertos en la calle, desesperación. De a poco volvió una paz de cementerio, pero el dinero se diluyó en saldar no sé (sí sé) qué deudas nacionales que no contrajo ningún ciudadano trabajador, ningún obrero, ningún empleado, jubilado ni desocupado. Cuando pude sacar la plata del banco sólo me alcanzó para comprar un auto viejo. Y no me consuela que a otros les haya ido peor.

No sé si fue esa la razón. ¿Realmente lo hice por justiciera? Tal vez el hecho de enfrentarme a la muerte me haya hecho saltar algún resorte interno, una llave que estaba en off se encendió violentamente cuando la muerte de mi primito Lorenzo me golpeó como a una desmayada,

luego aparece el amor (o algo así como el amor, ¿por qué tanto miedo a decir amor?) y me arrebata la posibilidad de un viaje de bodas la enfermedad de tu padre, otro campanazo de muerte que me revuelve recuerdos de cuadros y literaturas desde no sé qué fondo de las memorias: El enamorado y la muerte, Rilke, Ícaro, Auden, en un desfile interminable de advertencias. Ahora, ahora mismo, me sorprende un pasaje del Evangelio, las mujeres que esperan con la lámpara encendida a su señor. Tal vez lo haya visto en la catequesis de la comunión. Inmersa en la maravilla del viaje, con la piel caliente por tenerte, aún así tengo en mi película feliz esos fotogramas intercalados. Veinticuatro imágenes por segundo me dan el movimiento, entre ellas hay dos o cinco casi imperceptibles, sin coherencia aparente con el resto de la historia, que me hieren. En la pantalla proyectan una romántica con paisajes de ensueño pero la butaca saca una que otra púa que me pinchan arrítmicas.

No soy una beguina. Nicole me contó la historia, me llevó hasta el lugar de pasada hacia el puerto. Un par de horas bastaron. No sé cuánto influyó en mí lo que me mostró y contó mi prima. Por momentos pensé que la historia de aquellas mujeres era una advertencia para que no vendiera el mapa robado, lo llevara de vuelta a casa y lo colocara en el rincón perdido del Archivo; también la historia de esas vidas me

impulsaba a cambiar esa caja algo roída por justicia. Nicole me llevó en auto hasta el puerto, había insistido mucho en hacer ese recorrido conmigo, entramos en Gante, una ciudad hermosa de medida humana con edificaciones antiguas limpias, bien conservadas, sin edificios monstruosos, nos detuvimos en una callecita frente a un bar, desayunamos mientras me refirió con entusiasmo quiénes habían sido esas mujeres que yo desconocía. Según ella mi bisabuela, la madre de Gúdula y de Ekaterina, había militado (no sé si es la palabra correcta) en esas filas. Eran mujeres libres que se agrupaban fuera de toda organización y normas rígidas para ayudar, curar…

MÉPER

¿Hay o hubo una piedra imán en el río, frente a la ciudad, trastornando no sólo la brújula (como dice Borges)? Dicen que el fundador la trajo del Paraguay, alguien la robó o se la pasó la secta, que fue piedra mágica de los guaraníes. Algunos aseguran que provino de los Incas, vía Chile, de allí a los ranqueles y por intermedio de Mansilla fue pasando hasta las manos del grupo que diseñó esta ciudad y puesta en el centro, en la Plaza Moreno, disimulada en el cofre fundacional.

Es innegable, salvo que uno sea muy estúpido o cerrado, que las alteraciones del entorno también modifican a las personas. Aunque no creo que sean necesarios los ejemplos, bastaría con citar algunos pocos, como la propensión a la melancolía de los habitantes de las llanuras inmensas o el apetito viajero de quienes viven frente al mar, también es evidente que las ciudades portuarias son más abiertas a los distintos que las enclavadas en lugares inaccesibles donde todo extranjero es precisamente un extraño, un invasor. Una configuración tan esquemática, tan de tablero de ajedrez, rígida, dura, cuadriculada hasta la milimetría tiene que condicionarnos al punto de impedir que nos ubiquemos en cualquier otra ciudad cuya estructura sea abierta y que

haya crecido como la vida, llena de imprevistos, desvíos y sorpresas. Cada lugar tiene su espíritu, como una especie de tonada, que nos dificulta la adaptación a otros sitios. Eso pasa especialmente con los que vivimos en esta extraña suma de cajas de 120 por 120 metros, con plazas obligatorias y avenidas fatales cada seis cuadras. ¿Cómo salir del molde y desbordarse?

Después de muchas suposiciones, confirmé alguna de mis teorías. A quién puede no resultarle satisfactorio ver comprobado por autoridades en un área, aquello que un lego descubrió por sí mismo. Me había llamado la atención que en distintos lugares de la ciudad se produjeran ciertos cambios notables. Por ejemplo, en el bosque, es decir en el noreste, aparecieron secos unos cincuenta eucaliptos añosos, de la noche a la mañana, como si una plaga no identificada hubiera hecho ese recorrido en semicírculo. La noticia ocupó un rincón del diario local en la página ocho, investigadores de la facultad de Agronomía se habrían de ocupar. No faltaron las teorías extrañas, los ovnis, los elfos o enanitos verdes. Cuando se llega a ese punto, significa que se ha perdido el rumbo y el interés por desenmarañar los hechos. Y luego lógicamente no se supo más nada. Recuerdo que la tarde anterior, pocas horas antes del episodio extraño, crucé la Plaza Moreno y vi un grupo de obreros instalando una especie de mástil, que supuse de iluminación, en el estacionamiento que da a la calle doce. El largo caño brillaba con el sol

del ocaso que le daba de lleno ya ocultándose detrás de la escuela normal. Al día siguiente, el caño ya no estaba. Primero atribuí el hecho a uno de esos errores frecuentes de la administración pública y los servicios. Pero cuando leí la noticia de los árboles secos, junté ambos hechos. Quizás de manera arbitraria. Desde siempre he jugado a juntar lo que aparentemente no tiene relación ni remotamente (y me llevé unas cuantas sorpresas). Algo me hacía ruido. Confío en las molestias y por eso volví a la Plaza, quería observar el punto preciso donde habían estado trabajando. En el pavimento no había ninguna marca, ningún redondel de cemento nuevo que indicara que habían tapado el pozo. Calculo que el mástil tendría unos diez metros de altura y unos veinte centímetros de diámetro. Seguramente habrán perforado no menos de un metro por treinta centímetros, ¿cómo es que no quedaban rastros; por qué pusieron y sacaron con tanta velocidad el caño? Estamos acostumbrados, además, a que las tareas se demoren, las zanjas para arreglar alguna pérdida y el bache emparchado quedan a la vista de todos durante días, semanas; las roturas son enormes, mucho más grandes que lo necesario; ¿entonces? Luego recordé que el diseño de la plaza es un mapa de la ciudad. Una pequeña réplica. Y que por lo tanto, la zona de estacionamiento corresponde al bosque. ¿Qué arte de magia usaron para quemar cincuenta árboles pinchando exactamente en su pequeña réplica? Como me enseñaron, hice el camino inverso: algún

profesor me dijo que había que ir de lo particular a lo general, de lo general a lo particular, de hoy a ayer y de ayer a hoy. Acupuntura, pensé. ¿Es posible aplicar la vieja medicina a las ciudades? Y descubrí lo que muchos arquitectos sabrán: Jaime Lerner y la acupuntura urbana.

NOTA 1

"Siempre tuve la ilusión y la esperanza de que con un pinchazo de aguja sería posible curar las enfermedades. El principio de recuperar la energía de un punto enfermo o cansado por medio de un simple pinchazo tiene que ver con la revitalización de ese punto y del área que hay a su alrededor. Creo que podemos y debemos aplicar algunas "magias" de la medicina a las ciudades, pues muchas están enfermas, algunas casi en estado terminal. Del mismo modo en que la medicina necesita la interacción entre el médico y el paciente, en el urbanismo también es necesario hacer que la ciudad reaccione. Tocar un área de tal modo que pueda ayudar a curar, mejorar, crear reacciones positivas y en cadena. Es necesario intervenir para revitalizar, hacer que el organismo trabaje de otro modo." **INTRODUCCIÓN DE ACUPUNTURA URBANA (Jaime Lerner)**

Sorprendente. Si modifico algo de la ciudad, puedo provocar una reacción. Lerner fue intendente de Curitiba durante tres períodos, luego gobernador de Paraná (Brasil). No conozco su obra. Me hago una pregunta retórica ¿es posible usar esa técnica para hacer daño o solamente se usa para el "bien? ¿quién decide qué es el bien? Sin tanta filosofía ni reflexión sobre la ética, los árboles quemados en el bosque corresponden a una aguja clavada con la técnica de la auriculopuntura.

No se asusten, no se apresuren a juzgar despectivamente. No es superstición, magia, curanderismo (de todas formas habría que ver si

estas prácticas son o no son científicas). Quisiera tranquilizar a las almas racionales: el doctor Paul Nogier es el autor de estas investigaciones. ¿Por dónde empezar? Me siento algo fatigado y aburrido de mí mismo por tener que explicar cuestiones tan básicas, tan evidentes, que son a la vez tan desconocidas (especialmente en el mundo occidental), como es el caso de la acupuntura. Ya está institucionalizado, instalado en nuestra cultura y nuestra mente (en todas sus dimensiones) que las pastillas, jeringas y bisturíes son los únicos encargados de preservar la salud o corregir los defectos. Lo demás es brujería barata. ¿Por qué si aceptamos que un agente químico externo puede modificar mi salud, provocar que se interrumpa el circuito del dolor, etc., por qué entonces no puedo aceptar (no sólo eso sino que me burlo) que la presión ejercida sobre determinados puntos pueda tener similar efecto? ¿Como individuo evolucionado creo en la aspirina y descreo de los efectos de la corteza del sauce? No acepto que apoyar fuertemente los pulgares sobre la base de las cejas durante diez segundos mitigue el dolor de cintura, pero sí requiero una caricia afectuosa y con ella cambia mi estado de ánimo. No será que también nos insertaron el chip de la aceptación a los productos negociables. ¿O nadie sabe ya que la industria farmacéutica está entre las dos o tres más poderosas del planeta (junto con la producción de armas que es su complemento y las drogas que son su puerta trasera)? Financian y

voltean gobiernos, rigen, dictaminan, formatean. La salud es otra moneda, otro bien de consumo de una sociedad organizada por la compraventa. La pastilla es una moneda de intercambio, in drug we trust. Olvido y anestesia, son los verdaderos nombres de la aceptación del otro y el combate contra la injusticia. Es el remedio absolutamente impersonal, globalizado: para la depresión, la úlcera o la circulación de todos por igual. ¿No hay ninguna diferencia en la depresión que padecen dos mil millones de personas? El negocio está bien aceitado y standarizado, hagámosle creer a la gente que es lo único que hay, que todo lo demás es superchería; para lograrlo tenemos la publicidad, los estereotipos, las universidades. Por supuesto que hay muchas enfermedades que se curan con pastillas, también se pueden curar con medicinas alternativas.

NOTA 2

Bruce Lipton (EEUU, 1944) doctor en Biología Celular y fue pionero en la investigación con células madre. Sus estudios sobre la membrana celular y las modificaciones de las células según el entorno sentaron las bases de la nueva epigenética. Sus descubrimientos (que iban en contra de la opinión científica establecida de que la vida es controlada por los genes) y el estudio de la física cuántica le han llevado a criticar duramente la medicina convencional. Es autor de libros como *La biología de la creencia* y *La biología de la transformación.* Reclama una nueva medicina que tenga en cuenta la capacidad de curar de la energía, mucho más eficaz que los medicamentos. Sus propuestas fundamentales son:

- Lo que condiciona a todo organismo vivo es su «entorno» físico y energético, y no su carga genética como teoriza la síntesis evolutiva moderna.
- Los seres humanos como organismos vivos, tampoco estamos determinados por nuestros genes, sino condicionados por el entorno.
- La personalidad y la salud de los individuos se conforma como un «aprendizaje» en el vientre materno y en la niñez hasta aproximadamente los seis años.

"Dentro de mí hay 50 trillones de células y el entorno celular para nosotros es la sangre, por ello la composición de la sangre cambia el destino de la célula. ¿Y qué controla la sangre? Pues el sistema nervioso, que crea una química diferente según el sistema exterior. La célula y el ser humano son la misma cosa. Por ello, si pongo al ser humano en un entorno nocivo, igual que la célula, también enferma. Si lo trasladas a un entorno sano, entonces sana. Por tanto, la medicina culpa a las células por la enfermedad y trata de cambiar la química de las células, pero ese no es el problema, el problema es el entorno. Y si cambias a la persona de entorno, sin medicamentos, el cerebro cambia la química. El cerebro de la célula y el de la persona leen y entienden el entorno."

http://www.elcorreodelsol.com/articulo/los-pensamientos-curan-mas-que-los-medicamentos

Por ejemplo, la acupuntura. Pero ¿cuál sería el negocio mundial? ¿la venta de un tubito de agujas? No sirven para que circulen fortunas, se compran una vez y se usan hasta que uno se olvida dónde las guardó. Nada más que por esa razón mercantil es que no se ha universalizado su instrumentación. Nadie pudo explicarme por qué no se enseña en la universidad. Los conocimientos se manipulan desde los centros de poder

de acuerdo a la conveniencia. A mediados del siglo xx, el doctor Paul Nogier, nacido en Lyon, creó un mapa de la oreja, un sistema para estimular las terminaciones nerviosas que funcionan como llaves de otras partes del organismo. En el mejor de los casos a esas ciencias se las denomina alternativas, es decir, otras: Estas son las verdaderas, aparte hay otras cosas, allá lejos, afuera; si alguien se anima que salga de la atmósfera al vacío donde no hay oxígeno, nos asustan. Pero la verdad es que usan esas mismas técnicas que ridiculizan, las usan en sus experimentos de dominio. Están bombardeando esta ciudad cuadriculada con agujas, flores y toda la parafernalia invisible o escondida en antenas de comunicación, en supuestos pararrayos, en estatuas clavadas con precisión sobre puntos neurálgicos para modificar zonas y conductas. Hace muchos años se encontraron restos de personas y animales enterrados ominosamente en las cuatro esquinas de la ciudad. ¿Existe la necropuntura? Como si inocularan un virus en un cuerpo, infestan un territorio. Es sabido que estamos bombardeados por la radiación del progreso; podemos considerar el hecho como efecto colateral del desarrollo tecnológico. Pero mi certeza es que se está experimentando a propósito sobre un ámbito cerrado, pequeño: esta ciudad (que quizás fuera elegida por su génesis artificial). ¿Qué mejor que una criatura nacida in vitro, en medio de la nada, para probar sobre ella todas las técnicas que seguramente pulirán luego para una

aplicación global?

Por otra parte cuentan con la ductilidad de la población cuadriculada. El medio determina o al menos condiciona la cultura y al hombre. Ya lo decía Sarmiento a mediados del siglo xix, el aspecto físico engendra caracteres, hábitos e ideas (tal el título del primer capítulo de Facundo). Ante la imposibilidad de modificar el territorio y darle un diseño completamente masónico finalmente se acordó la creación de una ciudad emblemática con todos los detalles de la masonería, que tuviera un peso central sobre el país, que desplazara paulatinamente a Buenos Aires y se convirtiera de capital provincial en nacional para que fuera el símbolo. Después las movidas políticas e históricas la convirtieron en ciudad gris. La guerra del Paraguay pudo ser un intento de modificación del territorio, como la entrega de Uruguay y otras modificaciones que se planearon desde la época del gobierno sarmientino. Por eso tampoco encajaba en su concepción la Patagonia. De allí también los límites ridículamente escalonados de algunas provincias, ¿por qué otra razón no siguieron los cursos de los ríos, las sierras, en lugar de marcar con ángulos rectos las divisiones fronteriza, ese escote del Chaco, esas rectas enloquecidas? La red de ferrocarriles fue el último intento: crear una mano de rieles y magnetismos. He ahí la auténtica razón de su famosa frase "el mal que aqueja a la república Argentina es su

extensión"; en realidad se refería a la forma.

Y aquí, en un espacio altamente condicionado por su formato, por su estructura férrea de paralelismos obsesivos, es muy difícil, casi imposible, escapar de la mente en casilleros, huir por la magia de una calle que veinte cuadras más allá deja de ser paralela y se vuelve perpendicular o toma una curva y se angosta hasta llegar a escalones de piedra, lomas, casas con larga historia que conservan su fisonomía; nada de eso, todo ha sido aplanado por el cemento horizontal y vertical. Quedan los árboles y algunas estatuas, lo demás fue arrasado. Los habitantes son inocuos, tibios seres que se desplazan sin identidad personal ni social. Basta recorrer otras ciudades vecinas para percibir que tienen un espíritu propio, incluso en la decadencia conservan su marca, su signo; acá no hay ni música ni arte ni animales ni paisaje ni personas diferentes. Una línea recta donde se mueven humanos de dos dimensiones. Qué mejor lugar para el experimento. Esta ciudad es un laboratorio perfecto.

HAGIA TRÍADA

Quién iba a decirme que aquel paranoico ilustrado y medio cargoso cometería semejante crimen. Como aquel día, hace tantos años, cuando me acompañó hasta la puerta de mi casa con un plano de los ferrocarriles en una mano y un paraguas de fútbol en la otra. El paraguas futbolero de Rosario Central. Era enorme, casi una sombrilla. Días después supe que también tenía puestas las medias a rayas horizontales azules y amarillas de ese equipo. Nos contó que un vecino se había ganado once juegos completos en un concurso radial y que los había regalado generosamente a sus amigos. Camiseta, pantaloncito y medias. Méper ligó también el paraguas. Aquel día lejano quedó marcado en mi memoria con absoluta claridad, como si el paraguas fuera un mojón, un faro, una bandera en la colina para no perder el rumbo. Recuerdo con nitidez las cuadras caminadas (veintiuna en lugar de doce porque di vueltas y más vueltas para desprenderme del pesado compañero de bar), recuerdo el mapa garabateado en un papel doblado en cuatro que desplegué, me instó él a hacerlo de inmediato en la puerta de casa, tenía el recorrido de los trenes, como una mano con un pequeño pulgar algo deforme. Le cayó un gotón de lluvia, Méper abrió el

escandaloso paraguas y dio tres pasos hacia atrás. Allí se quedó, allí estaba mirándome hasta que le di la espalda y entré a mi casa.

Me había estado hablando de las cosas de siempre. Pero en las últimas cuatro cuadras mencionó el libro de un famoso sobrino de Freud al que yo desconocía, Edward Bernays. Según decía Méper, *Propaganda* (escrito en la década del veinte) era la biblia de la manipulación. Mientras los intelectuales se ríen de los fenómenos esotéricos, decía, y de todo lo que escapa al universo plano de Descartes y Euclides, los poderosos ya hace décadas que están experimentando con el inconsciente, con la manipulación de las masas, la mentira convertida en verdad a escala planetaria, el convencimiento de que nada se puede hacer, el absoluto conformismo. Eso me dijo, lo recuerdo palabra por palabra. Me habló del club Bilderberg que gobernaba la tierra. Un grupo de poderosos (políticos, dueños de medios de comunicación, directores de bancos) que se reunían una vez al año sin que ningún periodista pudiera participar, sin que dieran a conocer nada de lo hablado durante esos tres o cuatro días de intensos contactos a los que también asistían jefes de la CIA, reyes, economistas, que diseñaban cómo serían las vidas de los miles de millones de habitantes. Sin que nadie los votara, sin que siquiera tomaran el poder por las armas. Solamente porque tenían el verdadero poder. Me extrañó que afirmara que en el fondo de todo estaba el dinero. Ni el logos, ni la acción, simplemente el dinero.

Un gobierno crematocéntrico, dijo. El poder de lo material, de lo más burdo sobreponiéndose a todo. Un club cuyos asociados organizan guerras para vender armas y medicamentos que ellos mismos facturan. Un centenar de personas que no dudan en mandar asesinar a un presidente o a un papa con la sola finalidad de mantener el poder y concentrar las riquezas. Pocos años después de ese encuentro memorable, murió Juan Pablo I pero yo no recordé lo que me había dicho Méper el día del paraguas. En las últimas horas, cuando volví a saber de él, junté algunos hechos reales con sus viejas paranoias. Tavistock, según decía, experimentaba desde principios del siglo XX con el punto de ruptura de los soldados que volvían de la guerra, luego lo llevaron a escala social; el objetivo es paralizar a la población, conmocionarla tan profundamente que no le quede espacio para la reacción, sumirnos en la resignación por miedo. Miedo a la contaminación, a la pérdida del trabajo, a la destrucción masiva. Dicen (y no son más delirantes que Méper) que el atentado de las Torres Gemelas fue, por lo menos, tolerado por el gobierno norteamericano, que el mismísimo vicepresidente Cheney estuvo detrás de la operación para crear un monstruo aterrorizador y justificar una invasión asesina cuya única finalidad fue quedarse con el petróleo. No sé, algo en mí se resiste a aceptarlo. Pero veo tanta pasividad social, la gente parece anestesiada, hay un especie de estrés colectivo. Y una agresión

psicológica constante desde los centros de poder. Tal el modelo del que me hablara Méper hasta el hartazgo. La inseguridad, el tedio, la fragmentación, la guerra de pobres contra pobres. El grado de neurosis es directamente proporcional al grado en que puede ser controlada una sociedad. Un bombardeo constante nos hace aceptar males menores.

Me estoy yendo por las ramas. O tal vez no. Cuando revuelvo estos temas siento que un virus entra en mi cerebro, se me producen interferencias. La rumia me produce un bloqueo, una especie de desconexión. Regreso entonces a mis viejos autores, a mis horacios y virgilios y todo se acomoda en mí, beatus ille.

Luego me asalta otra vez la realidad. Cómo llegó Méper a cometer un crimen tan atroz. Jamás noté en él un rasgo de agresividad. Era pesado, reiterativo siempre, monotemático. Dejé de verlo por décadas, quizás haya cambiado en todos esos años. ¿La paranoia puede llevar al crimen? Si así fuera estaríamos frente a un asesino masivo, un exterminador, alguien capaz de arrojar cien misiles sobre Disneylandia. Tal su delirio de persecución. Por momentos me asalta la duda. ¿Se puede creer en esta confesión tardía, demorada en un par de años que ha hecho recientemente? Tal vez encubra a alguien, tal vez quiera proteger a alguien. Pero por qué. ¿Cuán confiables son las informaciones periodísticas amarillas y no tan amarillas? Han reflotado un caso que ya estaba completamente olvidado, con detalles increíbles, viejas

fotografías forenses, certificaciones que ahora se dan por reales y veraces aunque hayan servido para mandar a la cárcel al novio de la muerta, luego declarado inocente. ¿Entonces? cómo confiar ahora en lo que fue erróneo antes. Pero ahí estuvo él frente a las cámaras, en todos los noticieros, en programas especiales sobre "el crimen brutal del chacal", adjudicándose la autoría, explicando detenidamente con frialdad pasmosa cada movimiento, cada momento de esa obra macabra de asesinato, desmembramiento. Y volviendo a mencionar, a subrayar, como en el pasado que compartimos, a Tavistock como agente ideológico de un experimento social de dominación. Ahora, con más ingredientes, más datos, que me parece no le interesan a nadie. Impresionan a la opinión pública por unos días y luego solamente queda la espuma de la noticia: atraparon al chacal. Yo repasé cada segundo de sus declaraciones públicas, tomé nota de todo lo que dijo y trato de desbrozar los datos: por un lado lo que me huele a mentira, es decir aquello que se refiere especialmente a la planificación y ejecución del crimen, y por otro las referencias paranoicas, que cada vez me parecen menos paranoicas, relacionadas con alguna clase de experimento monstruoso que se realiza sobre la ciudad, detrás del que pueden estar esos poderes de siempre. ¿No habrá Méper, en un intento desesperado ante la lucha despareja y solitaria contra entidades tan gigantescas, no habrá querido llamar la atención a la población sobre lo que están

haciendo sobre esta ciudad cuadriculada? He observado fenómenos increíbles en torno. ¿Qué otra explicación podrían tener? ¿Por qué me hago todas estas preguntas, por qué no puedo desprenderme de aquel loco? Ay, quizás Méper sea algo así como mi alter ego salvaje, en realidad sería más exacto considerarlo como una especie de alter ello, brutal y oscuro.

Se comprobó que estuvo varias veces en el Archivo Histórico donde trabajaba la víctima, hay una testigo que habló con él mientras Zulma viajaba por Europa, también se verificó la falta del mapa de la fundación y se registró que estaba a la venta en una librería londinense, la exhumación de los restos confirmó que había sido mutilada con prolijidad enfermiza de cirujano pero que la causa de la muerte fue un tremendo golpe en la cabeza probablemente con una maza. Dato este último que fue pasado por alto cuando se hizo el primer examen forense al encontrarse los restos esparcidos por diversos puntos de la ciudad. Alguien, para mí es evidente, se encargó de armar una representación espantosa con alguna finalidad ritual o de distracción. Fue aprovechar un cadáver, tal vez producto de un hecho de violencia como tantos otros, para convertirlo en un demoníaco (no se me ocurre otro adjetivo), un monstruoso show que aterrorizara y paralizara por un tiempo a la población. Nada sabemos del hecho original: ¿fue violada, robada,

torturada? Solamente que sus manos, piernas, cabeza, tronco aparecieron en puntos extremos de la ciudad, como una crucificada, y que el corazón fue puesto en un envase conservador (de trasplante de órganos) en una estatua en el centro de la ciudad. No son la misma persona quien golpeó con una maza por la espalda brutalmente y quien despiezó con frialdad y cálculo el cadáver. El modus operandi del primero tiene todo el aspecto de obra de un arrebatado, en cambio el desmembramiento es claramente factura de frío cirujano. Tal vez haya llegado el cuerpo entero a la morgue y allí manos expertas hayan aprovechado con no sé qué finalidad la circunstancia para convertir un hecho de inseguridad en un misteriosa liturgia espectacular. Otra incertidumbre tengo, ¿realmente los cortes fueron hechos con precisión, quién lo dice, quién lo certifica?

Además todas esas noticias reflotadas…

Aquel día del mes pasado tardé en reconocer de inmediato la foto de Méper. Se entregó el asesino macabro, decía el titular en la primera página, y bajo la foto, el epígrafe contaba que Marcelo Martínez (rodeado de policías y mirando de frente al camarógrafo) se había entregado en la comisaría del quinto distrito, solo, sin abogado, y había confesado ser el asesino de Zulma XXX, profesora de historia y empleada del Archivo Histórico Provincial. La había mutilado y había esparcido sus restos por la ciudad. Luego, en letra más chica se

abundaba en detalles. El asesino acusó a una Institución inglesa, Tavistock, destinada a investigaciones humanísticas, de estar realizando un monstruoso experimento en nuestra ciudad y que para contrarrestar sus efectos había recurrido a ese "ritual" que, según dijo el chacal, serviría de escudo protector. Las autoridades sospechan estar frente a un caso de insanía. Se reabrió la causa.

Unos pocos días después se supieron más detalles, se revisaron los resultados de la autopsia que mostraba claramente un golpe en la nuca dado con gran violencia por un objeto contundente probablemente una maza o la culata de un arma de grueso calibre y que –según se informara ya hace años cuando se realizó el estudio- los cortes no habían sido hechos inmediatamente después del golpe sino unas 30 horas más tarde. De lo que resulta que Méper, Marcelo Martínez, no sabía nada del culatazo o martillazo. Por lo que supongo que se hizo cargo de un crimen que no cometió. Nunca aparecieron ni la maza o pistola ni los utensilios de cirugía. Para completar el sospechoso cuadro, Méper aparece muerto en la celda de la comisaría quinta, ahorcado con el sistema del doble nudo. Antes les dijo a varios periodistas que lo entrevistaron en la celda, que había dejado en su domicilio un informe detallado de las actividades experimentales que se estaban llevando a cabo en nuestra ciudad. Como detalle curioso coincidían en citar que Méper había asegurado haber dejado esas notas bajo una pila de libros

que formaban una especie de castillo de naipes. Nunca aparecieron esos apuntes.

Tal vez se refiriera a hechos espantosos que ahora me vuelven a la memoria (creo que en realidad nunca desaparecieron, acompañaron mis pesadillas aunque salieran del plano de la vigilia tal vez por autodefensa); aquellos animales enterrados vivos en distintos puntos de la ciudad, los restos patogénicos desaparecidos del Hospital de Niños. Fue antes de nuestras intervenciones, de esos cambios de lugar de los libros, modificaciones de tapas, etc. de la Hagia Tríada. Unos episodios macabros que estuvieron en las tapas de los diarios durante un par de semanas. Todos hablábamos de eso, era el tema excluyente. Yo estaba en el último año de la secundaria y los profesores también estaban azorados, todos parecíamos cautivos del agujero negro de esa atrocidad. Me parece que lo primero que ocurrió fue la aparición de perros escuálidos, casi muertos, al lado de pozos de los que habían logrado escapar penosamente después de varios días como lo probaba su condición, luego se encontraron cadáveres recientes que habían sido maniatados y sepultados en distintas plazas. Se supuso que apenas se los tapó para que fueran encontrados. Casi simultáneamente desaparecieron de distintos hospitales, especialmente del de niños, los residuos patogénicos. Restos de operaciones (miembros, órganos, más el material descartable) cuyo destino no fue el habitual (hornos

especiales) sino el enterramiento en distintos lugares de la ciudad. Al menos eso se dedujo o supuso porque se encontraron algunos huesos humanos prolijamente cortados por un especialista. Recordar la noticia me da escalofríos. Con el tiempo esto fue esfumándose de las primeras planas y la población lo procesó como pudo. Finalmente vino algo parecido al olvido. Cuando formamos el grupo de la facultad, en aquellas reuniones del bar don Julio, ya no era tema de conversación.

Este crimen que se adjudicó Méper está, creo, en la misma línea que aquellas monstruosidades. Por ese entonces, él tendría 17 años, ¿de dónde iba a sacar esa habilidad de carnicero? Es prácticamente imposible que haya sido el autor de aquello. Hay detrás otra mano, otras manos, con firme convicción que supera el paso de las décadas; como una corriente disciplinaria, una tejné (un arte) sostenida por un principio ideológico. ¿Tavistock? no sé, no me importa el nombre. Ya sea el gobierno mundial o un grupo fanático local está actuando desde hace años con un plan sistemático que me lleva a creerle a Méper al menos en lo que se refiere al afán de alterar la esencia de nuestra ciudad.

Suena increíble, absolutamente irreal. ¿Qué diría un hombre del siglo xvi sobre internet?

Vecinos de la profesora de historia, Zulma xxx, declararon que habían visto un merodeador por la cuadra. Inventado o no, la descripción no correspondía con Méper. Dijeron que era morocho y Méper no lo era.

Alguien había agregado que el hombre renqueaba levemente. Salvo en la foto, por un defecto de la reproducción gráfica, semejaba ser algo morocho, pero en realidad era bastante rubión, como se pudo ver después en otras fotografías. Los testimonios sintomáticamente habían sido tomados después de la primera y terrible noticia. Respondieron con la imagen de aquella foto desprolija más que con la cara real. Entonces, o bien construyeron el relato por esa necesidad morbosa de aparecer ante las cámaras de la que no se salvan ni los padres de un nene violado y asesinado, o bien vieron a otro, al verdadero asesino, al que en una entradera empujó a Zulma cuando llegaba a su casa (eran aproximadamente las seis de la tarde), la amenazó mientras ella abría la puerta y ante un movimiento brusco de la mujer, algún movimiento de resistencia (quizás haya intentado darse vuelta y mirarlo), el ladrón le pegó un culatazo en la nuca y la mató. Tal vez huyó de inmediato y no robó nada, o quizás se haya tomado su tiempo y no notaron lo que le faltaba. Nadie averiguó si había sacado un crédito o un depósito del banco o si tenía alguna joya. Acusaron a su novio por un anillo, pero ya sabemos que él no fue el asesino. La mayoría de los datos están alterados porque se perdieron, se humedecieron en pasillos con goteras las carpetas con sus folios, hubo mudanzas hechas brutalmente y se descuidaron las pruebas o se contaminaron. Sólo hay algunas certezas provenientes de lo publicado en los periódicos o en las redes:

documentos escaneados o citados fehacientemente. Todo lo demás se lo llevó el descuido o el fraude. Hemos escuchado innumerables casos de culpables inocentes a los que les plantaron pruebas. Basta con deslizar un anillo robado en la casa del perejil o esconder un ladrillo de cocaína en el baúl de su auto, las balas servidas y hasta la sangre del futuro preso manchando la ropa del muerto. Quién está detrás de esas operaciones. Estamos acostumbrados a depositar en la impericia, que no podemos negar se ha generalizado y agravado, el poder de disolver la realidad, pero no todo puede explicarse por la mala praxis. Es cierto que ya nadie sabe hacer nada. Creo que a pesar de la globalización y las facilidades que nos da la tecnología, no conocemos el funcionamiento de nada, ni siquiera de las relaciones humanas. Nos movemos por inercia. Por eso es tan fácil imponer una opinión que aceptemos todos. Basta con que sea esquemática para dejarnos satisfechos. Así no necesitamos salirnos del carril de nuestra vida ordinaria. Díganme quién fue el asesino, a quién debo obedecer, qué debo decir. Y listo. De otro modo no puedo explicarme que hechos tan evidentes y extraordinarios hayan sido olvidados en quince días. Que no hayamos podido relacionar dos más dos, que aceptáramos sin más que todo era tal cual como nos lo decían.

Con estas ideas fijas en la cabeza, salí a la calle, me faltaba el aire, sentía que me subía la temperatura, que luego tenía frío doloroso en los

pies. No podía despegarme de ellas, involucran mi vida desde el último año de la secundaria hasta ahora, ya adulto mayor, veterano de las guerras de mi ciudad sin guerras. Para ser justo hubo sí una guerra, lejos lejos de casa, por delirio militarista de un gobierno sin cabeza y una ciudadanía que se sumó aunque de mala gana al patrioterismo casi futbolero. Como resultado murieron muchos jóvenes de mi ciudad. Defendiendo neblina. Hubo antes otra guerra en la que esos mismos uniformados fusilaron en secreto a todo lo que se le opusiera. Pero son historias olvidadas ya, aunque repetidas. Olvidadas porque se vaciaron de contenido. Seguía por la calle y llegué a la Plaza Central. Quizás fuera mi estado de conmoción por las experiencias fuertes de los últimos días, algo me sacudió, como un viento de arena que castiga levemente todo el cuerpo. Pero no había viento, los árboles no se movían, excesivamente quietos parecían de mampostería, en cambio vi, estoy seguro, vi cómo se sacudían las ropas y el cabello de las cuatro estatuas. La del otoño, la del verano, la del invierno y la de la primavera, en medio cada una de sus fuentes donde el agua no hacía olas, estaban a punto de quedar desnudas por un furioso viento que les volaba los largos pelos de mármol. Los copones y chivos báquicos que ornan el cuadrado central se mantenían firmes, sin alteraciones, como para darme aún más terror a la licuación de las otras piedras. Crucé hacia la Catedral y un poco ahogado, se me cerró la garganta

probablemente por el nerviosismo, tuve que sentarme en la escalinata. Alcancé a subir solo tres o cuatro escalones y me vi obligado a sentarme, a desmoronarme de costado contra la pared de ladrillos, agarrado fuertemente del pasamanos con una puntada intensa en la nuca. Con miedo miré hacia la plaza, pero ya nada raro ocurría, no había viento de arena ni melenas de estatuas sacudiéndose. Los copones y los chivos parecían a la distancia seguir inalterados. En unos cinco minutos recuperé la compostura, el aire entraba y salía de mi boca con ritmo tranquilizador, el dolor se hacía tolerable. El corazón volvió a su ritmo del minuto. Me puse de pie, bajé sin necesidad de aferrarme al pasamanos los cuatro escalones. Cuando estaba cruzando volteé la cabeza para ver si doblaba algún auto a mi izquierda por el acceso de la avenida. No miré la catedral directamente pero algo raro pasaba. Apenas pisé el cordón de enfrente me di vuelta y observé de manera directa que la iglesia neogótica se derretía, como una torta al calor, como una construcción de Gaudí. Sin viento en la superficie, el cielo se cubrió de nubes que surgen de los cuatro puntos cardinales, con notable simetría, como una flor que se cierra. Pero no se puso gris, parece una cubierta de roca traslúcida, mica, que me recuerda aquellos envases decorativos (una semiesfera de vidrio con casitas y nieve o lluvia adentro, recuerdo de Bariloche o de París).

Sentí un fuerte silbido a mis espaldas y con resignación ante lo increíble movÍ la cabeza en esa dirección y vi claramente cómo la estatua del arquero se había puesto en movimiento, había disparado una flecha hacia los árboles. Ahora los chivos se había erguido y fijaban sus ojos en un punto. La flecha, cuando me acerqué, estaba clavada y aún vibrando contra el roble de Guernica. Como estaba a más o menos dos metros de altura, en puntas de pie llegué a tocarla. No se desmaterializó en el aire, era una flecha de piedra, concreta tan concreta como el árbol al que estaba clavada. Miré a mi alrededor y la gente que circulaba por la plaza, varios a pocos pasos de donde yo estaba, siguieron con su vida como si no vieran nada. A propósito froté mi mano contra la flecha, como si tirara de una soga con violencia hasta lastimarme. Traté de verificar su existencia más que de arrancarla. Hasta dejarme un surco rojo que cruza la palma de mi mano derecha y tiñe también con ardor las puntas de los cinco dedos. Sin temor ni ataque de pánico, con una suerte de convicción resignada, intenté abandonar el lugar hacia mi casa. Me sentí como supongo se habrán sentido en la Edad Media ante la peste bubónica, huyendo hacia la última habitación durante la mascarada. Algo me ha contaminado, sólo me queda esperar que esto termine y que sea lo menos doloroso posible. Pero la Plaza comenzó a ponerme obstáculos. No solo a la vista, todos los sentidos recibieron una agresión, una señal de alerta. Confuso, no recuerdo cómo, empecé a

caminar hacia la calle 50, a espaldas del Colegio Normal. Algo me estaba empujando, una fuerza o mi pánico, no sé. Creo que remonté esa calle hacia el sudeste porque lo siguiente que recuerdo es estar atravesando la Plaza Malvinas. Seguí caminando con la impresión de que todo lo monstruoso quedaba a mis espaldas y vislumbre la vieja estación de trenes, abandonada pero en buen estado. Tuve gratos recuerdos de infancia y me pareció que el antiguo edificio era un refugio para mi cabeza. Sin volver la vista atrás, apenas mirando de reojo para cruzar la avenida limítrofe empecé a cruzarla. Algo sucedió, primero pensé que había chocado contra un vidrio, luego temí una parálisis o alguna clase de shock, acv, preinfarto o lo que fuera que me impedía avanzar. Levanté la cabeza para no caer, para buscar el aire y entonces vislumbré los reflejos. Algo como un nylon cerraba el paso. Me animé a extender la mano. Tenía la firmeza del vidrio pero orgánico, casi húmedo, viscoso. Una cúpula de medusa, aguaviva, clara de huevo de ñandú, no constante, como si titilara.

El pasto se veía igual de ambos lados de la extraña pared, también los autos y las casas. Levanté la vista y mirando con atención pude notar aquí y allá algunos brillos curvos que me indicaban por dónde se extendía la división. Crucé de regreso y ya en la vereda de 31, cerca de

la curva del bulevar, vi con claridad y espanto (un raro espanto mezclado con resignación) que el muro líquido rodeaba la ciudad. Una burbuja o mejor aún una pecera, afuera habría otra clase de aire, adentro tal vez tuviéramos branquias disimuladas bajo la ropa. Caminé unas cuadras por la periferia hasta la punta sur, que lleva al cementerio, y comprobé que sí, que el muro se extendía hacia el este por la calle 72. Retomé por la diagonal 74 rumbo a mi casa y al levantar la vista noté que no era muro sino campana. Una campana que encerraba imperceptiblemente los límites y el cielo. A la altura de 21 y 66 un chorro de luz como micción de ballena se elevaba hacia el raro cielo citadino hasta la cúpula y en lugar de rebotar contra ese vidrio o lo que fuera se diseminaba por él, lo alimentaba o lo refrigeraba o lo completaba. Un sonido me perfora, está entre un metro y un metro sesenta de alto, como una cuchilla, cuando me agacha lo siento y me libero al estar erguido. Al borde del desmayo por el shock intenté repetir un mantra y me asomaron los versos de Virgilio, mecánicos, como cantito de la cancha. Pero casi no duraron. Solamente una idea me ganó todo el cuerpo, yo soy el no hijo. Ni el del medio, ni el más chico. Para mis padres fui la negación de su futuro. Y aquí estoy, solo; como siempre. Recuerdo algo que dijera Méper: están haciendo experimentos que detectan las actitudes rebeldes y luego activan procedimientos invisibles que dañan directamente la salud mental de los opositores; si

persisten en su insubordinación los pueden llevar desde la desmemoria absoluta hasta la muerte. Me siento ante mi mesa de trabajo y despliego libros y papeles. No entiendo, no recuerdo cómo llegué hasta mi casa. Me asaltan dos palabras, genius loci. No sé por qué. Miro el cordón morado que me arde a lo largo de toda la palma derecha, lo toco, quiero verificar como aquel Tomás evangélico que es real, concreto, sensible y verificable la pesadilla reciente. Siento la mirada violenta de los chivos y la arena de las estatuas me enturbia los ojos. Me froto la cara, me humedezco los ojos. Me resigno. Afuera quizás mi ciudad sitiada se siga derritiendo por un experimento implacable. Compruebo que cuanto más perspicaz de los hechos de Tavistock me pongo, peor o más extraño a mí mismo me siento. No quiero morir ni sufrir. No quiero saber qué ocurre. No temo a la muerte especialmente pero sí a la pérdida de mis habilidades. Quiero liberar mi cabeza, huir de la ciudad implacable cuando se produzca algún hueco o retiren la campana, mientras tanto me sumerjo en mis libros como si una lluvia de fuego estuviera destruyendo la ciudad del pecado con sus gotas de cobre ardiendo. Pero no voy hacia los placeres sensuales del cuerpo sino a los versos de Horacio.

Abro el libro y leo, leo como quien cierra las rejas y los postigos de todas las aberturas.